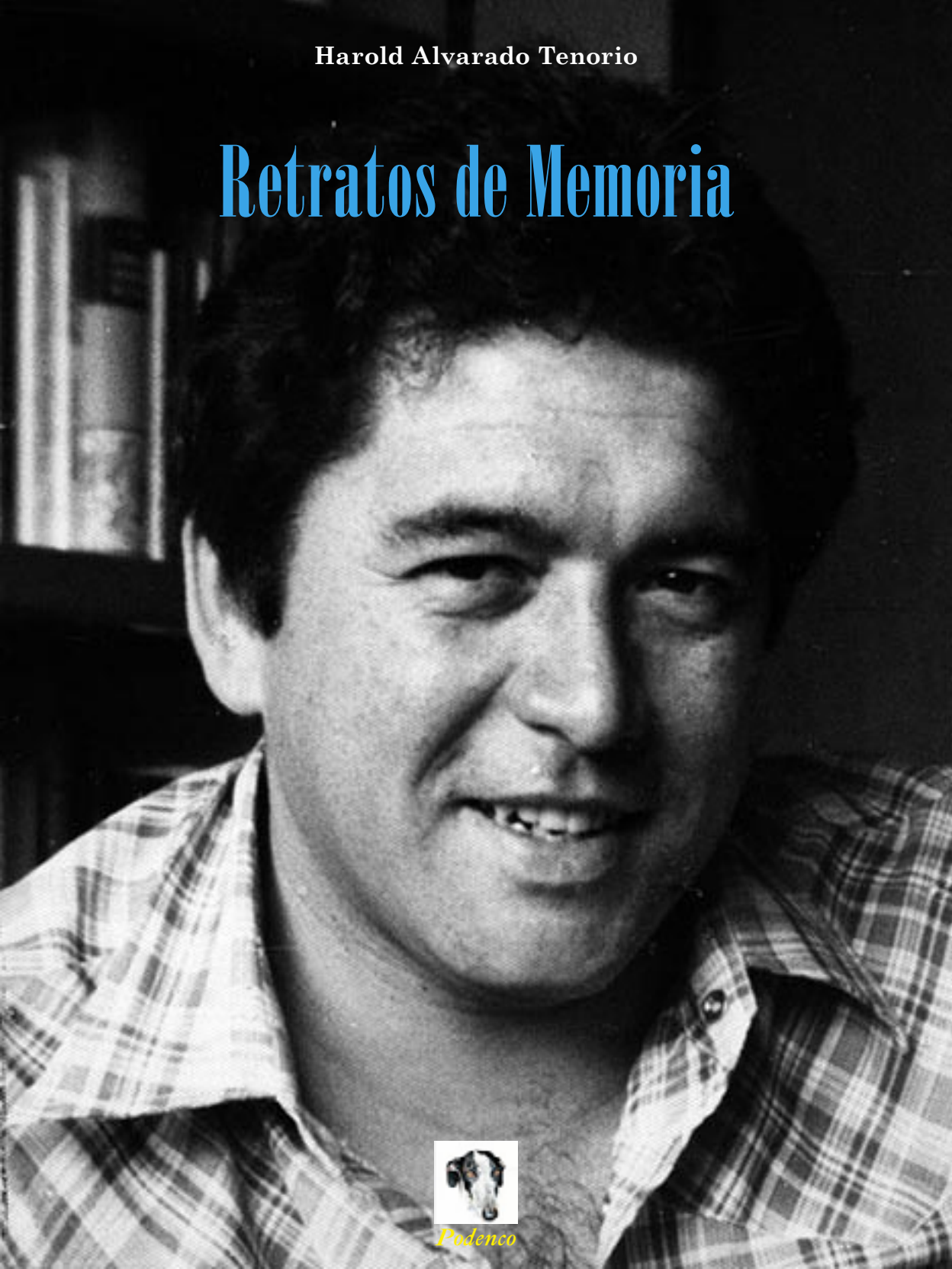


Harold Alvarado Tenorio

Retratos de Memoria



Podenco

Retratos de Memoria

Retratos de Memoria
© Harold Alvarado Tenorio

Podenco
Editor

1ª edición
Ciudad de México, diciembre 2022
podenco@gmail.com

Hecho el depósito de Ley
ISBN: 779-9565-3170

De esta edición:
© Harold Alvarado Tenorio
© De la foto de la portada: Yuri Valecillo

Diseño de portada:
Nazareth Grajales

Coordinación editorial y cuidado:
Luis López de Villegas

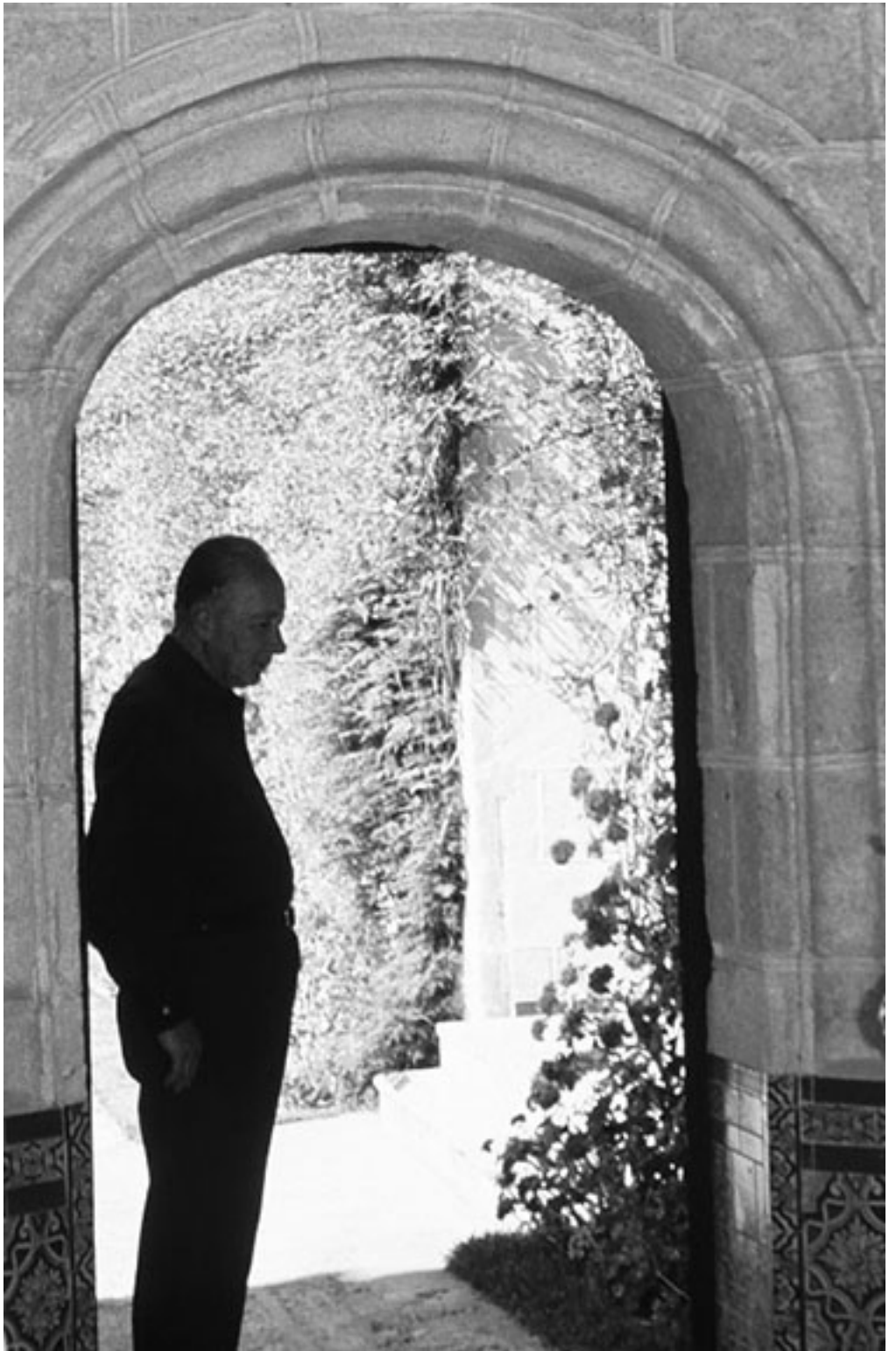
Impreso en México

ROBERTO LAÑAS

Aquella helada mañana de noviembre, mientras la Gran Vía parecía un hato de respetables que deambulaban de arriba abajo mirando en las vidrieras de imposibles, y los ociosos ocupaban las sillas de las lujosas terrazas, en el bar de Cultura Hispánica, de Argüelles, Felicidad Blanc-Panero me puso delante de Roberto Lañas, un caballero de industria que había sido secretario de la Universidad del Valle y ahora llevaba, en casa de una señora del barrio de Salamanca, una vida monacal dedicada a las plegarias por la salvación su alma, cuando no estaba de fin de semana en una cartuja, donde está sepultado.

Había frecuentado a “Don Roberto” un par de veces en la universidad, cuando teníamos que vérnoslas con permisos o informaciones o manejo de fondos para eventos culturales. Nada sabía de su persona, excepto que mi imaginario lo ubicaba como un empleado de Mario Carvajal o Alfonso Ocampo Londoño.

“Don Roberto”, al enterarse de mis penurias y el interés por terminar un doctorado en letras, fue introduciéndome a varios de sus contertulios, que se reunían en alguna cantina de Gran Vía, colombianos todos, aficionados a los toros y la política, varios ex diplomáticos y parlamentarios, otros rentistas como Roberto y Misuca Caicedo, o pilotos internacionales como Abraham Palacios, que muriera en el accidente de Avianca en Mejorana del Campo, o becarios de Cultura Hispánica, como una pareja de ex líderes estudiantiles que pasaron buena parte de su juventud en Madrid, gracias, decían, también las buenas lenguas, haciendo trabajos para los ya famosos comerciantes de los nuevos productos. Herlinda y Sofonías luego vivirían en New York hasta el final de sus días en tiempos de la peste del siglo, gozando de sus aparentes trabajos de maestros de escuela en la capital del mundo,



Roberto Lañas en la Cartuja de Jaén

asistiendo a temporadas completas de ópera en el Metropolitan, trajeados a la manera de los grandes aficionados, bebiendo espumosos de marca y llevando a cuestras preciosas pieles que hoy están pasadas de moda, o pasando largas temporadas vacacionales en las costas del mar pacífico, donde todavía no ha llegado la civilización y podían vivir como la natura les trajo al mundo, en especial ella, que aún a sus 65 años enviaba a sus amistades fotos de la fortaleza de sus senos y la hirsuta mata de pelo que cubría su furiosa líbido. La historia de esta pareja de melómanos merece una biografía.

En la medida que “don Roberto” acreditaba mi interés en continuar los estudios y mi naturalidad, mostrando que había dejado de lado mis desatinos izquierdistas y le acompañaba, una tarde si otra no, a con las oraciones a la Virgen del Pilar, patrona de la hispanidad y la Guardia Civil, cuya replica en madera dorada de treinta y ocho centímetros de alto sobre una columna de jade forrada en bronce y plata guardaba, con indignante veneración en un nicho del armario de la casa salmantina, decidió acercarme a personas que podían favorecerme con dinero o en especie. Una de ellas, Mario Carvajal, latifundista que había fundado la Universidad del Valle, recibía los sábados en la mañana y Amira de la Rosa, cuyo verdadero nombre era Amira Arrieta Mc-Gregor, poetisa barranquillera, llevaba media vida en la fría oficina del primer piso del palacete de Martínez Campos, que tanto apetecía Eduardo Carranza.

Mario Carvajal, poeta él mismo, imitador y protector del desequilibrado vate Antonio Llanos, ocupaba una de las 17 suites del *Westin Palace Hotel*, en la parte más alta de ese precioso edificio levantado por gusto de Alfonso XIII, el tío abuelo de Antonio Caballero Holguín. Era una estancia espaciosa y elegante, amueblada con un inmenso sofá en el *lounge* y un comedor donde departían al menos seis invitados. La única vez que estuve allí, para recibir una donación de 5000 pesetas, Don Mario Carvajal desayunaba en compañía de un ingeniero no salido del armario, Alberto León, Francisco Franco-Salgado primo y secretario del Caudillo, Belisario Betancur,

Retratos de memoria

Gilberto Rodríguez acompañado de Álvaro Bejarano y una actriz de la tele, María Eugenia Dávila, jovencita ella, que luego rodaría por los precipicios de la droga.

Amira Arrieta Mc Gregor, amiga y admiradora de Gabriela Mistral, a quien frecuentó sentimentalmente en Barcelona antes de casarse con Reginaldo de la Rosa Ortega, fue autora de obras para teatro radial típicamente femeniles, dignas de esa literatura para matronas del franquismo triunfante. Cuando le conocí había entrado en años, y quizás porque sabía que de nada sirve guardar para el desperdicio las cosas de este mundo, al enterarse que estaba escribiendo una interpretación de la obra de Borges su famoso coetáneo, decidió regalarme el repertorio, completo, de la revista *Sur*, que tenía en su piso de la Calle Maldonado, donde estuve almorzando casi un año, en compañía de una hermana de Enrique Santos Molano, a quien también acogía la poeta.

Fue Amira de la Rosa quien reveló los secretos de Roberto Lañas.

Según su relato, Roberto, que había nacido en Cali en 1908 y era uno de los nietos de Policarpo Vallecilla y Josefa Salas, había hecho la primaria con los hermanos maristas en una escuelita del barrio San Antonio, luego el bachillerato con los hermanos franciscanos en el Colegio Seráfico y como quisiera ser cura inició el noviciado en La Porciúncula de la capital.

Con una beca medio erótica y franciscana fue a Roma a estudiar al Instituto Sapienza donde se haría sacerdote, una de las profesiones que la iglesia depara a los hijos de las buenas pero pobres familias. Allí aprendió inglés, griego, latín, alemán, francés e italiano hasta el día en que, de tanto trasegar por las calles romanas, el rubio y alto vallecaucano de ojos azules y cabello ondulado se enamoró de un siciliano de cabellos negros y colgó los hábitos.

Según Ladislav Farago, que cita como fuente de sus noticias en *El juego de los zorros* a Gregorio Prieto, el pintor postista que vivía

Harold Alvarado Tenorio

esos años en Roma de la mano de Ramón del Valle Inclán, Lañas, al renunciar a su vocación y verse presionado por la iglesia al haber roto sus compromisos sagrados regresó a Cali con su amante de apellido Montiele y trabajó como recepcionista en el Hotel Alférez Real pero inesperadamente volvió a París para estudiar Ciencias Políticas en la Sorbona, de donde, en 1938 se trasladó a Ginebra para desempeñarse como traductor en la Oficina Internacional del Trabajo. Fue allí, en un cabaret de travestidos, donde entró en contacto con los reclutadores de espías nazis, tan perseguidos por las agencias de contraespionaje norteamericanas que según Farago, para comienzos de los años cuarenta, Alemania solo tuvo seis espías en la costa oeste de los Estados Unidos:

“El hombre singular del sexteto –dice Farago en su famoso libro era el lingüista colombiano Roberto Lañas Vallecilla, que llegó a los Estados Unidos en septiembre de 1940 bajo los auspicios del Amt Ausland/Abwehr im Oberkommando der Wehrmacht, el servicio secreto alemán. Le fue muy bien como lingüista, como espía e incluso como soltero atractivo, combinando las tres vocaciones en beneficio de sus empleadores”.

Luis Zalamea Borda ha dejado en sus memorias el registro de cuando conoció a Lañas en New York, en plena actividad como espía nazi.

“En un acto conmemorativo del 20 de Julio en el Consulado de Colombia, dice, conocí a Roberto Lañas un caleño fascinante de unos 35 años de edad. De formación jesuita y fácil palabra, exponía tesis fundadas en la lógica aristotélica en defensa de su posición abiertamente pro alemana en la guerra, adoctrinando a un grupito de jóvenes que lo emulaban y rodeaban embelesados con sus ideas, entre ellos los “playboys” criollos Abraham y Diego Domínguez Vázquez, adinerados nietos del General Alfredo Vázquez Cobo, uno de los viejos jefes del conservatismo en el Valle del Cauca. Como otro gesto de rebeldía y desafío al establecimiento, yo pronto ingresé a aquella cofradía de

ADMITS ESPIONAGE CHARGE

Colombian, However, Is Not Allowed to Plead Guilty

Roberto Lanas Vallecilla, 35 years old, offered to plead guilty in Federal court yesterday to an indictment accusing him of espionage in behalf of Germany, but Judge John C. Knox declined to accept the admission after the defendant had conferred with counsel.

Vallecilla is a native of Colombia, who until recently had non-confidential employment in Washington as a translator for the Coordinator of Inter-American Affairs. He told Judge Knox he had served Germany, before Pearl Harbor, "for money," and that his assignments involved sending messages in secret ink. John F. Sonnett, chief assistant United States attorney, told the court Vallecilla had offered a woman here \$400 a month to assist him. Because the offense attributed to him was not committed in time of war he faces a maximum penalty of twenty years imprisonment instead of death.

The New York Times

Published: August 27, 1943

Harold Alvarado Tenorio

germanófilos. Nos reuníamos en el lujoso apartamento de Lañas, que despilfarraba dinero sin tener fuentes visibles de ingresos, y allí escuchábamos por la Radio de Berlín los triunfos de la Wehrmacht de Hitler a través de las estepas de Rusia, Bielorrusia y Ucrania hacia sus objetivos principales de Moscú, Kiev y Sebastopol.”

En sus años de New York Lañas fue un dandi y un febril enamorado al servicio del nazismo. Vestía preciosos trajes oscuros de corte y paño ingleses que combinaba con camisas y mocasines a medida comprados en las exclusivas tiendas de Oxford Street en Londres. Bebía poco y muy fino, con cierta adicción a los brut españoles, posaba de filólogo, jurista, cronista y académico. Herlinda Roldán, una historiadora del nazismo en la España de la postguerra que ha seguido la huella de Lañas en New York, dice que tenía un encanto personal hipnótico que le permitía hacer amistad con gentes muy refinadas, y le abría las puertas de los sitios más exclusivos. Según la señora Roldán, las aventuras de Lañas en los Estados Unidos apenas son comprobables con aquellas de otro colombiano, Carlos Palau, en la España de la transición, cuando llegó incluso a pretender a las dos herederas del trono en un baile de máscaras en Las Vistillas de Madrid, fue amante de varias actrices de moda como Ángela Molina, que le obsequió uno de sus hermosos Morris Minor y el Rey Juan Carlos le llevaba en su moto alemana hasta los Alpes suizos en busca de chicas colombianas de pro. Uno de los primos de Roberto Lañas, cuenta la señora Roldán, relata cómo en una fiesta a la que asistieron, al ver que no bailaba y le preguntara por qué no lo hacía, este habría respondido: *“La última vez que bailé, lo hice con Su Alteza Serena Sofía von Hohenberg de Austria.”*

Nadie sabe a ciencia cierta qué tipo de espionaje realizaba Lañas. Las acusaciones apuntan a que informaba sobre la producción de armas y sus estructuras a través de contactos que tenía en Lisboa y Barcelona, pero lo cierto es que pudo ser investigado por los organismos secretos gracias a las denuncias que una bella modelo llamada Audrey

Retratos de memoria

Roncovieri, a quien Lañas había contratado como asistente, pero cuyas pretensiones amorosas había rechazado, lo vendió al FBI diciendo que era el organizador de una red de espías y concupiscentes nazis.

Lañas fue perseguido por más de dos años, entre 1941 y 1943, hasta que una de sus novias, hija de un contralmirante de la marina norteamericana, despechada por haber sido también víctima de un engaño sentimental, encontró una carta escrita con tinta invisible que su pretendiente quería hacer llegar a Lisboa, donde informaba que entre Julio de 1940 y Marzo del 41 se habían fabricado unos 7000 aviones, 4000 de ellos despachados a Inglaterra. La carta, escrita en español, pretendía ser una nota amistosa donde se contaba al confidente que quien escribía no había podido obtener una visa para visitar los Estados Unidos y estaba firmada con un *Tuyo hasta la muerte*. Fue entonces cuando la hija del contralmirante vino a saber que Gabriel Reyes se llamaba Roberto Lañas y era un colombiano al servicio del nazismo con una red de la que hacían parte Alberto Gonzalez Acevedo, Juanito Boix y Gretna Berkowitz antisemitas y exreligiosos vinculados con sectas secretas del catolicismo que iba a elegir al Cardenal Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli Graziosi como Papa Pio XII. “*Sus actividades llamaron por primera vez la atención de las autoridades federales en la primavera del 41, cuando se recibió información de una alta fuente europea*”, dice el informe del agente Edward Mooney del Departamento de Justicia de los Estados Unidos que le detuvo en el 43.

Fue capturado en la misma casa de la muchacha de quien Lañas se despedía cada tarde con un *sweet dreams, my darling* mientras escuchaban canciones de Big Crosby y Edith Piaf que tanto gustaban. Lañas fue condenado a la pena capital en la silla eléctrica.

Abandonado por los nazis, asumió su defensa demostrando que la información que contenía la carta interceptada era un resumen de las noticias que aparecían en los periódicos sobre las armas yanquis. Incluso, durante el juicio, uno de sus parientes atestiguó que el acusado lo único que en verdad hacía era engañar a los alemanes vendiéndoles

Harold Alvarado Tenorio

incluso mentiras para ganarse unos dólares de mas para sus exorbitados gastos de gigoló y buena vida.

Otras de las recientes investigaciones sobre las actividades de Lañas indicarían que él como su grupo de apoyo eran en verdad seguidores de Wilhelm Franz Canaris, un anti-nazi que planeo varios de los atentados contra Hitler, incluyendo el del 20 de julio de 1944, y lo que hacían en New York era colaborar con la expatriación desde Europa de ricos judíos influyentes que escapaban a través de Alemania pasando por España y Portugal hasta llegar a América. Se dice también que ese grupo fue el que persuadió a Francisco Franco para impedir que las fuerzas alemanas pasaran a través de España e invadir Gibraltar.

Lañas y sus abogados convencieron a la justicia norteamericana que se trataba en su caso más de un pícaro colombiano que un verdadero espía del nazismo, y con la intervención del ex presidente López Pumarejo fue deportado, tras el indulto de la pena de muerte, a Colombia en 1948 donde comenzó desde cero como subdirector de la oficina de aseos municipales, luego inspector de policía, secretario de la oficina de circulación y tránsito y por último, durante dos décadas, un empleado de confianza de los sectores más recalcitrantes de la Universidad del Valle, donde fue profesor de filosofía, jefe de relaciones públicas y secretario general.

Nada se sabe de la vida secreta de Roberto Lañas durante los años que trabajó en la Universidad del Valle, pero según las confidencias que hizo a un empleado de la curia caleña apodado *El Gordo*, ofreció al Milagroso de Buga la promesa de que si le daba larga vida sería casto. Lo cierto es que Lañas actuó en la Universidad del Valle durante todos los años en que esa institución de educación superior fue un instrumento satélite para la implementación del llamado Plan Básico, o “Plan Atcon” (1960 y 1970), “Plan Karachi”, en Asia (1959-60) o “Plan Addis Abeda”, en África, (1960-61), ideados en el departamento de estado norteamericano por Rudolph P. Atcon para desmovilizar la universidad crítica creada en Rosario y convertirla en tecnocrática, sumisa a los dictados del neoliberalismo eliminando las carreras



Roberto Lañas, el empresario Sofonías Collantes, la historiadora Herlinda Roldán y el capitán Tulio Hernández, comandante de la nave de Avianca que se estrelló en Mejorada del Campo Barajas, donde fallecieron Martha Traba y su esposo y otros 181 pasajeros en noviembre de 1983.

humanísticas. En Colombia destruyeron la historia y borraron de la memoria los debates políticos partidistas. Al jubilarse, Lañas volvió a España, donde le encontré aquella fría mañana de Noviembre, conversando animadamente con Felicidad Blanc-Panero y Pepe Hierro.

Lañas se movía a sus anchas entre la elite de colombianos que gozaba de los privilegios del tardo franquismo. Y aun cuando detestaba entrar al Chicote, era un habitual de cafés como Miami, Zahara y la Manila, su preferida, porque desde el segundo piso podía observar la multitud hasta las tres o cuatro de la mañana. Pero sus mejores ratos los pasó sin duda en las terrazas de Fuima e Iruña, cerca de Plaza de Callao.

Otra de sus pasiones fue el cine, que veía en Coliseum, Luchana, Palafox o Cid Campeador. Yo le acompañé en varias ocasiones a los estrenos de algunos filmes de la época. Luego de ir a una pequeña capilla cercana a su casa en el barrio de Salamanca, donde orábamos a la Virgen del Pilar, muy recamada ella en oro y plata, Roberto Lañas me invitaba a ver filmes como *Canciones para después de una guerra*, de Martin Patino, o *La semana del asesino* de Eloy de la Iglesia.

Los últimos años de su vida los pasó como portero de La Cartuja de Jerez de la Frontera, cerca a Cádiz, donde invitó en varias ocasiones a poetas como Eduardo Carranza o al futuro director del Instituto Caro y Cuervo, el Doctor José Ignacio Chaves Cuevas, también Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Lengua Colombiana, que gustaba mucho de los anisados y platillos que preparaban los hermanos cartujos. Como se sabe, los cartujos tienen por lema la frase *Stat crux dum volvitur orbis*, algo así como mientras la cruz permanezca que el mundo de vueltas, una suerte de consigna budista según la cual sólo la contemplación, la búsqueda del nirvana, salva de la angustia de vivir y nos libra de la codicia por el dinero y la gloria. Vivir aislado en una celda libera de la soledad del mundo y concilia con la multitud del ser, los miles que somos en nosotros.

En varias ocasiones trató de convencerme hiciera votos de eremita y viajara con el a la Cartuja. Incluso contaba que había pasado varias temporadas en compañía de un par de poetas dipsómanos, Jaime Garcia

Retratos de memoria

Mafla y Germán Posada, levantándose muy temprano, orando y laborando la tierra, sin jefe alguno o plan previsto, leyendo en algunos libros, incluso las novelas eróticas de García Marquez o los poemas patrióticos de Carranza, que no podía compartir con nadie pues la orden les prohíbe la conversación y los diálogos entre ellos.

Roberto Lañas murió de un infarto de miocardio el 28 de noviembre de 1988, ochenta años cumplidos. Al enterarme de su muerte volví a ver ese pequeño óleo de Zurbarán que colgó durante años en su cuarto de soltero en el barrio de Salamanca y aquel chiste, que repetía, sobre dos cartujos que a las cinco de la mañana continúan cavando su tumba mientras recitan el mantra hermano, hermano, de morir tenemos y de repente una voz desde lo alto les responde: claro marranos, si no comemos.

Revista Cronopio, n° 31, Medellín, 5 de abril de 2011.

UNA FAMILIA EJEMPLAR

*“Época fue de grandes ambiciones;
el pueblo de Colombia estaba herido,
y al palacio, en cuartel ya convertido,
llegaron por la noche tres ladrones.”*

Anónimo, c. 1956

Gustavo Rojas Pinilla fue el último de los hijos de un coronel que, siendo jefe militar de Tunja, había participado en la Guerra de los Mil Días del lado del gobierno, contra las guerrillas de los liberales. Terminado el bachillerato ingresó a la escuela militar y para 1923 ya era teniente en Manizales. Siendo ministro de la guerra Plinio Mendoza Neira, fue enviado a la Alemania Nazi para comprar maquinas que permitieran hacer municiones en Bogotá. En el segundo gobierno de López Pumarejo fue a Estados Unidos para adquirir armas y ocupó la dirección de la Aeronáutica Civil, todo bajo los auspicios de Alberto Lleras Camargo, que fue en ambos gobiernos el verdadero poder tras el trono.

Mariano Ospina Perez, a quien Lleras Camargo entregó el poder, lo hizo comandante de la Primera y Tercera Brigadas, donde pacificó los rebeldes gaitanistas con la ayuda de Los Pájaros, en especial de León Maria Lozano, alias *El Cóndor*, lo que le mereció ser ascendido a general y nombrado comandante de la Brigada de Institutos Militares y Ministro de Correos.

Elegido Laureano Gómez, a quien Alberto Lleras odiaba por haber sido uno de los promotores la caída de los dos gobiernos de López Pumarejo, aprovechando que el presidente titular había sufrido un



Samuel, Samuel Gustavo, María Eugenia y Nestor Iván, la familia Moreno Rojas.

infarto, Lleras convenció a Urdaneta Arbeláez, que hacía las veces de presidente, de nombrar como comandante del ejército a Rojas Pinilla, con la fuerte oposición de Laureano Gómez, que sabía de los vínculos secretos y favores debidos por Rojas a Lleras Camargo.

El 13 de junio de 1953 con el apoyo de Mariano Ospina Pérez, Roberto Urdaneta Arbeláez, Gilberto Alzate Avendaño, Lucio Pabón Núñez, las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional, el Directorio Nacional Conservador y representantes de ambos partidos Rojas se hizo presidente.

Una Asamblea Nacional Constituyente, que había sido convocada por Laureano Gómez, le ratificó, afirmando que en esa fecha había quedado vacante el cargo. Darío Echandía calificó el despojo de “*golpe de opinión*”, debido al multitudinario respaldo que recibió, promovido en la sombra por el Secretario General de la OEA desde Washington.

Aun cuando los historiadores y estudiosos de su gobierno sostienen, que tanto social como políticamente, el país nunca fue más el mismo y que Rojas Pinilla fue derrocado por sus contradicciones con la elite política que controlaba Lleras Camargo, quien, con la ayuda de los sobrinos de Eduardo Santos y sus numerosos amigos de El Tiempo, causaron el abucheo a la hija del dictador el 29 de enero de 1956, que terminó en la matanza de nueve civiles, ocho días después en la misma plaza de toros La Santamaría, la otra verdad fue que Rojas Pinilla y su entorno, utilizaron el poder para enriquecerse.

Según la revista Time, Rojas Pinilla se había convertido en el primer ganadero del país con nueve grandes haciendas y miles de cabezas de ganado. “*El rollo de alambre de púas se convirtió en símbolo de la nacionalidad sustituyendo el escudo patrio*”, dijo el senador Belisario Betancur. Y al referirse a los militares en general, decía el magazín gringo, que se habían rodeado de toda clase de comodidades, como equipos importados de televisión, alimentos enlatados, un club de oficiales de fábula, que encontraban fácil la obtención de préstamos para sus negocios, recibían comisiones al efectuar transacciones militares y usaban los obreros del gobierno en sus haciendas.

Retratos de memoria

La más memorable de las constancias de la corrupción de su gobierno la dejó escrita, en *El Espectador*, Gabriel García Márquez, con *Relato de un Náufrago*. La historia del siniestro de un destructor, famoso por haber hundido un submarino alemán en aguas del Caribe durante la segunda guerra mundial, donde murieron seis de sus tripulantes, salvándose uno que contó cómo el buque venía repleto de frigoríficos, televisores y lavadoras de contrabando, causando el cierre del diario y el exilio del reportero.

Las denuncias contra la corrupción de la familia presidencial, hoy se sabe, fueron las causas para que la dictadura cerrara los diarios de la capital, como también algunos de provincias. Un artículo reciente de Carlos Camacho de la Universidad Externado hace un recuento de las actividades punibles del esposo de la única hija del dictador, Samuel Moreno Díaz, padre de los pergenios que han sido condenados por corrupción hace poco.

Dice que, siendo aún soltero, el yernísimo ya en 1949 expedía títulos adulterados o falsas licencias; narra cómo logró ingresar al clan familiar del presidente y ser director del *Diario de Colombia*, la prensa oficial del régimen, lo que le permitía hacer negocios, como el que menciona Joaquín Paredes Cruz, mediante el cual, tras la aprobación de un contrato por la junta directiva del Instituto de Crédito Territorial de cincuenta millones de dólares, un 6% de esa suma fue a parar al bolsillo del señor Moreno Díaz.

Richard Poole, segundo secretario de la embajada norteamericana sostiene que recibía dinero para permitir la importación de televisores, y que un empleado de la Philips le había contado que la compañía había pagado a Moreno Díaz un soborno de 100.000 dólares por la venta de 10.000 televisores al Banco Popular y ese dinero había sido depositado en cuentas norteamericanas. El funcionario de la Philips comenta, además, que esas eran apenas unas de las negociaciones en que Moreno Díaz participaba, porque también lo eran otros miembros del clan. Alude, también, que otro empleado de la misma entidad estimaba que el yerno había ganado, solo en el año 1955, unos 2.000.000 de dólares

y “*que el presidente vivía molesto por sus aventuras con mujeres de la vida alegre.*”

En 1957 Moreno Díaz fue nombrado miembro de la Asamblea Nacional Constituyente que quiso asegurar la continuidad de Rojas Pinilla en el poder, momento en el cual las noticias de prensa informaban que hacía seis meses no se enviaba café a Venezuela, pero que en Maracaibo reposaban 150.000 bultos, que pertenecían, según sostuvo un capitán de apellido Díaz, a Samuel Moreno. En abril de ese año fueron censuradas las noticias que denunciaban negociados en las carboneras de La Cerrazón en el Magdalena, por un contrato con una empresa italiana cuyo representante era el yernísimo. El artículo trae un cuadro que muestra cómo, el patrimonio del esposo de la nena Rojas, había pasado de cero pesos en 1952 a \$251.000 en 1955. Y el de María Eugenia, de \$75.000 a \$250.000 para 1955. La revista Visión, proscrita por entonces, sostuvo en un artículo “*que la mayor consignación verificada en uno de los bancos de los Estados Unidos fue la que hizo doña María Eugenia Rojas de Moreno Díaz.*”

En la memoria del juicio que le hizo el Senado a Rojas, el representante Emiliano Guzman sostiene que en 1952 el patrimonio del matrimonio Rojas-Correa era de \$194.500, pero cuatro años más tarde alcanzaba los \$6'220.000. Además, sus tres hijos Gustavo, María Eugenia y Carlos aparecían en 1956 sumando un patrimonio de \$1'888.394. El documento sostiene que el patrimonio obtenido durante su presidencia podía calcularse en \$8'118.394.

Asombra, por decir lo menos, que la Enciclopedia de la Biblioteca Luis Angel Arango, redactada para congraciarse con sus padrinos, ignore la abundante bibliografía y los hechos recientes de esta familia ejemplar, y en un capítulo de 1631 palabras haga glorificaciones de Maria Eugenia Rojas de este tenor: “*Casada con Samuel Moreno Díaz, distinguido abogado, político y periodista; son sus hijos Samuel Gustavo y Néstor Iván*”. “*María Eugenia libró la gran jornada por los derechos femeninos y coadyuvó a que le otorgaran a la mujer el derecho de elegir y ser elegida por voto popular; la cédula número 20 000001*

Retratos de memoria

perteneció a su madre y la 20 00002 a ella". "Fue la primera policía y mujer piloto de helicóptero en Colombia y la segunda en el mundo; fue 3 veces campeona de salto alto en equitación." "Sus programas buscaron el alivio a los más pobres; se adelantaron programas de alimentación, vestido, vivienda digna, atención médica, actividades recreativas. Los mercados populares, los aguinaldos del niño pobre, los restaurantes escolares, los precios populares para los radios, televisores, y otros elementos de la tecnología moderna se convirtieron en facilidades acogidas por los sectores populares." "También fue concejal en todas las capitales departamentales y en 103 municipios; y diputada en las 16 Asambleas Departamentales." "Fue miembro de las juntas directivas de las Empresas de Teléfonos y Acueducto de Bogotá y la Beneficencia de Cundinamarca. Con Gustavo Rojas Pinilla fundó la Alianza Nacional Popular (ANAPO). La ANAPO llegó a ser el partido mayoritario de Colombia en 1970." "En 1982, fue designada por Belisario Betancur, gerente general del Instituto de Crédito Territorial. En 1986 fue elegida presidente de la Corporación de Ahorro y Vivienda (CORPAVI). Se retiró del Instituto de Crédito Territorial en agosto de 1987, e inició campaña como candidata a la Alcaldía de Bogotá."

El encomio de la enciclopedia ignora que para el vulgo SENDAS significaba *Se Enriquece Negociando Dineros Ajenos Samuel*. Y que el entonces senador Carlos Lleras Restrepo afirmó en 1958: *"La Jefatura de Rentas (hoy Dian) se convirtió en un antro repugnante, donde a la vez que se cometían los negocios más ilícitos, se utilizaban los instrumentos fiscales para la persecución de los ciudadanos. Se montó un sistema de extorsión y de explotación realmente inaudito, pero todo el mundo sabe cómo el señor Samuel Moreno Díaz no dejaba ese negocio, devengando comisiones y honorarios sin cuento, no por su competencia, porque de nada de eso entendía, sino simplemente porque bastaba una llamada del señor para combinar qué resoluciones de revisión se dictaban, de qué manera se fallaban los asuntos de impuestos"*.

"La Capitana" o "La nena Rojas" ha sido mencionada como la ideóloga de la ruina de varios centenares de empresas municipales

Harold Alvarado Tenorio

donde ella, o sus representantes de la Anapo y La Pelusa, se las robaron literalmente. También ha sido sindicada de haber recibido un millón de dólares, en el Palacio de la Nunciatura, al lado de su casa, para que su padre no lanzara a las calles la chusma el día que le robaron las elecciones, aparte de ser uno de los fundadores del M-19, que recibió otro millón para abandonar la Embajada Dominicana de la mano de Victor Sasson Tawil, y fue asesora permanente, de su hijo, en el defenestramiento de la alcaldía de Bucaramanga.

Nestor Iván, médico nacido en Miami, fue Senador, ministro de Trabajo y Seguridad Social de Ernesto Samper, representante a la Cámara, alcalde de Bucaramanga, cuya gestión fue severamente criticada por haber dejado la ciudad con un déficit de 40.000 millones de pesos, haciéndola financieramente inviable. Por ello le acusaron de causar un incendio en la alcaldía, a fin de quemar los documentos que habían servido a la Contraloría para investigar en su contra. Un 28 de abril fue capturado por orden de la Corte Suprema sindicado de concusión, cohecho y celebración de contratos sin cumplir con los requisitos necesarios, y condenado a 14 años de prisión, por haber, además, logrado que, por su intermediación, le dieran a su esposa dos estaciones de gasolina en la vía Bogotá-Girardot. Las coimas que habría recibido suman unos 6.000 millones de pesos.

El pasado 15 de febrero, el exalcalde de Bogotá, Samuel Moreno, el otro hijo de la pareja Moreno-Rojas, fue condenado a 35 años y 21 días de prisión por su responsabilidad en la exigencia de comisiones para entregar millonarios contratos de infraestructura vial durante su administración. Moreno Rojas ya cumple una condena de 24 años por las irregularidades que rodearon la celebración y ejecución de un millonario contrato que tenía como objetivo el mejoramiento del servicio de ambulancias en Bogotá. En su contra existen otros dos procesos más: las irregularidades en la cesión del contrato de la fase III de Transmilenio y el convenio para la obra Tunjuelo-Canoas, relacionada con Odebrecht. Fue condenado el 13 de noviembre de 2019 a 24 años de cárcel, pero la *Honorable* Corte Suprema de Justicia de

Retratos de memoria

Colombia, tres años mas tarde, le redujo la sanción en 13 años.

Un locutor que labura para una emisora extranjera, donde se odia todo lo que huela al partido del actual presidente de la república y se hacen juicios sumarios a todo aquel que no le colabora, al ver la foto de portada de una revista que entrevista a Samuel Moreno Diaz y su esposa María Eugenia Rojas, él, de 99 años y ella, de 85, exclamó: *están estupendos.*

El Nacional, Caracas, 6 de marzo de 2019.

ÁLVARO MUTIS: UN FRAUDE A LA NACIÓN

Entre el 17 y el 26 de junio de 1959, durante el Primer Festival del Libro bajo la dirección de Manuel Scorza, que moriría en Mejorada del Campo en un avión de Avianca que traía a Colombia varios invitados de Belisario Betancur a uno de esos ágapes que le organizaba Dario Jaramillo Agudelo en la Casa de Nariño, se vendieron en Bogotá, Cali y Medellín 300 mil unidades de libros de autores colombianos, 30 mil de ellos de *La Hojarasca*. El Espectador del 23 de agosto dijo entonces: “GGM fue un autor discutido, ahora es un escritor consagrado”.

Casi un año después, en un periódico desconocido [*Acción Liberal*, n° 2, Bogotá, 1960], GGM publicaría [*La literatura colombiana, un fraude a la nación, una literatura de hombres cansados*] texto sobre la mediocridad de la entonces literatura colombiana y la sed de buena literatura de sus lectores.

Como se ha reseñado recientemente, aquel comentario quiso ser un balance de cuatro siglos de literatura nacional, realizado, precisamente, por quien es hoy el más grande de nuestros escritores, “el único admirado y conocido en el mundo entero”. GGM con su acostumbrada aparente ligereza de juicio, pero con un acierto inigualable, señalaba como para entonces el único autor reconocido fuera de Colombia era el articulista Germán Arciniegas, a quien, precisamente, no podía considerarse un creador o un artista y que Tomás Carrasquilla no era conocido merced a que había escrito en antioqueño y no podía comprarse con Gallegos, Neruda o Mallea a pesar de sus esplendidos argumentos. Nuestra literatura se reducía, entonces, “a tres o cuatro aciertos individuales, a través de una maraña de falsos prestigios”, así hubiesen aparecido en 300 años 800 novelas y Piedra y cielo, el movimiento poético inventado por Carranza para españolizar la pobre poesía colombiana, resultaba un fenómeno mas histórico que estético, que sólo los malos novelistas



Juan Carlos I, rey de España y Alvaro Mutis

han escrito más de una novela, y “los pocos cuentos buenos no los han escrito los cuentistas y a la inversa, los cuentistas consagrados no han escrito los mejores”, etc., etc. Y enumeraba ciertos hechos que no terminan por estudiarse y/o sanar:

“En Colombia se han ensayado todas las modalidades y tendencias de la novela y la narración. Se han experimentado todos los manierismos poéticos e inclusive buscado de buena fe nuevas formas de expresión. Pero, aparte de que las modas han llegado tarde, parece ser que nuestros escritores han carecido de un auténtico sentido de lo nacional, que era sin duda la condición más segura para que sus obras tuvieran una proyección universal.

En la segunda mitad del siglo XIX, mientras el hombre colombiano padecía el drama de las guerras civiles, los escritores se habían refugiado en una fortaleza de especulaciones filosóficas y averiguaciones humanísticas. Toda una literatura de entretenimiento, de chascarrillos y juegos de salón prosperó en el país, mientras la nación hacía el tránsito hacia el siglo XX. Los costumbristas no se interesaron por el hombre sino en la medida en que constituía el elemento más pintoresco del paisaje. En la edad de oro de la poesía colombiana, se escribieron algunos de los mejores poemas europeos del continente. Pero no se hizo literatura nacional. [...]El esfuerzo individual, el puro trabajo físico, puede producir un escritor esporádico y es de todos modos condición indispensable de la creación, pero ni la sucesión ni la coincidencia de unos cuantos escritores conscientes en tres siglos, pueden producir una auténtica literatura nacional. Al parecer, ese es el caso de Colombia. Incidentalmente, habría que decir en favor de esos buenos escritores eventuales, que su obra es tanto más meritoria en Colombia cuanto que ha sido un trabajo de horas escamoteadas a la urgencia diaria. No existiendo las condiciones para que se produzca el escritor profesional, la creación literaria queda relegada a las ocupaciones que dejen libre las ocupaciones normales. Es, necesariamente, una literatura de

Retratos de memoria

hombres cansados. [...] Se ha escrito varias veces la historia de la literatura colombiana. [...] Pero en la generalidad de los casos esa labor ha estado interferida por intereses extraños, desde las complacencias de amistad hasta la parcialidad política, y casi siempre distorsionada por un equivocado orgullo patriótico. De otra parte, la intervención clerical en los distintos frentes de la cultura ha hecho de la moral religiosa un factor de tergiversación estética. [...] La literatura colombiana, en conclusión, ha sido un fraude a la nación.”

En la misma edición de *El Espectador* donde se reseña la premonitoria nota de GGM, el poeta tolimense hace un extenso elogio de la, así llamada, poesía de Álvaro Mutis, el más grande camelo de nuestra literatura en casi quinientos años.

Lo que no recuerdan los lectores es que para la fecha en que GGM publicó su texto en ese diario liberal, Álvaro Mutis estaba recluido en la cárcel de Lecumberri en ciudad de México y que ya gozaba entre las roscas literarias continentales, prohijadas por las empresas petroleras norteamericanas y sus premios de novela, de un creciente prestigio fomentado por su insaciable apetito de fama y poder. Lo cierto es que GGM le ignora como narrador y como poeta en el momento de su balance de la literatura colombiana, así hubiese ya publicado en Lozada de Buenos Aires, *Los elementos del desastre*, 1953 y en Mito de Bogotá, *Reseñas de los hospitales de Ultramar*, 1955. Ese año, 1960, la Universidad Veracruzana publicó el *Diario de Lecumberri*, un pastiche donde imita descaradamente el *Journal du voleur* y *Notre Dame des Fleurs* de Jean Genet que habían aparecido, respectivamente, en Gallimard en 1949 y Barbezat-L'Arbalète en 1948.

Porque nadie, como GGM, ha hecho el retrato preciso de este falsificador y corruptor de la literatura colombiana durante mas de medio siglo. En Homenaje al amigo, otra de sus obras maestras, donde aparentando el elogio hace una reseña de los delitos del encomiado, publicado el 16 de diciembre de 2001 en *El País* de Madrid, dice cosas como estas que voy a transcribir en extenso, para goce del lector y ajuste de cuentas con el farsante:

“Alvaro Mutis y yo habíamos hecho el pacto de no hablar en público el uno del otro, ni bien ni mal, como una vacuna contra la viruela de los elogios mutuos. Sin embargo, hace 10 años justos y en este mismo sitio, él violó aquel pacto de salubridad social, sólo porque no le gustó el peluquero que le recomendé. He esperado desde entonces una ocasión para comerme el plato frío de la venganza, y creo que no habrá otra más propicia que ésta. Alvaro contó entonces cómo nos había presentado Gonzalo Mallarino en la Cartagena idílica del 49. Ese encuentro parecía ser en verdad el primero, hasta una tarde de hace tres años o cuatro años, cuando le oí decir algo casual sobre Félix Mendelssohn. Fue una revelación que me transportó de golpe a mis años de universitario en la desierta salita de música de la Biblioteca Nacional de Bogotá, donde nos refugiábamos los que no teníamos los cinco centavos para estudiar en el café. Entre los escasos clientes del atardecer yo odiaba a uno de nariz heráldica y cejas de turco, con un cuerpo enorme y unos zapatos minúsculos como los de Buffalo Bill, que entraba sin falta a las cuatro de la tarde, y pedía que tocaran el concierto de violín de Mendelssohn. Tuvieron que pasar 40 años hasta aquella tarde en su casa de México, para reconocer de pronto la voz estentórea, los pies de Niño Dios, las temblorosas manos incapaces de pasar una aguja por el ojo de un camello. ‘Carajo’, le dije derrotado. ‘De modo que eras tú’. [...]

Alvaro había sufrido ya los muchos riesgos de sus oficios raros e innumerables. A los 18 años, siendo locutor de la Radio Nacional, un marido celoso lo esperó armado en la esquina, porque creía haber detectado mensajes cifrados a su esposa en las presentaciones que él improvisaba en sus programas. En otra ocasión, durante un acto solemne en este mismo palacio presidencial, confundió y trastocó los nombres de los dos Lleras mayores. Más tarde, ya como especialista de relaciones públicas, se equivocó de película en una reunión de beneficencia, y en vez de un documental de niños huérfanos les proyectó a las buenas señoras de la sociedad una comedia pornográfica de monjas y

Retratos de memoria

soldados, enmascarada bajo un título inocente: El cultivo del naranjo. Fue también jefe de relaciones públicas de una empresa aérea que se acabó cuando se le cayó el último avión. El tiempo de Alvaro se le iba en identificar los cadáveres, para darles la noticia a las familias de las víctimas antes que a los periódicos. Los parientes desprevenidos abrían la puerta creyendo que era la felicidad, y con sólo reconocer la cara caían fulminados con un grito de dolor.

En otro empleo más grato había tenido que sacar de un hotel de Barranquilla el cadáver exquisito del hombre más rico del mundo. Lo bajó en posición vertical por el ascensor de servicio en un ataúd comprado de emergencia en la funeraria de la esquina. Al camarero que le preguntó quién iba dentro, le dijo: 'El señor obispo'. En un restaurante de México, donde hablaba a gritos, un vecino de mesa trató de agredirlo, creyendo que en realidad era Walter Winche, el personaje de Los intocables que Alvaro doblaba para la televisión. Durante sus 23 años de vendedor de películas enlatadas para América Latina le dio 17 veces la vuelta al mundo sin cambiar el modo de ser. [...]

Me preguntan a menudo cómo es que esta amistad ha podido prosperar en estos tiempos tan ruines. La respuesta es simple: Alvaro y yo nos vemos muy poco, y sólo para ser amigos. Aunque hemos vivido en México más de treinta años, y casi vecinos, es allí donde menos nos vemos. Cuando quiero verlo, o él quiere verme, nos llamamos antes por teléfono para estar seguros de que queremos vernos. [...]

Otro buen sustento de esta amistad es que la mayoría de las veces en que hemos estado juntos ha sido viajando. [...] De Barcelona a Aix-en-Provence aprendí más de trescientos kilómetros sobre los Cáratos y de los papas de Avignon. Así en Alejandría como en Florencia, en Nápoles como en Beirut, en Egipto como en París. Sin embargo, la enseñanza más enigmática de aquellos viajes frenéticos fue a través de la campiña belga, enrarecida por la bruma de octubre y el olor de caca humana de los barbechos recién

abonados. *Alvaro había manejado durante más de tres horas, aunque nadie lo crea, en absoluto silencio. De pronto dijo: 'País de grandes ciclistas y cazadores'. Nunca nos explicó qué quiso decir, pero nos confesó que él lleva dentro un bobo gigantesco, peludo y babeante, que en sus momentos de descuido suelta frases como aquélla, aun en las visitas más propias y hasta en los palacios presidenciales, y tiene que mantenerlo a raya mientras escribe, porque se vuelve loco y se sacude y patalea por las ansias de corregirle los libros.*

Con todo, los mejores recuerdos de esa escuela errante no han sido las clases sino los recreos. En París, esperando que las señoras acabaran de comprar, Álvaro se sentó en las gradas de una cafetería de moda, torció la cabeza hacia el cielo, puso los ojos en blanco, y extendió su trémula mano de mendigo. Un caballero impecable le dijo con la típica acidez francesa: 'Es un descarado pedir limosna con semejante suéter de cashemir'. Pero le dio un franco. En menos de 15 minutos recogió cuarenta. [...]

Estos exabruptos de Álvaro nos sorprenden menos a quienes conocimos y padecimos a su madre, Carolina Jaramillo, una mujer hermosa y alucinada que no volvió a mirarse en un espejo desde los 20 años porque empezó a verse distinta de como se sentía. Siendo ya una abuela avanzada andaba en bicicleta y vestida de cazador, poniendo inyecciones gratis en las fincas de la Sabana. En Nueva York le pedí una noche que se quedara cuidando a mi hijo de 14 meses mientras íbamos al cine. Ella nos advirtió con toda seriedad que tuviéramos cuidado, porque en Manizales había hecho el mismo favor con un niño que no paraba de llorar, y tuvo que callarlo con un dulce de moras envenenadas. A pesar de eso se lo encomendamos otro día en los almacenes Maysis, y cuando regresamos la encontramos sola. Mientras los servicios de seguridad buscaban al niño, ella trató de consolarnos con la misma serenidad tenebrosa de su hijo: 'No se preocupen. También Alvarito se me perdió en Bruselas cuando tenía siete años, y ahora vean lo bien que le va'. [...]

Retratos de memoria

Siempre pensé que la lentitud de su creación era causada por sus oficios tiránicos. Pensé además que estaba agravada por el desastre de su caligrafía, que parece hecha con pluma de ganso, y por el ganso mismo, y cuyos trazos de vampiro harían aullar de pavor a los mastines en la niebla de Transilvania. Él me dijo cuando se lo dije, hace muchos años, que tan pronto como se jubilara de sus galeras iba a ponerse al día con sus libros. Que haya sido así, y que haya saltado sin paracaídas de sus aviones eternos a la tierra firme de una gloria abundante y merecida, es uno de los grandes milagros de nuestras letras: ocho libros en seis años.”

Mutis, que no nació en Bogotá sino en Bélgica mientras su padre gozaba de las canonjías de la diplomacia al decirse descendiente de José Celestino Mutis, el sabio gaditano que despertó las pasiones del Barón de Humbolt, no estudió ni el bachillerato pues gracias a las raras intuiciones de su madre, Carolina Jaramillo viuda de Mutis, se educó en los billares y prostíbulos del centro de la capital colombiana, hasta que un golpe de suerte y politiquería le puso, a los 17 años, de director de la Radio Nacional cuando descendió al averno que le llevaría a la gloria: la Standar Oil Company de los Rockefeller, que desde 1870 ha sido la más poderosa y temida empresa del mundo.

La ESSO, que derrocó a Hipólito Irigoyen y Ramón Castillo, embargó las nacionalizaciones de Lázaro Cárdenas, tumbó a Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala, a Víctor Paz Estensoro en Bolivia, a João Goulart en Brasil, a Salvador Allende en Chile, a Juan Velasco Alvarado en Perú, colaborando en la derrota de Perón y derrocando a Arturo Frondizi, desnacionalizando el petróleo brasileño con la Operación Brother Sam, etc., etc., encargó al recién inaugurado poeta la nada fácil tarea de convencer, no sólo de palabra sino de obra, a un buen número de los 90 miembros de la Asamblea Nacional Constituyente que había legitimado el golpe de estado del dictador Gustavo Rojas Pinilla, de votar ahora en su contra, principalmente porque Rojas se disponía, aconsejado por Antonio García, el socialista

asesor de Paz Estensoro, a nacionalizar el petróleo colombiano. Actividades que fueron descubiertas por el Servicio de Inteligencia Colombiana (SIC) que controlaba el ministro de gobierno Lucio Pabón Núñez, quien ordenó la inmediata captura del culpable, que con la ayuda de Leopoldo Mutis, su hermano; el marchante de arte Casimiro Eiger y un caballero de industria, Álvaro Castaño Castillo, en una avioneta de la compañía petrolera logró huir hacia Cuba, hospedándose en casa del músico Julián Orbón, para luego trasladarse a México, donde el gobierno colombiano solicitó su extradición acusándole de ser el instrumento de una empresa extranjera para derrocar el gobierno legítimo.

Mutis dijo entonces que había dilapidado en juergas y comilonas con amigos las enormes sumas que la ESSO destinó a los sobornos de los constituyentes como pretendidas partidas de ayuda en obras de caridad, pero como los intereses políticos de la dictadura colombiana apuntaban a una denuncia contra la petrolera, los abogados de ésta aconsejaron a Mutis cometer una infracción que le llevara a la cárcel e impedir así su extradición, para lo cual se urdió la patraña de que el exiliado y perseguido intelectual había atropellado a una anciana y su nieto en una avenida mexicana, abandonando el lugar del crimen, siendo detenido y confinado en Lecumberri, sin proceso, por los quince meses que tardó en caer Rojas Pinilla.

Allí le visitaron varios periodistas que han contado esta historia. La Junta Militar que reemplazó a Rojas se desentendió del asunto, pero sólo doce años después, en 1969, siendo Canciller su amigo Alfonso López Michelsen durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, pudo regresar a Colombia. López Michelsen haría borrar todo vestigio de esta historia de los expedientes judiciales mexicanos con la ayuda de Antonio Carillo Flórez, el todo poderoso Secretario de Relaciones Exteriores de Gustavo Díaz Ordaz, [*informante de Agencia Central de Inteligencia y cerebro de los asesinatos masivos de estudiantes durante la rebelión estudiantil mexicana*], quien sería, además, director del Fondo de Cultura Económica en los años de la entronización de Mutis como poeta y como premio a sus servicios y sus prisiones, dos de los empleos

Retratos de memoria

más fabulosos que puede tener alguien en el mundo: un vendedor de películas de Hollywood aficionado a la poesía, pero protegido por el *Center for Inter American Relations*.

La “obra” de Mutis ha sido, tercamente publicada y popularizada, bajo la dirección de su hijo Santiago Mutis Duran, por el Instituto Colombiano de Cultura y otras entidades no gubernamentales financiadas con dinero público como la Fundación para el Fomento de la Editorial Norma con sede en Cali, mejor conocida como la Fundación Carvajal.

Tanto la llamada “poesía” como su prosa son ejemplos incontestables del arte de la sociedad de consumo. Para él la literatura fue entonación, una suerte de locutor vigilado por un foniatra, un poeta y narrador que mas que cantar o contar, interpreta y seduce, a la manera de William Joyce u Otto Greiffestein. Epígono de la voz radial de Jorge Zalamea en sus traducciones de Perse, Mutis hizo de sus monodias presagio de la vacuidad, o como él prefería llamarla: desesperanza. Desde *Los elementos del desastre* (1952), *Reseña de los hospitales de ultramar* (1959) y *Los trabajos perdidos* (1964) “lo mismo” fue su asunto.

Decadencia, soledad, ruina física y moral, trivía, abulia, pocilgas, camastros, mendrugos, trapos y errancia son las rutas y geografías que recorre sin descanso, y sin que importe al lector, *Maqroll El gaviero*, sosias y único pretexto literario de Mutis. Y como en las óperas de Verdi, el cambio de telón apenas deja sospechar un cambio de repertorio: Bengala, Tashkent, Akaba, Caucasia, Alaska, Trinidad, Jamaica, Spira, Amberes, Cócora, Paramaribo, Hamburgo, Cádiz, Belem do Para, etc., todos los caminos llevan a “lo mismo”. Quien maneja los hilos del aventurero Maqroll, y el aventurero mismo, nunca conocieron las gratificaciones de la salud corporal, del diálogo y el entendimiento, sólo la peste del cuerpo y el monólogo. Para ellos, avezados “*fuera de la ley*”, acaso apenas importe reflejar en los Otros y ¿el lector? su pestilente chorro de voz y la miseria de sus recuerdos.

Tras años de escribir una poesía esporádica, que nunca dejó de ser fragmentaria, con la publicación de sus “novelas” conoció la soñada fama que ansiaba en los aviones que le llevaron 17 veces alrededor del

planeta “sin cambiar el modo de ser”, como anota García Márquez.

La nieve del almirante (1986), por ejemplo, lleva a Maqroll por el río Xurandó a la búsqueda de unos aserríos, y de un comedero de camioneros en medio de la neblina y los precipicios de una selva tropical, con el único propósito de comprobar que la vida es “*un caótico derrumbe de proyectos y desastradas aventuras*”.

En *Liona llega con la lluvia* (1988), mientras regencia un burdel, los viajes del protagonista y los personajes secundarios son una pesadilla causada por los itinerarios de las agencias de viajes. En tres páginas recorre África del Sur, Tenerife, New Orleans, Khyros y Marsella, Liona es de Trieste, hija de macedonios; Larisa (Maqroll con faldas) conoce Singapur, Estocolmo, Buenos Aires, Palermo y tiene fantasías sexuales con un coronel de Napoleón y un consejero de los duques venecianos: *Un bel morir* (1989), sumerge al Gaviero en los pataleos de la violencia colectiva y al personaje central, en un aburrimiento mortal, que nadie entiende.

La última escala del Tramp Steamer (1989), confunde la adición del narrador con un barco fantasma y la crónica de un capitán vasco, enamorado de una hermosa loca propietaria de un navío, que como el narrador y el protagonista, está carcomido por la inercia. La ruta es de nuevo interminable: San Petersburgo, los canales de Finlandia, los caladeros de Costa Rica, Jamaica, el Orinoco, las selvas venezolanas.

En *Amirbar* (1990) se interna por caminos de mulas al encuentro con el socavón de una mina de oro y las fornicaciones con una Odette urania. *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1991), es un levantino que no conoce el perdón, pero considera inútil cualquier forma de venganza. (*Felices los felices*, había dicho Borges). *Tríptico de mar y tierra* (1993) presenta una suerte de abuelo Maqroll conversando con un nieto repipi que pregunta más que una lora; seguido de los recuerdos de su amistad con Alejandro Obregón y por último, el suicidio de un tal Sveren Jensen, que le escribe una carta contando su determinación.

Las “*novelas*” de Mutis son testimonio de la horrrisona posmodernidad no sólo porque narran la desgracia de un hombre que vivió el papel que no le correspondía, sino porque su prolongada experiencia como

Retratos de memoria

caballero de industria le enseñó, que con renovadas estrategias de mercadeo y algunos premios es posible convertir cualquier cosa, incluso la literatura, en un ítem más de los estantes de los supermercados.

Como dijo Jorge Child, uno de sus compañeros de generación:

“Tal vez Álvaro Mutis no ha llegado a ninguna profundidad literaria porque no ha sido capaz de abordar su verdadera historia, que mantiene escondida con la ayuda de sus amigos. Esa historia no sólo es divertida e ingeniosa, sino que relatada por un escritor si miedos podría comunicarnos la profunda rebelión de la condición humana”.

Durante años Álvaro Mutis estuvo empeñado en ganar todos los premios estatales del Reino de España. Ambiciones legítimas, le seducían los premios y las traducciones y pero más las camarillas que fue fundando cuando se dio cuenta que la gente no lo reconocía en parte alguna como poeta, sino como Walter Winchell, la voz del periodista norteamericano a quien doblaba para *Los Intocables*, una serie de la televisión mexicana con quien Mutis tuvo más de una coincidencia: de joven amó el vodevil y el cotilleo hasta convertirse en el chismoso estrella del *New York Daily Mirror* y la voz misma de los cigarrillos Lucky Strike. Políticamente comenzó atacando a Hitler para terminar siendo uno de los más notorios macartistas. Como Mutis, también padecía del Mal de San Vito.

Hambriento de premios y reconocimientos, como buen relacionista público supo que lo mejor para la venta de un producto era agenciarse un club de entusiastas en los medios más importantes donde el bien va a ser puesto al mercadeo. Mutis tuvo una legión de seguidores que alimentaba como pájaros de jaula a través del teléfono y las cartas y las visitas que su hijo más despreciado, Santiago, les hacía para recordarles, mientras les entregaba un ejemplar de sus revistas *Lady Godiva* o *Malversaciones desde La Soledad*, publicadas en alguna editorial del estado colombiano, pero repletas de elogios al dipsómano de Coello.

García Márquez llamó a esta virtud “*su generosidad de maestro de escuela*”: “*Ningún escritor que yo conozca -agrega el Nobel- se ocupa tanto como él de los jóvenes. Los instiga a la poesía contra la voluntad de sus padres, los pervierte con libros secretos, los hipnotiza con su labia florida, y los hecha a rodar por el mundo, convencidos de que es posible ser poeta sin morir en el intento*”.

“Poetas” que terminaban en las redacciones culturales de los diarios de México, Bogotá, Madrid o París, o firmando los varios libros de entrevistas que se hacía él mismo para difundir su sabiduría. Tan formidable era vendiendo sus libros, que los Hermanos Jorge Orlando y Moises Melo crearon en Cali un remedo de editorial para difundirlo. Y que sabía trabajar con la plata de los organismos del estado, lo demostró con su prolongada influencia en Premios, Becas y especialmente en viajes a Ferias del Libro donde le rendían homenajes dos veces cada año. Colcultura pagaba los pasajes y las borracheras, pero lo hacía con la conciencia limpia, pues contribuía al prestigio de Colombia como una nación de delincuentes de cuello blanco. Mutis mejor que poeta fue un hampón.

Desde que descubrió que José Maria Aznar iba a ser Presidente y que era bueno acomodarse un Cervantes o un Príncipe de Asturias entre el chaleco, Mutis no dejó de hacer cualquier cosa para llamar la atención de la monarquía española. Se sabe que se enamoró mucho de una hija de Felipe II, la infanta Catalina Micaela, cuyo verdadero nombre fue María Dolores de Cospedal, cuyo retrato hizo Sánchez Coello. Cada semana iba a El Prado a mirar el cuadro, antes de caer de improviso donde Mariano Rajoy y Esperanza Aguirre, a quienes obsequiaba con rancios epítomes que compraba a María Almudena Grandes Hernández, la pornógrafa de *Las edades de Lulú*, que habiendo caído en manos de fanático estalinista y espina dorsal de los despojos del Partido Comunista de Santiago Carrillo, Luis García Montero, fue la Dolores Ibárruri, alias *La Pasionaria*, de la novela posfranquista.

A esta pasión erótica agregó Mutis, desde los años de la transición del franquismo a la monarquía, una tremenda lambonería hacia el Rey

Retratos de memoria

de España, a quien no dejaba de comparar con Enrique IV de Francia, el primer Borbón. Juan Carlos I también iba a sobrevivir a los Valois de nuestro tiempo, iba a vencer a la maldita Catalina de Medicis, ahora conocida como Corinna Larsen, guía corrupta de la caza de elefantes.

Mutis era monárquico porque cuando estaba chiquito su mamá le compró una vieja aureola que usaba Rasputín y cuando se achispaba se coronaba para celebrarse ante el espejo mientras gritaba: *espejito, espejito, dime cual es el mejor poeta del cosmos* y el espejo, con una voz de Alzheimer, le respondía: *lo siento, es tu imitador, Juan Manuel Roca, el sobrino del comunista Vidales*. Por eso dijo que en España “*nadie sabe dónde iremos a parar con estos rojos*” agregando enseguida el lambetazo al Rey, la Reina, el Príncipe, las Infantas, recordando que entre esos que no han tenido la menor noción acerca del destino están Belisario Betancur, César Gaviria Trujillo y el mismísimo Ernesto Samper, un empleado de los hermanos Rodríguez Orejuela que han ordenado a otro de sus subalternos, el entonces gerente de *ArtEria*, Ramiro Osorio, la creación de un Ministerio de Cultura que sea controlado, mientras viva el seudo aristócrata, desde su casa de México.

Lo que nadie recordó en esos años, es que Álvaro Mutis, cuando no existían los Premios Cervantes y Príncipe de Asturias, iba por el mundo diciendo toda clase de desatenciones sobre su majestad, como aquella vez que exigió, en una entrevista con María Mercedes Carranza, la Constituyente Lírica del M-19, en su *Extravagario* de El Pueblo de Cali, afirmar que él “*creía en el destino de los pueblos ungidos por Dios porque soy monárquico legitimista. Es más, pienso que la independencia fue un despojo y que Colombia es una inmensa finca que no hay que devolver a los Tukak Makú. Nuestro gobernante debe ser don Juan Carlos Teresa Silvestre Alfonso de Borbón y Battemberg, Conde de Barcelona, junto a las Duquesas de Soria y Badajoz y no Juan Carlos, su hijo, que es un usurpador*”.

Cuba Nuestra, Estocolmo, 30 de agosto de 2011.

BELISARIO BETANCUR, UN PRESIDENTE EN LAS TINIEBLAS

Hace algunas semanas falleció Belisario Betancur, quincuagésimo segundo presidente de Colombia entre 1982 y 1986, uno de los momentos más convulsos de la historia del país, causados, en buena parte, por los delirios del mandatario, que en su obsesión por ejercer el poder aparentando, una inabarcable humildad, buscó la *grandeur de l'immortalité*, en una tutela, nada gratuita, de las artes, especialmente literarias, tras el desastre de su vida política.

Porque B.B., -como si fuese Brigitte Bardot en *Et Dieu... crée la femme*, anheló ser sabio, pero es el paradigma de un político insaciable de riqueza y poder, que, tras alcanzar la presidencia y haber causado numerosos daños sociales a la república, decidió, hasta la misma hora de su muerte, fingirse sucesor del emperador Adriano, cuando en verdad fue, del *Calígula* de Albert Camus, de quien presumía haber sido amigo, compitiendo en mitologías con Eduardo Santos.

Hijo de campesinos parientes de Omogaes y Sinifanáes, cerrilmente cautelosos, en una afligida vereda de Amagá, gracias a una beca episcopal pudo terminar el bachillerato en el Seminario de Yarumal, donde un liberal trató de apuñalearlo al grito de “Belisario H.P.” “Una noche, confesó a Maria Isabel Rueda, en el barrio de las putas, en un bar que se llamaba, el Verde Agujal, un tipo que estaba en una mesa de cinco, se levantó, sacó un cuchillo, yo me fui de culo, me eché pa’ atrás y me fui para la universidad”.

Doctor en Derecho con la ayuda de monseñor Félix Henao Botero en la Universidad Pontificia Bolivariana, fundada contra los republicanos españoles que habían invadido la universidad pública de Medellín, tan útil fue a cierta facción de su partido, como recordaría Julio Sánchez Cristo, que a los 22 años era Diputado a la Asamblea de

EL PAÍS

DIRECTOR: JUAN LUIS CEBRIÁN

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA

MADRID, LUNES 28 DE NOVIEMBRE DE 1989

Redacción, Administración y Talleres: Miguel Yuste, 40 / Madrid-17 / (91) 754 38 00 / Precio: 40 pesetas / Año VII, Número 2.436



Las primeras tareas de rescate de las víctimas del accidente estuvieron a cargo de diversos efectivos militares, Cruz Roja, bomberos y Guardia Civil. Estos equipos tuvieron grandes dificultades para realizar su trabajo al quedar muy expuestos en medio del avión de la compañía colombiana Avianca.

De los 194 ocupantes del "jumbo" de Avianca sólo hay 11 supervivientes

El incendio de un motor y una súbita pérdida de altura, probables causas de la tragedia aérea cerca de Barajas

Cuatro escritores y tres actores y 11 supervivientes en el balance preliminar del accidente del "jumbo Boeing 747-300" de la compañía colombiana Avianca, registrado en las proximidades del aeropuerto de Madrid a las 1.04 horas de la madrugada del domingo. Anunció, cuando se suspendieron los labores de rescate, que se encontraba hoy, Saturday por recuperar solo cadá-

veres y sólo otros ocho habían sido identificados. No se ha logrado establecer con certeza la causa de la catástrofe aérea, aunque las informaciones oficiales facilitadas por Avianca y el testimonio directo de uno de los supervivientes indican que el avión sufrió una súbita pérdida de altura después de que se identificara uno de sus cuatro motores cuando volaba a una altura

de unos 600 metros, a una velocidad de 320 kilómetros por hora y se encontraba apenas a dos minutos del aterrizaje en las pistas del aeropuerto de Barajas. Los dos cajas negras del avión fueron recuperadas ayer y una comisión investigadora, formada por dos representantes, un equipo de la compañía propietaria y expertos españoles, trabaja sobre los mismos.

Cuatro escritores latinoamericanos, una pianista y dos oftalmólogos españoles, entre las víctimas

En el avión, que procedía de París con destino a Bogotá, viajaban personas de diversas nacionalidades, entre ellas colombianos, franceses, italianos, suecos, alemanes, daneses, argentinos, vascos y españoles. La mayoría de los cadáveres extraídos de entre los restos del avión muertos hoy designados como víctimas del accidente que siguió al accidente. Los cadáveres, según unos primeros reportes, eran trasladados provisionalmente a un hangar del aeropuerto de Barajas, donde se iniciaron los trabajos de identificación, que en algunos que tardaron al menos 10 días en completarse. A lo largo del día fueron llegando a Madrid, procedentes de diversos países, familiares de las víctimas.

Las dificultades de identifica-

ción impidieron ayer conocer con certeza los nombres completos de las víctimas y su nacionalidad, dado que en los listas facilitadas por Avianca sólo figura un apellido y el destino de los viajeros. Se sabe, sin embargo, que a bordo del "jumbo" viajaban 23 italianos, 23 suecos, 15 franceses, 10 alemanes occidentales y al menos 3 españoles, los oftalmólogos madrileños, Federico Muñoz Casanova y Luis López Barrios, que representaban un congreso científico celebrado en Oslo, y la pianista catalana Rosa Barrios.

Entre los viajeros figuran también cuatro escritores latinoamericanos, entre ellos el novelista peruano Manuel Scorza, y entre los experimentados, el actor mexicano Francisco Nagler y sus dos hijos, Celí, de 5 años, y Ludovico, de 21 meses.

Patrick Nagler, de 26 años, aunque ayer en una entrevista radiofónica que se emitió, Elizabeth, sus cinco años de extraluzarse al avión, desde la verosimilitud vivida en la parte central del aparato, sólo uno de los motores estaba encendido. "En ningún momento se nos comunicó que un motor estaba en llamas", dijo Patrick. "Las aerolíneas se comunican desde a menudo con la mayor naturalidad y 10 segundos más tarde la catástrofe sobreviniera", añadió.

Colaborando con este testimonio, el director de Avianca para Europa, Rodolfo Anaya, manifestó en París que, de acuerdo con los datos de que dispone, consideraba en aéreo de Madrid creyeron ver

un pequeño resplandor en el punto "como si fuera fuego". "Después de una mínima información se oficial, según la cual uno de los motores había encendido", precisó Anaya. Sin embargo, otros equipos de empresas aéreas que en las circunstancias de altura, velocidad y estabilidad que se debían esa noche en Madrid sólo una coincidencia de otros factores de carácter humano, junto a una emergencia técnica del tipo del incendio de un motor del "jumbo" (ver página 10), pueden provocar un accidente como el ocurrido.

En el hangar donde están depositados los restos se celebró una ceremonia religiosa a la que asistieron miembros del Gobierno.

Los labores de rescate se interrumpieron a última hora de la tarde de ayer, debido a lo que la falta de luz impidió seguir trabajando con eficacia. Páginas 13 a 16 Más información en las páginas 10 y 11

NOY, EN EL PAÍS

Crece la oposición contra Marcos en Filipinas

Decenas de miles de personas se manifestaron ayer en Manila contra el régimen de Marcos, a propósito del 17 aniversario del nacimiento del líder de la oposición. Benigno Aquino, asesino de su padre ayer / Página 5.

Cerca de 90.000 personas se manifestaron en memoria de Franco

Página 10

Fan los refugios privados en centros de la red de Campes

Página 45

EL PAÍS DEPORTES

El Madrid sigue liderando la competición por el título de Fútbol Madrid, Barcelona, Juventus y CAI Zalgiris jugarán la Copa del Rey de baloncesto

Internacional	1	Esportista	10
Madrid	2	El mundo	11
Europa	3	El deporte	12
México	4	El mundo	13
El mundo	5	El mundo	14
El mundo	6	El mundo	15

Harold Alvarado Tenorio

Antioquia, a los 27, representante a la Cámara y a los 30, miembro de la Asamblea Constituyente que proclamó como presidente constitucional a Laureano Gómez, estrenándose, a los 40, en la llamada *Masacre de Santa Bárbara*, durante una huelga de obreros de cementos El Cairo, siendo ministro de trabajo del gobierno de Guillermo León Valencia, cuando con la firma del intelectual imitador de Borges, Pedro Gómez Valderrama, que fungía de ministro de gobierno, bombardearon con *napalm* un centenar de combatientes liberales que terminaron creando las monstruosas FARC, que ahora controlan el poder judicial de Colombia.

Veinte años más tarde alcanzaría la presidencia prometiendo “casas sin cuota inicial” y la “no creación de nuevos impuestos” para los pobres, con el apoyo del dictador Rojas Pinilla y su hija, la nena María Eugenia, *La capitana*, fundadora del M-19, a quien entregó el Instituto de Crédito Territorial durante cinco años, cuyos hijos, el alcalde de Bogotá, Samuel Moreno, y el alcalde de Bucaramanga, Iván, también Moreno, están presos por defalcar las arcas de esas ciudades. Las “casas sin cuota inicial” no solo arruinaron el ICT con los corruptos manejos de su directora, que enviaba el avión del instituto a recaudar las coimas, sino que miles de beneficiados terminaron perdiendo sus cuchitriles a manos de los intereses bancarios. BB introdujo el Impuesto al Valor Agregado [IVA], ampliando su base tributaria a parroquianos y comerciantes, con un coste que hoy llega al 19 % después que Juan Manuel Santos comprometiera, con los capataces asesinos de las FARC, el presupuesto de tres gobiernos por venir.

Periodistas que han averiguado en los años ochenta, han llegado a sostener que BB fue también elegido con dineros del narco, tanto del Cartel de Medellín como el de Cali. Dicen, por ejemplo, que en los últimos meses de su campaña presidencial él mismo fue, en su famoso Renault 4, a una finca de *El Zorro de Toledo* en Melgar para recibir más de cien millones de pesos en efectivo, que le cedieron en persona Pablo Escobar, Jorge Ochoa y Gonzalo Rodríguez, que también le habría donado, en un cruce de Chía, mientras iba para

Retratos de memoria

Tunja en su cacharrito, varios cheques que luego hizo exhibir en las vitrinas del diario mexicano *El Excélsior* como venganza. Según el juez José Barrios, en una providencia sobre el asesinato del director de *El Espectador*, Guillermo Cano, Evaristo Porras, otro famoso mafioso, sostuvo haber girado un cheque personal para BB siendo candidato. Un libro reciente, sobre la influencia del narcotráfico en la política colombiana, incluye un par de supuestas fotos de BB paseando orondamente por los bordes de la piscina de la casa bogotana de Gilberto Rodríguez, afirmando, a pie de página que “*los Rodríguez fueron protectores del M-19, uno de los amigos de Don Gilberto fue Iván Marino Ospina, que cuando fue desalentado en una casa del barrio Los Cristales que él le había dado, lloró mucho.*”

Las 208 semanas que duró su presidencia estuvieron maculadas por un sino comparable a las desgracias de los hijos de Jacob durante el reinado de Adriano y los levantamientos de Simón Bar Kojba, que se había declarado Mesías y terminó borrando del mapa la provincia de Judea, creando las nuevas de Siria y Palestina: Primero fue una ley de amnistía, el 18 de noviembre de 1982 y luego un indulto. Tras la liberación de cientos de guerrilleros, vinieron las conversaciones directas con las FARC y el M-19 en entrevistas, con la perfidia interpuesta de Alfonso López Michelsen con Manuel Marulanda y Jacobo Arenas, o directamente personales del presidente en la capital de España con Iván Marino Ospina, Alvaro Fayad y Carlos Toledo Plata.

Y como si la divina providencia quisiera compensar tantos arrojos, la Academia Sueca concedió, el 21 de octubre de aquel año, el Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez. BB lo supo desde el día anterior porque Francois Mitterrand, entonces presidente de Francia, junto con Olof Palme, Fidel Castro, Pablo Neruda y Felipe Gonzalez, habían logrado persuadir al veterano estalinista y peor poeta Nils Artur Lundkvist, que odiaba a Borges, se lo otorgara. Era el único de los miembros del jurado que había leído en español *Cien años de Soledad*. Entonces, BB ordenó a su empleada de Colcultura,

recién rescatada de un naufragio psíquico, botara la casa por la ventana y en uno o dos aviones de Avianca, que despegaron de Bogotá el 8 de diciembre, llevaron hasta Estocolmo decenas de familiares del galardonado, a sus amigos viejos y nuevos, a todas las empleadas gocetas del instituto, a la ex de Nicolás Suescún, a su editor pirata y a un vago que, para no pagar las fotos del evento, decidieron llevar en andas con sus drogas a cuestas. El gobierno colombiano alojó los 150 miembros oficiales de la delegación en un arcaico buque hotel, el *Loginn*, de la *Sodermalarstrand Kajplats*, donde por poco mueren de frío, según contó el hermano menor del celebrado.

El jueves santo de 1983 un terremoto en Popayán causó la muerte de 283 personas, 7.500 heridos y 2.500 viviendas destruidas. El sismo desplomó la cúpula de la catedral y la ciudad colonial quedó reducida a escombros en un 70% de su sector histórico, destruyendo los edificios de la gobernación, la alcaldía, la universidad y el cementerio donde los muertos quedaron al descubierto.

El 26 de noviembre, a fin de dar lustre a sus anticipos de paz, BB organizó con la plata del Banco de la República, un evento con centenar y medio de invitados latinoamericanos y peninsulares, bajo el mote de *I Encuentro de la Cultura Hispanoamericana*, para el cual fletaron un avión de Avianca llamado Olafo, que partiendo del Charles de Gaulle en París, recogería invitados en Barajas y Maiquetía, hasta recalar en Bogotá, donde el presidente del “*Si se puede*” iba a brillar como otro Adriano, el gran patrono de las artes.

En París subieron a la nave Jorge Ibarguengoitia, Manuel Scorza, Marta Traba, Angel Rama, la pianista Rosa Sabater y la actriz Fanny Cano, salvando la vida, por causa de una resaca de *Romanée-Conti*, el novelista Antonio Caballero Holguin. El avión se precipitó sobre las lomas de Mejorada del Campo. Murieron 181 personas y 11 sobrevivieron. El evento fue todo un éxito. BB dijo entonces, con su cara de palo que “*Para España y América, para los escritores y para quienes esperamos de sus escritores lucidez y belleza, el encuentro no puede quedar dentro de los límites de la anécdota*”. Y para los muertos,

Aterradoras cifras 8.000 niños entre cerca de 25.000 muertos



La muerte de Omayra

A las 9 de la mañana de ayer, cuando se hacían esfuerzos para rescatarla, murió la niña Omayra Sánchez, quien duró tres días con vida entre las ruinas de su casa en Armero y decía que tocaba con sus pies los cadáveres de sus parientes. Aquí se ve cuando fue descubierta, con la cabeza rodeada por granos de café. (En página 11-A, relato de Raúl Oboro, enviado especial de *El Espectador*).

Cuatro días después de la erupción del volcán del Ruiz y de las avalanchas que arrasaron grandes zonas de Tolima y Caldas, comenzaron a concretarse aterradoras cifras sobre la catástrofe.

Informes escueros hasta la tarde del sábado indicaban:

- 25.000 es la cifra global aproximada de muertos y desaparecidos.
 - 8.000 es el número de niños que se calcula entre los muertos.
 - 3.000 heridos han sido llevados a hospitales de varias ciudades y a puestos de emergencia.
 - 22.000 personas, en ellos miles de niños huérfanos están sin hogar.
 - 25.000 hectáreas de producción agrícola quedan arrasadas.
- Ante tan desolador panorama, el Gobierno está analizando la posibilidad de recurrir al artículo 122 Constitución, para declarar emergencia económica; lo informó el ministro de Fomento, Gustavo C. Guerrero.

(Véase informe de Murcia en página 10-A).

La catástrofe de Armero y la muerte de Omayra

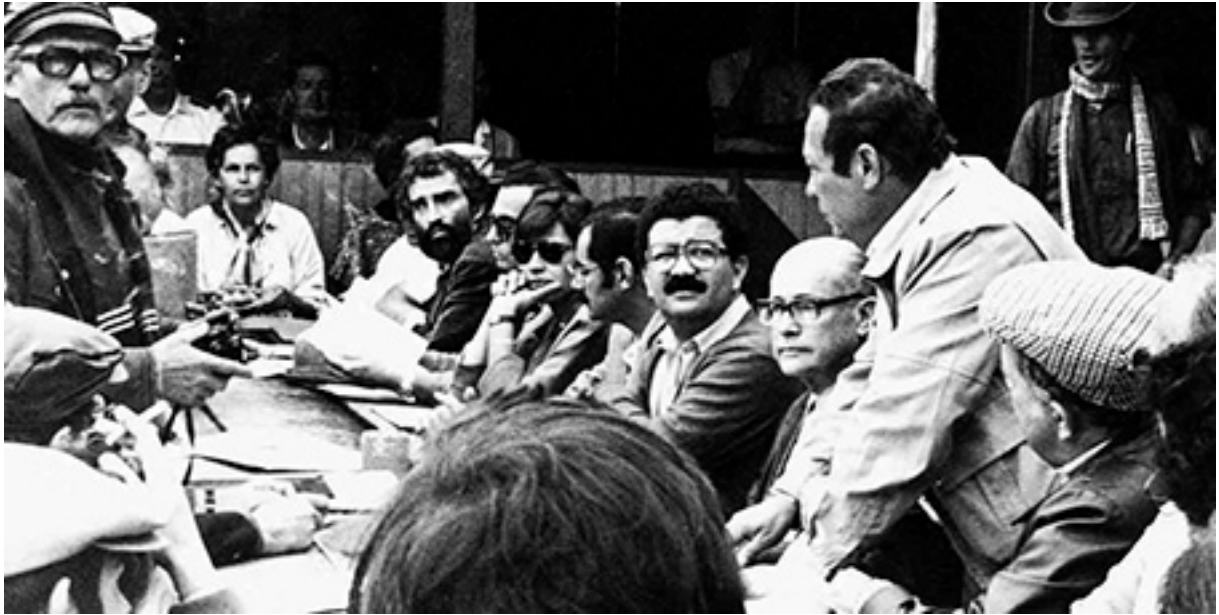
tuvo apenas esta frase: *“Todos ellos, en una medida ejemplar, honran las letras hispanoamericanas y son héroes inolvidables de la imposible aventura del pensamiento y la sensibilidad”*.

Firmados los acuerdos de tregua y cese al fuego con las FARC y el M-19, asesinaron a Toledo Plata, emboscaron a Carlos Pizarro, BB destituyó al ministro de Defensa Fernando Landazábal, Otto Morales Benitez, el eterno candidato a gobernante renunció a la presidencia de la Comisión de Paz, siguieron los secuestros, los boleteos y las vacunas por los grupos que no firmaron los acuerdos y también por los que lo hicieron.

El 30 de abril de 1984 sicarios de la mafia, en connivencia con sus propios guardaespaldas, asesinaron al ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla. Fue liquidado porque se había declarado acérrimo enemigo de Pablo Escobar y sus socios, que ya se consideraban traicionados por el presidente que había sugerido no iba a extraditar a nadie.

La prensa denunció entonces la existencia de campamentos militares urbanos y reuniones proselitistas armadas. El gobierno prohíbe al M-19 hacer un congreso en Los Robles y se desata una batalla entre el ejército y sus militantes, que dura veintidós días de diciembre de 1984, en Yarumales. Luego de un ataque contra un bus del ejército, disidentes de las FARC atentaron [05-1985] contra la vida de Antonio Navarro, Carlos Lucio y Maria Eugenia Vasquez en una cafería del barrio El Peñón en Cali. El M-19 convoca a un paro insurreccional y rompe la tregua, que es renovada por la cúpula de las FARC. Asesinan [11-1985] a Oscar William Calvo, jefe del EPL, se crea la Coordinadora Guerrillera con facciones diferentes a las FARC, que asaltan a sangre y fuego el barrio popular Siloé intentando tomarse Cali, y atentan [11-1985] contra la vida del general Rafael Samudio Molina, comandante del ejército nacional.

El 6 de noviembre de 1985 treinta y cinco integrantes de la guerrilla M-19, financiados con 5 millones de dólares de Pablo Escobar, retuvieron a más de trescientos ciudadanos, entre ellos un



Jacobo Arenas, Lucy Nieto de Samper, Juan Sebastian Betancur, Margarita Vidal, Horacio Serpa, Oscar Alarcon, Gilberto Viera y Tirofijo, en una de las tantas comisiones de paz de Betancur.

buen número de altos magistrados, magistrados auxiliares y auxiliares judiciales. Todos los jueces fueron asesinados junto a otros inocentes, de los cuales 11 están aún desaparecidos. “*Lo cierto* –dice el informe de la Comisión de la Verdad de la Suprema Corte de Justicia - *es que la gran mayoría de los cuerpos se encontraron desmembrados, mutilados, calcinados y por lo menos tres de los Magistrados mostraron en sus restos mortales proyectiles de armas que no usó la guerrilla*”. El informe sostiene que BB., se negó a hablar con el presidente de la Corte aduciendo que era un rehén; desoyendo las suplicas de los propios magistrados y de numerosos personajes de la política y el pueblo mismo, quienes pedían les salvara la vida convocando al pueblo bogotano a la plaza, exigiéndoles la libertad de los magistrados. “*Se dio* –sostiene el informe- *un vacío de poder porque el presidente, simplemente, fue un espectador del desarrollo de los acontecimientos*”. La carnicería indujo a la muerte de 65 funcionarios y visitantes, el incendio del edificio, la destrucción de todos sus archivos y el rescate de 250 rehenes.

En la navidad de 1985, el Frente Ricardo Franco, una disidencia de las FARC, que había robado un millón de dólares a Jacobo Arenas, comandado por Hernando Pizarro Leongómez y José Fedor Rey, alegando que 164 guerrilleros de origen campesino eran informantes del Ejército Nacional, procedieron a asesinarlos y descuartizarlos, mientras la Unión Patriótica, el partido armado de las FARC, se preparaba para participar en las elecciones de mitaca del 9 de marzo 1986, donde eligieron cinco senadores, nueve representantes a la Cámara, 20 diputados y 353 concejales.

Historiadores recientes aún debaten de quien fue la idea de crear un partido político de las FARC que “*combinara todas las formas de lucha*”. Unos sostienen que surgió durante las conferencias de la organización y otros, que fue sugerida, a través de Jhon Agudelo de los Rios, consejero de paz, por el propio BB, para dar muestra de su lealtad al proceso. La idea fue criticada desde el establecimiento, en boca de Enrique Santos Calderon en su columna *Contraescape*, como por José Cardona Hoyos, un abogado y dirigente comunista de Cali, quien,

Retratos de memoria

según su hijo, pagó la osadía de sugerir el ingreso directo de las FARC a la legalidad, abandonando las armas, con su muerte, ordenada por el Comité Central con el apoyo de Jacobo Arenas, Teófilo Forero, Manuel Cepeda Vargas y la abstención de Manuel Marulanda. La ejecución la llevó a cabo el Sexto Frente. Hay también quienes sostienen que la UP sirvió para el exterminio de todos aquellos que dentro de las diversas facciones del grupo subversivo eran desviacionistas o considerados traidores o enemigos de involucrar el narcotráfico en la toma del poder, etc. Dos de sus candidatos presidenciales fueron asesinados, 8 congresistas, 13 diputados, 70 concejales, 11 alcaldes y alrededor de 3500 de sus militantes.

Al llegar BB al poder operaban en Colombia las FARC, con 27 frentes, el M-19 y el EPL en el norte de Antioquia, en Bolívar y Córdoba. El ELN estaba casi extinto. Para el final de su gobierno, en agosto de 1986 las FARC ya eran 29 frentes en dos tercios del país, con un movimiento político legal. El pie de fuerza de las FARC se calculaba en cinco mil combatientes, el M-19, unos mil, hacia presencia en barrios marginales de Bogotá y Cali, y subsistía en el norte del Cauca y el sur del Valle y Antioquia. El EPL, unos cuatrocientos, había perdido sus principales dirigentes políticos, pero mantenía sus zonas de influencia militar. El ELN se había reunificado y, gracias a las millonarias contribuciones que hacía Armand Hammer, el amigo de Lenin que tenía un apartamento en el Kremlin y era dueño de la Occidental Petroleum Company con pozos en Arauca, había recuperado su poder militar en ciertas regiones, así no pasaran de unos trescientos.

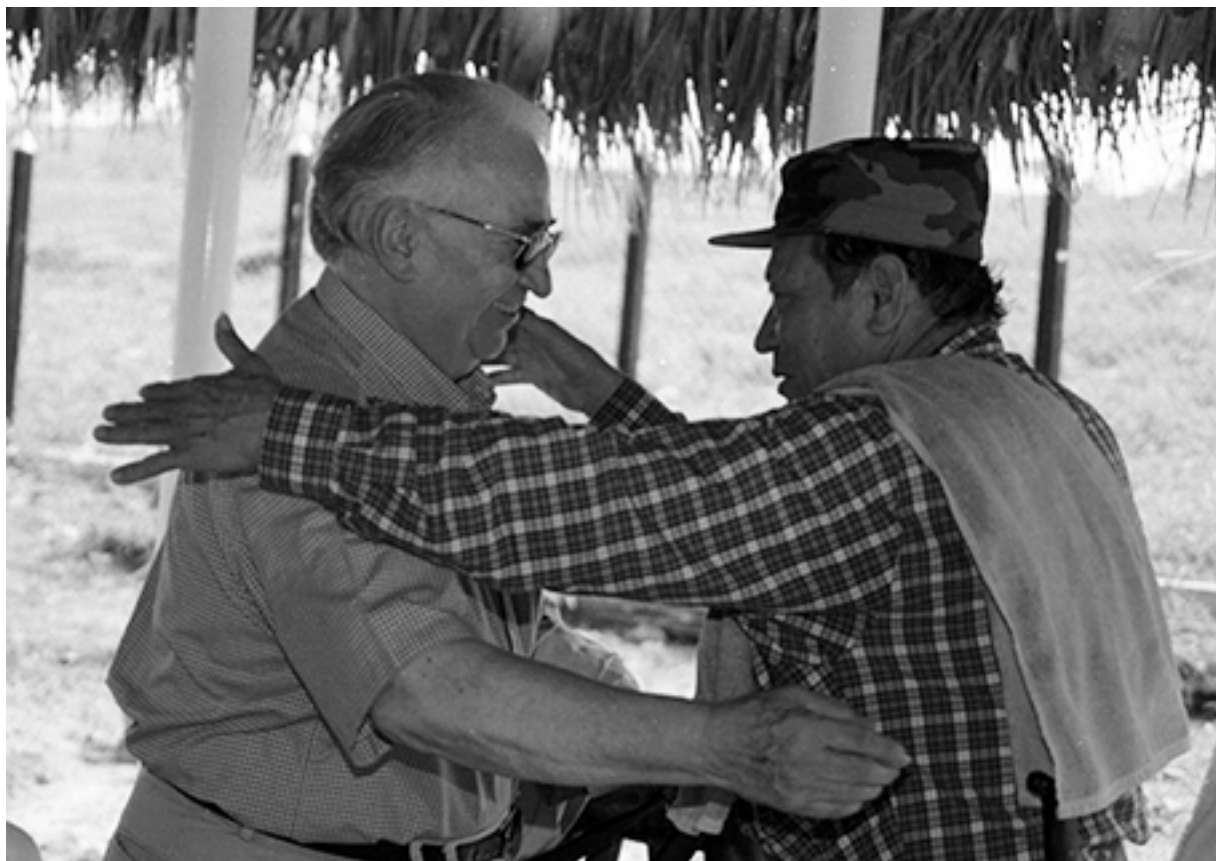
El fracaso de la política de BB alentó el surgimiento de nuevas organizaciones como el Comando Quintín Lame, con ciento cincuenta integrantes, formada por indígenas que operaron en el Cauca; Patria Libre, unos cien y con otros tantos el PRT, que junto con el ELN, el EPL y el M-19 conformaban la Coordinadora Nacional Guerrillera, de la cual hizo parte el Frente Ricardo Franco, grupos que tenían fricciones con las FARC, que en ciertos casos, como hemos mencionado, llegaron al enfrentamiento armado.

Harold Alvarado Tenorio

El 13 de noviembre de 1985, a medianoche, la avalancha de un río causada por la erupción de uno de los volcanes del nevado del Ruiz desapareció el municipio tolimense de Armero, con 26.000 muertos, 20.611 damnificados y heridos, mutilados y afectados, 4.400 viviendas, 19 puentes y más de dos billones de pesos del comercio y la industria. Los gases, el humo y las cenizas cubrieron más de quince kilómetros a la redonda, alcanzando tierras de Boyacá y Caldas. Una de las plagas de Egipto del gobierno Betancur. Tragedia que luego se supo pudo ser evitada porque técnicos colombianos y norteamericanos habían determinado el riesgo, como para que un representante de Caldas hiciera un debate en la Cámara anunciando a cuatro ministros del peligro inminente.

En las últimas semanas de su gobierno estalló una bomba en pleno centro de Bogotá, hubo choques violentos entre el Ejército y el M-19 en Chaparral, atentados contra una patrulla de la Policía en Apartadó, dos extorsionistas del XIII Frente de las FARC murieron en el Huila y se develó un plan subversivo para la transmisión de mando del siete de agosto de 1986.

Desde los años laureanistas BB., quiso sobresalir como un intelectual promotor de la cultura nacional, una suerte de José Vasconcelos colombiano, creando la librería y la editorial Tercer Mundo, al tiempo que ejercía su profesión de abogado y *entrepreneur* con el mundo financiero, que le llevó a crear ANIF y más tarde lograr que, durante el gobierno de Alfonso López Michelsen, en el momento más álgido de las exportaciones de marimba y la ventanilla siniestra del Banco de la República para el lavado de activos, fuese nombrado Embajador en España y los fastuosos Emiratos Árabes, cuando Arias Navarro y Adolfo Suárez, haciendo amistades con Jesús de Polanco, Felipe González y Enrique Sarasola, hasta alcanzar lugares de privilegio en las juntas de empresas culturales como la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia Colombiana de Historia, la Academia Colombiana de Jurisprudencia, la Comisión del V Centenario del Descubrimiento de América, la Fundación Santillana para Iberoamérica, el Club de



Belisario Betancur y Manuel Marulanda Vélez, alias Tirofijo

Roma, la Academia Pontificia de Ciencias Sociales del Vaticano, el Círculo de Montevideo, el Club de Madrid, el Festival de Arte de Cali, el Festival de Poesía de Medellín, la Tertulia de Gloria Luz, el Festival de Teatro de Bogotá, la Casa de Poesía Silva, el Instituto Caro y Cuervo, la Subdirección de Cultura del Banco de la Republica, el Suplemento Babelia de El País de Madrid, la Casa de América de España, el Festival de Música Religiosa de Popayán, el Hay Festival de Cartagena, la Feria del Libro de Bogotá, el Boletín Bibliográfico, las editoriales Santillana, Richmond, Alfaguara, Taurus y Aguilar, con sus respectivos premios anuales y los Congresos anuales de la Lengua Española.

Fue a partir de los años ochenta que el grupo Prisa y la Fundación Santillana, se inventaron, literalmente, con la ayuda de BB, las nuevas 1400 bibliotecas públicas colombianas. En 1983 el Grupo Timón firmaría el primero [4.500 millones de pesetas] de los convenios para el suministro de material didáctico y educativo, que incluyó muñecas, computadoras, castañuelas y panderetas. En 1984, otro por igual monto y uno con el Ministerio de Salud por 8900 millones de pesos para el suministro de material hospitalario; el 24 de mayo de 1987 otro, por 4000 millones de pesos, para un gran total de contratos entre el Ministerio de Salud y el Fondo Nacional Hospitalario del orden los 20000 millones de pesos según se deduce en un artículo firmado por Gerardo Reyes y publicado en El Tiempo el 27 de julio de 1987.

Según el artículo, las mercancías vendidas al estado colombiano incluían implementos para retardados mentales, muñecas con distintos sistemas de abroche, bolas y cubos de colores, juegos de dominó, rompecabezas con figuras de tractores, manzanas y elefantes, tableros de ajedrez, bastones para ciegos, clarinetes, trompetas, filiscordios de Si bemol, bombos, tambores, marimbas para niños sordos, laboratorios para la enseñanza de física, alfileres para clavar insectos, microscopios, 33 enormes bibliobuses Land Rover equipados con estanterías, armarios, mesas y sillas, 33 camperos Land Rover Santana con equipos de sonido y altoparlantes, una unidad móvil de televisión Mercedes

Retratos de memoria

Benz, un tractor Ebro equipado con material didáctico, *y un inmenso Cristo en madera tamaño natural, “marca Inri”*. El contrato con las empresas de Polanco, Eductrade y Focoex, llevaría las firmas de BB y Doris Eder de Zambrano, su ministra de educación.

Como anotó Jorge Child en sus artículos sobre el “boom editorial colombiano” en *El Espectador del 5 y 14 de mayo de 1991*, quien propuso un *Plan Lector para los colombianos* fue la Fundación Santillana, donde fueron instruidos los dependientes de los Ministerios de Educación y Cultura, creado, este último, por Ramiro Osorio, director del Teatro Mayor de Bogotá.

La megalomanía del presidente BB fue siempre bien reconocida por sus amigos, desde los tiempos de las tertulias en cafés y librerías, ya fuera *El Automático*, donde departía con León de Greiff, o la Central, donde se veía con pintores, o *La Gran Colombia*, conocida como *El Kremlicito*, donde, antes de ir a saborear al medio día un chuletón de marrano en El Trébol de al lado, conversaba y reía con políticos y sus admiradores Mario Vélez, Héctor Rojas Herazo, Afán Buitrago, Iván Posada, Enrique Sánchez, Iván Ocampo, Álvaro Vélez, Chucho Bejarano o Rafael Stevenson, que solían llamarlo La Mirla, porque siempre llegaba con paso cansino silbando algún tango.

Quizás por ello, al llegar a la Casa de Nariño e instalar las enormes comisiones de paz que iban y venían hasta Casa Verde, el palacio de invierno de Marulanda y Arenas, no había mes que dejara de organizar conciertos, presentaciones de libros, lecturas de poemas, exhibiciones de pinturas, retretas, audiciones de artistas populares, todo en medio de una guerra ya descrita, donde pasada la media noche de esos sábados, BB aparecía con una inmensa sonrisa para saludar, aguardiente en mano, a los cientos de invitados que sentían estar viviendo un fandango romanesco digno de Fellini, con espectáculos inolvidables por su fasto como cuando Mikis Theodorakis presentó en el Colón el *Canto General de Neruda: “Corpulento y con apariencia de toro, pedía a los intérpretes que no se dejaran impresionar por sus gritos y gesticulaciones que estaban a punto de inhibirlos. Con pantalón*

azul, calzonarias que caían de sus hombros y una camisa también azul que salía de sitio, llevaba el ritmo con todo su cuerpo: de pronto un giro inesperado del tronco, luego apenas un movimiento del brazo, después una convulsión general que estremecía a todos cuantos lo observaban.”

O la inexplicable e inútil visita de estado de François Mitterrand con el colapso de Françoise Sagan en el hospital militar muriendo de infarto, la visita del Papa para orar antes los muertos de Armero o la del actor de filmes de vaqueros que fue presidente norteamericano y pedía que le enviaran los saludos protocolarios con anterioridad para el responderlos.

Pero las cosas no terminaron allí. Para celebrar el noviazgo de BB con Dalita Navarro, que había sido esposa de Teodoro Petkoff, un guerrillero venezolano, el alcalde Enrique Peñalosa organizó, en 2000, un *Encuentro del Amor y la Palabra* [<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1237736>] con más de 100 poetas del mundo, incluso colombianos, a fin de acompañar la exquisita pareja de enamorados, evento que quedó registrado en un lujoso volumen de aberradas fotos del Catire Hernández, un asesor publicitario de Chaves, impreso por Arte Dos Gráfico. Se dice que cada escritor recibió en viáticos una elevadísima suma de dólares y no sólo fueron hospedados en las *Residencias Tequendama* la semana que duró el evento, sino que cada uno de ellos tuvo una limosina del hotel a su servicio.

Así fue el paso por el mundo de nuestro Adriano. “*El más liberal de todos los presidentes conservadores, y el más abierto tras dejar el solio de Bolívar*” según ha dicho Hector Abad Faciolince. “*Un hombre honesto, un humanista que creyó en la paz y en la capacidad transformadora del arte y la cultura, con una generosidad sin límites con todos los que nos dedicamos al oficio de escribir*”, según nuestra Gabriel Mistral, la poetisa Piedad Bonet.

El Nacional, Caracas, enero 1, 2019.

FERNÁNDEZ RETAMAR, UN TESTAFERRO CULTURAL DE CASTRO

Ha muerto Roberto Fernández Retamar [La Habana, 1930-2019], el intelectual cicatero del castrismo, en una capital que perpetúa el Periodo Especial tras el colapso de la Unión Soviética, y el recrudescimiento del Embargo, al inicio de la década de los años noventa.

Una “ciudad” de moteles y bares saturados de chicas y chicos, que ejercen la trata como un deporte ecuestre, con pudientes viejos y longevas izquierdistas del mundo capitalista y reciénvenido que buscan un poco de carne lozana a cambio, no de una plática sobre el marxismo leninismo o la invasión de Bahía Cochinos, sino de una prenda nueva o unas bragas de playa, o si la carne no está afeada por el hambre y la bareta, diez euros que alivien la vida triste y fétida, o una cena con pollo en algún *Paladar* o cien gramos de marisco, o unas zapatillas o si fuera posible un móvil, algo que no esté en la cartilla de racionamiento.

Ha muerto tras de una larga vidorria de viajes, sumisiones, bajezas y persecuciones. Alto, demacrado, con una barba de tres días y la perilla de siempre, la eterna guayabera de la casta tiránica, manchado el rostro por los tropiezos del destino, con paso cansino, como corresponde a un ejemplar de su especie.

Y el cielo ha llorado. Díaz-Canel, Maduro y Evo, Granma, Sierra Maestra, Prensa Latina, Radio Habana, Bohemia, Trabajadores de Cuba, la Unión de Periodistas con sus directores, vicemandatarios, primeros secretarios y consejeros del despacho han exaltado las virtudes del difunto, elevándole a los altares insignes de la revolución proletaria y la cultura nacional, científica y de masas.

Otro tanto sus corifeos en la prensa del continente, la primera de todas, la *Revista Arcadia*, órgano oficioso del Ministerio de Cultura

de Colombia, en representación de las huestes culturales de FARC/Santos y sus compañeros de viaje Arturo Alape [*Premio Casa de las Américas*], Alvaro Castillo Granada [*Premio a la importación de libros de viejo, lámparas art nouveau y deco, óleos, grabados, vajillas y cubertería de apestados cubanos*], Carlos Bastidas [*Premio Casa de las Américas*], Carmaña Navia [*Premio Casa de las Américas*], Fernando Rendón [*1550 lecturas de sus poemas en 90 países*], Hugo Niño [*2 veces Premio Casa de las Américas*], Isaías Peña Gutiérrez, Jaime Mejía Duque, José Luis Díaz Granados, Juan Cárdenas [*Premio Casa de las Américas*], Juan Manuel Roca [*2 veces Premio Casa de las Américas*], Margarita García Robayo [*Premio Casa de las Américas*], Nelson Romero [*Premio Casa de las Américas*], Oscar Collazos [*empleado de Casa de las Américas donde escribió calumnias políticas contra Lezama Lima, Cortázar, Vargas Llosa y trató de enlodar a GGM tras la obtención del Rómulo Gallegos*], Pablo Montoya [*Premio Hugo Chávez y Casa de las Américas*], Patricia Ariza [*Medalla Haydée Santamaría*], Piedad Bonet, [*Premio Casa de las Américas y Mariana Garcés, progenitora de un tratado donde una señora empuja a su hijo al suicidio a fin de conceder una entrevista a El Mundo de Madrid*], Roberto Burgos [*Premio Casa de las Américas*], Rodrigo Parra [*2 veces Premio Casa de las Américas*], Rómulo Bustos, Santiago Gamboa, Santiago García [*Medalla Haydée Santamaría*] o Don Vito Apushana [*Premio Casa de las Américas*].

Nómina que estaría inconclusa sin sus peones de brega venezolanos Alberto Rodríguez Carucci, Eddy Rafael Pérez, Edmundo Aray [*Medalla Haydée Santamaría*], Enrique Hernández de Jesús, Gustavo Pereira, Luis Alberto Crespo, Luis Britto García [*4 veces Premio Casa de las Américas*], Miguel Márquez o William Osuna. Algunos más muertos que vivos. Menos premiados, que mal atendidos, durante los 58 años que estuvo Retamar al frente de esa agencia de sometimiento estalinista que es Casa de las Américas.

Todavía hay quienes creen que el advenimiento del Boom de la Literatura de América Latina fue una secuela de la Revolución



Roberto Fernández Retamar

Cubana, la Casa de las Américas y las ediciones de Calibán, el tratado doctrinario de Fernández Retamar. Pero no es cierto. Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma habían premiado con el Formentor, en 1961, a Borges y premiarían o divulgarían, con el Biblioteca Breve de Seix Barral a Carlos Droguet (1959), Carlos Martínez Moreno (1961), Mario Vargas Llosa y Manuel Zapata Olivella (1962), Vicente Leñero, Mario Benedetti y Jorge Edwards (1963), Guillermo Cabrera Infante (1964), Manuel Puig (1965), Carlos Fuentes (1967), Adriano González León (1968), José Donoso y Alfredo Bryce Echenique (1971).

Entre 1967 y 1976 Barral y Carmen Balcells, que empezó trabajando para él, profesionaliza los escritores de este lado del mundo, logrando excelentes contratos o mudándoles a Barcelona. Un movimiento de varias voces, cruce de solidaridades turbulentas que sucedieron en la ciudad condal merced al trabajo de editores y agentes literarios que, ante la fragilidad cada vez mayor de la cultura franquista, hizo que cruzaran el Atlántico a la búsqueda, en México, Buenos Aires, La Habana, París y New York, de las voces que había anunciado en 1966 *Into the Mainstream: Conversations with Latin American Writers*, un libro de Luis Harss con Alejo Carpentier, João Guimarães Rosa, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Miguel Ángel Asturias.

Casa de las Américas y su cacique Retamar premiará, mientras tanto, entre 1960 y 1976, por dar un ejemplo, publicistas que conocerán o conocieron el olvido como Ali Lameda, Armando Tejada Gómez, Carlos Bastidas Padilla, Carlos José Reyes, Carlos María Gutiérrez, Daura Olema, Dora Alonso, Félix Grande, Fernando Medina Ferrada, Hernán Miranda Casanova, Jorge Bocanera, Jorge Enrique Adoum, José Soler Puig, Lisandro Otero, Luis Britto García, Manuel Cofiño, Manuel Orestes Nieto, Marcos Yauri Montero, Mario Trejo, Noé Jitrik, Omar Lara, Pablo Armando Fernández, Pedro Shimose, Poli Délano, Roberto Ibañez, Roberto Sosa, Rolando Hinojosa, Rubén Bareiro Saguier, Tutuna Mercado, etc., etc., pura literatura proletaria, científica y de masas. Por esa razón nunca les pagaron

Retratos de memoria

un centavo por sus libros, como ha seguido haciendo Chus Visor en nuestros días.

Los encargos de Fernández Retamar tuvieron su principio con la censura oficial de un filme de 14 minutos la primera semana de marzo de 1961. Una película experimental que indignó a Castro y desencadenó la interminable represión contra la cultura y los intelectuales cubanos. Se llamó *PM* y fue perpetrada por dos jóvenes periodistas a quienes, ante los rumores de una inminente invasión norteamericana a la isla, se les encargó ir en búsqueda de material fílmico que demostrara que el pueblo estaba enfurecido y alerta contra el posible invasor. Regresaron con cuatro minutos que mostraban lo contrario: el pueblo seguía de rumba, La Habana ni era patriótica ni tenía miedo a los yanquis. Decidieron por tanto filmar la noche, los paisajes del fandango etílico y la putañería, una pequeña obra maestra del free cinema, tan de moda entonces. *La notte* y la *dolce vita* habanera, la fiesta vigilada de las victrolas, las nuevas orquestas y ritmos, con gentes disfrazadas para la fiesta, una ciudad artificial y mundana, de casinos y clubes sociales que desaparecían esos primeros años de comunismo y parecía una secuencia de *Soy Cuba* de Mijaíl Kalatozov.

Cuando fueron a exhibirlo en salas de cine dijeron que estaba prohibido y había sido, además, confiscado. Y como protestaran, Castro gritó, poniendo la pistola sobre la mesa del auditorio de la Biblioteca Nacional: con la revolución todo, contra ella, nada. Filmes, poemas, novelas, pinturas, partituras, coreografías, ensayos debían ser revolucionarios, o al menos parecerlo como la mujer del César. *PM* no glorificaba al hombre según la estética del realismo socialista; era, más bien, un surrealismo decadente. Y vendrían el *Caso Padilla*, el ostracismo de Lezama Lima, el exilio de cientos de artistas y escritores, la censura a Neruda, el veto a Borges, la firma de penas de muerte por intentar dejar la isla de cualquier manera, el fomento de la guerra de guerrillas en todas partes, la publicación de biografías de los criminales de guerra latinoamericanos, los chantajes a García Márquez, el veto a todo aquello que no obedeciera al testafarro, etc., etc.

Harold Alvarado Tenorio

RFR recibió con agrado el premio de poesía que le ofreció el régimen de Fulgencio Batista en 1952, a los jóvenes intelectuales que escribían una poesía apolítica; graduándose de doctor en letras y viajando a Paris, Londres, México y New York, luego que Cintio Vitier, del grupo católico de la revista *Orígenes* le incluyera en una lujosa antología pagada por el ministerio de educación del tirano. Con el arribo de Castro al poder RFR se alejó a grandes pasos de sus vínculos con los escritores de “*derechas*” que le había patrocinado desde su juventud, como Lezama Lima y Virgilio Piñera, y entró a militar e intrigar seriamente con el proyecto castrista hasta hacerse con un puesto de privilegio dentro del aparato cultural y la política exterior de la nueva tiranía. Fue nombrado consejero cultural en Paris y de regreso trabajó en la revista Unión y de allí a gobernar Casa de las Américas luego de urdir una trapisonda contra Antón Arrufat que la dirigía, y con sus propensiones homosexuales, había publicado textos de esa tesitura e invitado a Allen Ginsberg, que luego de varias orgías con drogas, criticó la represión de la mariconería en la isla, como había ocurrido bajo el estalinismo con la visita de André Gide resumida en *Retour de l'URSS*, del año 1936. RFR, que tenía buena amistad con el presidente [1959-1976] Osvaldo Dorticós, logró que solicitara a Haydee Santamaría, que no podía ver al primer magistrado ni en pintura, lo nombrara en el cargo.

A partir de entonces las libertades civiles y culturales fueron sometidas al creciente autoritarismo. Liquidaron primero *Prensa Libre*, *Diario de la marina*, *Bohemia*, y más pronto que tarde *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico*. Fernández Retamar se convierte en la punta de lanza del radicalismo izquierdista y guerrillero de los intelectuales latinoamericanos, denigrando de todo aquel que no obedece ni se somete al comunismo cubano; persiguiendo incluso, hasta la muerte, a sus enemigos ideológicos y destruyendo el *Good Will* de revistas como *Cuadernos para la libertad de la cultura*, *Mundo Nuevo*, *Libre*, *Plural*, *Vuelta* y muchas de las pequeñas publicaciones de los demócratas nacionales.

Retratos de memoria

En Colombia el principal comisario castrista fue un biógrafo de Tirofijo, que terminó, como le correspondía, en los brazos del santismo, invitado a cuanto convite se organizaba en los conventillos de la inteligencia bogotana, mejor conocida como los *learned fools*. Otro tanto con Collazos, cuya mayor bibliografía son los cientos de fotos donde aparece con grupos de señoras muy entradas en años tomando el té del fin del mundo luego de haberles hecho bordados retratos literarios.

RFR pasará a la historia de la infamia por sus cientos de felonías: promovió una carta contra Pablo Neruda porque aceptó ir a una reunión del PEN Club norteamericano presidido por el marido de Marilyn Monroe; pidió a Vargas Llosa que no aceptara trabajar en Princeton porque un escritor alemán notable pero fanatizado se había negado; hizo que se escribieran con seudónimos artículos en *Verde Olivo* contra Lezama Lima y otros narradores; participó activamente en la siniestra componenda contra Heberto Padilla, a quien obligaron a retractarse públicamente como traidor a la revolución, acusando otros inocentes; colaboró acuciosamente en la transformación de José Martí en un marxista castrista; hizo lo imposible por imponer, desde Casa de las Américas, el concepto guevariano de “hombre nuevo”; obligó a escribir interpretaciones teosóficas de los discursos de Fidel Castro sobre la cultura o la invasión del Congo, Eritrea y Angola; justificó los desvaríos del presidente Allende y colaboró en su destrucción; firmó, como miembro que fue del Consejo de Estado, numerosas penas de muerte; prohibió los debates destructivos entre las varias tendencias de los pensadores de izquierda y persiguió, sin piedad, a todos aquellos escritores y artistas que abandonaron la isla durante los cincuenta años de su mandato.

No existe, hasta la fecha, documento alguno donde RFR diga algo sobre los cientos de juicios sumarios y los fusilamientos que presidía Ernesto Guevara, y menos sobre las expropiaciones y las nacionalizaciones de empresas y los bancos norteamericanos, ni los 10 mil cubanos que se refugiaron en 1980 en la embajada peruana o

los ciento treinta mil que navegaron hasta Miami en las flotillas de la libertad, ni el fusilamiento del general Arnaldo Ochoa, el coronel Antonio de la Guardia, el mayor Amado Padrón y el capitán Jorge Martínez condenados, según los investigadores, para borrar toda huella del tráfico de drogas de los Castro con la mafia colombiana a través del M-19; ni el hundimiento de un remolcador donde perecieron cuarenta personas y que originó la llamada *Crisis de los balseiros*, o la condena al grupo de los 75 prisioneros de conciencia, en la primavera negra del 2003, a penas entre 13 y 28 años, hacinados en celdas de un metro y medio ancho por dos de largo, con puertas tapiadas con planchas de acero y retretes sin taza y con desagües que regurgitaban los excrementos.

Entre ellos estuvo por año y medio el poeta Raúl Rivero [1945-2021], encerrado en una jaula para tigres de circo, expuesto a nubes de mosquitos, atacado por cucarachas y otros insectos, que deterioraron severamente su salud. Tras ser liberado Rivero ha recibido, entre otros premios, el *Guillermo Cano*, el *Ortega y Gasset*, el *Reporters Without Borders*, el *María Moors Cabot* y el *International Press Freedom Heroes*. En 2010, Roberto Fernandez Retamar también se hizo el de la vista gorda cuando Raul Castro se vio obligado de liberar 124 presos políticos, 116 de los cuales ahora viven en España. El mismo año en que 1.830.510 de los obligados electores cubanos se negaron a seguir validando la infamia del castrismo. Este año, HRW ha dicho que en 2017 las detenciones arbitrarias llegaron a 3706 casos, y en los primeros seis meses de 2018 a 2024.

No ha faltado quien diga, que todo esto hay que perdonarlo, porque a pesar de su envilecimiento y abyección, RFR “*fue un gran poeta*”. Habrá que verlo. Su poesía está colmada de arquetipos que han usado bardos sin voz para presumir de líricos con coloratura, pero nada van dejando, porque esos tonos y esas voces y esos motivos son identificables en los originales. Varios de esos expertos del camelo lírico fueron Alejandra Pizarnik, Álvaro Mutis, César Dávila Andrade, Claribel Alegría, Ernesto Cardenal, Gonzalo Rojas, Jorge Enrique Adoum,

Retratos de memoria

Juan Gelman, Mario Benedetti, Olga Orozco, Raul Zurita, Roberto Juarroz o Roque Dalton y sin duda Fernandez Retamar. Con el agravante de que, en él, con absoluta conciencia del hechizo y la plena lucidez del tramposo, su poesía se fue componiendo como respuesta a cada momento de caída y de culpa. En los que no tuvieron la desgracia de pertenecer a aparatos de partido y poder como la tiranía cubana, o apenas fueron víctimas de los golpes de estado militares y sus atroces crímenes, las imposturas melódicas sirvieron para alcanzar beneficios luego del derrumbe de estos y el ascenso de sus benefactores, recibiendo canonjías en embajadas, giras diplomáticas y abundante alcoholismo. En Fernandez Retamar se trataba de legar, a la urna del destino, al menos unas frases enigmáticas que sugieran que él no quiso firmar esas penas de muerte, que no creía en esa revolución, que le dolía odiar en público a Lezama y a Borges, que ojalá no piensen que fue esa horrible serpiente que mordía a la diestra, pero siempre, y más, a la siniestra. Lo que explica su tránsito de una poesía hedonista, originesca, hispánica como:

*«Ahora veo el dorado
temblor que se levanta del pedazo de pan,
y el crujido caliente de su piel. Y me es fácil
entrar en el palacio cotidiano, manual
de las enredaderas del patio, donde un príncipe
de silencio y de sombra calladamente ordena.»*

A este *mea culpa* por seguir siendo un decadente que vive a costa del proletariado, pero hace parte de la nueva casta de su patria: el castrismo:

*«Nosotros, los sobrevivientes,
¿a quiénes debemos la sobrevivida?
¿quién se murió por mí en la ergástula,
quién recibió la bala mía,*

Harold Alvarado Tenorio

*la para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
sus huesos quedando en los míos;
los ojos que le arrancaron, viendo
por la mirada de mi cara,
y la mano que no es su mano,
que no es ya tampoco la mía,
escribiendo palabras rotas,
donde él no está, en la sobrevivida?»*

Ese es el monstruo que acaba de morir.

El Nacional, Caracas, agosto 21 de 2019.

Retratos de memoria

ESTANISLAO ZULETA, LADINO Y BOCAZAS

Como ha narrado en varias ocasiones Enrique Santos Calderón, fue él, junto a Daniel Samper Pizano, entonces directores de una página universitaria en *El Tiempo*, los organizadores de una encerrona contra el presidente electo del liberalismo Carlos Lleras Restrepo en junio de 1966.

Acogiendo la invitación que Armando Correa, presidente del Consejo Estudiantil de la Universidad Nacional y Julio César Cortes, de la Federación Universitaria Nacional, hicieron por intermedio de aquellos al equipo del candidato del Frente Nacional, Lleras fue llevado, con engaño, hasta el aula máxima del centro docente, que, atiborrado de estudiantes, estaba penetrado por integrantes de las células de los partidos comunistas y las guerrillas farianas y elenas como Alfonso Cano, Federico Arango, Antonio Larrota, Tulio Bayer, Manuel Vásquez Castaño, Hermías Ruiz, Guido Lastra, Armando Correa, Hernando González, Jaime Bateman, Alvaro Fayad, Lucho Otero o Galo Burbano. Fue atacado, de inmediato, por una tempestad de huevos podridos y orines, gritos de arriba las FARC y ELN “*mientras un negro, de apellido Castillo, estudiante de sociología, daba coscorriones a la calvicie de Lleras Restrepo*” que a empujones fue a dar a la decanatura de derecho con el rector José Félix Patiño y el decano Abel Naranjo Villegas.

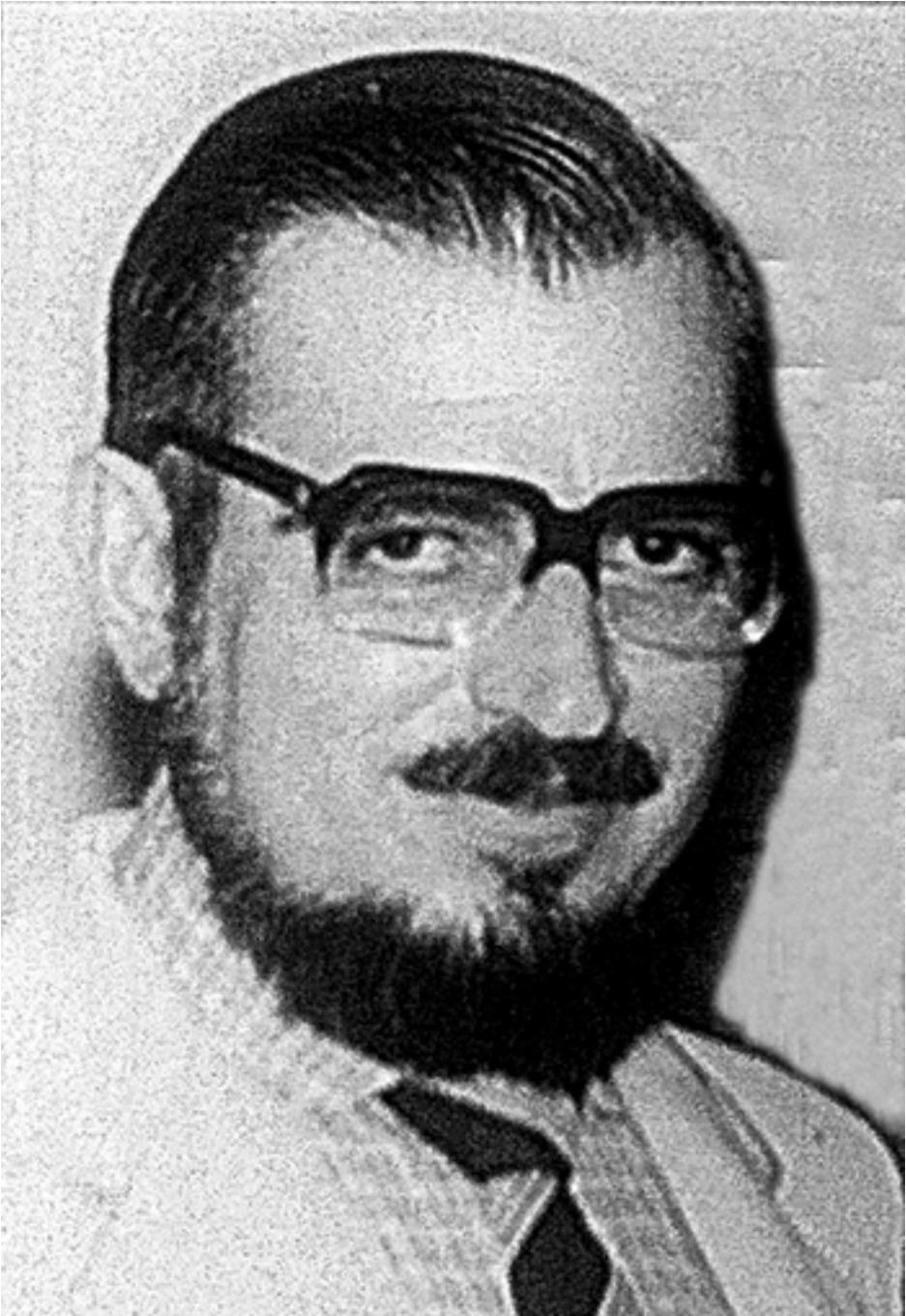
También estaban ya allí, varios de los futuros representantes de la Social Bacanería, miembros, entonces, del Consejo Superior Estudiantil como Antonio Hernández Gamarra, ministro de agricultura del impoluto Ernesto Samper, codirector del Banco de la República durante un lustro y Contralor General de la República, o esa joyita caldense, José Fernando Isaza, uno de los cabecillas del odio

contra Álvaro Uribe, que ha gozado de los laxos sillones de la gerencia del Instituto de Fomento Industrial, la presidencia de Ecopetrol, el ministerio de obras públicas, la presidencia de los fabricantes de carros Mazda y su fabulosa fundación “sin ánimo de lucro” y la rectoría de la Universidad de los descendientes dipsómanos de Jorge Miguel Lozano de Peralta, Marqués de San Jorge; o Cesar Hoyos Salazar, líder de varias movidas, concejal del Nuevo Liberalismo, alcalde de Armenia y magistrado del acreditado Consejo de Estado.

A las siete de la noche entró en la universidad, en una tanqueta del ejército y con medio batallón de la guardia del presidente Valencia, el ministro de gobierno Pedro Gómez Valderrama, que acababa de firmar los decretos para bombardear, con napalm, Marquetalia y Rio Chiquito, y rescató al candidato.

El cuatrienio de Carlos Lleras no sólo liquidaría el siglo y la posguerra, sino que inauguró, sin que se diera cuenta, la *República del Narco* y el reino de la Social Bacanería, a pesar del esfuerzo, durante el primer decenio del nuevo siglo durante los gobiernos de Uribe Vélez, de dar otro rumbo al país, cercenado por la ambición de Juan Manuel Santos de ser Secretario General de las Naciones Unidas y que, el plebiscito de octubre de 2016 contra las FARC, abortó.

Lleras Restrepo, víctima de los atentados de los seguidores del dictador Rojas, vivió exiliado en México durante dos años como asesor de la ensambladora Renault, donde pudo estudiar de cerca el desarrollo y resultados del partido político creado por Plutarco Elías Calles y reformado por Lázaro Cárdenas: el PRI. Venustiano Carranza, enemigo de Zapata y Villa, había promulgado en 1917 una carta que da primacía a un poder ejecutivo descrito como “*presidencia imperial*”. Tras el asesinato de Álvaro Obregón en 1928, Calles tuvo la idea de crear un partido, que, con la estructura funcional de los Soviets, en México se transitara de un “*gobierno de caudillos*” a un “*gobierno de instituciones*”. Plutarco promovía el nacionalismo y el populismo, con un capitalismo que subordinaba obreros y campesinos, interviniendo en la economía, la educación, la industria, semicorporativizando las



Estanislao Zuleta

organizaciones de los trabajadores y los empleados públicos. Cárdenas lo colectivizó creando confederaciones, cuyos miembros tenían que pertenecer al partido hasta llegar a tener más de ocho millones de militantes. Pudo así nacionalizar el petróleo y entregar a los campesinos más de 18 millones de hectáreas. Cuando Lleras Restrepo estuvo exiliado, el país transitaba en los primeros años de lo que se conocería como el “*milagro mexicano*”, resultado de la concentración del poder en un partido único, que, sin ideología definida, pero enemigo acérrimo de los conservadores del Partido de Acción Nacional, urbanizó y modernizó la república.

Lleras Restrepo impulsó la Reforma a la constitución en 1968 consolidando la presidencia a fin de intervenir los estados de la economía y los mercados planificando, con carácter imperativo el sector público, e indicativo, el privado. El ejecutivo sería el único que podía radicar iniciativas legislativas en materia económica, financiera y monetaria y el presidente estaba facultado para intervenir en la emisión monetaria y en el ahorro, sumando, a todo ello, la facultad para decretar emergencias económicas. Una “*comisión del plan*”, que integrada por veinte miembros del senado, la cámara, las intendencias y las comisarias vigilarían los planes y programas del desarrollo económico y social. “*A Carlos Lleras Restrepo, escribió el sibilino López Michelsen, se le debe reconocer a perpetuidad el título del más grande intervencionista de estado que ha tenido Colombia*”.

Se cree que al menos un centenar de *Institutos Descentralizados* creó la reforma de Lleras Restrepo con la esperanza de que allí floreciera la nueva burocracia que mantendría, por otros veinte años, al partido liberal en el poder. Entre ellos de *Energía Eléctrica, Comercio Exterior, Reforma Agraria, Seguros Sociales, Crédito Territorial, Desarrollo de los Recursos Naturales, Investigaciones Geológicas, Mercado Agropecuario, Cancerología, Provisiones, Radio y Televisión, Transporte, etc., etc.*

El solo *Ministerio de Educación* tuvo a su cargo *Colcultura, Cultura Hispánica, Construcciones Escolares, Icetex, Icfes, Juventud* y el

Retratos de memoria

Deporte, Universitario Sur colombiano, Investigaciones Científicas y las Universidades Nacional, Cauca, Caldas, Pedagógica y la Pedagógica y Tecnológica de Tunja. Instituciones que, desde la asonada contra John D. Rockefeller en octubre de 1966, benefactor en la creación del Instituto de Ciencias Agropecuarias en Bogotá, se convirtieron, para el imaginario del mandatario en el “*Otro mundo*”, como llamó a las universidades y los institutos el presidente Lleras Restrepo, donde decidió insiliar, con buenos sueldos y prestaciones a los ideólogos de izquierda que lo desearan. Al fin y al cabo, según también había dicho, “*a los subversivos solo los amansaba un buen salario y la libertad para hacer nada, porque apenas gustaban de la revolución en los cafés y bares*”.

Hasta aquí, todos los planes de Lleras Restrepo de convertir el partido mayoritario, el liberal, en una suerte del PRI, parecieron funcionar. Lo que nunca previó fue que con la reforma que desmontaba el Frente Nacional, y con el crecimiento de los consumidores de marihuana y más pronto, que tarde, cocaína en los países industrializados, los triunfadores serían los mafiosos y sus ideólogos, los pensadores y artistas de la Social Bacanería. La reforma de 1968 modificó el acceso a las corporaciones electivas popularmente, donde en los consejos municipales y las asambleas departamentales pudo ser elegido, desde 1970, cualquiera que tuviera cómo o lo lograra sin saber cómo. Y al congreso, a partir de 1974, año inicial del gobierno de López Michelsen, conocido por las siglas romanas de ADC y DBC, antes y después de la coca, fortaleciendo los ingresos de los grupos subversivos como las FARC surgidas en 1964, ELN [1965] y M-19 [1973] ya claramente financiado por los capos de los carteles de Medellín y Cali, cuyas luchas concluirían con el fin del bipartidismo y la Constitución de 1991, que creó las bases jurídicas y legales de la *República del Narco*.

El fracaso de la reforma del 1968 fue total. El 19 de abril de 1970 el elegido sucesor de Lleras Restrepo y su PRI de bolsillo perdió las elecciones ante el populismo del exdictador Rojas. Esa noche, el

ministro de gobierno, el tigrillo Carlos Augusto Noriega ordenó a las estaciones de radio y televisión abstenerse de divulgar los resultados a boca de urna porque Misael Pastrana Borrero [1'121.958] perdía las elecciones por 113.721 votos mayoritarios de su contrincante principal, el general Gustavo Rojas Pinilla [1'235.679].

Colombia tenía 22 millones de habitantes; un 46% era menor de 15 años; con casi dos millones de los adultos en la informalidad.

Dos años después, en 1972, ANAPO, el partido del exdictador obtendría, para los cinco más poblados departamentos [Antioquia, Atlántico, Boyacá, Cundinamarca, Santander y Valle] 881 concejales, de un total de 4402; 62 diputados a las dumas estatales, de un total de 143; 42 representantes a la cámara, de un total de 98; y 16 senadores, de un total de 48. Colombia inauguró así su larga marcha hacia el populismo que ha ido destruyéndola. Charlatanería y corrupción ya iban de la mano. Todas las instituciones creadas por la Constitución de 1886, reformada diez veces hasta 1986 hasta terminar en la de 1991, que ha sido modificada en 18 años 46 veces, fueron entregadas no sólo a los partidos tradicionales, sino en creciente medida, a los enemigos de las mismas, creando un segundo estado en su interior, como se evidencia en la vida social y política del presente, donde las FARC han creado su propia corte de justicia revanchista, llamada pomposamente *Justicia Especial para la Paz*.

La marihuana, la coca y la amapola han sido los productos que, como el café, para los liberales de la Guerra los Mil Días, ha inflamado las enormes milicias armadas que intimidan a la creciente burguesía industrial y mercantil del siglo XX, y a la fecha, no han podido derrotarla.

II

Un paradigma micro de las alianzas del narco con la inteligencia de las izquierdas populistas y subversivas podría leerse en los eventos sociales y la exaltación, a los altares de la filosofía y el seudo análisis

Retratos de memoria

mental, de un personaje cuya trayectoria vital y libresca ilustra a la perfección la debacle intelectual que vive la república post Santista.

Como se sabe, uno de los grupos de narcos más poderosos, el Cartel de Cali, fue integrado por individuos que vivían y delinquían allí, a mediados los años sesenta. Incluso uno de los más activos miembros del otro cartel, el de Medellín, había nacido en la capital del Valle del Cauca en 1948: Juan David Ochoa y tuvo trato entonces con los otros capos. Años cuando en los Estados Unidos, tras las modas cotidianas de los clubes de blues y jazz, con el crecimiento de la Guerra en Vietnam, el consumo de marimba inundó las grandes ciudades y se comenzó a exportar, desde Colombia, la Santa Marta Golden y la Punto Rojo, como aditivo a las manifestaciones pacifistas del hipismo. No es por tanto incomprensible que en los sesenta sobrevivan, en Cali, Gonzalo Arango, X-504 y su publicista supremo, José Mario Arbeláez, junto a un pervertido manizalita que deslumbró, a la oligarquía caleña, inventando el Nadaísmo. Hoy todos, los pocos miembros de esa cáfila le reconocen como el *Profeta del Profeta Gonzaloarango*.

Si bien el primer manifiesto del grupo, redactado en verdad por iniciativa del publicista Hernán Nicholls, la primera obra reconocida de Arango fue *Sexo y saxofón*, editada por Belisario Betancur en 1963, en el segundo año del gobierno del frente nacionalista Guillermo León Valencia, cuando ya el senador Álvaro Gómez había denunciado en el congreso la existencia y enfrentamientos con las fuerzas armadas de unos grupos de Autodefensas Campesinas comandadas por Tirofijo y Jacobo Arenas, padres de la República de Marquetalia, patria única de las FARC. A los que seguirían *Los poemas de la ofensa* [1968], de Jaime Jaramillo Escobar, escritos mientras visitaba las piscinas olímpicas en busca de algún amor juvenil, porque le habían dicho que en Cali vivía El Diablo.

Entre esta fecha y la publicación de *Que viva la música* [1977], heredera de esas prosodias y sintaxis, solo median diez años, una década, una tercera parte de los treinta años de dominio, en la sapiencia local de esa provincia, de los gustos y celebraciones de la Social Bacanería.

A lo que habría que sumar el creciente gusto de los mafiosos y su cultura traqueta, por el miserable cine que harían los viudos de Andrés Caicedo, miembros de la tristemente célebre Caliwood. Y el miserable teatro de creación colectiva, con el cual un seudo dramaturgo, embaucó a los incautos estudiantes que colaboraban, como estatuas de sal, en el progreso de las grandes exportaciones de los nuevos productos nacionales.

Entre 1965 y 1975, ha escrito James Henderson, Colombia *“fue un país de voces estridentes y jóvenes que pretendían destruir iconos culturales y declarar la guerra a la sociedad burguesa con una contracultura de bohemios que no escribían poesía y otros que lo hacían fumando marihuana, ejecutando actos que escandalizaron a la sociedad en general. Los anticonceptivos aumentaron el sexo casual y los adolescentes en pueblos, veredas y ciudades bailaban las noches en discotecas y los estudiantes de secundaria y bachillerato se lanzaron a la actividad política, exigiendo reformas a un sistema político anticuado. Muchos de ellos se convirtieron en revolucionarios y se unieron a las guerrillas, donde morían pronto. Fue una época embriagadora y romántica.”*

Mientras la radio y la prensa promovían esta “nueva cultura”, en otros lugares estaban ocurriendo otros rituales que se ejecutaban entre los barrios caleños San Nicolás y Obrero, en bares y bailaderos de donde emergían los recientes fumadores de marimba y bazuco que se ocultaban en Sucre. Quizás el más prestigioso fuera *Picapiedra*, de un bandido con apodo de ortóptero, donde actuaban parejas de rápidos bailarines que imitaban a algunos de los actores cómicos mexicanos, pero estaban contaminados del ritmo pachanga que se oía en un condado sureño de New York, metiéndole velocidad a los acetatos de 33 revoluciones. Al presentarse, en diciembre de 1968, los desconocidos músicos del bestial *Agúzate que te están velando*, la historia de la noche caleña cambiaría para siempre. Esa sería, ahora y adelante, el ritmo y el sabor de una generación que llegó al poder con Ernesto Samper Pizano y su carnal Horacio Serpa.

Retratos de memoria

Entrada la noche aparecía en escena el traqueto, con su caravana de Mustangs Pony y Chevrolet Camaros seguidos de camionetas Toyota Land Cruiser Prado atestadas de guaruras protegidos, a la distancia, por patrullas de la policía, de donde emergía un hombre alto y fornido, de barba rala, en sus treintas, que ordenaba “*abrir el parche*” poniendo al respetable en fila india y obsequiando billetes de mil pesos, para hacer cerrar el sitio y holgar a sus anchas.

Entre el respetable estaban ya los gestores de las manifestaciones contra las políticas educativas del gobierno de Pastrana y su ministro de educación Luis Carlos Galán: los Antonio Navarro, Carlos Jiménez, Clementina Vélez, Dolcey Casas, Gustavo Ruiz, Hernán Toro, Humberto Palau, Jaime Carrillo, Jairo Martínez, Jorge Barragán, Jorge Mosquera, Luis Carlos Arboleda, Margarita Mera, María Victoria Donneys, Moris Ackerman, Oscar Rojas, Ricardo Sánchez, Stella González o Camilo González, que llegaría a ministro de salud del M-19 siendo ingeniero, o José Fedor Rey, que con el mote de Javier Delgado, se convertiría en el *Monstruo de los Andes*, torturando y ejecutando a 164 de sus guerrilleros, la mayoría menores en edad, que habían desertado, robando una millonada, a las FARC.

Y si el alma se alimentaba y fortalecía al ritmo de la salsa y el crimen, el cuerpo era complacido en *El Bochínche*, un restaurante de choferes, rodeado de jibaros, chulos y putas donde todavía sirven las mejores chuletas de cerdo del mundo, un enorme trozo que sobresale del inmenso plato, sobre el cual caen las rodajas de tomate, limón y un dulce plátano maduro. Todos los beodos de la noche caleña allí recalaban.

Tras el triunfo del Anapismo, en las ciudades principales los concejales del movimiento se apoderaron de las empresas de servicios públicos, y promovieron, junto al Partido Comunista, la creación de nuevos barrios invadiendo baldíos de la nación y viejas haciendas concedidas por la corona española a sus conquistadores. Se cree que en unos treinta años, desde comienzos de los sesenta hasta finales de los noventa, en unos 120 municipios aparecieron comunidades de “nuevo

tipo” con nombres como Policarpa Salavarrieta, Manuela Beltrán, María Cano, Primero de Mayo, Comuneros, José Antonio Galán, Atahualpa, Simón Bolívar, Obrero, Popular, Cuba, Allende, Nuevo Chile, Neruda, La Libertad, El Porvenir, Nueva Esperanza, Bello Horizonte, etc., creando una fuente inagotable de electores, que siguen vendiendo su voto al mejor postor, habitualmente el futuro alcalde. En Cali, como en ninguno otro municipio capital, es evidente el servicio que las oligarquías políticas prestaron a los nuevos amos económicos.

En el transcurso de esos treinta años, los que según Ortega y Gasset legitiman, durante la centuria, la aparición de nuevas generaciones, sus alcaldes fueron Renjifo Salcedo, Holguín Sardi, Carvajal Sinisterra, González Caicedo, Domínguez Borrero, Escobar Navia, Navia Prado, Borrero Restrepo, Eder Caicedo, Holmes Trujillo, Germán Villegas, Guerrero Velasco o Guzmán Cuevas, este último, delatado por el contador de la mafia, Guillermo Pallomari, de haber recibido 175 mil dólares para ganar la alcaldía en 1994 y quien fuera destituido por un gobernador, que al lado de los pulquérrimos senadores Francisca Toro, Griselda Restrepo, Juan Carlos Martínez y Ramón López atizaron la corrupción en el campus universitario, creando una estampilla que, con la apariencia de invertir en el desarrollo de su planta física y su biblioteca, permitió la dilapidación de una fortuna en manos de un chapucero que fuera condenado, siendo su rector, a varios años de cárcel tras deambular, mondo y lirondo, por varios países europeos ofreciendo ser el ministro de educación del gobierno que inauguraría el designado de Ernesto Samper, su cómplice en el crimen de Álvaro Gómez, Horacio Serpa.

1968 es el año de la reforma constitucional de Lleras Restrepo, luego de que amenazara al parlamento con renunciar y concediera a los honorables senadores y representantes la continuidad de sus “auxilios” para mantener cautivas sus clientelas electorales y la eternidad de un sueldo indestructible. En mayo, los estudiantes franceses invadieron las calles pidiendo el cambio del sistema político y económico y las costumbres sexuales esgrimiendo consignas maoístas, marcusianas,

Retratos de memoria

de liberación de las mujeres, porque deseaban ser realistas pidiendo imposibles. Otro tanto en USA contra la guerra en Vietnam, en México miles de estudiantes fueron asesinados por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz en el conjunto residencial Nonoalco Tlatelolco, que ha recreado el filme Roma de Cuarón. En Praga las tropas soviéticas aplastaron la primavera checa del gobierno de Dubcek. Luther King y Bob Kennedy fueron asesinados, uno en abril y el otro en junio. Belaunde Terry fue derrocado en Perú por Velasco Alvarado mientras Omar Torrijos deponía al presidente Arias en Panamá y Pablo VI visitaba Bogotá, concediendo el gobierno, mercedes, a numerosos presos políticos como comunes, entre ellos, al jefe del cartel de Cali, Gilberto Rodríguez Orejuela, uno de los Chemas. Se dice que el Vaticano recibió una enorme contribución, de parte del prisionero, a través de un diplomático con enormes lazos de amistad con altos prelados adictos a la entrepierna de los muchachos.

Los Chemas, integrado por un líder estudiantil adicto al ELN, Luis Eduardo Tamayo, planeó y ejecutó con la colaboración de José Santacruz, que cursaba cuarto de ingeniería eléctrica en la Universidad del Valle y Gilberto Rodríguez, entre otros nueve, el secuestro de un diplomático suizo y un estudiante, por el cual obtuvieron 700.000 dólares que usaron para establecer las primeras redes de contrabando de psicotrópicos. Ya Rodríguez había sido reseñado como marxista y tesorero de un movimiento subversivo con el alias de *El Chamizo*, secuestrando y falsificando moneda. Testigos sostienen que Rodríguez y Santacruz, cuando visitaban los talleres de la escuela de arquitectura de Univalle discutían, a menudo, opiniones Louis Althusser y Marta Harnecker. O que la solución al problema agrario de un millón de campesinos con menos de veinte hectáreas, el 86% de las explotaciones, que no decrecían por causa de los 8000 terratenientes con predios mayores a las 500, eran los cultivos de marihuana que ya prosperaban en la costa norte del país.

Los primeros embarques fueron de marimba, pero pronto pasaron a exportar sólo cocaína, que originalmente traían de Bolivia y Perú.

Algunos investigadores vinculan a Santacruz, apodado El Estudiante, con la revuelta estudiantil contra los Cuerpos de Paz en la Universidad del Valle, porque varios de los cuarenta gringos que actuaban en esos años en Cali, entrenados en el Sena de Buga, se habían dedicado al negocio mediante embarques por Buenaventura y el intercambio de información gracias a la aparición del Fax y la máquina fotocopiadora Xerox, que reemplazó, en las luchas, al anacrónico estencil. Para 1984, según declaró un comandante de la Unidad Antinarcóticos de la policía colombiana, “*La mafia había penetrado los principales estamentos sociales caleños hasta hacerse virtualmente invencible.*” La trastienda de la vida de esos mafiosos ha sido relatada, con lujo de detalles que dan asco, en *Quitate de la vía perico*, memorias de uno de los más dúctiles y perversos admiradores de los hermanos Rodríguez y el tiñoso Santacruz.

Aun cuando parezca convergencia fortuita, no deja de llamar la atención, que en los mismos meses de la revuelta estudiantil contra los Cuerpos de Paz en la Universidad del Valle, que terminaría con la destitución de su rector, el ex ministro de salud Alfonso Ocampo Londoño para ser sustituido por un comerciante de guindillas, encausado de exportación de singularidades a los Estados Unidos en barriletes de roble para güisqui, estallara un fuerte movimiento estudiantil en la universidad privada USACA, donde estudiaba derecho, y era uno de los mayores accionistas mediante testaferros, el hermano menor de Gilberto, Miguel Rodríguez, conocido como *El Señor*.

El centro contaba con una nómina de dirigentes estudiantiles, eximios miembros de la Social Bacanería como Alvaro Escobar Navia, futuro rector de la Univalle, los mamertos asimétricos Alcibíades Paredes y Eduardo Pastrana, los trotskistas Edgar Vásquez y Fernando Cruz Kronfly, o el intérprete de signos Eduardo Serrano, único de su promoción que no pudo recibirse antes de la destitución de Ocampo Londoño, y que echaría por tierra, como eterno burócrata de la Facultad de Letras, durante treinta años, los estudios literarios que habían establecido académicos como Antonio Antelo, Delio Merino,

Retratos de memoria

Edward Stresino, Jean Bucher, John Neubauer, Jorge Zalamea Borda, León J. Simar, Luis Enrique Sendoya, Santiago Sebastián o Walter M. Langford, que terminaron en manos de un ex guarda espaldas de un senador de las FARC, apodado Malatesta.

Y entonces en la USACA ocurrió lo inesperado. A finales de diciembre de 1968, en uno de los extendidos amaneceres de réplicas de las asambleas estudiantiles de París, esgrimiendo las tesis de los estudiantes de Córdoba en 1918, un casi abogado, compañero de estudios de *El Señor*, Germán Navarro Palau, que a comienzos de este siglo fue capturado y puesto en prisión con fines de extradición por haberse “*encargado de sobornar a las personas que tenían conocimiento de las actividades delictivas del cartel de Cali, con el fin de evitar su testimonio ante las autoridades judiciales*”, puso a consideración del respetable los nombres de Álvaro Pío Valencia, para el cargo de rector y para Vicerrector académico a una eminencia llamada Estanislao Zuleta.

III

*“Lo nuestro era el culto a la palabra,
donde navegábamos era en la Galaxia Gutenberg:
los libros, la página impresa, la letra leída,
la poesía, los juegos de palabras.
En eso Estanislao Zuleta era muy hábil,
lo mismo que en los apodos,
los retruécanos,
los trastruécanos,
las transposiciones.”*

Ramiro Montoya

Álvaro Pío Valencia fue uno de los cinco hijos del simbolista Guillermo Valencia, padre también del expresidente Guillermo León

y de Josefina, sufragista y ex ministra de educación y gobernadora del estado del Cauca durante la dictadura de Rojas Pinilla. Comunista y marxista, fue secretario de la embajada de Colombia en Brasil y alcalde y concejal de Popayán su ciudad natal. Descendía de Pedro Agustín Valencia, dueño de la casa de la moneda de su pueblo por cuyos caudales obtuvo el título de Conde, que perdió al ser fusilado por traidor a la Corona, en Santafé de Bogotá, al lado de Camilo Torres y Tenorio, la madrugada del 5 de octubre de 1816.

Una de las auras que persiguieron a Estanislao Zuleta fue haber sido hijo de un abogado godo que murió calcinado en el mismo avión que Carlos Gardel y un tal Ernesto Samper, en Medellín en 1935. Fue apadrinado por el único amigo que tenía el difunto, cuarenta años mayor que el huérfano, Fernando González, polígrafo agiotista y cónsul múltiple, admirador de Mussolini y feroz anticomunista, que expulsado de todos los colegios de su pueblo por leer en Nietzsche, al casarse con la hija de un expresidente pudo recorrer el mundo exponiendo, su escepticismo religioso, en pequeños volúmenes, admirados hasta el fanatismo por los Nadaístas, que le consideran el “*Sartre de Envigado*”, sobre sociología, historia, arte, moral, economía, epistemología y ética, es decir, todo lo habido y por haber. En Envigado Pablo Escobar construyó La Catedral, su propia cárcel en su propio pueblo, con la anuencia del más diverso presidente que ha tenido Colombia.

En 1949, cuando tuvo catorce años, uno de los amigos de la madre modista, le obsequió el libro que cambiaría su existencia y le arrastraría a una muerte en vida, porque como dice el personaje central de ese libro, el anodino Hans Castorp, “... *hay dos caminos para consumir la existencia: uno es el común, directo y correcto. El otro es tremendo, conduce a través de la muerte y es el camino genial*”. El sufrimiento como la vía perfecta hacia el aprendizaje.

La montaña mágica, de Thomas Mann, en versión de Hernán del Solar, un poeta chileno que fuera el primero en trasladar la obra completa del alemán al español, publicado por Ercilla, en 1948, con

844 páginas. Un chollo demoledor y sorprendente sobre la Europa decadente y enferma de principios del siglo XX. Una ficción para formar escolares, la *Bildungsroman* por excelencia. La aventura de un hipocondriaco, que en un sanatorio para tuberculosos en las serranías suizas especula sobre psicoanálisis, el dominio de la técnica sobre el pensamiento, la relatividad del tiempo, el auge del comunismo y las derechas y la crisis del liberalismo clásico. Todo envuelto en largas discusiones sobre eros y tánatos.

En la montaña de Mann acontecen toda clase de prodigios dignos de la *Belle Époque*: la gente ríe bizarramente frente a la adversidad, calla cosas que sabe, habla de lo que no sabe, ama y odia y de la noche a la mañana, desaparece. Personajes que participan en juegos y fiestas, flirtean, chismorrean, se enamoran, pelean y se fingen eternos. Una altura de vida donde la vida acaba mal, pero hacemos lo imposible por ignorarlo. Un constante, e insufrible duelo, entre las alturas y las planicies, la salud y la enfermedad, el siglo de las luces y la oscuridad de la edad media, el diablo y dios, es ofrecido al lector por un jesuita y un garibaldino que ponen en escena la lucha entre el materialismo, el espíritu, el progreso y la libertad. Mann, en últimas, confunde, aburre y burla al lector porque sabe que solo los mediocres no pueden construir un equilibrio entre las contradicciones primarias y las secundarias. Y que todo, en este mundo, va por el camino del medio.

La montaña mágica es una excrecencia de *Don Quijote de la Mancha*, la incansable discordia entre Sancho y el viejo loco, con un inmenso obstáculo: su entorno no fue el mundo de los pícaros y comienzo del fin del imperio español, sino una estación que engendraría la gran carnicería de la primera guerra mundial, inventora de la República de Weimar, que llevaría, en medio de sus pesadas elucubraciones intelectuales, consideradas por numerosos lectores como “*peroratas roñosas, oxidadas, ilegibles, pedantes y pelmazas*”, al nazismo y el comunismo.

Consideraciones que quizás se acerquen a la verdad, pues el mismo Mann llegó, en su soberbia, a decir que para poder comprender bien

la obra había que leerla al menos dos veces. Mann era entonces un reaccionario germano centrista, defensor de la autarquía cultural, enemigo de toda influencia foránea, que luego, en un giro de 360 grados se declaró campeón del liberalismo y feroz demócrata.

Estanislao Zuleta, sin padre, pero con un delirante por tutor, rodeado de niñeras, sirvientas, tías, primas, modistillas y señoras ricas que vienen al taller de mamá en el exclusivo barrio El Prado a entallarse los trajes de las mises universos. Pésimo estudiante de primaria y peor aún del bachillerato que no terminó porque odiaba dejar la cama pronto, y según dijo otro, el colegio le quitaba tiempo para sus estudios, no enloqueció con la narrativa de la novela, sino con las disputas exasperantes entre Settembrini y Naphta, porque Zuleta no sabía alemán y no podía deleitarse con la prosodia y la sintaxis de Mann, una de las líricas más depuradas, como regala *Der Tod in Venedig*, que Visconti cautivó en *Morte a Venezia*.

Tales fueron las consecuencias de esa lectura calenturienta, que la madre llegó a creer era retardado mental o sufría de ataques de angustia. Lo cierto es, había perdido la chaveta para siempre. El cuarto donde viviría de ahora en adelante no estuvo en la realidad, sino en la montaña mágica. Y el acontecer tenía que ser leído por el psicoanálisis, la erudición que interpreta el delirio. Todo envuelto en el papel maché del marxismo y los humos de la maracachafa, que nunca le abandonaría. La calle, los bares, los cafés, los amigos: Álvaro Vélez, que murió a manos de la mafia siendo un testaferra en playas de Cartagena; Delimiro Moreno, Eduardo Gómez, Gonzalo Arango, a quien no volvería a hablar porque intentó o sedujo a su madre; Mario Arrubla, Mario Vélez, dueño del Bar Manhattan donde cantaba tangos Mario Rivero; el poeta Oscar Hernández, Ramiro Montoya o Virgilio Vargas, todos, menos él, el mártir de la montaña, sabrían que la vida, si no era un pozo de la dicha, tampoco sería aljibe de infortunios.

Cumplidos los 18 dio el gran salto. Con el poeta Oscar Hernández y el camarada Álvaro Delgado lio los bártulos en busca de su Berghof,

Retratos de memoria

aquel paraíso donde el Führer se refugió tras el Putsch de Múnich en los Alpes Bávaros y donde estuvo la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial. Un congreso de jóvenes comunistas en la miserable Bucarest de Petru Groza, un “burgués rojo” miembro laico de la iglesia rumana, que hizo invitar a muchos adolescentes, así no pertenecieran a los partidos comunistas de sus países. Tanto el poeta como el pichón de ideólogo pagaron sus billetes de ida y vuelta y se las vieron cortas para sobrevivir en Viena, donde vislumbraron el diván de Freud y en París, donde nunca vieron a Sartre en el *Café de Flore*. En las noches de melancolía Zuleta evocaba a París, donde estuvo tres días, con ese aire de superioridad que da saber que, en su gremio y pandilla, él era el único que había estado allí. Todo era, sin duda, un delirio robado a los filmes de la distribuidora Cofram.

Hay quienes creen que Zuleta dejó Medellín, aburrido de saber que existía “el otro mundo”, Bogotá, donde no tendría que ver cada día los rostros de Alberto Aguirre, con su pedantería pueblerina; a Bernardo Hoyos, que hablaba español con acento inglés porque decía que había trabajado en la BBC de Londres, o al abstemio secuaz del lopismo Estanislao Posada; al nerudiano y empresario de transporte de mercancías Carlos Castro Saavedra y Alberto Upegui, que sabía más de ópera que Verdi, y fue capaz de convertir a una coplera de bambucos en diva sin coloratura.

El Bogotá de la dictadura de Rojas era ya la única cosmópolis del país, con un millón de habitantes y un dólar a 2.50 pesos, presumía estar cerca al devenir de la Europa de postguerra, aun cuando Barranquilla, por su naturaleza y trato, estuviese mejor vinculada con la potencia que había ganado la guerra y con la Cuba del batistato. La carrera séptima era el centro del mundo, con sus ventas de libros de segunda frente a la Palacio de la Carrera, la plaza de Bolívar, la Buchholz, El Tiempo, El Espectador, el Hotel Continental, la librería Central en el parque de Santander, la Mundial, la Gran Colombia, la Lerner, el café Automático, el Club Suizo, las pizzerías y los restaurantes españoles y las barras de la 22, las tascas, la Santamaría, la Galería

Harold Alvarado Tenorio

Colseguros y El Callejón, la biblioteca Nacional, los grilles, etc., donde podía cualquiera que lo quisiera, o pudiese, hacer parte de las discusiones, los juegos, las confabulaciones y los chismes que urdían esa maraña de gentes del mundo intelectual, desde las derechas hasta los extremistas de izquierda, que todavía en santa paz departían como si el mundo bogotano estuviera en otra parte.

Allí estaban los poetas venerados, León de Greiff, Jorge Zalamea, Luis Vidales, Eduardo Carranza, Aurelio Arturo, Ciro Mendía; los de Mito, Jorge Gaitán Durán, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez; allí los ministros y ex ministros y parlamentarios y ex parlamentario, Belisario Betancur, Pedro Gómez Valderrama, Otto Morales Benítez; ahí los artistas, Obregón, Botero, Grau, Ramírez Villamizar, Bursztyn; ahí los arquitectos, Martínez Sanabria, Salmona; gentes del teatro, Seki Sano, Bernardo Romero Lozano, Zapata Olivella, Dina Moscovici; ahí los periodistas y caricaturistas, Juan Lozano, Germán Espinosa, Truque, Merino, Chapete.

Los biógrafos indican que Zuleta llegó a Bogotá, a los 22 años, militando en el partido comunista y sin haber holgado con hembra alguna. Era un mozalbete más que atractivo, que había merecido los flirteos de los diversos que frecuentaban los cafés de Guayaquil, que ha retratado Fernando Vallejo en sus memorias de “el río del tiempo”, epicentro de una generación que asumió la acera de enfrente como enmienda e insignia de sus desobediencias.

Entonces, en el café La Paz, frente al espléndido apartamento de sus tías en la avenida 19, tuvo una segunda epifanía. Dio con un fanático del comunismo que como la criada de Freud le serviría para descubrir que el otro era él mismo. Ahora las dos demencias del siglo se encarnaban en un desquiciado, tres años mayor, cargado de recónditas experiencias vividas en unas montañas muiscas, por una suerte de doctor Jekyll y el señor Hyde, asediado por depravadas pasiones sexuales, de vagancia nocturna para encontrarse con seres sórdidos y prostituidos, visitando incluso los sábados una cárcel de la provincia natal para comprar los servicios de velludos asesinos recién liberados, y durante

Retratos de memoria

el día pretendía conducir las masas estudiantiles y proletarias, porque odiaba el campesinado, con una austeridad digna de Stalin, que llegó a crearle severas angustias existenciales, colmadas por la compañía de Zuleta, durante los tres años, que duró su rendezvous sentimental.

Uno de sus biógrafos ha narrado cómo Zuleta tuvo un primer empleo gracias a la capacidad de penetración en el aparato estatal de los camaradas, partidarios de todas las formas de lucha. Le consiguieron, con un paisano dipsómano que era el director, una corbata burocrática en un instituto que pretendía hacer investigaciones históricas. Regente y dependiente bebían diariamente después de las seis y frecuentaban lupanares cercanos. Casi un año fue mantenido por su madre y sus tías porque el sueldo no llegaba, pero cuando llegó la orgia fue perpetua, con diversas y con la primera de todas, hasta que tocó fondo y acabó los retroactivos pagados. Su poema preferido, entonces, dice un cronista, era de Rash Isla:

*Boga en sus ojos ígneos el pecado
y la traición en su sonrisa boga,
y son sus brazos pérfidos la soga
con que toda virtud ha estrangulado.
En su vientre infecundo el insaciado
cortejo de los hombres se desfoga,
e infiltra malestar, como una droga,
su beso arteralmente destilado.
Sacerdotisa en el ritual venusto,
se defiende, se cimbra, se querella,
en los extremos del espasmo augusto.
Mas su imperiosa carne disoluta,
obliga al macho a devorar sobre ella
del viejo edén la insuperada fruta.*

Fue ese raro espécimen bipolar de lirismo boyaco quien, por tratar de perpetuar el noviazgo, le indujo a la azarosa maquinaria de

la reproducción. Era habitual verlos, en una especie de *Elle, Jules et Jim*, por los restauranticos de la calle 22, felices y borrachos, con la bisoña rebelde al medio, cantando la Internacional o el Bella Ciao. Integrado a la célula comunista donde le había colocado en la capital Filiberto Barrero, en una tenida de militantes hijos de papá que jugaban a la revolución, cayó en manos de la fémina que deseaba reproducir el mundo. Nada mejor para ello que ese hembro que temblaba ante la presencia de la hembra insaciable e insaciada y agradecida, habitualmente rechazada por su fealdad, pero amada por su solidaridad con el otro.

Hacía tres años había regresado al país luego de haber nacido en Barcelona y estudiado en la universidad de Copenhague, hablaba francés, inglés e italiano, había visto caer la República Española y el triunfo de Mussolini y vestía esos amplios o entallados trajes y pamelas de Balenciaga, unas veces negros y otras blancos, que llegaban hasta la mitad de la pierna, con mitones que cubrían su mano izquierda, destrozada durante el hundimiento del trasatlántico El Horazio en el puerto de Génova mientras huían hacia Panamá ante el estallido de la Segunda Guerra Mundial y porque, decía ella, Balenciaga hacía que la belleza de sus trajes disimulara la eterna fealdad de su rostro y las protuberancias de sus dientes frontales que parecían agujas fuera de control, trajes que eran estuches perfectos para su imperfecta silueta y que la hacían, al ser elegante, quebrar la imagen antipática que proyectaba. Era sobrina de los periodistas más poderosos, hija de un diplomático fascistoide y franquista, que, por llevar la contraria a uno de sus tíos, tomaba partido por el otro, el que publicaba clandestinamente Voz Proletaria y departía con su rubio novio arquitecto con Gilberto Viera White, a quien ella se había entregado en cuerpo y alma. Huérfana de madre a los diez años, su encuentro con el huérfano de padre antes de nacer fue el complemento perfecto, para él, tras el fracaso con el poetastro estalinista. Además, ella quería llevar a la praxis las teorías del leninismo. Y él estaba fascinado con esa nueva aventura: educar campesinos no para la lucha armada sino para la creación y fortalecimiento del partido del proletariado. Y ese

Retratos de memoria

entorno cálidamente mundano y abierto que deparaban sus amistades, de ella.

Rodeado de comunistas y filo comunistas, varios de ellos, como el enamorado de marras, hasta el día de hoy fanático del secuestro y las extorsiones, María del Rosario, que gerenciaba los fondos editoriales del periódico Junio, convenció, al saberse embarazada y sin bendición apostólica a la vista, que Gilberto Viera White, a través de Hernando Santos Castillo, enviaran a Zuleta donde los campesinos de Juan de la Cruz Varela, mientras daba a luz. María del Rosario confiaba que sus tíos y su padre le enviaran su pasaporte tramitado y el dinero para ir de nuevo a Europa y allí parir, hasta que un día Viera subió al Berghof mamerto y dijo que la solución era el matrimonio católico. Zuleta enfurecido dijo que “ni por el chiras”. Y María del Rosario se opuso, porque como ella misma dijo “cuando uno se casa ahí mismo le dan en la jeta”. Entonces Zuleta decidió volver donde mamá y allí contrajo matrimonio en la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores en 1958. El matrimonio estaba liquidado. Detalles que hay que leer, entre líneas, en uno de sus escasos artículos para el periódico Junio, n° 3, de ese año: *Matrimonio católico, homosexualismo y prostitución*, haciendo, quizás un homenaje al Sartre de San Genet. La desgracia de la costumbre trajo más hijos no deseados, hasta que una nueva epifanía, porque ningún matrimonio mal habido dura más de una semana, siete años, apareció en el horizonte con el rostro de un adolescente de diecisiete.

Zuleta sería siempre un protegido del Partido Comunista o de sus compañeros de viaje, hasta que cayó en manos de la camarilla mafiosa que se apoderó de la USACA, o la otra, quizás la peor, la que todavía controla la Univalle, donde para hacerlo prebendado, le aportaron un título Honoris Causa, el gran invento de la Social Bacanería colombiana para enquistar en las universidades públicas los ideólogos de la nueva casta que prohió, desde la presidencia de la Corte Constitucional, su Catilina ejemplar, el pelicano sopetrañero Carlos Gaviria Díaz, célebre

Harold Alvarado Tenorio

por haber muerto de rabia contra Álvaro Uribe Vélez, a quien nunca pudo ganar disputa alguna.

Primero fue en el IHH (1956-1958), luego, el Ministerio de Agricultura (1958-1960), luego el Incora (1960-1965) y la Superintendencia de Sociedades (1965-1968), luego la USACA (1969-1970), luego la Universidad de Antioquia (1970-1974), luego la Universidad del Valle (1974-1990), dieciséis años apenas interrumpidos por grandes servicios a la patria, como que fue Consejero de Belisario Betancur entre 1984-1986 y asesor para la concordia del ministro de gobierno César Gaviria, en 1987 y 1988 durante el gobierno de Virgilio Barco. Años de la toma del Palacio de Justicia, el terremoto de Popayán, la catástrofe de Armero, la muerte de Marta Traba y otros siete escritores, entre más de un centenar de pasajeros que venían a un festival político literario del Adriano colombiano en un avión de Avianca en Madrid, exterminio de la Unión Patriótica y de la fermentada paz con el brazo armado de la mafia, el M-19.

Mientras estuvo al servicio del “otro mundo” de Lleras Restrepo, Zuleta se dedicó con un rigor incansable, a beber, fumar marihuana e imponer a los otros los discursos que el bricolaje de sus lecturas producía con su implacable nemotecnia verbal, superior al “ars memoriae” de Berta Singerman. No se trataba de entender el mundo, ni la historia personal ni la colectiva, lo suyo era deslumbrar con los chisporroteos de unas narrativas que imponían las camisas de fuerza de las traducciones de los libros leídos, a eventos, circunstancias, vidas y momentos de un país y unas comunidades que ciertamente, por estar enclaustradas para entrenarse en el ejercicio del poder, debían al menos idear el futuro a partir de una mínima comprensión del presente. No. Zuleta hizo, de los despojos de las alucinantes lecturas de sus autores cautivos, las proyecciones de las realidades del porvenir.

Casi todo lo que ofrecía al auditorio, que no al lector, porque se trataba de convencer durante el aparente dialogo socrático con unas retahílas de argumentos sin claridad, resultantes de las contradicciones e inconsistencias propias de un discurso que niega la existencia, de

Retratos de memoria

una realidad tangible, o al menos confiable. Con el argumento de que quien hablaba había sido víctima de la fe y las supersticiones como vías hacia el conocimiento, Zuleta promovía sus razones y sus ciencias (el marxismo, el psicoanálisis, el existencialismo) para crear derechos y libertades, ignorando que más que individuos somos miembros de colectivos sometidos a roles sociales jerárquicos. Un discurso digno de Gatopardo: cambiarlo todo para que permanezca idéntico.

El discurso de Zuleta, al menos en su periodo anterior a la debacle del Centro Psicoanalítico Sigmund Freud, apuntaba a la destrucción del estatus quo; de la acción colectiva contra el estado de cosas, como cuando creó con sus amigos ese partido que rompía con los comunistas y soñaba con una rebelión sin armas, el Partido de la Revolución Socialista. Su nueva locura consistía en hacer del individuo un ángel liberal, la quinta esencia del liberalismo clásico. Un partido que fabricara individuos de altos vuelos, incluso vuelos proletarios. Nada de autoritarismos, de estalinismos. Nada de uso de las armas de munición. Mediante el psicoanálisis, pero el psicoanálisis inventado por este loco, no por el oportunista y vividor de Freud, sin coca, pero rodeado de ella por todas partes en la Cali de los Rodríguez Orejuela, fabricaría cuadros que se multiplicarían como los panes y los peces, reconociendo sus traumas, haciendo despiadada crítica de sus falencias para cambiar el entorno, una suerte de sesiones de macumba o de iglesia pentecostal, con su merced, él mismo, como gran gurú.

Todo terminó en un gran fiasco y amenazas, porque la sociedad caleña, su oligarquía azucarera y coquera no iba a seguir permitiendo a Zuleta acabar sus matrimonios, el dominio de sus hembras, gestando no una revolución social a favor del proletariado, sino una promiscuidad inimaginable, digna del bar *Zaperoco*, donde consumía litros de aguardiente oyendo a Daniel Santos y Tito Puente, dándose sus pasecitos y ahumándose con su baretta. Siempre seguido de una pandilla de pseudo delincuentes, uno de los cuales, que terminaría convertido en una piltrafa con su pipa y su basuco, eligiendo inocentes para hacerlos caer como ganchos ciegos, fue el primer editor de sus

descargas verbales. Por algo el rector Álvaro Escobar Navia, y su amigo trosko, el pseudo novelista psicoanalítico Fernando Cruz Kronfly, habían sido los emisarios que le acarrearon en andas a ocupar su puesto de Papa Negro de la reforma educativa en la USACA.

Las narrativas del ideólogo paisa, en apariencia dirigidas contra el racismo, el sexismo, la homofobia, la transfobia y la xenofobia, eran en realidad puro autoritarismo. No permitía sino su punto de vista, el otro no podía razonar argumentos, sino aceptar las interpretaciones que, de las obligadas lecturas librescas, impuestas al entorno tangible, ofrecía el evangelista. Así, entre Zuleta y Hitler solo mediaba que Hitler si hablaba y usaba el alemán, no una traducción del alemán de Mann, para hacer obedecer a unos colombianos que nunca supieron donde había reinado el creador del Sacro Imperio Germánico.

Es sintomático que los textos más leídos en la década de las revueltas estudiantiles colombianas, cuando nuestro Sartre de pacotilla era oído por docenas de incautos, fueran libros como *Almuerzo desnudo* de William S. Burroughs, *Diario del Che en Bolivia* de Ernesto Guevara, *El retorno de los brujos* de Jacques Bergier y Louis Pauwels, *Eros y civilización* de Herbert Marcuse, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* de Louis Althusser, *La náusea* de Jean Paul Sartre, *Los hijos de Sánchez* de Óscar Lewis o *Topaz* de León Uris.

Los otros, los que no harían parte de la Social Bacanería que chupaba la sangre del fisco a punta de verborragia izquierdista, leyeron en *Las palabras y las cosas*, de Michel Foucault, *Cien años de soledad*, de GGM, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Rayuela*, de Cortázar, *Opus nigrum* de Marguerite Yourcenar, *El otro, el mismo* y *El informe de Brodie*, de Borges, *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn o *El nombre de la rosa* de Eco.

Desde hace treinta años un puñado sus secuaces como Alberto Valencia, Alejandro López, Antonio Dorado, Boris Salazar, Fabio Jurado, Fabio Martínez, José Zuleta Ortiz, Luis Ernesto Lasso, Ricardo Sánchez y William Ospina publican y republican el manido obituario, donde hablan más de ellos mismos, que del difunto. Sólo

Retratos de memoria

uno ha ganado más prestigio que el muerto, su hijo expósito, que ha vivido, desde que abandonó la crianza de conejos, del erario, sirviendo de diversas maneras a gobernadores y alcaldes como Adriana Carabali, Angelino Garzón, Apolinar Salcedo, Clara Luz Roldan, Dilian Francisca Toro, Germán Villegas, John Maro Rodriguez, Jorge Ivan Ospina, Juan Carlos Abadía, Maurice Armitage, Mauricio Guzman, Ricardo Cobo, Rodrigo Guerrero, Ubeimar Delgado y Victor Manuel Salcedo, haciéndose pasar por bardo, pensador, comediante, prosista, cotilla, pérfido, maestro de la maquinación y batracio. De todos esos comentarios luctuosos, sólo uno sigue conmoviendo. El que ha publicado más de cien veces Eduardo Gómez, su amigo de juventud:

“Quiero terminar estos recuerdos, evocando la última vez que lo vi. Zuleta había vuelto a Bogotá en calidad de consejero del presidente Virgilio Barco y se alojaba en el Hotel Continental. Una tarde pasé por allí. Me invitó a subir y lo encontré exhausto. Aunque había bebido bastante estaba lúcido. Tuve la súbita certeza que era la última vez que conversaba con ese amigo irremplazable. Él también lo sabía porque, de pronto, empezó a decir con un tono alto y dramático: “¡Yo te quiero mucho!”, y repitió la frase muchas veces. Entonces se irguió, tomó un ejemplar de su libro La poesía de Luis Carlos López y escribió la dedicatoria: “Para Eduardo Gómez en testimonio de una amistad, larga, íntima y mutuamente fecunda. De una amistad que no terminará nunca”. Como en sueños, me despedí diciendo: “Ahora descansa”. Y alcancé la calle mientras me enjugaba las lágrimas.”

Como se sabe, Hitler era autodidacta. Odiaba las universidades y los profesores universitarios, y sus detallados conocimientos sobre todo lo divino y lo humano lo adquirió leyendo cientos de libros. Sus bibliotecas albergaron unos 16.000 volúmenes, pero nunca leyó en Schopenhauer, y uno sus dramas favoritos, de los cuales citaba para

Harold Alvarado Tenorio

impresionar auditorios eran *Julio César* y *Hamlet* de Shakespeare. Pero lo más asombroso era su memoria, su técnica para recordar. Casi nunca citaba las fuentes de sus informaciones y recitativos, dando la impresión de originalidad. Tampoco sabía otros idiomas, meramente chapuceaba un francés macarrónico. Era un gran charlatán. O como diría uno de los nuestros, un pajudo.

El Tiempo, Bogotá, 30 de marzo de 2020.

GLORIA ZEA SOTO

Hace unas semanas falleció, en Bogotá, la señora Gloria Zea, considerada por la oligarquía de las artes nacionales, la emperatriz de la moda y el tráfico de influencias del último siglo. Su funeral, digno de Teodora de Bizancio o María Ignacia Rodríguez de Velasco, contó con la presencia del presidente de la república y fue presidido por sus hijos¹, cuyo padre, al menos de dos de ellos, se supone es Fernando Botero. La señora estuvo casada oficialmente con el pincel más famoso, con un millonario que le doblaba en edad, y un diletante italiano parecido a Andrea Bocelli, cuya dama ahora le superaba en almanaques valetudinarios.

Sus orígenes, como su rutilante vida social, está llena de consejas y maledicencias. Unos dicen, entre ellos Wikipedia, que fue hija de German Zea Hernández y Carlota Soto, prominentes figuras de la política y el meretricio de la *Belle Époque*. *El Rosedal*, un *Danzig* de la señora Soto, era fácil identificar porque en el porche estaba siempre

¹ En otra crónica la periodista Virginia Vallejo sostiene que “*En los últimos 80 años, varias ilustres proxenetas han manipulado el poder en Colombia tras bambalinas. La primera de estas madamas fue Carlota Soto, dueña de El Rosedal, el burdel más famoso de Bogotá cuando era ésta una ciudad de apenas 300.000 habitantes con complejo de Atenas de Pericles. Siendo pobre y desconocido, Fernando Botero se casó con Gloria, la hija de la rica Carlota. A cambio de un díneral, Germán Zea -un cliente de El Rosedal que siempre vivió de prestarles servicios a otros, como los presidentes Lleras y López- le dio su apellido a la bastarda Soto. Gloria Zea y Fernando Botero tuvieron tres hijos: Lina, quien según los que las conocieron, es el vivo retrato de su abuela; Fernando, prófugo de la justicia; y Juan Carlos, vivo retrato del escritor Andrés Holguín, amante de Gloria Zea durante sus años de matrimonio con el pintor*”. <http://lasnotasdepastor.blogspot.com/2012/12/columna-de-virginia-vallejo-en-la.html>

el Sedán LaSalle 1934 rojo de su adinerada propietaria. Otras lenguas dicen, pensemos en Luis Zalamea, que a cambio de una enorme suma el doctor Zea habría recibido la niña para incorporarla a su núcleo familiar, con dos muchachos más.

La feroz lengua viperina de Alvaro Castaño Castillo escribió, en sus casi memorias, que “*otro gran sitio de perdición era El Rosedal de la manizalita Carlota Soto, una especie de tribunal mayor del mundo galante. Estaba situado en la carrera Séptima con calle 50, donde una inmensa copa champañera expulsaba burbujas de neón. Cuando un efebo pasaba por ahí de noche le hervía la sangre y se endurecía su carne. Los entendidos decían que Alberto Ángel Montoya, invitado por la dueña de casa, tras las pipas de opio y éter, recitaba sonetos de Amor. La prosti estrella tenía 14 años, usaba tobilleras y se llamaba La Cachumbos*”.

Germán Zea Hernández, el padre de la doña, fue abogado, embajador de Colombia ante las Naciones Unidas, ministro de Gobierno, Justicia y Relaciones Exteriores, Contralor General de la República, Alcalde Mayor de Bogotá, Gobernador de Cundinamarca, Senador y Representante a la Cámara y rector de la Universidad Libre de Colombia. Con el grande honor de haber firmado, como ministro legatario del presidente Julio César Turbay, el Tratado de Extradición de nacionales con Estados Unidos, que luego aboliría la Constituyente convocada por Pablo Escobar Gaviria con la colaboración del M-19.

La señora consumió sus años de primaria entre New York y el Gimnasio Femenino de Santa Fe. Mientras oía, del padre de otro de sus hijos, hablillas de tortugas que intercambiaba con Antonio Panesso Robledo, hermano de la pareja del trovador Mario Rivero, a quien había conocido cantando tangos en *El Rosedal* y ahora era decano de filosofía y letras en la Universidad de los Andes, donde conocería el más efímero de los amores de su vida, pero el que más le dio prestigio: el país que había aprendido de sí mismo a dibujar y ahora es el Picasso del lavado de activos.



Gloria Zea Soto

“Me enamoré de su talento antioqueño; estaba segura que iba a ser el retratista más importante de Colombia y uno de los grandes mercaderes de la historia del mundo. Con él entendí qué ser hábil: un ser excepcional que es inmoral, como la belleza de ciertas mujeres”. “Fernando era tan celoso –suspira–, en el fondo era un señor antioqueño híper tradicional, que me quería en la casa con un montón de niños”. “Fernando no me quiere mucho. Los divorcios son difíciles”.

Ella tenía 19 años. El descaro del romance fue tal, que lo acusaron con las directivas de la universidad y lo echaron. Otros dicen que lo hizo echar Andrés Holguín, atacado por una furia de celos. Un año más tarde de haberse casado por la iglesia con Fernando Botero, la doña se inició en la curaduría del arte organizando una exposición, que contenía, por supuesto, a su marido, en la Sociedad de Amigos del País, que acababa de inventar Carlos Lleras Restrepo frente al altozano de la Catedral.

Botero había comenzado pintarrajeando toreros y astados en un tenderete de don Rafael Pérez, cerca de la plaza de toros de Medellín donde vendía entradas para las corridas. Estuvo un tiempo haciendo imaginarias faenas y retratos de novilleros, maletillas, banderilleros, mozos de espadas y mulilleros que le acercaba Mario Rivero, autor de muchas de las hojas de vidas falsas de los falsos toreros. Con Rivero viajó a Bogotá en los años cincuenta y con la ayuda de Belisario Betancur ingresó como instructor de dibujo en la Universidad de los Andes, donde conoció a la rica heredera de Carlota Soto. Un tiempo estuvo hospedado en una pensión que tenía un andaluz en la esquina de la 23 con séptima, dueño de dos de las tascas sitas en una vieja casa de inquilinato, diagonal de *El Cisne*, donde habitaban *El Hombre de la Llama* y el jefe de los Amautas, enemigos de Marta Traba.

La señora Traba, compañera sentimental del hijo de Jorge Zalamea, un tarambana que dejó en la miseria a su padre, se había establecido

Retratos de memoria

en Colombia en 1954 durante la dictadura de Rojas Pinilla, que un año después, con su iniciativa, el ministro de educación Aurelio Caicedo Ayerbe y un grupo de empresarios e intelectuales alzatisas como Alberto Zalamea Costa, mediante el decreto 2057 de 27 de julio de 1955, crearon el *Museo de Arte Moderno*, que entraría en funcionamiento en la sede de la Galería Colseguros, contigua al teatro Jorge Eliecer Gaitán el 31 de octubre de 1963 bajo la dirección de la prestigiosa crítica argentina, cuya labor se había venido desarrollando en revistas como *Mito* y *Semana*, pero fundamentalmente en la TV con sus programas *ABC del Arte*, *Una visita a los museos* y *Punto de vista*, este último, causante de su expulsión de Colombia.

El 8 de setiembre de 1966 invitó a su programa, que se emitía por Teletigre, a un dirigente estudiantil y un director de teatro a debatir las causas de las protestas estudiantiles contra el gobierno. La policía ingresó a los estudios y prohibió la emisión del programa. El gobierno, con su ministro de relaciones exteriores a la cabeza, el doctor Germán Zea Hernandez, procedió a expulsar a la argentina el 21 de junio de 1967, que logró impedir “casándose” por la iglesia con el padre de su hijo, el futuro pintor Luis Zalamea Traba.

Las buenas lenguas se preguntan, desde entonces, cuantas serían las aprensiones de la señora Gloria Zea con Marta Traba, cuya inteligencia superaba en millardos la riqueza del marido de la primera, *Mr. Coffee & Mr. Xerox*, Andrés Uribe Campuzano, ella, que vivía en la más opulenta mansión de Park Avenue, entre los rascacielos, con Rolls Royce, mayordomos y mucamas en la puerta, vestía de Versace, Gucci, Balenciaga, Ungaro y Dior, y cada que salía a la calle nadie podía comprarla por menos de los 15 mil dólares que llevaba puestos. Amparo Sinisterra, Consuelo Araujo, Fanny Mickey, Fanny Osorio, Sofy Pizano, Sonia Osorio o Teresa Santamaría eran unas pobres pata hinchadas frente ella, la *Reina del Chantecler*.

Pero fue el Museo de Arte Moderno la joya más preciada de la señora mientras vivió su marido multimillonario. No sólo era su imagen

metropolitana y de Gran Manzana, sino su Palacio del Eliseo de la nueva sociedad que su codicia y soberbia creó, rodeada de gerentes de multinacionales, lavadores de divisas, contrabandistas, mafiosos dueños de enormes terrenos capitalinos como el negro Pablo Rayo Montaña, alias don Pa, pensando que podía ascender a los cielos del poder haciendo presidente a su hijo mayor, el hijo de su madre, pero con el apellido de su padre. Con tanto éxito, que los gobiernos descompuestos de la *Ventanilla Sinistra* y el *Estatuto de Seguridad*, la nombraron directora del Instituto Colombiano de Cultura, Colcorrupta; presidente de la Editorial Planeta, gerente de Pro cultura, decano de la facultad de Bellas Artes de la Universidad de los Andes, productora cinematográfica, miembro del Consejo Internacional del MOMA de New York, negociadora con las guerrillas de las FARC durante el gobierno Betancur, e Influencer en todo lo habido y por haber.

Su labor en Colcorrupta fue severamente criticada desde todos los sectores, tanto de la derecha como de la izquierda. Jorge Child, uno de sus más feroces impugnadores la llamaba la zarina de la cultura sofisticada que quemaba millones de pesos en espectáculos de ópera y obras de teatro replicadas, pobremente, de los repertorios de París o New York, la rutilante y estrepitosa empresa operática, cargada de brocados, sedas, candilejas, gorgueras, arias y dos de pecho, mientras nunca se ocupaba de la música popular o las danzas tradicionales. Y sugería que todo lo hacía para dar gusto a uno de sus predilectos, un director de pacotilla, joven y hermoso, llamado Daniel Lipton, a quien tuvo en Colombia casi quince años y luego sería acusado en Canadá de abusos sexuales.

Otro tanto decía Child de las inversiones, con dinero público, que hacia la señora en la compañía neoyorquina donde actuaba su hija, un musical titulado *Amadeus* y el clavecinista Rafael Puyana la acusaba de discriminaciones porque “*se había apoderado de la cultura del país*

Retratos de memoria

para su vanagloria, con una gran habilidad para intrigar, pero con una profunda ignorancia de lo que es la creación artística”, y sostenía que había convertido la Ciudad Perdida, en un club privado que manejaba a su amaño.

“El Instituto Colombiano de Cultura –sostenía Jorge Child-- es un ejemplo elitista e indeterminado de los “caprichos culturales” de sus directivas que, obviamente, no tienen la culpa de no desarrollar una política cultural del Estado, porque no existe. Por eso se financia una ópera para la élite del Teatro Colón de Bogotá y no se financian investigaciones que contribuyan a descubrir las formas de creatividad del conocimiento. A los investigadores nadie los financia, como tampoco el Estado utiliza los medios de comunicación masiva para transmitir conocimientos socialmente útiles, sino para adjudicarles espacios comerciales a las programadoras de noticias, películas y modas culturales que ellos escogen según les parece. Aquí todavía creen que la cultura es un esparcimiento elitista y no una investigación de la realidad social en la que debe participar todo el pueblo. Seguimos siendo victorianos sin hablar inglés y sin vivir en el Londres decimonónico”.

Como presidente del grupo Planeta, Gloria Zea fue el peón de brega para la penetración, en Colombia y América Latina, de la industria editorial española controlada por el Partido Popular, sirviendo a José Manuel de Lara, que se hizo, en esos años con los despojos de la gran editorial Seix Barral con la cual Carlos Barral había puesto por los cielos la literatura latinoamericana y terminaría, antes de morir, dueño de El Tiempo, quien lo vendió a Luis Carlos Sarmiento por la bicoca de 257 millones de dólares.

De esos años viene la colaboración de la treintañera Ana Roda,

inventora de las bibliotecas públicas, para atiborrar de impresos españoles miles de edificios municipales donde nadie asiste y hacer de las sucursales del Banco de la República una suerte de tumba de epítomes peninsulares que han desplazado los libros de las viejas editoriales nacionales como *Bedout*, *Voluntad*, *Tercer Mundo*, *El Ancora*, *La Carreta*, *Temis* o *El Buho*.

El daño causado por esta aventura de la señora Zea, imprimiendo millones de libros de historia mamerta, novelas, libros de cocina, fotos, etc., sirvió también para enriquecer a Propal que junto a la Editorial Oveja Negra, el gran invento del estafador más premiado de Garcia Marquez, sirvió para que el hijo de Alvaro Mutis, convirtiera en novelista a un ex convicto por soborno a la Constituyente de Rojas, haciendo de paso héroes literarios a esa pléyade de memos integrada por Jorge Franco, Mario Mendoza, Héctor Abad Faciolince, Santiago Gamboa, Laura Restrepo, Patricia Lara, Efraim Medina, Roberto Burgos, Alfonso Carvajal, Fernando Quiroz, Piedad Bonet y/o Juan Esteban Constaín, entre otros. Vale recordar que el primero de los libros publicados por Colcultura con la dirección de Juan Gustavo Cobo, fue la traducción de *Las Flores del Mal* de Baudelaire, hecha por el padre de la última criatura.

Fueron los años de las vacas gordas. Cuando Luis Fernando Pradilla y Byron López, dueños de una galería que era museo decidieron vender a la nueva clase, la narcocracia, cuadros de pintores colombianos a precios astronómicos. Los narcos cambiaban sus toneladas de dólares guardados en los Estados Unidos por enormes pinturas que sus mujeres colgaban entre los seiscientos abrigo de piel y los ochocientos pares de zapatos.

El pintor preferido de los señores y señoras fue uno cuya temática era la pintura figurativa de gran formato con mujeres desnudas, caballos, escenas de matrimonios, jugadores de naipes, coperas, cabareteras y amoríos, todo enmarcado en acontecimientos populares de feria de pueblo. Un pintor cuya obra valía en 1950 unos 30 dólares, para los

Retratos de memoria

gobiernos de López y Turbay unos 100.000 y para la primera década del dos mil, unos 2 millones, como si la pintura del colombiano fuera más rentable que la coca, pues se había incrementado en 1.540% en medio siglo. Precios que se derrumbarían cuando el señor Pradilla terminó en una cárcel neoyorquina, tras la caída de Pablo Escobar, la captura de los hermanos Rodríguez y la condena del hijo mayor, que había guardado la plata robada de los financiadores de Ernesto Samper en las cuentas de papá.

Para lavar los pecados del niño, el obeso padre “regaló” a Colombia y Medellín una colección de sus cuadros de museo y unas cuantas estatuas infladas que cobró a precio de Vaticano, para de bumerán, lavar impuestos por casi dos billones de dólares. Varios artículos de prensa dan noticias de sus exóticos camelos.

El MAMBO había servido entonces para promover la obra de su ex marido, el padre de *“Mis tres hijos, tres Boteros maravillosos, los mejores que ha hecho el maestro y que no se pueden colgar en la pared”*.

Su tarea en el museo fue cuestionada durante más de medio siglo.

Se decía que hacia lavar los tapetes de sus casas de Tabio y Bogotá en las dependencias del centro, que usaba los cuadros de la colección permanente para decorar sus cenas privadas, que ponía el museo al servicio de sus amantes, como el Centro de Estudios Teatrales que controlaba Giorgio Antei, a quien había hecho nombrar director en la Escuela Nacional de Arte Dramático, o la revista que pagaba y editaba el museo para el mismo centro, o la retrospectiva que hizo del padre de su otro amante Jorge Ali Triana, a lo que agregaban los malquerientes que descuidaba la colección almacenada entre lugares húmedos y mal olientes, el desprecio que sentía por la sala de cine y los cineclubes, cuyo local era un sanitario oficial oliente a orines y popó, las preguntas de dónde iba a parar todo el dinero que recogía de subastas de maquetas, ediciones limitadas de computadores, cenas de beneficencia y cenas personales y sonados cocteles para amigotes, o las enormes sumas de dinero que recibía del erario público si los montajes

y exhibiciones eran de una pobreza y ordinariéz digna de un trapense.

Además, era acusada de hacer exhibiciones comerciales, como cuando expuso 300 sillas, lámparas y afiches españoles, o una gigantesca foto de un caballo galopando en la Plaza de Bolívar, o su afición mamerta a celebrar las barbaridades de los guerrilleros como cuando expuso 89 pinturas de ex combatientes, organizada por un tal Echavarría, que llamó, ladinamente *La que guerra que no hemos vivido*, donde no había víctimas por ninguna parte.

Los artistas nacionales se quejaban del lamentable estado de sus obras, o su desaparición total, como fue el caso de *La corona para una princesa chibcha* de María Fernanda Cardozo, que dejó de existir, con la estructura de metal oxidada y torcida y las lagartijas disecadas sin patas, al *Narciso* de Oscar Muñoz que le hicieron dibujos con lápiz encima, la mancha de humedad de una de las cajas de Alvaro Barrios, la cama abollada y torcida de Beatriz González, el *Enchufe en la pared* de Santiago Cardenas que estuvo treinta años enrollado en una caja, los dibujos de Lucas Ospina que desaparecieron de repente, el cupido de la *“Venus desarmando a Cupido”* de Carrier Belleuse con el dedo pegado con un chicle, o la historia de que tuvo o tiene pignorada a un banco o a varios los cuadros más valiosos de la colección permanente, etc., etc. Y para colmo de males, un día le dio por exhibir una colección de Barbies, porque era la muñeca que le gustaba a su hijita.

Al final de sus días le dio porque los colombianos debían regalarle 44.000.000.000 millones de pesos para ampliar SU museo con el PROYECTO DE LEY 147 DE 2012 SENADO. Cosa que no pudo lograrse, porque la envidiosa de Mariana Garcés, que la odiaba, se le atravesó en el camino.

Tenía razón la otra Gloria. Le habían dicho hasta P.U.T.A., a lo cual respondió: *“Es injusto porque lo único que no he hecho por el museo es prostituirme en la carrera séptima.”*

El Nacional, Caracas, 19 de abril 2019.

CARLOS GAVIRIA Y LA SOCIAL BACANERÍA

Recientes narrativas, surgidas de los aparatos creados por el gobierno Santos para justificar los pactos de impunidad con la delincuencia de las FARC, sostienen que la noción ideológica que mejor define la generación que sucedió en la dirigencia a Manuel Marulanda y Jacobo Arenas es la *Social Bacanería*. “*Unos hombres y mujeres, según los cronistas, cuyo mayor legado para la humanidad fue transformar el secuestro en una actividad industrial, convertir cilindros de gas en armas de destrucción masiva y sembrar el campo colombiano de minas quiebra-pata*”. Y agrega, el sociólogo, que no habrían existido sin la convivencia de vastos sectores de la clase dirigente, el establecimiento cultural y los ricos capitalinos –[digamos Adolfo Carvajal, Alberto Casas, Alfredo Carvajal, Álvaro Tirado, Carlos José Reyes, Emilio Urrea, Enrique Santos, Gloria Pachón, Gloria Zea, Guillermo Hoyos, Héctor Abad Gómez, Laura Restrepo, Margarita Vidal, Nicanor Restrepo, Nohemí Sanín o Rodrigo Lloreda]- que peregrinaron, desde los años ochenta, al complejo habitacional de *Casa Verde*, para departir con los viejos terroristas y que aparecen en cientos de fotos comiendo, bebiendo y bailando con Timochenko, Pastor Alape, Joaquin Gómez, Iván Marquez, Pablo Catatumbo, Mauricio Jaramillo, Raul Reyes, el Mono Jojoy o Ivan Rios; o bajando y subiendo de los helicópteros del gobierno repletos de champaña y chocolates suizos, mientras las FARC multiplicaban sus frentes, intensificaban los secuestros o sembraban el país de minas.

Gracias a numerosas entrevistas, sabemos que son agnósticos, devotos del aborto y el matrimonio igualitario, así hayan perseguido a cuanto marica apareció en sus filas, son celosos partidarios de la *dosis mínima de drogas para el desarrollo de la personalidad*; se saben de memoria

las canciones de Carlos Puebla, Silvio Rodríguez o Pablo Milanés y sin duda, los himnos cristiano-apocalípticos de Gonzalo Arango. “*Son aquellos, asegura otro investigador, que no tuvieron pantalones para empuñar un fusil e irse al monte y se quedaron con nosotros disparando su artillería dialéctica. Son los admiradores de Mafalda que, por no despabilarse para cambiar el mundo, el mundo terminó cambiándolos a ellos y como buenos rebeldes de coctel, entre un güisqui de malta y otro, denigran de lo que hieda, a ellos, de derechas, todo lo que signifique preservar el orden y la disciplina*”.

Lo que no han detallado los laboriosos guardianes de la memoria, es que el concepto *Social Bacanería* fue resultado de las éticas tertulias que se realizaron en un chiribitil de la Carrera 13 A con Calle 23 de Bogotá, al filo de los meses posteriores al fraude que hizo presidente al Misael Pastrana Borrero, de propiedad de Cesar Villegas, Juan Gaviria y Gustavo Bustamante, tres pimpollos que habían migrado de los arrabales de Medellín, hacia los sectores lumpen proletarios bogotanos para oír canciones revolucionarias cubanas, chilenas y bailar charanga. Allí hicieron de la salsa, un goce pagano, los futuros periodistas de la revista *Alternativa*, pero los socios más activos fueron Carlos Pizarro, Alvaro Fayad, Lucho Otero o Vera Grave, los mejores danzarines que tuvo el M-19. Antro y templo donde contrajeron nupcias y alimentaron el fuego de sus pasiones de otoño y primavera, la ñera Patricia Ariza, hoy ministra de cultura del régimen de Petro y el entonces cogollo de mamerto Carlos Satizabal, cuando se burlaban de la cornucopia de Santiago García, y donde, una mala noche, Enrique Santos Calderon, Alfonso Cano y el comandante Jaime Bateman, que trataba de convencer a Cano de abandonar las FARC, brindaron por el futuro de la *Social Bacanería*, que, contrariando las tesis del comunismo, sí los llevaría al poder usando todas las formas de lucha contra el estado.

Asunto que, ciertamente, ha sucedido durante los ocho años del gobierno de Juan Manuel Santos. El Narcotráfico estaba dando al traste con las viejas doctrinas de la toma del poder por la izquierda



Carlos Gaviria en el Parque Lourdes de Bogotá

armada, que acabaría por pervertir a las FARC de Marulanda y Arenas, y el Nadaísmo había borrado, con la vulgaridad, la idiotez y el rutilante apoyo de la prensa liberal y conservadora, toda la generación de Mito. Si Gabriel Garcia Marquez no hubiese terminado exiliado en México jamás habría sido premio Nobel y hoy estaría sentado en el Senado al lado de Pablo Catatumbo, alias Jorge Victoria Torres, conspicuo secuestrador de poetas, más feroz que Calígula y más despreciable que Nerón.

El gobierno de Juan Manuel Santos fue posible por la traición al partido que lo llevó al poder, la perfidia de los cabecillas de las FARC que entregaron al mentiroso la cabeza de Alfonso Cano, y la tarea silenciosa, de un soberbio ejemplar de la presunción, que desde un triste pueblo antioqueño fue mudando de ideología como fue innovando de trajes y tintes de pelo hasta llegar a la Corte Constitucional y hacer de Colombia un mar de toxicómanos con el cuento de que enviciarse es un derecho de la especie.

Colombia es el primer productor de cocaína del mundo con 210.000 hectáreas cultivadas según un informe reciente del gobierno norteamericano y el cuatro del mundo en consumo de drogas. Los informes dicen que el 20% de estudiantes de 11 y 12 años bebe alcohol, un 43% de 13 y 15, y 58% entre los 16 a 18. Se estima que 3.000.000, tres millones de personas consumen diariamente drogas ilícitas. La marihuana es la sustancia de mayor consumo, seguida por la cocaína, el bazuco y el éxtasis. Del total, el 87% consume marihuana y un 75% cripa, la mejor de las yerbas.

La Ley 30 de 1986, declarada exequible por sentencia de la Corte Constitucional con ponencia de Carlos Gaviria Diaz, “*porque se refería al libre desarrollo de la personalidad*”, estableció la dosis personal como una excepción al delito del porte de drogas. Desde entonces la Corte Suprema de Justicia ha considerado que el acarreo de estupefacientes superior a la dosis mínima, o de aprovisionamiento, no es delito.

Carlos Gaviria Diaz [1937-2015] deambuló de un liberalismo trasferido hasta una fingida militancia en un partido de oposición

Retratos de memoria

donde fue candidato a la presidencia, pero fue un ácrata de una inabarcable egolatría, indigno de Lady Tremaine, la madrastra de la Cenicienta, que preguntaba cada mañana al espejo quien era el hombre más parecido a Sócrates que había nacido en Sopetrán, porque, según sus ficciones, descendía de los 260 blancos pelicanos que perduraban a finales del siglo XVI de la explotación de 510 indios, 750 mulatos y 190 negros esclavos.

Estuvo treinta años en la Universidad de Antioquia: *“algunos de sus alumnos, dijo el ex rector Luis Fernando Duque, me han comentado de la soberbia y de la vanidad intelectual que tenía el doctor Gaviria, por fortuna no tuve yo que soportarlo como profesor”* - donde ocupó alguna decanatura muy cuestionada, pero cuya principal faena fue crear comités de huelga y de derechos humanos durante la hegemonía de Pablo Escobar y los hermanos Castaño, hasta saltar a la Corte Constitucional por ocho años y de allí al Senado, por otros cuatro, para oponerse a la segunda presidencia de Alvaro Uribe Velez, obteniendo una pírrica votación frente a los casi ocho millones del ganador, a quien había traicionado como amigo y benefactor.

Y no faltó quien dijera que era gay, y su pensión de jubilación, de unos 9.500 dólares de entonces, la más alta de un exprofesor en la historia de Colombia, cosa que resultó infalible, si descartamos la de César Gaviria Trujillo como exsecretario de la OEA.

A Gaviria Diaz debe también la patria la exegesis que los crímenes de lesa humanidad cometidos por las guerrillas son *“delitos políticos”* que no merecen *“punición extrema”* porque deben ser asimilados como *“actos cometidos en combate por rebeldes”* que actúan por *“motivos altruistas”* y pueden ser *“penalizadas benévolamente”* mediante amnistía o indultos o penas alternativas, como quedó consagrado en el pacto Santos-Timochenko y la Jurisdicción Especial para la Paz, bendecidos desde su salvamento de voto C-456 de 1997.

Ideas que también expuso por la televisión el 28 de octubre de 2007 en un debate con el entonces Comisionado de Paz, Luis Carlos Restrepo, sustentando que las propias sobre el delito político tenían

hondas raíces liberales porque “*el delincuente político ni siquiera es delincuente, es un hombre equivocado que en el uso de las armas perdió y si hubiera ganado no sería delincuente sino gobernante*”. Terminando con esta perla, digna de Maximilien de Robespierre: “*Una cosa es matar para enriquecerse y otra cosa es matar para que la gente viva mejor*”.

La doctrina que impuso Gaviria Diaz es la que ahora ejerce la Corte Suprema de Justicia: hacer la revolución de la *Social Bacanería* desde el Poder Judicial, porque las FARC, luego de años infructuosos de lucha armada fueron convencidos por los ideólogos de la doctrina, digamos los hermanos Enrique y Juan Manuel, que es posible a través de la acción judicial y el uso de la mermelada, avasallar, como casi lo han logrado, la Fiscalía, la Corte Constitucional, la Sala Penal de la Corte, la Procuraduría y vastos sectores del poder legislativo, sin necesidad de hacer elecciones y debates electorales.

Gaviria Diaz es el ejemplo más insigne de un altanero ególatra al servicio de la subversión a fin de alcanzar las supremas cúspides de la vanidad. Carlos Gaviria apenas podrá ser eclipsado por la insania de Gustavo Petro Urrego, de Ciénaga de Oro.

El Nacional, Caracas, setiembre 13, 2018.

JUAN LUIS PANERO

A finales de los setenta, quizás en noviembre del setenta y ocho, María Mercedes Carranza, que llevaba casi cuatro años trabajando con Carlos Lleras Restrepo en *Nueva Frontera*, frente a un costado de la Catedral, me llamó para pedirme el favor de acompañarle a ver a alguien que acaba de regresar de Quito, “con una mano adelante y otra atrás”. No quería ir sola a encontrarse con esa reminiscencia, que no veía desde la navidad del setenta, porque después de un viaje relámpago a Madrid, pagado por Fernando Garavito con plata prestada a Hernando Santos, para quien redactaba la sección *Con usted*, con respuestas a asuntos domésticos o baladíes, comprobó que ni él ni Félix Grande le perturbaban como en los años ardientes de su juventud castellana, y decidió irse a vivir por la libre con Fernando, que la acorralaba desde cuando Carlos Lleras Restrepo había nombrado primer director de Colcultura a Jorge Rojas, y por indicación de Eduardo Carranza, Garavito fue encargado de la todo poderosa secretaría general del instituto, que prácticamente controló durante el final del gobierno Lleras y los años del gobierno Pastrana, cuando se inventó el *Tren de la cultura*, un museo rodante sobre seis vagones de ferrocarril, donde vendía libros a cincuenta céntimos, el claro antecedente de la *Poesía por centavos* de hoy, hasta cuando Daniel Samper y Felipe Lleras Camargo, que habían convencido a un par de viejos millonarios de fortuna *non santa*, de hacer un periódico pseudo liberal, se llevaron a Cali, en una de las avionetas de los nuevos ricos, a la extraña pareja para que confeccionara *Estravagario*, uno de los más raros semanarios literarios que ha tenido Colombia.

Garavito también redactaría, en esos años del gobierno de López Michelsen, los editoriales que ordenaba Marino Rengifo Salcedo,



Juan Luis Panero

Retratos de memoria

su director, como aquel que glorificaba el ascenso a General de Luis Carlos Camacho Leyva y su ingreso al gobierno antes del asesinato de José Raquel Mercado por el M 19, el 19 de abril de 1976. Garavito escribía y después vomitaba estruendosamente, o se refugiaba en su casa caleña del parque de El Perro, en la parte alta de San Fernando, a masticar trozos de helechos para aliviar el asco que le causaba el liberalismo del llerista bugueño.

María Mercedes no quiso revelar el nombre del personaje, que había albergado en un modesto hotelito que aún existe, el Dann Colonial. Salimos al medio día de las oficinas de Nueva Frontera y, tomando séptima arriba hacia el norte, entró en uno de esos almacenes cercanos al Ley y compró un jersey de cuello de tortuga, verde, recuerdo. Cuando llegamos el visitante esperaba en el lounge, notoriamente confuso, pálido, ojeroso, con una resaca que le hacía temblar las manos, mal peinado su escaso cabello, con un traje maltratado y con gestos de ansiedad que aliviaba fumando un Nacional tras otro. De inmediato le reconocí.

Se trataba de Juan Luis Panero, el hijo mayor de Felicidad Blanc y Leopoldo Panero, uno de los poetas falangistas más favorecidos por Pacón, el primo de Francisco Franco, y ella, según decía todo el mundo al verla en la garita de la portería del ministerio de cultura de Pio Cabanillas, la mujer más bella que había tenido Madrid durante los años de la república, tanto, como que Luis Cernuda se había embelesado, creyéndola más un querube que una hembra, género que no apetecía. Juan Luis también había merecido, en su niñez, las carantoñas del sevillano, mientras su madre le insistía en el Londres devastado de la posguerra que saludara amablemente a ese alto señor TS Eliot, a quien su marido y padre cortejaban para que pusiera alguno de sus poemas en The Criterion. Cosa que nunca hizo el transterrado.

Yo le había conocido en Oliver, un bar de copas de la calle Almirante, a finales del setenta y cuatro, cuando la crisis del petróleo fue acabando con la vida nocturna madrileña. Me lo presentó Paco Umbral y por supuesto, nunca simpatizamos, primero, porque yo era

un sudaca más, uno de los miles de refugiados que fueron llegando a España tras los golpes de estado, y luego, porque se veía que yo era un don nadie, ante tan bien pagá, su pinta de caporal del oeste y la sibilina dipsomanía y autosuficiencia que exhalaba. Juan Luis Panero era una de las fatalidades rutilantes de Oliver, escoltado unas veces por Paco Brines, un rico heredero valenciano y gran poeta de la generación del cincuenta, o de *partner* de la otra estrella de esos tiempos, el transformista Luis Antonio de Villena, con quien siempre iba de desdén con la realidad y los triunfos de las medianías literarias del tardo franquismo. Todo como secuela de sus desplantes y despropósitos filmados durante los días que en Astorga descubrieron una estatua a la memoria de su padre y Jaime Chavarri, por sugerencia del menor de los Panero, decidiera grabar el acto y entrevistarles.

Pero su fama entre el mundo cateto del Madrid de entonces alcanzaría la mayor cota tras el estreno de *El desencanto*, la virulenta película producida por Querejeta, que usando de los Panero y sus relaciones, es una brutal andanada contra la entidad familiar y sus vínculos con el poder, al tanto que una mirada a los rincones más sombríos de la naturaleza humana, que muchos asumieron como un retrato de la familia del tirano y su destino después de muerto.

Con un total impudor, el día que la municipalidad descubría la estatua en honor del padre y esposo, Felicidad Blanc, la viuda y sus tres hijos, Juan Luis, Leopoldo y José Moisés Santiago, “Michi”, instauran ante la cámara un juego de confesiones cenagosas y pérfidas de la vida de una familia de la burguesía provinciana española de postguerra, donde saltan, como chispas de la forja de un herrero, momentos de asco, odio y no poca poesía, mientras se van cobrando con lujo de detalles las hipocresías padecidas entre un orbe de cartón piedra.

Tanta fue la gloria, que una de las primeras actividades del nuevo embajador de Colombia en Martínez Campos, el seudo marxista Belisario Betancur, íntimo colaborador de Jesús de Polanco y sus amantes colombianas, visitó Astorga en compañía de Juan Luis, quien le regalaría varias de las cartas de su padre que se descomponían en la

Retratos de memoria

sombra y el olvido de ese chalé del siglo XIX junto a la catedral con un jardín romántico que todavía da a tres calles y el palomar donde escribía el poeta. “Allí nos tomamos varias botellas de vino que se conservaban con todo el añejamiento desde García Lorca, confesaría BB años después. Comencé a ojear la biblioteca, cuando me dijo: ‘Por aquí debe haber, en los escritorios de papá, algunas cartas de los miembros de la Generación del 27. ¿Te interesarían?’ ‘¡Por supuesto!’, dije. Y empezó a sacar cartas y cartas, mientras yo iba eligiendo una de Vicente Aleixandre, otra de Dámaso Alonso o Luis Cernuda”.

El Juan Luis Panero que ahora recalaba en Bogotá no era aquel altanero invicto de entonces sino un monumento a la derrota. Tampoco era aquel mancebo exultante de sensualidad que había cantado Francisco Brines en los años sesentas, haciendo honor al desparpajo de su carne y la deslumbrante lucidez que producían en él los excesos de alcohol y sexo.

*En este vaso de ginebra bebo
los tapiados minutos de la noche,
la aridez de la música, y el ácido
deseo de la carne. Sólo existe,
donde el hielo se ausenta, cristalino
licor y miedo de la soledad.
Esta noche no habrá la mercenaria
compañía, ni gestos de aparente
calor en un tibio deseo. Lejos
está mi casa hoy, llegaré a ella
en la desierta luz de madrugada,
desnudaré mi cuerpo, y en las sombras
he de yacer con el estéril tiempo.*

Todo pudo haber concluido mal o peor aquella tarde bogotana, de no haber sido por un golpe del destino.

Luego de dejarle aquel mediodía en ese pequeño cuarto de hotel de la Candelaria, regresamos hasta las oficinas de Nueva Frontera y María Mercedes me contó cómo le conocía prácticamente desde la niñez, cuando junto con su padre gastaban los veranos en Astorga junto a los Panero, en tiempos en que Carranza fue diplomático de los gobiernos de Gómez y Rojas Pinilla. Me dijo incluso que Juan Luis había sido su verdadero amor, tras sus primeros encuentros eróticos con Alvaro Bonilla Aragón, y que siempre que le veía su vida comenzaba a resbalar sobre el frío de la hoja de la navaja. Luego del almuerzo, en el pequeño restaurante que había en la Sociedad de Amigos del País, ya casi a las tres y media, le dije a que tenía que marcharme a cumplir una cita con alguien que había llegado a Bogotá para dirigir una editorial. Se trataba de Edgar Bustamante, un patojo que haría unos bodrios titulados *El gran libro de Colombia* y el gran libro de Ecuador.

Serían las cuatro cuando tomé un taxi en la plaza de Bolívar rumbo al norte. Al pasar por la esquina de la 14 vi a Panero. Le dije al taxista se detuviera y le pregunté qué estaba haciendo. Me respondió que nada, que iba de garbeo. Le pregunté si quería acompañarme a la visita que iba a hacer y se subió al taxi. Cuando llegamos a casa de Bustamante, que vivía en un lujoso apartamento en Rosales, nos presentó a su mujer, y ¡oh milagro!, resultó que era de Astorga, el mismo pueblo de Panero. El resto de la velada trascurrió con la ingesta de enormes litros de vino primero y luego de escocés. Serían ya las cuatro de la mañana cuando luego de interpretar a Lear con una piel de cebra sobre los hombros, Bustamante le preguntó a Panero si tenía trabajo y este le recordó que acaba de desembarcar en Bogotá y en esas estaba. Bustamante le dijo que necesitaba un redactor para la revista del Círculo de Lectores, alguien que le confeccionara las reseñas y las solapas de las decenas de libros que publicaban entonces.

Así fue a dar con sus huesos desnudos Juan Luis Panero a la editorial Círculo de Lectores donde haría varias antologías y conocería a una de sus más notables benefactoras colombianas, una ex de un poderoso político, dueño de un diario y ministro en varias ocasiones, a quien

Retratos de memoria

embaucó con la peregrina receta de que preparar gambas con cáscara era la torre Eiffel de la culinaria francesa de entonces. Cazueladas de langostas, cangrejos, langostinos, camarones, bogavantes y percebes, eran salteados en aceite hirviente con sus duras pieles y luego servidos, sin limpiar y conservando sus heces, en las *soirée erotiques* de la adicta, rociadas con caldos pichirris de San Andresito, sin estampilla y chiveados, que después transitaría a las manos de un derelicto del nadaísmo, a quien dio un premio nacional y paseó, como una oveja negra, por más de media docena de países con fondos del erario.

Le recuerdo en el Calicuchima de las mil cucarachas, camino de las Galápagos, una noche a la deriva, con Alvaro Mutis, la luna y las inmensas olas cuando el capitán dormía la mona y un muchacho trataba de someter el destino, —escribió en sus memorias Aura Lucía Mera—. Dábamos tumbos de un lado a otro pensando que vivíamos el apocalipsis ante aquellas inmensas rocas pobladas de iguanas y leones marinos mientras que Panero, salpicado de espumas, fumaba incansable y bebía del botellín para paliar el terror. Les evoco en esa isla desierta esperando por horas un avión que vendría a rescatarnos de una muerte segura y luego Juan Luis en su piso del Parque Nacional bogotano, enfundado en la negra camisa de seda, obsequio de María Mercedes, el pantalón de tres preses y los zapatos habaneros rojos con blanco, ese rictus de cansancio y hastío, con la vodka y el cigarro en la mano, y la dicción exacta en su boca maldiciendo la vida en poemas punzantes, desgarrados y tiernos...

Otra de sus fabulosas y rentables amistades, digna de sus villanías y luxaciones, fue el ex ministro de Guillermo León Valencia, miembro del grupo Mito, anfitrión de Borges y firmante de los decretos con que bombardearon Marquetalia y Rio Chiquito, el honorable demonólogo Pedro Gómez Valderrama, que prologó dos de sus cuadernillos y que recordando las visitas nocturnas a las casonas de la cuarta con veintitrés

en pleno centro bogotano, guiaría luego durante los años [1986-1991] de la embajada española del obeso biógrafo de Geo von Lengerke, por los mejores establecimientos de la calle de la Ballesta en Madrid. Allí repetirían, incansables, ese prestigioso ejercicio de peer meando. Gómez Valderrama, que fue durante años gerente de Asograsas en la capital colombiana, se preparaba primero en Chicote de Gran Vía, ingiriendo una buena dosis de la famosa mezcla de vermut, ginebra y gran marnier lapostolle, hasta sentir que explotaban los gases, e invitando a Panero ascendían hasta la calle de la putas y deteniéndose en uno de los portales más concurridos, comenzaban a descargar el dorado liquido mientras reían y peían a gusto, como diría Camilo José Cela, que había enseñado ese arte al colombiano. De todo ello fue testigo durante esos años el prodigioso poeta Caballero Bonald, pero nada dice en sus memorias.

María Mercedes le soportó casi año y medio, arrastrándole a un fango que permanece en muchos de sus poemas de entonces. Panero destrozó lo que quedaba de su vida luego de las tormentas de celos de Garavito y la dura vida que le fue deparando su trabajo en *Nueva Frontera*, donde incluso llegó a redactar varios de los plagios que Lleras Restrepo hacía pasar como suyos, como la serie sobre famosas prostitutas, que él mal traducía del italiano y Carranza decentaba para su publicación. Panero, en sus ataques de alcoholismo y desprecio por la pobreza de María Mercedes, destruyó en ininterrumpidas secciones de resaca las decenas de autógrafos de famosos españoles que conservaba desde su niñez y que ahora había puesto en las paredes de su apartamentico del primer piso de la carrera quinta con treinta y dos, diagonal del Centro de Investigación y Educación Popular de los jesuitas, donde tenía a Rogelio Echavarría por vecino. Panero, borracho, gritaba a voz en cuello: hoy le toca a Vivanco, y rompía el cuadro con la dedicatoria; hoy le toca a Cote Lamus y rompía el poema mientras Rosa Coronado abría sus pobres enormes ojos y la poeta callaba de rabia y desencanto. Por eso, cuando logró librarse de tremendo desquiciado, que nunca la quiso, escribió este doloroso poema:

Retratos de memoria

*Una tarde que ya nunca olvidarás
llega a tu casa y se sienta a la mesa.
Poco a poco tendrá un lugar en cada habitación,
en las paredes y los muebles estarán sus huellas,
destenderá tu cama y ahuecará la almohada.
Los libros de la biblioteca, precioso tejido de años,
se acomodarán a su gusto y semejanza,
cambiarán de lugar las fotos antiguas.
Otros ojos mirarán tus costumbres,
tu ir y venir entre paredes y abrazos
y serán distintos los ruidos cotidianos y los olores.
Cualquier tarde que ya nunca olvidarás
el que desbarató tu casa y habitó tus cosas
saldrá por la puerta sin decir adiós.
Deberás comenzar a hacer de nuevo la casa,
reacomodar los muebles, limpiar las paredes,
cambiar las cerraduras, romper los retratos,
barrerlo todo y seguir viviendo.*

Panero volvió a Bogotá en 1981 y María Mercedes, para crearle de nuevo un ambiente agradable entre la grey bogotana, llamó a Santiago Samper del Centro Colombo Americano para que le prepara un recital de sus versos y publicara una plaqueta, que titularon *Doce poemas*, otra vez con una presentación de Gómez Valderrama. El primero de ellos, fue un agradecimiento lírico a todo lo que ella había hecho por él, uno de los poetas más miserables que han existido en la tierra:

*Terribles son las palabras de los amantes
aunque estén bañadas de falsa alegría,
cuando llega la desolada hora de la separación.
Fuera la lluvia galopa tercamente
y su eco retumba tras la ventana.*

Harold Alvarado Tenorio

*Los poderosos pájaros de la dicha
un breve instante anidaron en sus brazos
y dorados plumajes cubrieron los cabellos
que ahora sudor y hastío sólo guardan.
La estatua que quiso ser eterna
herida de reproches tiembla y cae.
Ya el combate de anhelo ha terminado
y húmedos restos las sábanas acogen.
Hombre y mujer en traje y documento
ceremoniosamente se despiden.
Sus manos por costumbre se enlazan
y banales sonrisas desfiguran sus labios.
Terribles son las palabras de los amantes
cuando llega la desolada hora de la separación.
Esqueletos de amor buscan nuevo refugio
y un jirón de ternura cuelga del viejo y gris perchero.*

*“Yo solía llamarla Caballo Loco, era una persona muy desbocada y quería casarse, lo que no entraba en mis planes”, escribió de ella en sus memorias de 1999. Una pobre loca, solía decir a sus amigos catalanes, mientras imitaba a *Magroll el Gaviero*, de quien, ciertamente, fue viva encarnación.*

El Nacional, Caracas, diciembre 18 de 2019.

FERNANDO GARAVITO

Debo haberle visto por vez primera el verano de 1969. La Federación de Estudiantes de la Universidad del Valle encargó, a dos compañeros y a mí, viajar a la capital para convenir los servicios de unos artistas y arrendar varias películas para un club de cine que se llamó *Cosmos XX*, antecedente inmediato de otro que tuvo el suicida por antonomasia de Cali, Andrés Caicedo Estela y en el mismo local, un cine de barrio llamado SanFernando.

Éramos una suerte de comité cultural de un sindicato de estudiantes de una universidad pública, quizás la única entonces, que cobraba en la matrícula un 10% de la misma con destino a las actividades, de toda índole, de esa agrupación patronal que habían inventado Mario Carvajal y Alfonso Ocampo y que, entre los mafiosos en ciernes Tamayo-Santacruz- Rodríguez y los guerrilleros del M-19, cuyo cabecilla no militar era Camilo Gonzalez Poso, luego ministro de salud de Gaviria, pero entonces presidente de la tal federación, acabaron con todo ello en una sangrienta asonada en 1971. Mis dos compañeros terminaron en cargos burocráticos, esta vez al interior de la misma universidad, se jubilaron con enormes emolumentos, que hubo de comprimir el Consejo de Estado.

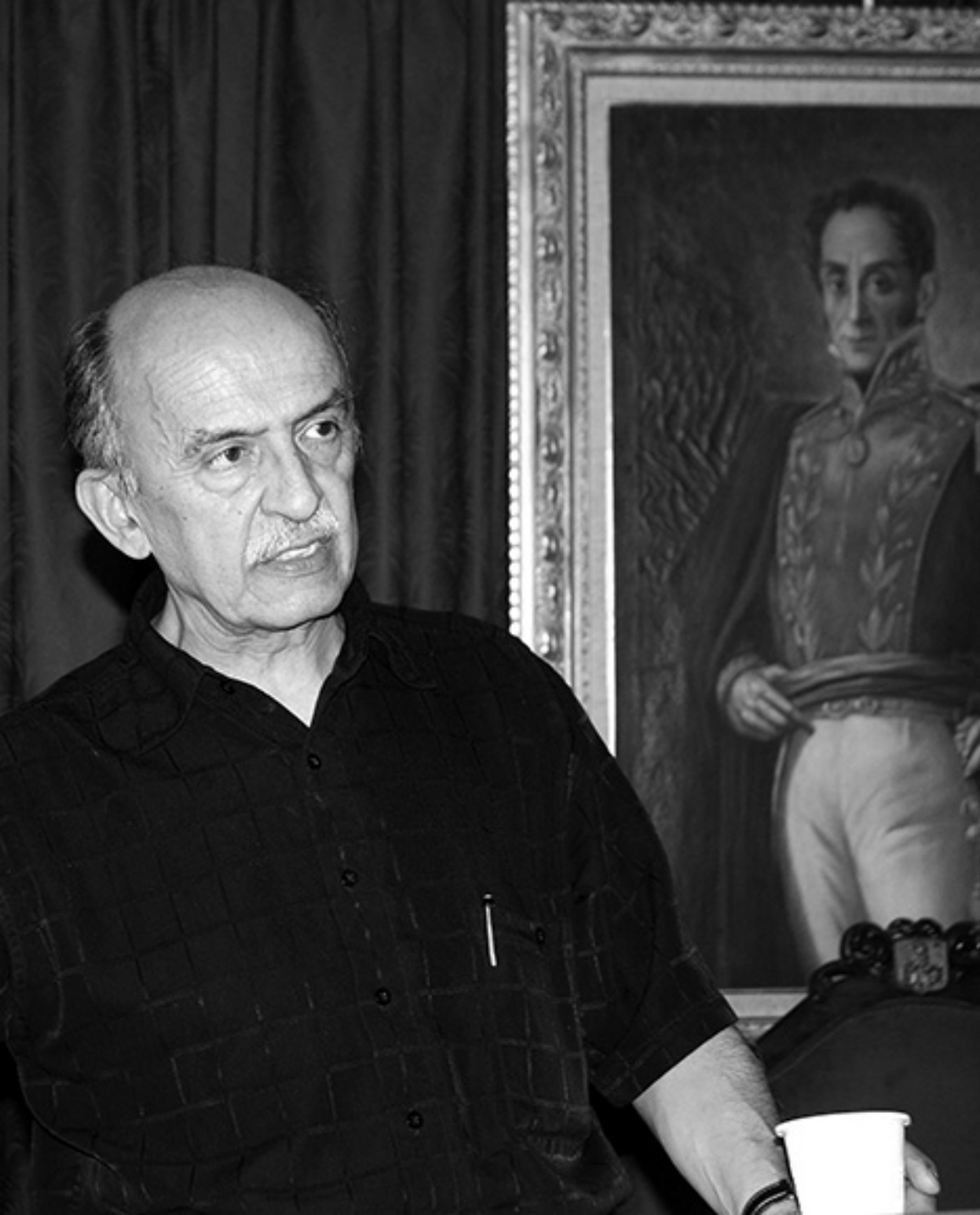
Habíamos decidido llevar a Cali un grupo de teatro del Moir que comandaba Ricardo Camacho, pero señoritos bogotanos, dijeron que cobraban alto y terminamos pagando los fletes terrestres de un grupo que conducía Carlos José Reyes en la Universidad Externado y presentaba *Los viejos baúles que nuestros padres nos impidieron abrir*, una paráfrasis de dos cuentos de Cortázar, donde actuaba Raul Gómez Jattin. Y a un fabuloso negro chocoano, famoso por sus variaciones con la batería de *Take/Five* de Brubeck, que pidió un pasaje de avión y

hospedaje en el Hotel Aristo o el Alférez Real. Ante tan costoso evento, y como alguien dijera que Fernando Garavito era el determinador de las platas de la recién fundada Colcultura, que dirigía, sólo por la mañana, el millonario lírida Jorge Rojas, acudí a la casa de Eduardo Carranza, conocido mío desde el bachillerato, en la calle 74 pasando la Caracas, y frente a su busto con ruana me dio una esquelita para el señor subdirector. Así fue como vine a conocerle.

Carranza, tanto el padre, como la hija, me contarían años después como había llegado a ese cargo Garavito. Durante sus estudios de derecho en la Universidad Javeriana, que parece no concluyó, habría apoyado a Luis Carlos Galán firmando la carta de este a la candidatura de Lleras Restrepo, y hecho amistad con Daniel Samper Pizano, a quien Eduardo Santos pagaba sus estudios y dejó un 4% de sus bienes. Danielito, un chiquillo rubio que visitaba a Santos en su chalet de Chapinero, fue a parar a El Tiempo, y tras él llegaron Galán y Enriquito, que obtendría, según cuenta Felix Marin en *El Tío*, mediante exigencia, un tres por ciento.

Mientras Daniel, Enriquito, Luis Carlos y Roberto Posada ocuparon un espacio al lado del director, Fernando fue destinado más abajo, al lado de la cafetería, respondiendo quejas y preguntas de los lectores, en una sección llamada *Con Usted*, que hizo famosa por la ponzoña y los sarcasmos con que solucionaba los problemas de la luz, el agua o el clima de los suscriptores. Y si bien pudo entenderse de varias maneras con *Hernando* “calzonarias y regaños”, siempre como subalterno, nunca pudo hacer migas con Enrique senior, porque Garavito llevaba incrustada en su alma la bacteria del rencor irremediable de los grises, obedientes serviciales, neurotizados y obsesivos por culpar al mundo de sus desgracias.

Todavía hay quienes recuerdan sus encontrones Hernando con Garavito, que “*explotaba como un volcán de fuego y lava*”, como la vez que furioso trató de arrojarse por una de las ventanas del sexto piso, desde donde había lanzado su máquina de escribir porque tenía que enfrentarse cada día con “*una especie de selva amazónica llena*



Fernando Garavito

Harold Alvarado Tenorio

de tapires y perezosos, hienas, víboras, cacaúas multicolores y árboles centenarios, de leales tigres americanos y escurridizos venados, bajo la dirección de Roberto García-Peña". Algo, que desde entonces no pudo comprender, fue cómo a Luis Carlos y Danielito, plebeyos como él, el destino deparaba ingente fortuna, poder político y una escalera orlada de asedios femeninos, sabiéndose él, por experiencia juvenil, un sátiro sexual, digno de su entrañable Nicanor Parra:

*Yo soy número uno.
No habido -no hay - no habrá
sujeto de mayor potencia sexual que yo,
que hice culminar diecisiete
veces sucesivas
a una criada doméstica.
Tal como ustedes me ven
joven -buen mozo-inteligente,
genial diría yo, irresistible,
con una verga de padre y señor mío
que las colegialas adivinan de lejos
a pesar de que trato
disimularla al máximo*

Garavito fue el inventor del éxito burocrático de Jorge Rojas, el priedracelista: la *Biblioteca Colombiana de Cultura*, Colección Popular, que vendió en puestos de prensa 137 títulos a 3 pesos en ediciones descuidadas y sin pagar un peso a los autores. Al menos, la Gaceta Oficial no registra esos contratos, porque la beneficiada fue una señora de consulados y embajadas. Garavito trató de cabalgar en la rueda de la fortuna con un *Museo Rodante*, cinco rancios coches de tren empachados de objetos anticuados y recientes encarnando la Cultura Nacional, científica y de masas, que dicen, se detuvo en 110 municipios, pero no hay registro impreso ni fílmico de ello.

Retratos de memoria

Allí estuvo Garavito, en esa vieja casa colonial de la calle 11, en La Candelaria, por más de un mil días, cuando redactó una de las primeras reseñas contra *Cien años de soledad*, quizás para congraciarse con el gobierno y Enrique Santos Castillo y Rafael su sobrino, que detestaban a García Marquez. En *El Escritor*, revista inencontrable, publicó *Apoteosis del anonimato*, diciendo que Gabito “levanta un monumento de ladrillo prensado, alto como Babel, pero con un defecto: que en su apresuramiento olvidó utilizar el cemento y la mezcla, lo que pone en peligro a todo el edificio. Tiene bella fachada, pero en cualquier momento puede venirse al suelo”. Rencor que nunca menguó, velado con acuciantes lecturas de sus novelas, para localizar dislates o errores históricos.

Hay quienes creen que también fue Galán quien lo atornilló en Colcultura. Otras fuentes afirman que se acercó a Eduardo Carranza porque lo había deslumbrado María Mercedes, chica afrancesada y españolizante, que escribía comentarios de libros en las páginas editoriales de *El Tiempo*, era amiga de Daniel, estudiaba en los Andes y confeccionaba una página literaria en *Vanguardia* en *El Siglo*, cuando no hacía escándalos callejeros con Cobo Borda. Incluso hay quienes creen que Fernando llegó a serias componendas con Samper para hacer la corte a María Mercedes Carranza. Contaba, recuerda uno cuyo nombre conozco, cómo transmutó en Cyrano de Bergerac para conquistarla. Entre los dos inventaron un autor y enviaron sus versos a un concurso organizado por ella. Por la tarde, “Mamer” volvió asombrada y comentó: “*Si vieran el poeta que descubrí*”.

Jorge Rojas tampoco mereció la gratitud de Garavito. En una suerte de obituario, a raíz de su muerte a los 85 años, escribió que “*estaba hecho de trajes grises, de Maruja, de sus tierras de cultivo, de San Martín de Porres, del agua y su infaltable gabardina, de sus recetas de cocina, del club de tenis, del precio de los abonos y los arados, de las cotizaciones de la bolsa y las sumas y las multiplicaciones. Era bebedor del mejor güisqui, nunca del lauro candente de Felipe Lleras. Era un deportista enérgico y competitivo. Durante años mantuve con él*

una distancia respetable. Cualquier día dejé de verlo, enredados él y yo en la maraña burocrática”.

Al terminar el gobierno de Misael Pastrana, Samper, que había sido nombrado subdirector de un diario que acababan de fundar unos nuevos ricos en Cali, se llevó consigo a Garavito, -a quien López Michelsen reemplazó por Gloria Zea en Colcultura-, que ya iba por la libre con la poeta Carranza, y al hermano del creador de Frente Nacional, el antiquísimo Felipe Lleras Camargo. Allí sería asistente de dirección de Marino Renjifo Salcedo, con quien nunca pudo entenderse y quien le obligaba a escribir editoriales alabando al general Varón Valencia, a Cornelio Reyes, a Victor Renán Barco [que duró 19 días como ministro de justicia y vendió una de sus hijas a un circo]; atacando a los indígenas y los negros, o condenando el movimiento estudiantil hasta hacerle vomitar o consumir, los helechos que colgaban en los pasillos del periódico.

Se vengó de ellos publicando extensos informes medianamente subversivos de Arturo Alape, Germán Colmenares, Alvaro Tirado Mejía [cuya primera biografía de López Pumarejo corrigió y adosenó para hacerse un eterno lameculos de López Michelsen], o contra el Instituto Lingüístico de Verano o la política agraria de Pastrana y el Pacto de Chicoral, e inventando al polígrafo y publicista William Ospina, entonces un pergenio de la revolución armada, etc., etc.

Entrada la fresca de las tardes caleñas conjeturaba sueños eróticos pasando la mirada sobre los glúteos y la boca de Claudia Blum, que iluminaba entallados vestidos de lino, pantalones de Gucci o expelía Chanel número cinco en la sala de redacción, que compartía con Eduardo Barcha, “El cuña” y Felipe Lleras, ahora aficionado al poderoso polvo blanco, signo de la nueva riqueza de los vallecaucanos.

La pequeña historia de cómo Garavito convenció a Carranza para que se fuera a dormir con él en la misma cama, así ella odiara el matrimonio, vale el inciso. El propio Fernando contaba que ella le puso como condición, antes de ir a Cali, que viajaría a España para resolver dos asuntos amorosos que habían quedado sin concluir. Sus afectos

Retratos de memoria

estaban repartidos entre Juan Luis Panero y Felix Grande, hijos de fascistas y republicanos, algo mayores que ella y de quienes se había prendado luego de borrascosos encuentros. Le rogó dejarla ir a Madrid y decidir qué haría con su vida. Fernando pidió un préstamo a Hernando Santos para comprarle un pasaje de ida y regreso a la península. Yo acompañé a Fernando a reclamar ese pasaje en una agencia de viajes que hubo diagonal de *La Romana*. Carranza regresó con el rabo entre las piernas. Panero vivía con Marina Domecq Sainz de la Maza, con quien se había casado en New York, y Grande, con Paca Aguirre, una empleada del poeta Rosales en *Cuadernos Hispanoamericanos* donde fungía de jefe de redacción y donde pudieron sacarlo vivo sólo en el primer gobierno de Felipe Gonzalez.

Carranza nunca contrajo nupcias reales con Garavito, a pesar del Simca 1000 que le regaló, atado con una inmensa cinta amarilla, como gratitud por haber aceptado dar su apellido a la niña que tuvieron en Cali. Garavito recordaba haber pagado por él 55.000 pesos, él, que apenas ganaba en *El Pueblo* dos mil quinientos mensuales. Panero haría de nuevo aparición en la vida de Carranza cuando ya ella trabajaba en *Nueva Frontera* y estaba traduciendo del italiano, y en la práctica redactando, para Carlos Lleras, episodios completos de “su” libro sobre *Ciertas damas*: Mesalina, Lucrecia Borgia, Beatrice Cenci, Virginia Oldoini condesa de Castiglione, Claretta Petacci o Agustina Carolina del Carmen, la Bella Otero.

Roto su matrimonio, separado de su hija, abandonado por los Santos Castillo, Garavito reaparece vinculado a la revista *Guion* y a Juan Carlos Pastrana su director, que iba a fundar *La Prensa* en 1988. A mitad del gobierno de Virgilio Barco, Juan Carlos decidió crear un diario de oposición parecido a *El País* de Juan Luis Cebrián y el grupo Prisa, presentando las noticias comentadas, como si fuese una revista, en una Bogotá “cuya gente menor de 40 años no ha visto nacer un diario matutino”. Sus accionistas fueron Ardila Lule, los Santodomingo y Luis Carlos Sarmiento, conglomerados que Garavito atacará sin piedad en sus crónicas del nuevo siglo. Su otro polo a tierra

de nadie fue Gonzalo Guillén, uno de los más raros personajes de la farándula periodística colombiana.

Juan Carlos Pastrana, con su ejemplo combativo, hará que salga, de su opaca crisálida, el Garavito insolente y resbaladizo que recuerdan sus fanáticos.

La aparición de *La Prensa*, que dejó de circular a comienzos de 1997, fue descrita por *The New York Times* como una jugada del expresidente Misael Pastrana para consolidar su control del Partido Conservador y la influencia política de su familia, aunque ellos dijeron que su interés era destrozarse la tradición de los periódicos ideológicos. *La Prensa* será recordada por el ingenio de sus titulares. Algunos de ellos, durante la crisis del proceso 8.000 contra Samper, fueron antológicos: *El fin está Serpa* [Horacio, ministro de gobierno de Samper], *Mi vida es un libro Alberto* [el loco Giraldo], *Están imputadísimo*, o *O.J. Samper*, [por Simpson].

Ya para la fecha del cierre de *La Prensa*, Garavito estaba redactando compendios sobre las administraciones, municipales o diplomáticas de Ernesto Samper en Madrid o Noemí Sanín en la Cancillería de Gaviria; Hernando Durán Dussan, Juan Martín Caicedo, Jaime Castro y Andrés Pastrana en la Alcaldía bogotana, o la historia de Gloria Zea como rectora de Colcultura y el MAN, pagados con dinero público del orden de los 25 millones de pesos por prepucio.

Pero su trabajo más importante ese año [1996] fue para la Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada del Ministerio de Defensa, -dice *El Tiempo* de 5/5/2002, titulado *Las moscas dejan huellas*, donde, bajo el lema *Informar es convivir*, hizo una extensa campaña publicitaria a favor de las recién creadas cooperativas “recogiendo experiencias de interés colectivo vividas por las distintas organizaciones promovidas”. Asociaciones creadas por César Gaviria Trujillo, con Rafael Pardo Rueda como Ministro de Defensa, con base en el artículo 42 del Decreto Ley 356 de 1994, que instituyó las condiciones en que operarían en zonas de combate donde el orden público fuese precario, reglamentadas por Fernando Botero Zea,

ministro de defensa de Ernesto Samper Pizano, para servir a los narcos sin distingo de ideologías, después de la muerte de Pablo Escobar, pero la supervivencia de los Hermanos Rodríguez Orejuela y los Castaño Gil. Gaviria y Samper siguen diciendo públicamente que las *Convivir* las creó Uribe Velez en la gobernación de Antioquia, como si un gobernador pudiese expedir decretos ley o reglamentarios.

No sabemos cuántos libros por encargo o como escritor negro hizo Garavito, que redactó, con su habitual cara de palo, hasta *Una historia de la luz o la fibra óptica*. Antes que Rodrigo Pardo y María Emma Mejía le nombraran Cónsul de Colombia en Lisboa, el señor de las moscas había escrito por lo menos dos libros hagiográficos sobre Ernesto Samper, uno sobre el abaleo donde fue herido mientras asesinaban a un comunista de la UP [*El corazón de oro*, 1993, 424 págs.] y otro para exculparlo de sus crímenes y vínculos con la mafia [*Querido Ernesto*, 1997, 444 págs.]. Y más allá del odio que María Mercedes ahora le prohijaba, hizo varias antologías de poesía femenina o colombiana donde ella era el centro del cosmos lirico. Al fin y al cabo, ella era la Reina Lirica Colombia y tenía palacio, la *Casa de Poesía Silva*, que instituía eventos en estadios y celebraba cumpleaños y matrimonios, organizaba viajes colectivos, pagados por el respetable, para celebrarse a sí misma, como cuando con una comitiva de más de quince lanudos [*Dario Jaramillo, Genoveva Carrasco, Alejandro Obregón, Azeneth Velásquez, Pilar Tafur, Pedro Alejo Gómez, Carmen Barvo Bárcenas, Marta Álvarez, Daniel Samper Pizano, Patricia Lara, Carlos Castillo, Luis Alfredo Sánchez, etc.*] fue a Madrid a celebrar sus 50 con Ernesto Samper de embajador en el palacete de Martínez Campos, se hartaron de Callos a la Madrileña, Rabo Estofado, Carrillada de Ternera con Puré de Patatas y Mollejas de Cordero Lechal al Ajillo de Casa Alberto. Porque, y no se olvide, el 25 de mayo de 1995 todos fueron agasajados por los Hermanos Rodríguez Orejuela, que no estuvieron presentes, en un almuerzayuno en el *Café de los Espejos* de Recoletos, muy celebrado luego en un programa televisivo de Alberto Santofimio.

Harold Alvarado Tenorio

Maria Mercedes terminó siendo un Alberto Giraldo para la escritura de *El señor de las sombras*, a través del abogado caleño Armando Holguín Sarria, que había estado con ella en la Constituyente del 1991 y pagaría cárcel como parte del proceso 8000. Holguín fue amigo y maestro del entonces tinieblo de la Carranza, José Mario Arbelaez, según repetía el “cojo deshechable” que permanecía apostado en la acera de su edificio en La Macarena. Y el inventor del artículo periodístico, publicado en un diario de Cali, con el cual se abrió un proceso por narcotráfico a Gilberto Rodríguez en Colombia, que permitió fuera solicitado en extradición a Colombia desde España, luego de haber comprado la Corte Suprema española y al mismo presidente socialista.

Como es de público conocimiento, Pablo Escobar fue dado de baja, sobre el techo de una casa en Medellín, el 2 de diciembre de 1993. Los historiadores sostienen que al menos dos hechos determinaron su final: el arrinconamiento de su familia por parte de la fiscalía colombiana y el uso de una nueva y sofisticada tecnología por parte de sus perseguidores gracias a la enorme colaboración de los Hermanos Rodríguez Orejuela, que aparte de haber adquirido esos instrumentos de rastreo franceses e ingleses, pagaban, diariamente, unos 400 millones de pesos a la policía de Medellín y al Bloque de Búsqueda.

El debilitamiento emocional de Escobar se dio por ideas que, a través de Gustavo de Greiff Restrepo, primer fiscal general de la nación, uno de los más enconados críticos de la guerra liderada por USA contra las drogas, defensor de la liberación y legalización de estas, se implementaron. Se sostiene ahora, que De Greiff siguió al pie de la letra las instrucciones de acosamiento que Miguel Rodríguez diseñó para poner en manos de la fiscalía a la esposa y los hijos del capo. Le prometieron que si se entregaba de nuevo su familia sería puesta a salvo de Los Pepes en otro país, pero los pasearon por Alemania, que nunca tuvo interés en asilarlos, para luego encerrarlos en un piso de las Residencias Tequendama, en el centro de Bogotá, donde les controlaron todas sus comunicaciones con el capo.

Retratos de memoria

Los Hermanos Rodríguez Orejuela sólo vinieron a ser extraditados a los Estados Unidos en 2004, durante el segundo año del gobierno de Uribe Velez, pero habían sido capturados en 1995 y recobrado libertad en 2002, para ese mismo año ser recapturados y extraditados, a pesar de numerosas intervenciones a su favor, una de ellas del propio Ernesto Samper Pizano al presidente Uribe. Habían pasado 11 años después de la muerte de Escobar. Tanto la policía, como los historiadores, conjeturan que los capos caleños creían que sería posible para ellos evadir la extradición, pero todos sus asesores y las personas cercanas a Ernesto Samper sabían que sólo sería posible si se elegía, para suceder a Andrés Pastrana, a Horacio Serpa. El gobierno Pastrana había tenido que acatar la decisión de la Corte Constitucional de extradición sin retroactividad, que protegía a los capos del Cartel de Cali, pero no era garantía ninguna si era elegido Uribe Velez, decidido partidario de la extradición por vía administrativa. En sus ocho años de gobierno se cree que extraditó a más de 1200 colombianos, incluidos varios capos paramilitares y farianos. Gilberto Rodríguez Orejuela murió en prisión en 2022, y Miguel se supone será liberado en 2034.

Es este conglomerado delictivo, con vínculos periodísticos, el odio político contra su persona y los grupos que le rodeaban, que César Gaviria y Ernesto Samper auparon la enorme campaña de desprestigio contra Uribe Velez en el mismo momento que decidió hacerse presidente. Fernando Garavito no pudo mejor ser elegido la punta de lanza, desde *El Espectador*, contra el candidato.

Una infidencia, a mediados de 1998, según la cual Garavito estaba usando el cargo diplomático que tenía en Portugal para escribir un libro, con Daniel Samper, sobre el Proceso 8000 defendiendo a Ernesto, produjo, tan pronto se posesionó Pastrana como presidente, su salida de la diplomacia. Para finales de ese año *Juan Mosca* o Fernando Garavito ingresaba, de la mano de Rodrigo Pardo, nuevo director, al diario del Grupo Santodomingo, *El Espectador*, para conducir proyectos especiales. Lo primero que hizo, como director del *Magazín Dominical* y la coordinación de Juan Manuel Roca, fue publicar una

extensa entrevista con Raul Reyes, donde amenaza al gobierno de *La Silla Vacía* diciendo que “*el tiempo de las FARC está llegando y durará mucho rato*”.

Quizás sea Pardo García Peña el caballo de Troya de este entramado periodístico contra Uribe al cual prestó enorme servicio Garavito. Pardo fue el asistente de Samper en ANIF y el Instituto de Estudios Liberales, dejó la embajada en Venezuela, donde lo había colocado Barco, para dirigir las comunicaciones de la campaña de Ernesto en 1994; luego le hizo Canciller durante el Proceso 8000 y al salir absuelto de acusaciones de vínculos con los Rodríguez Orejuela, lo designó embajador en París, de donde vino a dirigir *El Espectador* que había comprado el Grupo Santodomingo, hasta finales de 1999, cuando fue reemplazado por Carlos Lleras de la Fuente, que echó del diario a Garavito. Pardo fue el director de la *Revista Cambio*, comprada a García Márquez y sus socios por el Segundo Marqués de Pedrosa de Lara, donde desató la más feroz persecución al gobierno de Uribe acusando y llevando a la cárcel al ministro Arias por negociados con Agro Ingreso Seguro; de analogías con la mafia antioqueña del hermano del ministro de gobierno Valencia Cosío o las supuestas negociaciones secretas del gobierno para las bases militares americanas en Colombia.

La campaña de desprestigio del candidato y luego presidente se centró en la construcción de un discurso que hace de Uribe Velez un asesino y un narcotraficante, a partir de supuestas fotos y evidencias que han desaparecido según el autor del libelo, porque en muchas ocasiones no se ha podido precisar los lugares y las fechas o porque se deduce, en carambolas de “*argumentum ad populum*” recogidos al azar o afanosamente, desordenados, extraídos con pinzas de archivos de la fiscalía general de la nación, del llamado Centro de Investigación y Educación Popular de los padres jesuitas, y de ONG sin rostro. Una suerte de lectura del tarot de la historia de Colombia para culpar de todos sus males a Uribe Velez.

Retratos de memoria

Pero es que nadie, o casi nadie, se ha detenido en averiguar quién es o fue, o si existió, o existe *Joseph Contreras*, un supuesto periodista cuya mejor hoja de vida es la que expone la solapa de su libro contra Uribe. Allí dice que estudió en la Universidad de Harvard, donde se graduó Magna Cum Laude, que es Máster of Science de la London School of Economics y director para América Latina de *Newsweek*. Pero si se hace una exhaustiva búsqueda del personaje en esos lugares, no hay rastro de él por parte alguna. En *Newsweek* hay un periodista llamado Joe Contreras, que hace una entrevista a Uribe el 24 de marzo de 2002, usando información del charlatán Gonzalo Guillén, uno de los mejor beneficiados por las actividades de Garavito. Además, Joe es sinónimo de Johannes, mientras Joseph lo es de Iosephvs. Algo va de Juan a José.

En uno de los correos que Garavito [jotamosca@hotmail.com] enviaba a sus corresponsables desde los Estados Unidos, firmado en Portland el 5 de mayo de 2002, titulado *Historia de “El Señor de las Sombras”* y del curioso seudónimo, afirma tajante: “*Hablo del libro “Biografía no autorizada de Álvaro Uribe Vélez – El señor de las sombras”, que yo escribí en su totalidad y que firmé con un extraño seudónimo: Joseph Contreras*”. Y en una adenda del 8 de agosto de 2004 narra su desventura con José Vicente Katarain, que publicó el libro, y quien mediante una leguleyada le arrebató una buena parte de un apartamento que Garavito acababa de comprar. “*El hecho es, dice Fernando, que me negué de plano a vender el pedazo de apartamento que todavía no he terminado de comprar y que constituye todo mi patrimonio, para pagarle a Katarain la publicación de un libro mío que firma otra persona*”. Y repite, como loco: *la lengua es el azote del culo, la lengua es el azote del culo*.

Es por eso por lo que una famosa periodista de grandes diarios y notables emisoras sostuvo entonces que el libro carecía de interés por ser una aburrida recopilación de datos movidos por el odio hacia la política del biografiado, o una suerte de granada de mano contra Uribe en los medios internacionales donde pudo ser leído, cosa que tampoco

Harold Alvarado Tenorio

sucedió. Y no entendía cómo tan pretendido cotizado jefe editorial de *Newsweek* podía haber desarrollado de la noche a la mañana un rencor de exterminio contra un candidato presidencial desconocido, habiendo tanto tema que podría acaparar su tiempo. Finalizando con la pregunta del millón: *Si no sabemos quién o qué está detrás de este libro, ¿por lo menos podemos preguntar quién lo pagó? ¿A quién le hacen los autores el mandado de escribirlo? ¿Por qué tanto afán, tanta premura, tanta falta de rigor periodístico?*

Un fragmento de su “poema” *Ejercicios de soledad*, de Garavito, reza:

*Lo más admirable de la mosca
no es su vuelo geométrico
ni su lenguaje de figuras,
sino esa suerte echada
que la obliga a aceptar el destino:
morir en un sitio sin boñiga,
donde sólo habita el olvido.*

Garavito murió la madrugada del 29 de octubre de 2010. Dicen los que saben que se arrojó a un inmenso camión en una inmensa autopista entre Marfa, un pueblo de Texas y Albuquerque en Nuevo México.

El Expediente, Bogotá, setiembre 24 de 2020

ENRIQUE SANTOS CALDERÓN

Como Pierre Menard al rescribir *El Quijote*, en *El país que me tocó* de Enrique Santos Calderón el lector halla, al menos, un par de elucidaciones sobre su realidad. El señor Santos ofrece un recuento, neutro e inconcluso, de su vida, porque sabe que al haber crecido entre oligarcas fanáticos del *Statu Quo* y subversivos clandestinos armados decididos a derrocarlo, pudo fraguar una peculiar imagen del país a su imagen y semejanza. Aclarando, que hablará de episodios de la vida nacional, pero ligados a su personaje, porque aquí, por supuesto, el que importa es él, no la república.

La otra, glosa un texto que entreteje la imagen que ha erigido de sí mismo el señor Santos y termina por asombrarnos: se trata de un extraño al que tocó en suerte un mundo desagradable del cual quiso huir acogiéndose a otro, el de los malos, pero en el cual tampoco encontró cobijo. Ni hermanos, mucho menos primos, ni amigos, ni colegas, ni camaradas, nada le ha hecho feliz, a él, que todo lo tuvo, todo lo burló, todo lo ingirió, todo lo penetró y como a su hermano, el peor presidente que ha tenido esta nación, solo queda la dudosa admiración que le profesan sus hijos y sus numerosas maternales amantes. Algo así como un *babyboomer* norteamericano viajando en los años setenta por países de encanto, admirando las revoluciones más por la rumba que las aventuras filibusteras, que tras un largo periplo por las bajezas sociales, se dedica a cuidar el clima y a besar sus retoños, mientras sigue manipulando el poco de poder que le queda.

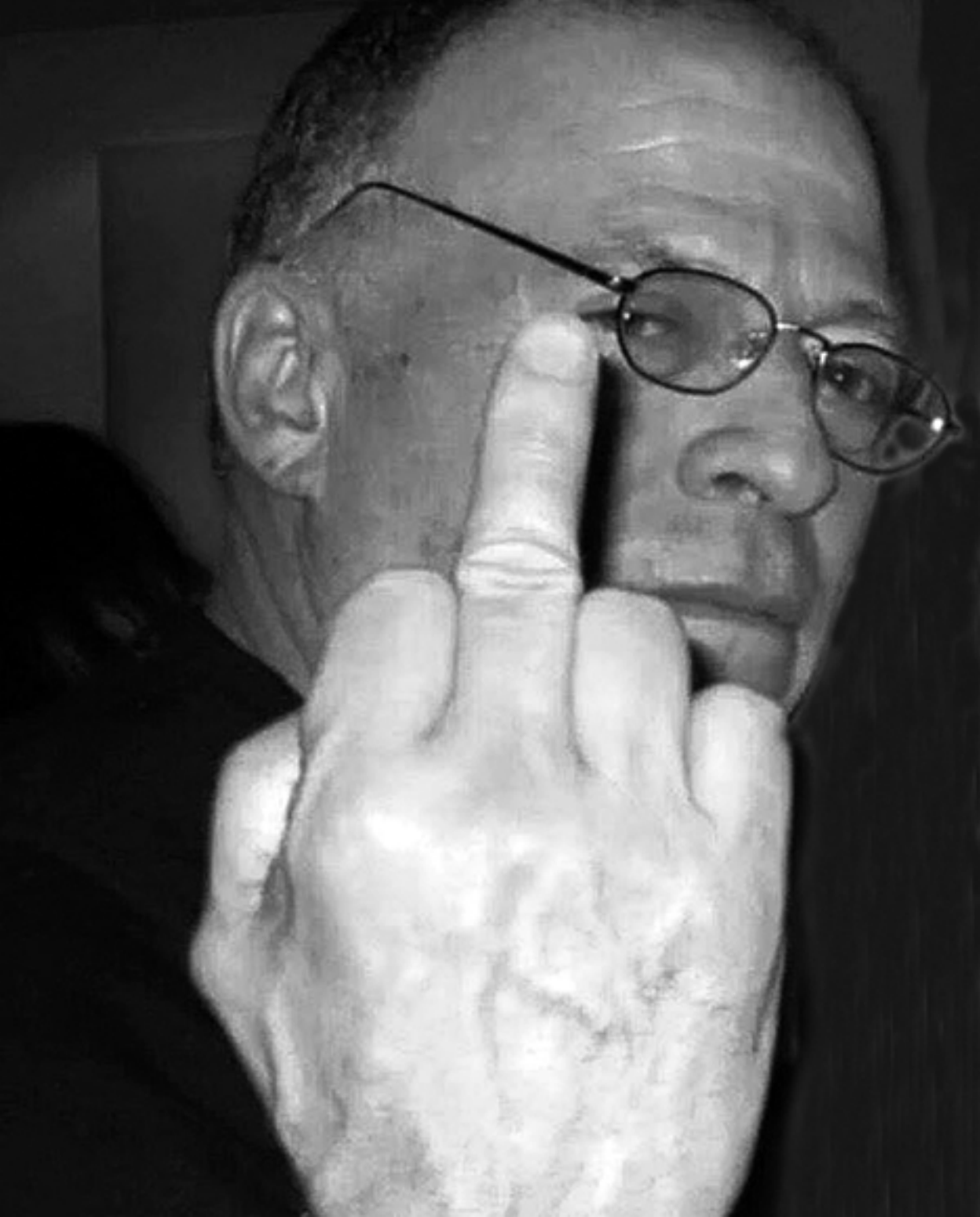
El preciso arquetipo de un ejemplar de la Social Bacanería, que en el mundo occidental hizo trizas las conquistas políticas del siglo XX, empujando a los pueblos a una resurrección de la barbarie que creó el nazismo. En América Latina y los Estados Unidos las reacciones contra

las demencias de esa casta disoluta, y su fascinación por la violencia armada, han elegido dirigentes desquiciados que nadie vislumbraba.

El mayor de los Santos Calderón, hijo de un retrógrado franquista, sobrino de presidente Santos y padre de presidente Santos, hermano desheredado del gran heredero de su tío, consume buen tramo de sus páginas edulcorando el pasado familiar, celebrando la calaña política que su familia y él mismo mantuvo en el poder, sublimando ponzoña contra las FARC a medida que no hacen lo que él quiere, ideando y llevando a cabo el pacto entre los facciosos y su hermano, de espaldas a una nación indignada pero cuya clase política y sus militares se entregaron de pies y manos, a cambio de ocho presupuestos nacionales por la reducción del ejército en cuarenta mil soldados, sin que logre convencer al respetable de sus virtudes y tenga que llegar a la conclusión de que sus aventuras vitandas solo han hecho destrozos, como un mico dañino, a la nación y a sí mismo.

Lo primero que hace el señor Santos es recordar que sus futuras acciones prolongaban una tradición de su estirpe, que desde la Colonia hasta el Jockey Club, ha luchado contra los Godos, encarnados en su presente, no en Laureano Gomez sino en su tío Nano, el frívolo juerguista Hersan, heredero del 52 por ciento de la fortuna de su tío abuelo y cuyos hijos, sus primos Francisco y Rafael, así como su propio hermano Luis Fernando, le impidieron hacerse a la dirección absoluta de *El Tiempo*, que tuvo que compartir con uno de ellos por diez años, prácticamente en insilio. Su padre, *“un obispo de tres soles”* según el embajador Germán Santamaría, gustaba, como su hijo, vestir trajes Príncipe de Gales confeccionados en prestigiosas sastrerías de Londres, a pesar de ser de “sangre azul estrato tres”.

Nacido en la Clínica Marly, criado en una casa estilo Tudor del barrio Rosales, educado en el Nueva Granada y el Anglo Colombiano junto a cachorros Lozano, Camacho, Largacha, Salazar o Pizano, tuvo una disipada infancia apenas supervisada, hasta que a los trece años, ataviado con zapatos de tela, pantalones azul de obrero, chaqueta de cuero con taches, una goma de mascar entre dientes, un caminadito



Enrique Santos Calderón

al este del paraíso y una navaja en el bolsillo trasero, perteneció a varias pandillas, actuando en riñas a sopapo limpio mientras ingería centilitros de alcohol, tantos, que asombra no se haya ahogado en ese insondable océano etílico en el que chapucea.

Graduado de Filósofo, junto a 60 pergenios había sido tutelado por deidades de la Universidad de los Andes como Andrés Holguín, experto en réptiles; el abogado de Cicolac Fernando Charry Lara; el falangista devoto del mariscal Gilberto Alzate, Eduardo Carranza; el maoísta furibundo Eduardo Camacho Guisado; el impotable Pangloss, secretario de *Veinte mil pesos por sus respuestas* o el creador de *La fauna social colombiana*, Antonio Montaña. Y había intentado convencer de sus diferencias con su padre al poderoso solterón dueño de El Tiempo, aspirando a una cuarta parte de su heredad, luego de las secretas visitas que hacía en compañía de Daniel Samper Pizano que, bluyines ceñidos, mocasines Corona y medias blancas, caía cada viernes a la casona de la calle 67 esquina de la carrera 13 donde, cenaban, bien entrada la noche, con el anciano afrancesado atacado por la demencia inducida.

Esos fueron los años cuando el cabellón Alvaro Cepeda Samudio le presentó la baretta y descubrió el multiorgasmo femenino, mientras redactaba, ignorando la lengua de los contendores, varias apostillas a las notas de Marx sobre las ideas de Ludwig Feuerbach, una de las cuales, sostiene que "*Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretiert; es kömmt drauf an, sie zu verändern*", los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo, difundidas por el prestigioso editor Felix Burgos, empleado de José Vicente Kataraín y el legendario impresor Gilberto Giraldo, alias El Mocho.

Y queriendo transformar el mundo, el señor Santos y veinte de sus amigos fundaron entre el lumpen proletariado de La Perseverancia, un distrito de hippies donde consumían humo, polvo, flores, artesanías, pizzas, licores y bandas de rock duro. Y de allí, al turismo canábico: viajes de yagé en el Putumayo, hongos del río La Miel, mas baretta

Retratos de memoria

y polvillo de estrellas entre los morichales y las playas de Yucao y Manacacías y los eternos traslados siderales con los Mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta, con cuyos mandatos cósmicos gobernó Juan Manuel, entre sortilegios milenarios de los kággabba y las agüerearías de Buenaventura, premiadas por la obesa ministra de cultura del fulero de marras.

“A Enrique en esos años, recuerda Gabriel García Márquez, Fidel Castro le parecía un liberal moderado y Felipe Gonzalez el godito pendejo que es ahora. Llevaba barba, estaba peludo, parecía un sobreviviente del hipismo, era proguerrilla y pro sexo libre. Un trompadachin que baile al que llegaba desbarataba a puños.”

Pero la salvación de su alma llegó por otro camino. En 1970 le robaron las elecciones a mi general Rojas Pinilla y Allende fue elegido presidente de Chile. Tres años después se fundaría el M-19 y Pinochet asesinaría al mártir de La Moneda. Y apareció Jaime Bateman, que en uno de esos Volkswagen que tanto fascinaba a *Baader und Meinhof*, le convenció de dar el gran salto de la teoría a la práctica.

La biografía de Dario Villamizar sobre la vida del facineroso narra esa relación y sus consecuencias. Una de ellas, la casi puesta en prisión de GGM, acusado de hacer parte del M-19 por financiar y escribir en una revista, *Alternativa*, fea y garrapateada, hecha a gritos de la extrema izquierda, que sirvió a nadie, con la que el Nobel no pudo ponerse de acuerdo y cuyo gerente terminó pirateándole. *“Somos un grupo de intelectuales y gentes armadas, escribió Gabito, que no estamos implantados en un movimiento popular que pueda beneficiarse de lo que estamos haciendo.”*

El Sancocho Nacional del M-19 y el Hechizo Belisarista, con extensas tertulias palaciegas salpicadas con licores de uva y patatas, y perniles de las sierras españolas proveídos por el presidente Felipe Gonzalez y Jesús de Polanco, lo hizo parte de la aventura pacificadora mejor bañada de alcoholes de nuestra historia en centenares de viajes de helicópteros repletos de champán, y la más sangrienta, con decenas de muertos, torturados y desaparecidos del Palacio de Justicia, la

Catástrofe de Armero con veinticinco mil cadáveres sepultados bajo un alud de lodo y el avión de Avianca donde murieron Marta Traba, Angel Rama, Manuel Scorza, Jorge Ibarguengoitia, Rosa Sabater y casi Antonio Caballero.

Los capítulos finales de estas memorias son muy nostálgicos. El asesinato de Guillermo Cano y Luis Carlos Galán, cuando el señor Santos había cruzado el tranco de los cuarenta años y el futuro parecía en manos de Pablo Escobar y los hermanos Rodríguez Orejuela hace que trace, sin darse cuenta, un croquis del gobierno y la personalidad de ese arcano que es César Gaviria Trujillo, súcubo de La Catedral e íncubo de la Constitución del 91, redactada por la mafia y el M-19. El señor Santos absuelve a Samper y Serpa, [después de haber intentado derrocarlo con Juan Manuel y Carlos Castaño]; del crimen de Alvaro Gomez, al tanto que evoca el chiste de que a su primo Francisco le “habían faltado tres meses de secuestro”, porque hablaba más que un mudo después de ser liberado.

Años del quinquenio del noticiero QAP donde se gestó el periodismo que ahora se ejerce en Colombia, continuando la doctrina que para hacer más dinero y tener más poder hay que difamar del fantasma de la derecha y así, todos soltaran más billete, muertos de miedo. El periodismo *Infotainment*, digno de Goebbels, cuya decana es Maria Jimena Duzán y sus monaguillos Daniel Coronel, Cecilia Orozco o Aura Lucia Mera, entenados de la universidad de Los Conspiradores.

Las viejas rencillas entre *El Guerrillero del Chicó* y su primo *Ayatollah*, quien ejerció el poder real en *El Tiempo* la década compartida, mientras el señor Santos “trataba” de libertar la prensa de las garras de Rafael Correa, Daniel Ortega, Evo Morales, Nestor Kirchner, Hugo Chaves, nunca de los hermanos Castro; o conversaba en secreto con los farcesianos, o iba colocando a sus parientes entre los despojos de *Alternativa* que ahora era *Semana*, terminaron por vender, por *400 millones de dólares*, a unos catalanes, el diario más poderoso que familia alguna había tenido entre nosotros y ahora es del hombre más rico de Colombia.

Retratos de memoria

El resto es cosa sabida. El señor Santos convenció a su hermano Juan Manuel, por “*cuyas venas no corre sangre sino agua aromática*”, de traicionar a su mentor político, y eliminando el último obstáculo ideológico de la banda criminal, al obstinado Alfonso Cano, a quien despreciaba desde sus etílicos encuentros salseros o en Casa Verde y el Caguán, meter en cintura al mórbido Timochenko y el acaudalado secuestrador Pablo Catatumbo, ofreciéndoles que podían quedar libres y ricos si colaboraban para que Juan Manuel con Tutina fueran Premio Nobel y después Secretarios Generales de las Naciones Unidas.

El destino y la república les jugaron una mala pasada. Eligieron a los opositores. Enrique Santos Calderón dice ahora ser de “extremo centro”, pero no ejerce. Y como en las tragedias griegas, el capítulo final es un pusilánime canto de cisne: solo queda cuidar el agua y cargar a los nietos.

Una foto reciente registra a Enriquito, un apolillado subversivo, durante un besamanos para su Altesa Real Charles Philip Arthur George Mountbatten-Windsor, Príncipe de Gales, Conde de Carrick y Chester, Baron de Renfrew y Señor de las Islas, junto a su querida Camila Parker, Duquesa de Cornualles, Rothesay y Edimburgo, los Reyes de Inglaterra. De eso se trataba, precisamente de eso.

El Nacional, Caracas, noviembre 7 de 2018.

RODOLFO HERNÁNDEZ

La guerra de Troya fue una expedición de castigo de los aqueos porque el príncipe troyano Paris había raptado a la espartana Helena. El cerco duró diez años. Para poder vencer a los troyanos los griegos hicieron un caballo hueco de madera donde metieron soldados, mientras uno de los espías aqueos logró convencer a los troyanos que el artilugio era una ofrenda a Atenea. Contra la opinión de Casandra, introdujeron el caballo en la ciudad haciendo un carnaval en honor de la diosa y los griegos salieron del caballo, abrieron las puertas y Troya fue saqueada hasta las cenizas. *Rodolfo Hernández fue el Caballo de Troya para que Petro ganara las elecciones y sea presidente.*

Alcalde de Bucaramanga [2016-2019] y empresario millonario, hubo de renunciar por sucesivos escándalos sociales y políticos, a pesar del apoyo que emisoras como La W, de Alberto Casas y Julio Sánchez, le brindaron con insólito entusiasmo, celebrando sus patanerías y abusos de autoridad. Víctima de las FARC, que secuestraron a su padre, y del católico ELN que asesinó a su hija, durante su mandato se vio envuelto en un tremendo escándalo de corrupción, que le ha empujado a ser candidato a la presidencia, ganando tres mil millones de pesos por reposición de votos, y ahora, de carambola, a senador y en un futuro nada lejano, candidato a gobernador.

El único argumento de su campaña presidencial fue luchar contra la corrupción, precisamente de lo que está acusado. Se le sindicó, desde mayo del 2021, de la adjudicación ilegal de un contrato conocido como Vitalogic, donde está involucrado su hijo Carlos, por cobrar coimas millonarias. La Fiscalía tuvo previsto instruir el juicio el 21 de julio 2022, tres semanas más tarde del balotaje, con dos testigos en su contra que han prometido colaborar a cambio de beneficios. Pero ahora que es



Rodolfo Hernández

senador, el proceso ha sido trasladado a la Corte Suprema de Justicia, su juez natural.

Lo que no sabe ni entiende el respetable, es que toda esta campaña para ser presidente fue producto de un pacto entre Petro y Hernández para derrotar las fuerzas del centro y la derecha y haciendo presidente al primero, librar de la cárcel al segundo.

No hay, para comenzar, registros fehacientes de que Hernández haya hecho críticas severas ni al carácter ni al pasado guerrillero de Petro, a pesar de que el santandereano *“no tiene pelos en la lengua”*. Por el contrario, ha sostenido que Petro le ofreció en la campaña del 2018 la vicepresidencia; que ha tragado potingues con el ex M-19 unas cinco veces, cuando le dijo que *“entre los dos somos invencibles”*. A lo cual el ingeniero habría respondido: *“Mire Gustavo, yo no estoy buscando un puesto, no, yo lo que quiero hacer es acabar con la corrupción.”*

Hernández sostuvo que de no pasar al balotaje votaría por él, y ya en el senado, ha decidido claramente apoyar sus propuestas y no hacer oposición, ni siquiera a sus lugartenientes, que, como Barreras, Prada y Benedetti, consideraba una recua de bandidos y ladrones. *“Cuando Petro fue alcalde de la capital sacó un 3.7 sobre 5, cosa buena. Además, no expropio a nadie, ni peluquerías ni fincas, lo que pasa es que Petro ha conquistado el corazón de la gente.”* Ha dicho también que ganó Petro *“porque el pueblo está hastiado del cochino gobierno del que hizo parte Federico Gutiérrez, miembro de la rosca de antioqueños, que, a nosotros, los santandereanos nos quitaron la electrificadora y nos hicieron papilla”*. Y coincidiendo con Francia Márquez y las ideas de Petro, Hernández sostuvo que, *“César Gaviria es el padre de la destrucción de la agricultura al sustituirla por importaciones. Por eso debemos ponerle atención al campo.”*

En la primera vuelta Hernández consiguió el segundo lugar con 5.953.209, el 28% de los votos, superado por Petro, quien quedaría en primer lugar con 8.527.768, 40%; ocupando un tercer lugar el apático Federico Gutiérrez con 5.058.010, el 23%, mientras en el balotaje, Hernández llegó a un 47.31%, frente al 50.44% de Petro. Hernández

Retratos de memoria

había logrado recoger los votos de la derecha y el centro, pero teniendo cuidado, con una estrategia del caracol, pactada con Petro y llevada a cabo con el viejo amigo, asesor y simpatizante del M-19 en aquellos tiempos del Comandante Papito, el argentino Ángel Becassino.

Becassino, portento de exacta calaña de la actual ñera ministra de cultura, fue cronista de guerra en el medio oriente y vino a Colombia a cubrir las buenas nuevas de los seguidores de Jaime Bateman. Tras la toma del Palacio de Justicia se hizo célebre confeccionando sacrilegios y desnudando a una percanta en la Catedral de Sal, o diciendo que *Dios era una Coca Cola, porque estaba en todas partes*. Asesor de la izquierda gourmet o la social bacanería, diseñó las campañas presidencial y a la alcaldía capitalina del dipsómano Lucho Garzón, y otras aventuras similares de Piedad Córdoba, los pulquérrimos Iván Moreno y Pablo Ardila o el divino Carlos Pizarro, hasta llegar al 2018, cuando iluminó el sendero del hoy candidato a Duce.

La cadena de errores de la derecha y el centro no hizo nada distinto a colaborar en su perdición. De no haber aparecido el ministro de salud que condujo la batalla contra la peste del siglo, y la desaparición del mentor de Iván Duque, el pedo erotómano Carlos Holmes, que aspiraba a sucederle, quizás otro habría sido el desenlace electoral de 2022. Al pacto Petro/Hernández hay que agregar la ceguera del jefe de la derecha a negarse a candidatizar a una de sus aguerridas senadoras por miedo a contrariar el yo del Presidente inútil, en el momento decisivo de las elecciones ya en manos de su Alter Ego María Paula Correa, después de haber sido abandonado a su suerte por la incansable Alicia Arango. Iván Duque ha dicho que perdieron las elecciones porque no supieron batallar. Lo cierto es que fue él, con su codicia y corrupción, quien hizo más visible y poderoso a Petro.

Rodolfo Hernández colaboró con Petro poniendo patas arriba las tradiciones de los debates. Como empresario de éxito invirtió lo menos para ganar un poco sabiendo que no podía llegar al poder. Ese no era su objetivo. Optó por no asistir ni a debates ni a plazas públicas, dejando en manos de la tele o las radios locales y los móviles de 24

millones de colombianos, la difusión de sus únicas consignas: “*No robar, no traicionar, no mentir, acabar con los ladrones y corruptos*”, “*Mírenme a los ojos, no les voy a fallar*” repetía el viejito del Tik Tok. Rodolfo, que en la primera vuelta fue un arcano venerado por taxistas, empleados bancarios, numerarios de los supermercados, las muchachas del servicio, los ejecutivos medios de las compañías que recogen la basura, etc.; que no sabíamos si era Bolsonaro, Trump, Bukele o el gallo tapao de Uribe, después, y cuando los dirigentes de la derecha y el desaparecido centro le dieron su apoyo, se hizo el Maimune presentando 20 promesas para indicar que se había alejaba del Uribismo, que apoyaba la despenalización del aborto, el fraudulento proceso de paz santista y la legalización de las drogas, comenzando por la yerba maldita.

Los 10.5 millones de electores que le siguieron están precisamente en el centro del país, mientras la periferia, donde está la coca y sus ejércitos de asesinos, votaron por la lideresa y receptora de las dádivas del estado paternalista, Francia Márquez, atada a Petro por las ambiciones de poder y los deseos de venganza contra los mestizos, a quienes culpan de causar el fin del planeta por su adhesión a la gasolina, el gas, los minerales, el machismo, las religiones cristianas, el amor a la patria, las ansias ancestrales de venganza contra la conquista de América, las estatuas, el aborto y la adicción a las drogas.

Hernández espera que el gobierno de Petro y Francia le den un respiro hasta elegir el nuevo Fiscal General en 2024. Los traslados sucesivos de su proceso harán que llegue libre hasta entonces, cuando la aplanadora petrista del infame poeta Roy, tenga su fiscal de bolsillo. Hernández permanecerá en el Senado hasta 2023, luego se presentara como candidato a la gobernación de Santander, que debe perder porque también los gobernadores tienen como juez a la Corte Suprema. Descenderá de nuevo a las manos de la Fiscalía y ya veremos, le habrá dicho Roy y guiñado Petro, como hacemos para que tú, Presidente de la Comisión Anticorrupción del Senado, sea la nueva víctima de falsos testigos.

JAIME GALARZA Y LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

La Universidad del Valle surgió como respuesta a las demandas de un sector de la clase dirigente de Cali que no encontraba dónde educar a sus técnicos, médicos y enfermeras. La idea originaria fue dotar a las principales ciudades del departamento de centros de estudios, a fin de que sirvieran de polos de desarrollo regional. El municipio capital tendría, en 1945, cuando fue creada, algo menos de 200 mil habitantes, y el departamento, algo menos del millón.

Mario Carvajal Borrero [Cali, 1896-1972], ministro de educación del primer gobierno de Alberto Lleras, y Alfonso Ocampo Londoño [Manizales, 1923-2016], ministro de educación del segundo gobierno de aquel, fueron los definitivos impulsores y creadores de la Universidad del Valle entre los años 1954 y 1971, 17 años cuando bajo su liderazgo hizo parte del llamado *Triángulo de Oro* de las universidades colombianas. Esfuerzo echado a rodar en el mismo momento en que la institución se trasladaba de su pequeño recinto del barrio San Fernando, a un campus universitario de un millón de metros cuadrados, gracias a la donación que hicieron los hermanos Garcés Giraldo y las gestiones ante el capital financiero, la banca mundial y los industriales vallecaucanos, de Carvajal y Ocampo. De los 417 estudiantes que tenía en 1954, al ser expulsado Ocampo Londoño de la rectoría en 1971, contaba con 5000. El grande esfuerzo por dotar a la región de un centro de educación superior con los estándares occidentales de los tiempos, algo así como los *College* americanos o europeos, había fracasado a manos de la sedición armada y la aparición de la mafia del narcotráfico.

El Cartel de Cali fue integrado por individuos que vivían y delinquían allí a mediados los años sesenta. *Los Chemas*, integrado por un líder estudiantil del ELN, Luis Eduardo Tamayo, planeó y

ejecutó con José Santacruz, que cursaba cuarto de ingeniería eléctrica en la Universidad del Valle y Gilberto Rodríguez, entre otros nueve, el secuestro de un diplomático suizo y un estudiante, por el cual obtuvieron 700.000 dólares que usaron para establecer las primeras redes de contrabando de psicotrópicos. Ya Rodríguez había sido reseñado como marxista y tesorero de un movimiento subversivo con el alias de *El Chamizo*. Testigos sostienen que Rodríguez y Santacruz, cuando visitaban los talleres de la escuela de arquitectura de Univalle donde estudiaba su hermano Jorge, discutían, a menudo, opiniones de Louis Althusser y Marta Harnecker. Y decían que la solución al problema agrario de un millón de campesinos con menos de veinte hectáreas, eran los cultivos de marihuana que ya prosperaban en la costa norte del país.

Los primeros embarques fueron de marimba, pero pronto pasaron a exportar sólo cocaína. Algunos investigadores vinculan a Santacruz, apodado *El Estudiante*, con la revuelta estudiantil contra los *Cuerpos de Paz* en la Universidad del Valle, porque varios de los gringos que actuaban en esos años en Cali, se habían dedicado al negocio mediante embarques por Buenaventura y el intercambio de información gracias a la aparición del Fax y la máquina fotocopidora Xerox. Para 1984, según declaró un comandante de Antinarcóticos, “*La mafia había penetrado los principales estamentos sociales caleños hasta hacerse virtualmente invencible.*” La trastienda de la vida de esos mafiosos ha sido relatada, con lujo de detalles que dan asco, en *Quítate de la vía perico*, memorias de uno de los más dúctiles y perversos admiradores de los hermanos Rodríguez Orejuela y el tiñoso Santacruz.

Aun cuando parezca fortuita convergencia, no deja de llamar la atención que, en los mismos meses de la revuelta estudiantil contra los Cuerpos de Paz en la Universidad del Valle, que terminaría con la destitución de su rector Alfonso Ocampo Londoño, estallara un fuerte movimiento estudiantil en la universidad privada USACA, donde estudiaba derecho, y era uno de los mayores accionistas mediante



Jaime Galarza en el Gran Salón del Hotel Intercontinental de Cali el 14 de setiembre de 1990 en una fiesta en honor a la ex reina de belleza Aura Lucía Restrepo.

testaferros, el hermano menor de Gilberto, Miguel Rodríguez, conocido como *El Señor*.

El centro contaba con una nómina de dirigentes como Álvaro Escobar Navia, futuro rector de la Univalle, los mamertos asimétricos Jorge Ucrós, Alcibíades Paredes y Eduardo Pastrana, los trotskistas Ricardo Sánchez Angel, Edgar Vásquez, Marino Canizales Palta y Fernando Cruz Kronfly. A finales de diciembre de 1968, en una de las asambleas estudiantiles de la Universidad Santiago de Cali, USACA, un casi abogado, compañero de estudios de *El Señor*, Germán Navarro Palau, que a comienzos de este siglo fue capturado y puesto en prisión con fines de extradición, puso a consideración del respetable los nombres de Álvaro Pío Valencia, para el cargo de rector y para Vicerrector académico a Estanislao Zuleta, que terminaría por desquiciar las futuras administraciones universitarias de la Universidad del Valle y destruiría, introduciendo entre las parejas la demencia del psicoanálisis, más de 500 matrimonios de la clase dirigente caleña, como contribución al avance de la revolución permanente. Entre 1965 y 1975, ha escrito James Henderson, Colombia “*fue un país de jóvenes que se convirtieron en revolucionarios y se unieron a las guerrillas, donde morían pronto. Fue una época embriagadora y romántica*”.

Entre ellos estaban los gestores de las violentas manifestaciones contra el gobierno de Pastrana y su ministro Luis Carlos Galán: Antonio Navarro, Carlos Jiménez, Clementina Vélez, Dolcey Casas, Gustavo Ruiz, Hernán Toro, Eduardo Barragán, Eduardo Guerrero, Jorge Mosquera, Luis Carlos Arboleda, María Victoria Donneys, Moritz Ackerman, Stella González o Camilo González, que fue ministro de salud por el M-19 en el gobierno de Gaviria siendo ingeniero químico, o José Fedor Rey, el *Monstruo de los Andes*, que torturó y ejecutó a 164 de sus guerrilleros, la mayoría menores en edad, después de robar una millonada a las FARC.

En el transcurso de treinta años, entre 1968-1998 los gobernadores del departamento fueron Rodrigo Lloreda, Marino Renjifo, Raul Orejuela, Carlos Holguin, Jaime Arizabaleta, Luis Fernando

Retratos de memoria

Londoño, Humberto Gonzalez, Doris Eder, Manuel Francisco Becerra, Ernesto Gonzalez, Mauricio Guzman, German Villegas y Gustavo Alvarez. Varios de ellos fueron o acusados de vínculos con la mafia, o condenados por haberse comprobado sus vínculos. En el *Proceso 8000* contra Ernesto Samper y en numerosos de los libros que se escribieron sobre el asunto, aparecen cientos de veces los nombres de Carlos Holguín, Manuel Francisco Becerra, German Villegas, Gustavo Alvarez o Mauricio Guzmán, quien nombró a dedo, como rector de la Univalle, a Jaime Galarza en 1991.

Jaime Galarza y Carlos Dulcey, su vice rector, fueron sentenciados, el 3 de agosto de 2002, por el Juzgado Penal 18 de Cali, a 468 y 364 meses de prisión por peculado a favor de terceros, hechos descubiertos durante la gobernación de Gustavo Alvarez Gardeazabal, que había sido condenado también, por enriquecimiento ilícito, a 318, dos años antes.

Galarza es uno de los fundadores, cuando terminaba el bachillerato en la Escuela Nacional de Comercio de Cali, del grupo guerrillero urbano MOEC, según reza en varias publicaciones e investigaciones, incluso en documentos suscritos por su persona. *“Antonio Larrota, -dice Acevedo Tarazona- fue la figura estelar de este movimiento que, con bandoleros como Pedro Brincos, mutaron siguiendo el modelo insurreccional cubano”*. *“En ese pleno Jaime Galarza, que llegó a ser rector de la Universidad del Valle, le dijo mira Antonio, una persona te va a matar por andar denunciando la rebatiña de dinero y de poder. Entonces Larrota le respondió: Ah, ¿tú pretendes que defeqen sobre mí y yo no diga nada?”* [Franco Mendoza]

Durante un lustro, a finales de los sesenta, dice Galarza en un boceto de sus memorias *“estuve fuera del país como funcionario del bloque soviético y siendo militante del MOEC, en Yugoslavia, Checoslovaquia, Rusia, Bulgaria, Hungría, el norte de África durante el proceso de la Argelia independiente. En China, donde más tiempo estuve, aprendí amar su revolución”*. Varios de sus empleados de la rectoría de Univalle sostienen haber visto fotos de Galarza recibiendo

entrenamiento militar y otras, mientras guardias rojos purgaban a Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, colocándoles sobre la cabeza capirotos ofensivos y escupiéndoles. Galarza, dicen, aparece blandiendo un grueso volumen, en mandarín, de los *spots* publicitarios del Gran Timonel. Luego aparece en Bogotá vinculado a las juventudes del MRL mientras estudia derecho en la Universidad Externado y de allí a Cali, en una oficina de abogados con un penalista que le acompañaría en la travesía por el desierto delictual de la Univalle, ingresando como profesor, primero a la Universidad Santiago, que acababa de ser tomada por Miguel Rodríguez.

Un enigmático personaje, Luis H. Fajardo [Cali, 1932-1979], abogado, juez, poeta, músico, sedicioso, acusado de ser miembro de la CIA, que había vivido en Leipzig y el Berlín ocupado por los soviéticos, casado con Eleonora Krauze, judía polaca hermana de uno de los líderes del movimiento anticomunista *Solidaridad* de Lech Walesa, graduado en Yale en sociología y que fue decano [1970-1971] de la especialidad en Univalle, donde había llegado con el *Opus Dei* para coordinar los *Cuerpos de Paz*, con la asesoría de Alvaro Mondragón en Univalle, dice, en una suerte de memoria, que fue él quien introdujo a Jaime Galarza en la Escuela de Administración, al lado de Fernando Cruz Kronfly, precisamente, en el momento de la asonada mafiosa y subversiva que derribó de la rectoría a Alfonso Ocampo Londoño. Mondragón, que murió de sida, fue secretario del partido comunista en Nariño, y estuvo involucrado en el homicidio de una actriz de reparto apellidada Carillo a manos de un senador Villorgo. Bien entrado el nuevo siglo, Mondragón fungía de *babalao* para Galarza, pero también fue su Judas y Pilatos.

Al lado de Camilo Gonzalez, Moritz Ackerman, Kemel George, Humberto Molina, Victor Manuel Moncayo, Cruz Kronfly o Carlos Jimenez Moreno, Galarza alternará su vida académica con esa *Tendencia Socialista* que él vinculará a otra, comandada en Argentina por un desquiciado aventurero ladrón apodado Nahuel Moreno, que en Bogotá creó una Brigada Simón Bolívar para combatir de lado de



Ernesto Samper y Jaime Galarza

los sandinistas del FSLN. Cuando Moreno se apropió de los fondos recaudados entre los militantes ricos, como Laura Restrepo, cuyo marido se suicidó arrojándose de uno de los altos pisos de las Torres del Parque, Galarza, que había traído a Colombia a Moreno, rompió con él y adhirió a la secta de Ernest Mandel, de la IV Internacional, en el momento que Univalle le había otorgado, por varios años, una comisión de estudios en París.

Jaime Galarza fue nombrado, a dedo, por el gobernador del Valle del Cauca, Mauricio Guzmán, que ignoró los otros candidatos y manipuló la elección, y fue condenado, siendo alcalde de Cali, seis años más tarde, a 264 meses de prisión y el pago de una multa de 241 millones de pesos, por haber recibido dinero de Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela. El otro candidato era un doctor en ciencias de la Universidad de Würzburg, que había sido Vicerector académico. Al día siguiente, Galarza declaró, a un diario local, su adhesión fanática al equipo de balompié *América*, de propiedad de Miguel Rodríguez Orejuela. Y procedió a fundar, siguiendo el modelo del Gosizdat y la Glavlit estalinistas, el periódico mensual *La Palabra*, que todavía existe, bajo la dirección del jefe de redacción de la revista del equipo rojo, también de propiedad de Miguel Rodríguez Orejuela, futuro biógrafo de los hermanos mafiosos y el cantante de salsa y también mafioso Jairo Varela. Cargo que ejerció por varios años junto a otro, de Editor de la Universidad del Valle, donde se publicaron cientos de libros dedicados a enaltecer la tarea del nuevo rector, sin pagar derechos de autor, usando decenas de ejemplares como obsequio y halago de visitantes y compromisarios.

Y comenzó a ensanchar su ego con fines monumentales, faraónicos, dispuesto a despilfarrar los ingresos locales, departamentales, nacionales o extranjeros para erigirse una estatua tan grande como las que había visto en las dictaduras comunistas que admira. Y para que tuviese estantería, se rodeó de una claqué que incluía, en la primera línea de fuego, a los famélicos y sedientos que cantarían su gloria: los Malatesta, Valverde, Henao, Martínez, Toro, Jiménez, Santacruz,

Retratos de memoria

Puentes, Canizales, Sanchez, Bejarano, Ruiz, Collazos, Pazmiño, Montes, Echeverry, etc., etc.

Para ellos hizo la revista *Fin du Siecle*, un boletín ideológico conducido por Fernando Cruz Kronfly, a quien se procedió a elevar a *Doctor Honoris Causa en Literatura con distinción de Maestro de Juventudes*, titulación que enaltecía su salario. Además, una emisora, con la valiosa colaboración de Germán Patiño, gerente cultural de la Gobernación del Valle, secretario de Cultura y Turismo de Cali y gerente de Tele Pacifico, prestó por varios lustros a la rectoría mientras “estudiaba” para Licenciado en Letras, título que le brindó Darío Henao Restrepo cuando tuvo 58 años y más de veinte a su servicio. Y recordando la consigna de Goebbels en el *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda*, que divulgando masivamente mentiras se construyen verdades, creó Univalle TV, engordó el Centro Editorial, proyectó una escuela de periodismo bajo su exclusiva dependencia y transformó la emisora en una estación de frecuencia modulada.

No habían transcurrido seis meses de la nueva administración, cuando el CSU facultó a Galarza para crear la Fundación General de la Univalle, para vincular, son sus palabras, la universidad a la sociedad, “acometiendo el plan más ambicioso que universidad latinoamericana alguna haya emprendido: la construcción en la Avenida Sexta de un complejo hotelero para desarrollar programas de educación continuada al más alto nivel, un proyecto de 25 millones de dólares a través de fiducias”. El edificio, conocido como Hotel Galarza, permanece hace 28 años deshabitado y en franco deterioro.

El delirio de grandeza apenas comenzaba. Decidió, como si fuera la China de Deng Xiaoping, poblar Univalle de institutos: *Cátedra de la Cuenca Amazónica*, *Centro Editorial*, *Biotec*, *Intel*, *Cinara*, *Medio Ambiente*, *Investigaciones Forestales*, *Corporación Tecnova*, *Fundación Metro*, *Centro de Productividad*, *Jardín Botánico*, *Museo de Ciencias e Industria*, *Multitaller*, etc. Algunas de estas obras eran exóticas, como el Jardín Botánico, que iba a ocupar 28 hectáreas, con árboles nativos

y otros traídos del Asia y África, incluyendo variedades desaparecidas en otras eras o apenas visibles en las tundras o polos helados. El Museo de Ciencias e Industria, que haría parte del Jardín Botánico, estaría adornado con una escultura de Ramirez Villamizar más alta que la Torre de Cali, y podría ser divisada desde todos los ángulos de La Plaza de las Puertas Abiertas, donde un tal Juan Julián Pimentel la inauguraría con un discurso en verso, en presencia de numerosos poetas que vendrían directamente de un festival de poesía organizado por aliados de las FARC.

Y para fomentar el deporte universitario, un Coliseo y sendos equipos de balompié y balonmano profesionales. Las buenas lenguas dijeron, entonces, que esto de los equipos parecía un sueño de don Miguel, Don Gilberto, Don Chepe y Don Pacho, tan amantes de sus colaboradores del Puerto de Buenaventura, desde donde oteaban el futuro. Acosado por las acusaciones y críticas a sus numerosos viajes al extranjero, donde, dicen, llegó hasta permanecer, como rector invitado por más cien días en la Universidad Carlos III de Madrid, renunció.

Y la olla comenzó a hervir fetideces. La prensa dijo que había creado una Cátedra de la Cuenca Amazónica para permitir a su director Alvaro Mondragón entrar en contacto directo con los mamas de las tribus de 27 cabildos de huitotos, prometiendo a los naturales hacer visibles las virtudes de la yuca y la sábila, publicadas en los *Cuadernos Amazónicos*. Apareció una nómina de becas para estudios en el exterior paralela, con personas que nada tenían que ver con la universidad, excepto ser hijos de amigos del rector o parientes de algunos directivos. Según los informes de los críticos, la Univalle tenía legalizadas unas 100 becas para gentes con vínculos laborales, pero estas, unas 28, que costaban mensualmente un dineral, habían sido asignadas a dedo a elementos como Andrea Ospina, en España, por 510 mil pesos mensuales; a Juan Ernesto Montes, 1 307.000, en Francia, hijo del magistrado del Consejo de Estado Juan de Dios Montes; Carlos Pazmiño Ochoa, en Lovaina, hijo de dos calanchines de Carlos Holguin Sardi, contratistas de Univalle, 1. 200.000; María

Retratos de memoria

Jimena Rengifo Muñoz, Francia, 850.000; Ana María Cruz, hija de Víctor Cruz, asesor del rector; Isabel Nieto, Mauricio Arcila Murillas, Héctor Hernando Gómez Millán, Janeth Maritza González, Fernando Cuenú, Olga Lucía Guayacán, Juan Carlos Rivas Nieto, Marta Rocío Varela, María Virginia Urrutia o Alejandro Bahamón, amigo de la hija del rector Galarza en la Universidad de los Andes, etc.

Otras noticias registraban que entre diciembre 1996-1997 la Univalle tomó créditos para inversión por 28 mil millones de pesos, pignorando los recursos de la *Estampilla Pro Univalle Ley 26/90* hasta 2008. A mediados de 1998 tomaron créditos de tesorería por 34 mil millones, respaldados con el bono pensional, los giros de la nación y la estampilla. El déficit en esa fecha era de 15 mil millones, cuando al posesionarse Galarza era de 717.

En 1994 el rector Galarza solicitó al Decano de Cultura y Jefe de Estética, Carlos Jimenez Moreno, la contratación de una gigantesca escultura de Eduardo Ramirez Villamizar, que ahora valía unos 200 millones de pesos, para adornar el Jardín Botánico diseñado por el arquitecto Pedro Mejia y que parece manejaría la esposa del hermano menor de Chepe Santacruz. La escultura se hizo y para mediados de 1998 el escultor seguía solicitando le pagaran el trabajo y se llevaran la escultura para Cali porque pesaba 50 toneladas. Parece que esta fue, entre otras causas éticas y de violencia familiar, una para que Jimenez Moreno abandonara el cargo y regresara a Madrid donde escribe, desde entonces, sobre artistas del espectaculos que hace pasar por pintores.

Uno de los documentos recogidos por los investigadores en la Univalle señalaban que Galarza había estado recorriendo, no solo los jardines botánicos ingleses para idear el suyo, sino que tenía memorias filmicas del Real Jardín de Paris, el Hortus Botanicus de Amsterdam, el Linneo de Upsala y el Botanischer Garten de Tubinga. El rector magnífico deseaba que ese inmenso sector de la Universidad sirviera para renombrar y clasificar las plantas de Colombia, con tiendas para vender flores, hierbas y semillas como se hacia en la Universidad

Nacional. El Jardín Botánico de la Universidad del Valle debía tener Alpinum, Arboretum, Banbusetum, Cactarium, Carpoteca, Fruticetum, Herbario, Index Seminum, Orchidarium, Palmetum, Xiloteca y un gigantesco invernadero como en Berlín.

Las denuncias también apuntaron hacia el manejo violatorio de las normas fiscales y estatutarias de la Fundación de Apoyo a la Univalle, disponiendo los rectores y en especial Galarza, arbitrariamente, de los fondos depositados por unidades académicas e investigativas. Se les acusaba de manejar *cuentas rojas* como créditos por montos superiores a los mil quinientos millones de pesos a fin de disponer de fondos inexistentes en el presupuesto de la U, y sin control alguno por parte de los responsables.

Según los informes de prensa Dulcey había dispuesto de sumas superiores a los 5 mil millones de pesos de los Fondos de destinación específica hechos por Colciencias o el BID. El secretario del rector recibía un sueldo no reglado de 8 millones como si fuese un Vicerector, más una prima adicional oculta al público. No deja de ser paradójico que esa fundación fuese presidida entonces por Ruben Dario Echeverry, actual decano, en segundo periodo, de la Facultad de Ciencias de la Administración y hombre muy cercano a Galarza.

El *Informe de la Comisión de la Verdad* que creo el gobernador Alvarez Gardezabal concluyó que, en materia de anomalías salariales, hallaron que el profesor Lugardo Alvarez ganaba un sueldo de 3.1 millones más otros 3.1 como gastos de representación; Rita Linares 2,7 millones y gastos de representación por 817 mil pesos más una bonificación de bienestar de 53 mil pesos. A estos Dulcey les había asignado una prima técnica del 15 por ciento de sobre sueldo. Alberto López 1,5 millones más gastos de representación de 3,0 millones; Efraín Solarte 2,2 más gastos de representación de 1,8; prima de exclusividad de 349 mil pesos y prima técnica de 562 mil, etc.

En febrero de 2005 el Consejo de Estado declaró nula la resolución que, firmada por él mismo, reconocía y ordenaba el pago de la pensión de jubilación de Carlos Dulcey porque el monto pensional excedía los

Retratos de memoria

20 salarios mínimos mensuales legales y la edad exigida por ley. En julio de 1998 una comisión descubrió que la liquidación pensional de Isabel Romero, la esposa de Dulcey estaba empachada de inconsistencias. Se había, entre otras, contabilizado como laborado el tiempo cuando había gozado de licencias. La pensión lleva la firma de Galarza, a quien también el Consejo de Estado redujo su mesada pensional.

La primera detención preventiva contra el rector Galarza fue dictada por irregularidades en la compra de un inmueble de 570 millones en 1997 que no figuraba a nombre de la Univalle, acusando inconsistencias entre el avalúo y el valor pagado y sus pactos de intereses anticipados. Luego se le endilgó una segunda que le llevó a la cárcel de Villahermosa, donde se encontró con Dulcey.

El 10 de diciembre de 1997, Humberto Valverde, el autor de *Tres vías a la revolución* [1973], donde entrevista a Gilberto Viera, Pacho Mosquera y Ricardo Sánchez, hizo publicar en *El Tiempo* un encendido elogio de la tarea que había cumplido su protector y mecenas: “*La obra de Jaime Galarza, dice, crecerá con el tiempo, porque ha dejado una huella que no se podrá borrar y por años se hablará de esta rectoría que para algunos es hoy en día polémica. A mí no me cabe duda de que la rectoría de Jaime Galarza es la más vigorosa en la historia de la Universidad del Valle incluida la de Mario Carvajal*”.

El Expediente, Bogotá, 20 de agosto de 2020.

CARLOS MAYOLO

A Carlos Mayolo lo conocí desde los tiempos del *Hombre de la Llama*, en un parquecito que está cerca del Centro Nacional de Artes Gráficas, donde se reunían los seguidores del General Gustavo Rojas Pinilla para oírle contar cómo, el gobierno de Guillermo León Valencia y su ministro de hacienda, le habían rebajado a los ricos cien millones en impuestos con una reforma tributaria que apenas iba a recaudar tres mil quinientos para el presupuesto de una nación de quince millones de habitantes. Y la Nena Rojas vociferaba que la plata de la *Alianza para el progreso* se la iban a robar, porque aquí no habían hecho reforma alguna donde pudiera ser rentable ese *Plan Marshall*, que los gringos no invertían en la región porque desconfiaban de estas democracias, que de 218 millones las inversiones habían descendido a 95 y que de seguro todo iría a parar a las cuentas de los ricos en el exterior.

Una de esas mañanas apareció Carlos Mayolo disfrazado de Ringo Starr, con bléiser turquí, pantalón gris, camisa azulada, mocasines y corte de pelo hongo, sin un peso en el bolsillo, en compañía del flaco Rodolfo Valdes Calero, un hampón que preguntaba dónde estaba la Ferretería Master porque precisaba un par de inmensos destornilladores, los tontos, con los cuales, luego vine a saberlo, desvalijaba apartamentos los domingos cuando todo el mundo había salido y la muchacha estaba sola.

Según contó esa noche después de algunas fechorías facturadas en la tarde, en un grill [Cra 10 24-76 Residencias Colón] donde filmaban *Semáforo en rojo* a Ofelia Montesco cantado *La copa rota*, acompañada al piano por Alcy Acosta, acababa de fugarse de la Academia Ramirez desde donde se había llevado un esqueleto de los de verdad, de esos que usaban para clases de anatomía y el flaco Valdes lo había ayudado a



Carlos Mayolo

vender en otro colegio del barrio Santa Fe, cerca de la casa de León de Greiff.

El flaco cargaba un gráfico de los sectores donde sustraía televisores, pero su especialidad eran los juegos de té en plata alemana o inglesa, los cubiertos de comedor que la gente conservaba en sus estuches originales. Para tal fin se hacía amigo de las criadas de cofia y uniforme, les sacaba información y luego con cualquier excusa timbraba en el apartamento, ellas medio le abrían la puerta y él con los destornilladores gigantes los ponía uno en el cuello y con el otro sostenía la puerta hasta que la abrían y ya dentro examinaba la mercancía y decidía si valía la pena o no afanarla.

Hablaba con gran autoridad de las calidades de la cubertería en plata, bronce y oro, pero las que más apetecía eran *Elkinton*, *Alpha* o *Ercuis*, aparte de las porcelanas *Rosenthal* y la cristalería *Van Salanvert*, que decía existían en las casonas que rodeaban el Parque Nacional, lugar de sus encuentros con las mucamas. Rodolfo, que era alto y apuesto, vestía muy elegante, al estilo cachaco de entonces, con chaquetas inglesas de esas que tenían un parche de cuero en el codo, los chalecos de colores con botones dorados, los pantalones pastel, zapatos *Florsheim*, y cuando llevaba corbata, sumamente delgadas cruzaba el cuello de la camisa con una barrita dorada. Nunca faltaba la bufanda de seda ni el olor a lavanda *Yardley* ni las nutridas chequeras con las que compraba docenas de zapatillas, camisas, interiores, perfumes y pagaba las cenas y tenidas étlicas, y si las putas eran muy ambiciosas también. Porque decía que la ambición rompe el saco.

Era hijo de un boyacense que cruzó sobre una mula el páramo del Cocuy a cuatro mil metros de altura en una cuna para cargar gallinas y terminó en New York haciéndose piloto para luego conducir aviones de varios presidentes de la república, o ir hasta los polos y dar la vuelta al mundo, en un *Vultee Executive*, 17 veces con su esposa caleña como copiloto, dejando la crianza de los niños en manos de las muchachas de adentro, que los hicieron gandules. Antes de morir escribió una biografía donde confesaba que había visto escribir *La vorágine* y había

Retratos de memoria

sido el primer telegrafista en informar que Gardel había muerto en Medellín en un accidente aéreo.

El flaco nunca fue puesto en prisión pero sus hermanos Rafael y Leonor, que cuando hacia el amor repetía “*tengo un placer donde no llega la píldora*” fueron retenidos un par de semanas acusados de entrar ilícitamente a los Estados Unidos doce anacondas mayores de edad, e intentar vender una *Cruz de Boyacá*, la orden de *Ayacucho del Perú*, otra del *Libertador de Venezuela*, la *Legión del Mérito de los Estados Unidos* otorgada por Truman y una colección de estampillas de Mongolia, firmada por Jamtsarangiyin Sambuu, que decía en mongol no podía ser vendida. Según dice Carlos en sus memorias, todo había sucedido a finales del sesenta y cuatro, después del matrimonio de Leonorcita, cuando con el Conejo emprendían una gira por las islas del Pacífico.

Yo serví de gancho ciego en dos aventuras delincuenciales del Flaco con Mayolo. Un sábado fuimos a varios almacenes de lujo en el centro y Chapinero para comprar zapatos tamaño 44 el número que yo calzaba entonces. Me los media, Mayolo decía que eran horrendos, yo me enojaba, decía que los quería y Valdes dirimía la disputa comprando dos pares con su chequera robada. Alcanzamos a sustraer unos siete pares que de inmediato cedimos a un reducidor del Ricaurte, negro caribe que revendía la mercancía envuelta en cajas de cartón con letreros en inglés. La otra fue hacerme pasar por estudiante de arte de los Andes y solicitar una entrevista con Clemencia Lucena, una pintora maoísta que vivía en el Bosque Izquierdo en un apartamento de cuatrocientos metros y tenía una sala de recibo para obreros y otra para sus amigos. A mí me recibió en la primera. Pero logré, gracias al entusiasmo que demostré por su obra y al deseo de saber cómo vivía una revolucionaria maoísta, ver la segunda, con dos tresillos de cuero de vaca y un par de tapetes persas preciosos. La sala para obreros estaba decorada con pinturas proletarias propias y de Pedro Manrique y una hiperrealistas del maestro Samudio, según me dijo por recomendación de Ricardo Samper, más retratos de algunos actores que murieron en la guerrilla

en posturas agresivas y pancartas que atacaban el Frente Nacional. La señora Lucena se ponía un mono de obrero de la construcción muy deteriorado y sucio para recibir los invitados y ofrecía te chino de Cundinamarca. Mi labor consistía en evaluar si era dogmáticamente rica y así Valdes decidiría si la trabajaba o no. Nunca supe el final.

En esos años Carlos sentía una gran fascinación por los delincuentes y hacía una que otra apología soterrada de su grandeza. Con el tiempo encontró en otros delincuentes, los de cuello blanco, a sus admiradores, con quienes compartía ese desprecio que los marginados sienten por el trabajo y la gloria alcanzados con esfuerzo. Actitud que le empujaba a la maldad por la maldad, como robar las billeteras de los internos que tomaban la ducha mañanera, matar siete perros en el colegio donde hizo la primaria o cambiar las notas finales, colocando las peores a los mejores al final del bachillerato. Su “obra” fue levantada dilapidando formidables adiciones de peculio y hubo quienes dijeron que sus mejores y peores años los había ganado con polvos, demencia y drogas que pagaron sus amantes, que a su vez, florecían con dinero del estado y lo extraían o directamente o por manera interpuesta en institutos, museos o fundaciones. Siempre fue astuto y nunca conoció la armonía ni el sosiego.

La historia del abuelo de Carlos Mayolo merece una novela. Según todos los recuentos era hijo de un obrero múltiple de una línea de barcos que viajaban entre Génova y Callao, que igual servía comidas en primera como en tercera, hacía camas en segunda o tocaba el violín después de la cena. En su segundo viaje a América el buque naufragó frente a las costas de Guapi y luego de vivir un tiempo en Popayán como cómico callejero, casó con una criolla y terminó siendo propietario de varias minas de oro cerca de Novita donde, luego de abandonar el apellido [*Maggioli*] originario, Piringa, su esposa, dio a luz a don José, el abuelo, que a su vez, tras estudiar ingeniería naval en Londres, casó con una chica del pueblo y con sus cinco hijos, unos pardos, otros blancos, se fueron, cargados con toneladas de oro en bruto, a California, al caer la dictadura del general Reyes temiendo

Retratos de memoria

represalias de parte de los liberales a quienes había traicionado al final de la guerra de los Mil días. Allí vendió, por diez millones de dólares, a un Rockefeller, *The Chocó Pacifico Mining Company* y nunca volvió a Colombia. Murió en San Francisco donde lo embalsamaron al estilo faraónico enviando la momia en un cofre de tres cuerpos metálicos. Lo enterraron en Buenaventura y al exhumarle, para darle sepultura en un cementerio nuevo, le encontraron intacto y con los ojos abiertos. Los negros del puerto dijeron que era Drácula y que, en las noches, con un teodolito, mide los terrenos del aeropuerto, que fueron suyos.

Jorge Mayolo López, el padre, a quien Carlos vino a tratar en serio solo al final de su vida de él, era un desquiciado que vio hundirse el mundo del capitalismo y como muchos, de haber sido multimillonarios todo lo perdieron en el juego de la bolsa y el despilfarro. El mayor milagro de sus vidas fue ver como el celuloide hacía de la vida una entelequia. Los treinta cambiaron el cine mudo y la vida pareció no tener límites en unas ciudades donde solo el oro tenía derecho a brillar y los mexicanos y los negros solo servían para criados. Como su hijo, fue una máquina de quimeras. Con lo mucho que les dejó el *crash* del 29, antes del final de la segunda guerra volvieron a Colombia vestidos de exploradores e intentaron recuperar las tierras y las minas de oro que su padre había abandonado casi cuarenta años atrás, en un país a punto de estallar en otra guerra civil.

En Cali se enamoró de una Velasco Belden, de la aristocracia feudal venida a menos, que trabajaba en el consulado norteamericano y era más liberal que Lana Turner. Nidia descendía de Manuel María Alonso de Velasco y Patiño cuyo padre huelga en óleo en el Louvre. Luego de hacerle tres criaturas, *Georgie Porgie*, como le gustaba llamarse, abandonó el hogar definitivamente tras una mecanógrafa de *Chicles Adams* y reinició sus delirios de *entrepreneur*. Son numerosas las anécdotas de sus descomunales ocurrencias, como la vez que un apagón casi arruina una de las fábricas de llantas de Cali y ante el colapso de las calderas trajo hasta las instalaciones dos locomotoras que

puso en cadena y así alimentó el fuego durante ocho días a punta de la combustión del carbón de coque.

Georgie sólo hablaba en español para pedir comidas y dar órdenes. En las conversaciones corrientes usaba un inglés californiano, pleno de locuciones que veinte años después nadie usaba y siempre que conversaba con Nidia daba la impresión de que Katharine Hepburn discutía con Spencer Tracy en un filme de George Cukor. Cuando le conocí había adoptado la moda de los ejecutivos sesenteros, con claros ternos ligeros de material sintético, camisas de cuello corto y corbatas delgadísimas, pero no había abandonado el gusto por los zapatos de suela volada y el sombrerito de ala corta que había impuesto Edward G. Robinson en sus películas de mafiosos.

Nadie sabe quién hizo la casa donde estuvo el Colegio Simón Bolívar en la setenta y cinco con trece en El Lago, en Bogotá. Unos dicen que fue un argentino paisajista que había hecho algunas parecidas en Buenos Aires, otros que un carpintero con ínfulas de pintor que habría hecho una copia de un palacio de Enrique VIII en Sussex donde tuvo encerrada una de sus amantes. Lo cierto es que la inmensa mansión tiene once habitaciones, cava de vinos, sala de habanos y billar y entre los cielos rasos y el techo bien pueden vivir varias familias. La casa cuenta también con tres patios y una suerte de apartamentico donde vivía la servidumbre, con tres habitaciones y otro patio, que originalmente tenía huertas y jardines.

Gregorio Rentería Mallarino, conocido en las facultades de medicina y odontología de la Universidad Nacional como el loco Rentería, la compró durante la dictadura con la ayuda de algunos paisanos que trabajaban en la Caja Agraria y le prestaron dinero, pero cuando murió en mil novecientos sesenta y ocho fue de nuevo pignorada porque no había cancelado las deudas durante varios años.

Rentería había nacido en Palmira el año del estallido de la Guerra de los Mil días, hijo de un notario bugueño, municipio donde estudio con los hermanos Maristas, comunidad a la cual ingresó en el seminario de Yaconas y en compañía de un fanático del nacional socialismo,

Narciso Cabal Salcedo, viajaron a San Salvador y luego a Berlín donde militaron en el nazismo. Rentería tenía la obsesión por la sabiduría renacentista y estudió matemáticas, física, química, filosofía y hablaba varios idiomas. Había inventado unos métodos propios para enseñar esas disciplinas. La tabla de los elementos la inculcaba preguntando, por ejemplo, *¿Cuánto calcia usted?* a lo que respondía, yo calcio 40, y *¿el botasio?*, 39 y así continuaba con el circonio, curio, fermio, lantano, rubidio, talio, etc. Y enseñaba a los muchachos la preparación del pedo químico y el gas de los condenados a muerte, que había aprendido en una visita a la IG Farben alemana, muy famoso entonces porque Caryl Chessman había sido ejecutado en San Quentin.

Don Gregorio, antes de enseñar cómo se prepara el gas, narraba la historia del *Asesino de la luz roja*, que se hacía pasar por policía para confundir a sus víctimas y estuvo doce años esperando su ejecución, durante los cuales estudio derecho y latín y escribió varios libros que fueron traducidos a numerosos idiomas y llevados al cine. Consistía la preparación del gas en una mezcla de ácido prúsico con un estabilizador y un aditivo odorante e irritante que al contacto con el agua o la humedad del aire desprendía cianuro de hidrógeno gaseoso.

Mayolo cuenta en sus memorias como despojaba a los pudientes del internado de sus billeteras mientras se bañaban y de las torturas a que sometía, mediante bombillas ardientes en el rostro, a los que le acusaban de hacer fechorías, y también, que arrojaba por el sifón del lavamanos a la habitación de Amelio Trigo Santodomingo, otro franquista que fungía de prefecto de disciplina, altas dosis de ese pesticida y como este salía despavorido al contacto con el olor. También recuerda que sustruía dosis de ácido sulfhídrico y mientras Amelio caminaba quedamente sobre sus viejos botines aherrojados con carramplones contra el desgaste de los tacones, con una gigantesca jeringa de vacunar semovientes le arrojaba el químico sobre los vestidos, que presentaban pequeños agujeros que el pobre viejo achacaba a las cucarachas, o las dosis de atincar que le mezclaba a sus sopas para que

tuviese prolongadas erecciones que le impidiera hacerles permanecer en filas de a pie después de los almuerzos.

Trigo tenía una compañera sentimental en Soledad Astorquiza, la secretaria de Rentería, que juntos sumaban dos siglos y medio. Era la típica solterona entrada en años, religiosa a más no poder, estricta en todo lo humano y mantenía en un nicho del segundo patio, una especie de capilla a la virgen de Lourdes, con altar para dar misa y todo inundado de cirios pascuales que ardían todo el año. Había nacido en las estribaciones de los Farallones de Cali, donde sus padres criaban armadillos y guatines y donde instauraron un museo de la cauchera, con cientos de esos útiles que coleccionaban para evitar que apedrearan los pajarillos del bosque y solo los observaran entre los inmensos robles y yarumos.

Cada seis meses venían los bomberos a revisar las instalaciones del colegio y siempre aconsejaban encender los cirios solo durante los oficios, cosa que Solita desoía porque era su costumbre cada vez que pasaba frente a la capillita hincarse de rodillas y dándose una bendición alabar al Santísimo. Un sábado a punto de dar salida a los internos estando yo en los alrededores vino Mayolo a llamarme porque habían llegado los bomberos y estaban haciendo la inspección. Me dijo que era la oportunidad de cobrarle a la vejanca los malos ratos y negaciones de prestada de teléfono para llamar a Nidia a Cali, haciéndole pasar un mal rato, pues cuando se fueran los bomberos el tocaría muy duro y constante la campana mientras yo gritaba a voces incendio, incendio, incendio, cosa que hicimos, con tan mala suerte que Solita no alcanzó a asomarse desde su ventana para ver si era cierto y cayó tan redonda como era, fulminada por un infarto. A la una y media, cuando estábamos comprando ginebra Butic en la tienda de los vecinos, una ambulancia sacó el cuerpo exánime de la anciana y anunciaron su velación en casa del loco Rentería, en el parque donde está la estatua de Benito Juárez. Enterados del crimen, Mayolo propuso apaciguar el duelo tomando ginebra con fenobarbital, un barbitúrico que vendían en las farmacias o que Mayolo compraba con un recetario suministrado por el Flaco

Retratos de memoria

Valdez. A eso de las cinco de la tarde fuimos cayendo en la sala de la casa del rector donde Solita era exhibida en su grandeza con la tapa de la caja mortuoria abierta. Carlos se agachó para besarla, pero pudo más la risa que la gestión del dolor. De inmediato nos sacaron a empellones del recinto y no volvieron a determinarnos al menos en un mes. Pero allí no paró todo. A las dos semanas ya estábamos buscando afiches y comprando a un perista un equipo de sonido, un Garrad portátil con el cual montamos un bar en el entretecho de la casa Tudor.

En tanto sucedieron otros hechos. *Georgie Porgie* se apareció una media semana en dos taxis de aquellos Dodge y Ford de cuatro puertas y nos convenció, previo permiso del loco Rentería, de ir a Cali para viajar a Guapi y acompañarle en la apertura de una mutualidad para los trabajadores de una empresa pesquera que tenía su amigo Henry Kestemberg, un judío holandés que pescaba anchoveta mar adentro. Dos días tardamos en llegar a Calipuerto donde nos esperaban dos viejos aviones de la segunda guerra convertidos en frigoríficos para transportar pescado adecuados para acuatizar. Llegamos como a las cinco de la mañana de aquel día y Georgie ordenó a los músicos, que venían en el segundo taxi entonando boleros y canciones de Frank Sinatra, le ayudaron a bajar cuidadosamente cuatro cofres de violones que, al abrirllos, contenían nada menos que sendas Chicago Typewriters, las subametralladoras Thompson con que Al Capone había limpiado a sus adversarios irlandeses durante aquellos días en que cada trago de alcohol se pagaba a balazos. Llamamos a Georgie y le preguntamos para qué eran esas ametralladoras y resoplando, furioso de la ira comenzó a ofendernos:

Bunch of faggots. Sons of a fucking bitch. You think you can live without working, that things grow on trees. Don't you know that getting things is hard? You've got to bust your ass just to get anything. And when you get, you've got to defend it. Some motherfucker outi is stealing fish in Guapi. We bust our asses sweating, to get that fish, rain or shine and that fuckhead is

Harold Alvarado Tenorio

stealing it. What we're gonna do is jump them and scare the living shit out of them. So they learn to respect us. Y nosotros: But that's some crazy shit. You didn't tell us there was any killing involved. We are not murderers. We are peace loving folks. Y él: Fuck that shit and fuck you all. Pussies. Bums. Faggots parasites living off other people. You are shit. The worst. Ungrateful bastards and a disgrace. You drink my booze and now you don't want to do anything in return. You're not even good enough to kill anyone. Lazy bastards. Pussies. Motherfucking faggots. But it's OK. Just stay here.

Georgie murió en los Estados Unidos junto a su hija mayor que era médica. Le cremaron y enviaron a Carlos la mitad de sus cenizas. A finales de los ochenta, durante uno de mis regresos a Colombia paré en su apartamento de la octava con veinte en Bogotá y le encontré, como era ya habitual, borracho, bebiendo vodka. Serían las diez de la mañana. Vivía en un *one bedroom flat*, prácticamente sin muebles, y sobre el dintel de la chimenea, que nunca usaba, estaba la urna funeraria. Le pregunté por Georgie, y con el dedo hacia arriba como el San Juan Bautista de Leonardo indicó que allí estaba, en la vasija. Entonces se levantó y yendo a la cocina con el *highball* en la mano, le arrojó más vodka y de regreso abrió el recipiente y puso las cenizas en el vaso y con el dedo procedió a batirlas. Luego y sin medir palabra lo bebió de un solo trago. Muerto de la risa dijo: *acabo de ingurgitarme a Georgie Porgie, al fin tendrá el descanso eterno.*

La última vez que vi al padre de Carlos fue a mi regreso de España a finales de los setentas. Vivía yo en un piso cerca de la Biblioteca Nacional y le habían contado que administraba un expendio de huevos en La Playa, cerca de La Leona, un restaurante de camioneros y mecánicos. Vino una mañana y me dijo que le acompañara al barrio donde tenía la venta de huevos de mi tío porque pensaba proponerme el negocio de mi vida. Se trataba de instalar en Huevos Santa Rita una venta de arepas venezolanas con el artilugio que había inventado.

Retratos de memoria

Fuimos al barrio, dio una vuelta y como a las dos de la tarde pidió que le acompañara a las oficinas de Jaime Michelsen Uribe a presentar el proyecto. Pasamos por el apartamento de Carlos, recogimos un inmenso tubo y en otro taxi fuimos al formidable edificio del Banco de Colombia al lado de la Embajada Yanqui donde *El Águila* nos recibió en su *Penthouse*. Sobre la inmensa mesa de esa oficina Georgie desplegó los planos dos por dos metros de su invento: la máquina de moler, cocer, cortar, rellenar con siete variedades de carnes y quesos las arepas venezolanas que proponía colocar en cinco mil puntos de venta en Bogotá. Todo expuesto en un inglés relumbrante de maravillas y resultados económicos. Michelsen quedó asombrado con el delirio. Le dijo que dejara los planos y volviera una semana después. Al salir Georgie dijo que, si volvíamos a vernos y era millonario, me invitaría al mejor burdel del mundo. Nunca volví a verle.

Gaceta, de El Pais, Cali, 20 noviembre de 2002.

ANTONIO CABALLERO HOLGUÍN

En otra parte de estas crónicas he narrado como conocí a Antonio Ignacio Isidro Caballero Holguín en plena juventud, justo cuando estudiaba primero de derecho en el Colegio del Rosario, licenciatura que abandonó para ir a París tras su padre, a quien Guillermo León Valencia y José Antonio Montalvo designaron embajador ante la Unesco. Fue en el primer piso de la Biblioteca Nacional, donde yo leía los periódicos y escrutaba revistas. Había solicitado unos ejemplares de la revista *Pan*, cuando un cachaco alto y bien vestido, blanco como un papel dijo que su PADRE escribía en ella. Entonces supe que era hijo de Eduardo Caballero Calderón.

Pan fue una revista heteróclita, que combinaba la literatura y las artes con notas económicas y discusiones sobre los avances del nacional socialismo, el fascismo y el comunismo. Me parecía preciosa, concebida con la maestría de los viejos impresores del XVIII y poco reparaba en los artículos. Pintores y dibujantes olvidados la ilustraron: Carlos Correa, Sergio Trujillo, Gonzalo Ariza, Rómulo Roza, Dolcey Vergara, Ramón Barba o Efraín Martínez. Antonio la consideraba un adefesio. Dijo que era un armatoste de la vanidad y los negocios del dueño, un pariente de Uribe Uribe, el guerrillero liberal que pensaba que Colombia era un país atrasado por culpa de los poemas de Guillermo Valencia y que había que cambiar la gramática y la prosodia y la sintaxis por fábricas de fósforos, autopistas, ferrocarriles y todo lo que produjera plata para los ingenieros de trenes y caminos.

Con una socarronería paramuna dijo que mirara bien en las ochenta páginas de avisos de joyas, cigarrillos, plata martillada, refrigeradoras, lavadoras, radios, instrumentos de fotografía y óptica, ventas de autos, impermeables, muebles Art Déco y Bauhaus, sanitarios, paños



Antonio Caballero Holguín

ingleses, sombreros Stetson, anuncios de Almacenes Ley, la peluquería Ricard para hombres y el salón de belleza Castillo con sus durables permanentes de cabello.

Volví a encontrarme con él a comienzos de los años setenta, recién llegado yo a Madrid desde Berlín, donde el alemán me había derrotado y tuve que optar por la España del tardo franquismo para continuar mis estudios. Lo encontré en uno de los bajos del palacete de Martínez Campos, donde reposaba de agregada cultural de la embajada de Colombia en Madrid, desde el año 46, Doña Amira Arrieta McGregor, ya muy mayor, con su inmensa melena recogida por una redecilla que la hacía ver, sentada en su poltrona victoriana y las piernas veladas por una manta a cuadros, como una anciana Eva Perón en *La Pródiga* de Mario Soffici.

Al salir me invitó a beber una caña en la Cervecería de Correos, un bar que hubo cerca de Cibeles, sobre Alcalá. Allí salió con una de las suyas, que entre de veras y medio chacota, lo dejaban a uno sin comentario. Dijo que a ese lugar habían bajado andando, desde Hilarión Eslava tomando Princesa y luego Gran Vía, Neruda y Lorca antes de este salir para Granada, y que él, frecuentaba esa cantina cuando veía que ingresaban Gaya Nuño y Cela, que, por cierto, dijo, sufría de hiperplasia de la próstata. Gaya era un experto en las pinturas de El Prado, donde Antonio iba los domingos.

Le vi poco entonces, mientras yo asistía a los cursos en la Complutense. Creo que esos fueron los años felices de su vida, cuando las mujeres eran jóvenes y bonitas, hablaba mansamente en un tono menor que delataba regusto con sus erudiciones históricas y había sobrevivido haciendo bocetos con carboncillos que enajenaba con la ayuda de un chileno en Saint Germain de Pres, o consumido todo un verano en Fiscaro, comiendo días enteros quesos de cabras cefalonias, mientras repetía que gracias al aburrimiento de Francia tras los diez años de gobierno del General De Gaulle, el estallido de Mayo de 1968 había sido una suerte de carnaval de Rio de Janeiro, “*que duró un mes y fue muy divertido*”: “*A quién se le ocurre que en una revolución de*

Retratos de memoria

verdad se vayan a tomar un teatro en vez de un cuartel. Es desde los cuarteles de donde viene la represión, no desde los teatros. Fue una rebelión en mayor parte de los jóvenes contra los viejos y lograron aterrorizarlos, pero no pasó nada”.

Antonio quiso ser pintor, quizás porque su padre, para mantenerles ocupados, les hacía dibujar y copiar en El Prado, pero Luis, que era mayor, le ganó la partida. De allí, creo, su afecto por el arte de la escritura, de la composición apolínea de la frase, y la tauromaquia, que le hacían ver y sentir, entre los estruendos de las plazas, la elación tangible de la belleza, creada por el choque entre una bestia y un amanuense, con ese arte cruel y horrendo que tanto quiso. Sólo el dolor engendra placer, y el placer resulta de ver y sentir algo que no estuvo el momento anterior y nace ante nuestros ojos y sentidos.

De esos pocos encuentros en el Gijón o el Comercial recuerdo los repasos a los ensayos de Borges y Camus, que Antonio clausuraba imponiendo una cita, casi siempre de Valery, a quien leía entonces, descalificando las traducciones de Nestor Ibarra del *Cementerio marino*, y de los ensayos, hechas por Jorge Zalamea y Fernando Arbeláez para Lozada, cuando vivían exiliados en Baires. También le encantaban los chismes sobre los ires y venires de los vejetes colombianos que se reunían cerca de Chicote presididos por Felipe Lleras, exdiplomáticos y ricos retirados en el Madrid de finales del franquismo, cuando no había llegado la crisis del petróleo y la Gran Vía permanecía abierta hasta bien entrada la alta noche.

Caballero volvió a Colombia cuando su resucitado coetáneo y benefactor, Enrique Santos Calderón, harto de no poder ser director único de El Tiempo y apenas, esos años, del *Suplemento Dominical* donde Antonio vendía sus monos, convenció a García Marquez de hacer *Alternativa* [1974-1980] un semanario para unificar los veredictos de las facciones de la *Inteligencia* zurda colombiana, periodistas que creían poder cambiar el rumbo de los acontecimientos y las trapisondas políticas de la oligarquía con meras columnas de opinión, sacándole el

cuerpo al comunismo de Luis Alberto Morantes, pero ilusionados con el sancocho nacional de Jaime Bateman.

El robo de la espada de Bolívar, que ahora desenvaina Petro en la Casa de Nariño, el incremento descomunal de la inflación, la bonanza marimbera y la aparición del Cartel de Cali gestaron el paro cívico de 1977, [apenas comparable con la insurrección del petrismo contra Ivan Duque], que dejó 33 muertos, más de tres mil heridos, entre ellos 30 policías, y miles de detenidos recluidos en la Plaza de Toros y el Estadio de fútbol de Bogotá, a finales del gobierno de López Michelsen, autor de *Los Elegidos*, una novela sobre el mundo de los oligarcas pseudo aristócratas del Jockey Club, habitantes del barrio La Cabrera, amos y señores del tráfico de influencias, contratos, especulación con bienes, vinculados a ministros del despacho, y sin duda, uno de los primeros relatos urbanos previos al realismo mágico, y precedente, de *Sin remedio*.

Los años que Caballero estuvo a cargo de la redacción de Alternativa duraron bajo los gobiernos de Lopez y Turbay, esos “*idus de marzo*” que anunciaron el lamentable gobierno de Betancur. Bajo Turbay la marimba dio paso a la cocaína y el Cartel de Medellín que financiaría, dicen ahora los historiadores de la mafia, el robo de armas del Cantón Norte, la toma de embajada dominicana; y ejerciendo un terrorífico Estatuto de Seguridad, el general Camacho Leyva puso preso y torturó numerosos militantes del M e intentó detener a GGM no sin antes torturar, en las Caballerizas de Usaqué, al anciano poeta Luis Vidales, fundador del PC y padre de uno que había trabajado en Alternativa.

Con la llegada de Betancur a la presidencia, Pablo Escobar asesinó al ministro de justicia Lara Bonilla y en medio del fandango semanal en Casa de Nariño con pianistas, declamadores, ruidosas cenas con “*bullabesa de bagre y blanqueta de mamona de Turbaco*” en honor de François Mitterrand, Felipe González, Mikis Theodorakis o Françoise Sagan y Melina Mercouri, presentación de libros a media noche o tertulias de las academias y toda laya de embajadores culturales;

Retratos de memoria

las balaceras incesantes, los acuerdos de La Uribe con los asesinos y secuestradores de las FARC, y en Corinto, Hobo y Medellín con el M y el EPL, la Toma del Palacio de Justicia con cien personas muertas y otros tantos desaparecidos, y como un regalo del destino la *Tragedia de Armero*, con 25 mil fallecidos, la masacre de Tacueyó, donde el hermanito del Comandante Papito ejecutó a 164 muchachos acusándolos de espías de la CIA y el ejército.

Desde los cielos, un avión de Avianca se estrelló en Mejorada del Campo viniendo a otro festival literario politiquero, donde murieron Marta Traba, Rosa Sabater, Angel Rama, Jorge Ibargüengoitia y Manuel Scorza. Caballero, que debía asistir al *Primer Encuentro de la Cultura Hispanoamericana*, con la coordinación del ministro de cultura del Banco de la República, *Dario Jaramillo Agudelo*, se salvó porque la cruda le impidió llegar a tiempo al Charles de Gaulle. Juan Pablo II cerró esta opereta con una extensa visita a los sitios de horror en julio de 1986. Antonio hubo de exiliarse al final de ese gobierno por las amenazas de los carteles y las acechanzas de miembros para militares del ejército y la policía.

En una de mis visitas a Colombia, mientras vivía en NY, volví a ver a Antonio, cuando estaba escribiendo *Sin remedio*. Me enseñó dos o tres poemas que decía haber escrito para divertirse o hacer caricaturas líricas, uno de ellos extenso, que terminó por el ser el cigüeñal de la novela, pero no le tomé en serio y por el contrario comenté que yo estaba escribiendo una nota sobre los cambios de asuntos y melodías de los poetas contemporáneos, agregando que recordaba algo suyo donde sostenía que luego de Mayo del 68 solo hubo desencanto y frustraciones para la generación de las barricadas y el liderazgo maoísta de Sartre. Y le dije que iba a hacer una antología, una suerte de ampliación de una muestra que yo había hecho de la “nueva” poesía colombiana en una revista venezolana, *Árbol de fuego*, creada por una descendiente del Libertador y nadie había visto en Colombia.

Sin remedio apareció en 1984 en Bogotá, publicada por una editorial espectral que se hizo a costa de piratear libros de Garcia Marquez y

el despojo de los derechos de los autores, e incluso de los pintores, que ilustraban las cubiertas. Como muchos de los libros que publicó Jose Vicente Katarain, este tiene dos mil erratas, una fruslería frente a las 5000 que una crítica halló en la edición de *María* de Isaacs. Mi ensayo sobre *Los poetas de la Generación desencantada* apareció un año más tarde, en *Anales de literatura hispanoamericana de la Universidad Complutense de Madrid*.

Al leer la novela de Caballero me di cuenta que algo, de lo que yo había comentado sobre la poesía de nuestra generación, había calado en su caletre, y que su personaje, llevando una vida de abulias y fracasos en la Bogotá sediciosa de los tiempos de *Alternativa*, intenta, hasta su fusilamiento, fundar un poema, que sin mencionar el sustrato de esa sociedad santanderista de narcos y guerrillas subversivas, diera testimonio de que, ni la vida ni las sociedades, avanzan o retroceden, y son, por el contrario, un eterno retorno del eterno fracaso; la plena conciencia de la desilusión, de que todo el sortilegio que ofreció el Renacimiento o la Sociedad Industrial o la posguerra capitalista y comunista, ya no tenía qué ofrecer y la vida era eso, una mierda.

De esos años finales del gobierno de Betancur es la antología de poetas colombianos que planeamos juntos y para la cual escribió el primero de los prólogos que hizo para dos de mis libros. La idea original fue una muestra de poetas desencantados de los tiempos posteriores a las rebeliones estudiantiles, donde surgieron líderes y empresarios como Pizarro León Gomez, Pablo Catatumbo, Helvecio Ruiz, Gilberto Rodríguez, Helmer Herrera, José Santacruz, Antonio Navarro o Ernesto Samper Pizano. Una nueva editorial, inventada por un renovado popúchik de los Elenos que Betancur había hecho rector de la Universidad Nacional, aceptó publicarla. Yo entregué los materiales, diez poemas de cada uno de los poetas, con el prólogo de Antonio. Los poetas originales eran siete: José Manuel Arango, Giovanni Quessep, Elkin Restrepo, Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, Raúl Gomez Jattin, Maria Mercedes Carranza y JG Cobo Borda.

Retratos de memoria

Por razones que no vienen al caso, luego de entregar los materiales, tuve que ausentarme unos meses de la universidad, momento que aprovechó el entonces editor del MD de El Espectador para convencer al neófito editor de deformar la antología y retocar el prólogo. Lo cierto es que salió con mi nombre como compilador, incluyeron poemas míos para hacerme aparecer como ególatra, y suprimiendo a Restrepo, Escobar y Gómez Jattin, se incluyeron Juan Manuel Roca y Darío Jaramillo Agudelo con más poemas que todo el resto. Y para completar la plana, Roca envió a unos zascandiles a hacer unas entrevistas contra la antología, a fin de hacerme quedar peor.

La única respuesta de Antonio a la perversa entrevista fue:

“En cuanto a ese grupo de poetas y la actitud de desencanto, o mejor, de desengaño, de miedo a ser engañados, creo que no concuerda con el momento que vive el país, sino con los últimos treinta años de decirnos mentiras sistemáticamente. A un poeta, a un artista no se le pueden exigir virtudes cívicas como ustedes quieren, las virtudes poéticas son distintas a las virtudes cívicas. El artista no está para hacer las mismas cosas que un sindicalista, un guerrillero o un empresario. Son otras, hace lo que puede de la mejor manera, sin engañar, sin hacer trampa.”

Durante el cuatrienio Barco/Gaviria, que narró en su horror *Noticia de un secuestro*, numerosos intelectuales y periodistas, incluso actores y actrices, tomaron camino del exilio, no se sabe aún si como consecuencia de solapados actos gubernamentales o la mera guerra sucia instaurada por la mafia del narcotráfico. Antonio Caballero, Jorge Child o Alberto Aguirre estuvieron entre ellos.

Es quizás ese el momento cuando Caballero terminó por aceptar que el arte literario, o el toreo o la pintura y el dibujo, habían sido desplazados por *“el cuanto me lleva usted allí”* de la sociedad colombiana, y solo quedaba incitar a quienes supiesen leer y escribir o intentaban gozar una obra o una corrida de toros, saber, que solo la

ética y no el poder podía mantenernos en vilo, es decir vivos, vegetando, entre comunidades de fenecidos vivos y desahuciados.

Sin embargo, de esos años son también, ese manajo de artículos, que, publicados como *Paisaje con figuras*, recoge sus opiniones o críticas sobre Pemán, Sartre, Cela, Cortazar, Onetti, Borges, Leonardo, Goya, Murillo, Manet, Monet, Picasso, Dalí, etc., etc. Uno de los memorables libros de escritor alguno en nuestra lengua y que seguro será mejor leído y admirado a finales de este siglo, víctima del impresionante avance de las tecnologías y que terminará como todos: volviendo al principio, a la inteligencia y la belleza.

Antonio se fue convirtiendo, al volver y vivir en Colombia y a través de las notas de prensa, en un intelectual crítico, ético, el que se alza, en nombre de la verdad contra las mentiras sociales, de la nación y de su tiempo, no porque posea la verdad sino porque tiene que decir las suyas, el intelectual del alejamiento brechtiano, el imprescindible, el Sócrates. Un opinador desinteresado, huyendo del servilismo con los poderosos o el miedo servil, con solo su intelección que le hace distinguir el bien del mal y el carácter, que le empuja a decir, a hablar su verdad. Por ello terminó convertido en un enemigo público, el discrepante nato de todos los poderes. Ese poder que dio muerte a Sócrates con la cicuta y que también da muerte, a muchos hoy, con la cancelación y el arrinconamiento y el odio y el desprecio.

Ese fue el Antonio Caballero que, desde España, para *El Espectador*, y en Colombia, desde *Semana*, terminó siendo admirado por Tirios y odiado por los Troyanos que les sirven con obsecuencia. Allí, en la España de los postreros años del felipismo me vi con él, algunas tardes en la plaza de Santa Ana, o en su rincón de la taberna Alemana, con un corto o un chato en mano, o en su buhardilla de Cosme y Damián, mientras cocinaba para pintores, izquierdistas anti mamertos, dipsómanos transformados por el dinero en críticos de arte conceptual o de lo que fuese necesario, narradores, señoritas de pro, siempre recordando que los comunistas, y más los comunistas colombianos, son una especie de musulmanes que tienen a Marx

Retratos de memoria

o Tirofijo como Alá y a Lenin y Fidel Castro como Mahoma. Un Antonio Caballero que detestaba la personalidad de Petro, pero no sus promesas, porque todo el mundo está de acuerdo que Colombia es el país más atrasado del mundo.

La última pilatuna literaria que hicimos fue incluir un prólogo escrito por él para *Ajuste de cuentas, la poesía colombiana del siglo XX*, donde, por supuesto, aparece Ignacio Escobar como el adalid de la *Generación desencantada*, la última que ha valido el viaje antes que la Casa Silva, el Magazín Dominical de El Espectador, el Ministerio de Cultura y el Festival de Poesía de Medellín, convirtieran la profesión de poeta en un acto de lagartería y mendicidad. Y la poesía, en basura de género y majaderías.

Algunos malquerientes, al saber que estaba enfermo y no se recuperaba, decidieron soltar la perla de que Caballero había ganado fortunas escribiendo contra los poderosos de los últimos treinta años. La verdad es que murió con lo que tenía puesto. Nunca tuvo fortuna y si ganaba bien, así también gastaba. Murió sin pensionarse, sin ahorros, y apenas con un piso que logró pagar gracias a los numerosos artículos que escribió para una revista que es hoy, todavía, *El catálogo de las hembras de la mafia*.

Que supo que las crónicas de prensa, donde tuvo que seguir diciendo lo mismo de siempre, con el arquetipo de siempre, para que le siguieran pagando por alimentar las inquinas de la social bacanería contra la derecha iletrada, eran pasto del olvido, lo demostró, dejando ese precioso libro de interpretación de nuestra historia a través de las familias oligárquicas, a las cuales perteneció por derecho propio. La tipografía, las caricaturas y los capítulos, redactados con el detallado preciosismo de su prosodia castellana martillada por sus afrancesamientos sintácticos, son únicas en la historia de las artes literarias e ideológicas de nuestro tiempo.

El Colombiano, Medellín, 9 de setiembre de 2022.

EL ÚLTIMO NADAÍSTA

Le conocí recién llegado de Medellín, con una mano adelante y otra atrás, viviendo en La Candelaria con su madre, la máquina Singer, su mujercita oronda, bajita, católica y su hija de brazos, henchido de cólera y odio con poetas como De Greiff, Zalamea, Carranza, Mutis, incluso su mismo tío, sintiendo un enorme desprecio por Cobo, Rivero, María Mercedes y una ojeriza sectaria contra Darío Jaramillo Agudelo a quien golpeó, tantas veces, que la víctima decidió convertirse en su protector y financista. Fue una estación cuando la ropa le quedaba prestada, y no lucía los abrigos y los *foulard* de Emilio Pucci de hoy, sino una ruana espesa y raída y una suerte de zapatillas aguadeñas maltratadas de tanto ir y venir tras de su hermano nazi, oteando qué podía conseguir en las jefaturas de redacción que controlaba la más sectaria godarria supérstite del lauro-alvarismo, despreciados por Belisario Betancur porque Fabio, su hermano, le daba severas tundas a su mujer, parentela cercana del futuro presidente, a quien esperaban a las puertas de librería *La Gran Colombia*, donde iba la mirla amagueña al caer de la tarde.

El personaje rondaba por la calle 18 bogotana, por Anca 19, acompañando al solvente publicista José Mario Arbeláez a dilapidar tremendos chuletones de cordero o unos descomunales entrecots que le hacían rabiarse al medio día del hambre, pero a eso de las cuatro aparecía Nubia Estela Cubillos y su mantenido Rafael del Castillo, los inventores de la gloria del furibundo tirano de la catacresis y la demencia de la escritura automática, y lo empujaban al *Viejo Almacén* de Mariela Cruz donde se pegaba desmedidas borracheras oyendo tangos, maldiciendo a los Diaz Granados y Armando Orozco a quienes acusaba de mamertos y favorecidos de Santofimio Botero y a eso de las



Juan Manuel Roca

Harold Alvarado Tenorio

dos de la mañana arrancaba cuarta arriba, llegando a los trompicones a su morada de dos cuartos, y tras el alegato de cada noche [*“otra vez borracho Juanma, otra vez oliendo a pachuli, otra vez con esa muchacha del M que dice ser poetiza”*] le daba otra azotaina a la pobre entrada en kilos que nunca recuperó la figura después del parto

De entonces son los textos más irascibles que llegó a disparatar y declamaba a grito herido en las cantinas de la 19 y los sótanos de la 26 programados por la Cubillos, que le sacaba todo el dinero del mundo a María Paulina Espinosa, alias la *Pum Pum*, recatada secretaria de cultura de Hernando Durán Dussán, cuando Roca aullaba *ya vuelve el visitante, ya vuelve el comandante papito* avizorando que llegaba al poder el divino Pizarro León Gómez, y temblad Roma porque él iba a ser el Virgilio de esa era, y la parejita dipsómana de la revista *Ulrica*, su guardia pretoriana.

*Ahora brilla una luna patibularia
y de nuevo el país oye un triscar de ramas en la noche.
Ahora, cuando el más apacible paisaje
entra en litigio con mis ojos,
el pequeño y grande hermano de corazón de fragua,
aparece de nuevo ante mi mesa.
Acá esta a mi lado, conversando.
Podrán venir por él de nuevo,
con saña hacia su rostro de beduino,
y otra noche de la patria cruzará nuestra mirada
como la página de un libro ensangrentado.
Sin embargo, vadeará el río de las maquinaciones,
burlará los centinelas de la noche, y vendrá a nuestro lado
el visitante a conversar de la sonata de los vientos en la selva,
de la poesía como el brazo armado de los sueños.
Dicen que murió, pero yo lo veo menos muerto que los vivos.
Dicen que entró en el tunel de la ausencia,
que fue cubierto por la noche*

Retratos de memoria

en el país de las aguas detenidas.

En ese país, tomar un libro es tomar un trozo de lejanía.

Allí Artemidoro de Efeso me dice:

Los muertos ya no frecuentan a las mujeres,
no tienen amigos.

*Entonces el hermano de corazón de fragua está vivo,
porque en las oscuras noches del país
visita dulces mujeres, una legión de amigos
y niega, noche a noche, la flor del irredento.*

De esos años es un “poema” de los recitales de *Quebracanto*, con la asistencia de Bateman y Fayad travestidos de putas con pistolas en las bragas, que resultó ser un plagio de otro de Eduardo Escobar y que el delirante había acomodado a su temible amante de entonces, por aquello de “*ser poeta es hacer agujeros al agua*”:

*Dices que amas el girasol,
pero te veo quebrando su tallo
para alumbrar la noche de tu alcoba.*

*Dices que amas la noche,
pero te veo echándole cerrojo
a sus pasos de negro y lento musgo.*

*Dices que amas el turpial,
pero te veo la cara
sombreada por los barrotes de su jaula.*

*Por eso, cuando dices que me amas,
tiemblo de miedo.*

El personaje fue oportuno en sus actos. A mí me distinguía porque tenía una venta de huevos y un piso en todo el centro, al lado de la

Biblioteca Nacional, donde habitualmente me interrogaban para la tele y la radio. Allí el fullero azotó a botella venteada a más de uno, entre ellos a Quessep, a Miranda, a Diaz Granados, hasta el punto de que un día tuvimos que sacarlo a enviones del edificio y arrojarlo a un sumidero y bajo lluvia, cuando decidieron cambiar las cloacas de la 24. Fingiéndolo que apreciaba mis trabajos llegó incluso a redactar un encomio de mi poesía, publicado en la *Revista Iberoamericana* de Pittsburg, pero con la llegada de Maria Mercedes Carranza a *Casa Silva* y Dario Jaramillo al *Banco de la República*, decidió cambiar de bando y despotricando de mí fue a dar a aquellos brazos donde ha permanecido los últimos cuarenta años.

Ello explicaría su actitud con Mario Rivero, Héctor Rojas Herazo, Rafael Moreno Duran y Germán Espinosa. Cuatro de los cinco escritores más engreídos y mezquinos que ha tenido Colombia y cuyas historias son pasmosamente parecidas a las del protagonista. Al cuarteto dedicó sistemáticos elogios y zalemas a fin de usarlos como alfileres del odio contra García Márquez y Alvaro Mutis, Quessep y Restrepo, José Mario Arbeláez y X-504, y de manera sorprendente contra sus benefactores Maria Mercedes Carranza y Dario Jaramillo, a quienes sometió con rigor adamantino y puso a su servicio, haciéndoles financiar con dineros públicos constantes avisos para el suplemento literario de *El Espectador*, y al Banco de la República, sus viajes nacionales y extranjeros. Rivero y Rojas fueron su vanguardia armada contra sus enemigos literarios y sociales. Y no dejó de ensalzar a líricos que consideraba menores y que de alguna manera eran menesterosos de la gloria como Fernando Arbeláez, Fernando Charry Lara, Jaime García Mafla o Henry Luque Muñoz.

Rivero, Rojas, Moreno y Espinosa murieron de rabia. Mario publicó unos trescientos números de una revista donde todo gira en torno a su efigie; quien no doblaba la cerviz no aparecía en ese boletín de la estolidez poética y tuvo como recaderos al hijo de Mutis, al perturbado García Mafla y a su Golem magnífico, el hijo de Diaz Granados, hoy ideólogo y componedor de *La Tertulia de la Gloria Luz* y la *Biblioteca*

del Gimnasio Moderno. Héctor Rojas Herazo es otro de los petulantes más acerbos de la historia literaria colombiana. Ganador del premio *Esso* cuando García Marquez era un paria del mundo y la literatura, tras el éxito de *Cien años de soledad* procuró derrotar al genio de Aracataca confeccionando una cosa horrible llamada *Celia me pudre*, refugiándose en Madrid donde con unas rodilleras pertinaces vivió una década de la mano de Felix Grande y Paca Aguirre, que controlaban *Cultura Hispánica* y *Cuadernos Hispanoamericanos* durante los años del tardo franquismo.

Rojas esperaba que la izquierda española, encarnada en Goytisolo o Caballero Bonald o Benet o Torrente Ballester o Vasquez Montalbán o Marsé se pusieran a su servicio y así alcanzaría una gloria que opacara a Gabito, pero Rojas no contaba con que Balcells le ignorara y Vargas Llosa o Cortazar hicieran otro tanto. Publicado el ladrillo con un rotundo fracaso, regresó a Colombia para refugiarse en los brazos del envidioso, que le dedicó unas cinco carátulas del magazín mientras él hacía que sus prebendados en los diarios costeños y capitalinos, aupados por Moreno Duran y Espinosa, tallaran día y noche contra García Marquez escribiendo y murmurando que su originalidad se debía a los oficios de un oscuro periodista Zabala, quien le habría enseñado a escribir en Cartagena, o las ayudas de mengano o fulano, o que Castro le protegía.

Dicen que el cuarteto se reunía a libar sin sosiego y a fomentar el odio contra el Nobel en el apartamento de Espinosa y que nunca se levantaban a orinar porque temían, todos, que, en la ausencia, lo despellejaran los otros tres. Espinosa murió de un mal en la lengua, con la que había desprestigiado a tanta gente. Y RH, de rabia, porque sólo la plagiaria de la Javeriana, la benemérita Mery Giraldo, le chamuscaba incienso, en el mismo altar donde había asentado a Espinosa, el parafraseador de *El siglo de las luces* de Carpentier.

¿Quién recuerda hoy, los prestigiosos exegetas de la literatura que él publicaba cada semana? ¿Quiénes son, dónde están, donde pontifican ahora Alberto Rodriguez, Alejandro Torres, Alvaro Marin, Carlos

Bastidas, Cecilia Sanchez, Claudia Arcila, David Jimenez, Fabio Martinez, Gabriel Castro, Gilberto Bello, Gustavo Quesada, Hugo Chaparro, Isabel Trejos, Jaime Echeverri, Omar Ortiz, Samuel Vasquez o Victor Lopez, etc., etc.? El único que lo supo fue el caradura de Gonzalo Rojas, que los conoció mientras recibía del Fondo de Cultura Económica un cheque de dos mil dólares americanos para escribir 600 palabras como proemio al florilegio de los versos calcados del perdulario.

Por algo dijo un argentino en *El País* de Madrid que “en las páginas de esta antología de Juan Manuel Roca encontramos a Baudelaire, Rimbaud, Vallejo, Boccanera, Jaramillo, Gervitz, Audum, Paredes, Rendón, Arbeláez, Vinderman, Silber, Randall, Llanos, Alegría, Madrazo, Sauma, Romano, Riquelme, Bustos, Luque, Rodríguez, Blake, Artaud, Diógenes, Rulfo, Piranesi, Carroll, Borges, Thomas, Ungaretti, Benjamin, Chagall, Hobbes, Graves, Degas, Arreola, Silva, Picasso, Villon, Pizarnik, Rilke, Verlaine, Poincaré, García Lorca, Machado, Quevedo, Góngora, Cervantes, Espronceda... etc.”

Habilidades que vislumbró Aurelio Martínez Mutis durante una visita a Porte Etienne, cuando el padre de la criatura era cónsul de Laureano Gómez en el África Occidental, y al oír que declamaba *La epopeya del cóndor* frente a la pirámide, exclamó: “tiene madera de nefelibata”.

Roca vetó siempre la aparición de mi nombre y mis artículos en el *Magazín Dominical*. Incluso alicorado revisaba las galeradas del periódico para asegurarse que mi nombre no apareciera. Toda reseña de revista donde hubo un artículo mío mencionaba el asunto, pero nunca mi nombre. Otro tanto hizo con la *Historia de la poesía* de Casa Silva y la antología de traductores donde no existo. Por más de 750 números quiso borrarne. Cuando la Universidad Nacional me invitó a hacer la antología *Una generación desencantada*, puse como condición que mi nombre no apareciera en la portada para poder, en un acto de vanidad, incluirme, pero como el gobierno español me diera una bolsa por ocho meses, al irme a Madrid, el personaje decidió eliminar de la antología

a Elkin Restrepo, Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard y Gómez Jattín, a quienes odia todavía, para incluir con más poemas que todo el resto a Darío Jaramillo, retocando sin permiso, de paso, el prólogo de Antonio Caballero. Cuando salió el libro y ya controlaba buena parte del *Magazín Dominical* envió a un tal Guillermo Arroyave, a confeccionar una entrevista con varios poetas y novelistas donde los puso a hablar contra el libro.

No hay duda de que durante los 13 años [850 ediciones] que controló la redacción de MD de *El Espectador*, fue el aparejo que intentó cambiar el rumbo de la poesía colombiana. Con la colaboración de los sindicatos de maestros y una secta de partidarios de la combinación de todas las formas de lucha contra el estado, lograron lo que nunca pudo hacer Gonzaloarango: convertir en fanáticos de la catacresis, [una metáfora sin un adecuado referente literal] a los ignaros aspirantes a poetas de su tiempo.

Roca ha expuesto, en un inverosímil y enigmático artículo titulado *La poesía de lo visual* (*Magazín Dominical* de *El Espectador*, 29 de noviembre de 1998), su teoría sobre la poesía, donde concluye que sólo la imagería metafórica, la resurrección del Ultraísmo [*“No tanto el abuso de metáforas deslumbrantes, pero la circunstancia banal de buscarlas y no encontrarlas”*] que decía Jorge Luis Borges, puede salvar al hombre del caos. Porque como sucediera con aquel emperador de China, para prescindir los males del mundo, primero hay que extirparlos de ese simulacro de realidad que es el arte. El emperador, habría ordenado a su pintor predilecto suprimir de un cuadro una cascada de agua pues no le dejaba conciliar el sueño. Y afirma JMR: *“Lo visual en la poesía, valga decirlo, no tiene únicamente que ver con la disposición tipográfica, aunque fuera tan esencial en los poemas de un gran visionario del cubismo, Guillaume Apollinaire y sus Caligramas, sino, más allá de la piel, de la epidermis del lenguaje, en la capacidad evocadora”*. Por eso, sostiene, *“podemos comparar la mar con una carpintería, porque la garlopa arroja cantidades de viruta a las playas del mundo”*, pues la metáfora, *“que en griego quiere decir traslado, transporte, llevar de*

Harold Alvarado Tenorio

un lado a otro, de una realidad a otra, da a luz nuevas realidades". Y entonces nos revela cómo, luego de una semana de noches de tormento e insomnio, creó las catacresis que cambiaron el discurrir de la poesía en español y que tanto han imitado, sin superarlas, sus aduladores:

*El brazo del río jamás esgrime espada.
Los dientes de ajo no comen duraznos.
El ojo de agua desconoce el monóculo.
El cuello de botella no porta collares.
La oreja del pocillo no escucha a Beethoven.
Las manecillas del reloj no usan guantes en invierno.
Los durmientes del ferrocarril no se despiertan a su paso.
Las palmas de las manos no dan dátiles.
La luna de miel no atrae a las moscas.
Las cabezas de los fósforos no tienen aureola,
aunque alumbren como santos.
El lomo del libro no recibe latigazos.
La garganta del desfiladero no teme al mordisco del vampiro.
La silla de brazos no es pródiga en abrazos.
El ojo de la cerradura no duerme de noche.
El ojo de la aguja ni siquiera pestañea.
La luna del espejo no altera sus fases.*

La superstición que equipara la poesía a la imagen visual tiene como arqueología, en occidente, la descripción del escudo de Aquiles del libro XVIII de *La Ilíada*:

*Cinco capas tenía el escudo,
y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras,
con sabia inteligencia.
Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena;
allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades,
las Híades, el robusto*

Retratos de memoria

*Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro,
la cual gira siempre en el
mismo sitio, mira a Orión
y es la única que deja de bañarse en el Océano.*

Pero también en oriente desde los tiempos de Wang Wei [699-759] y Su Tung-p'ó [1036-1101], han pretendido, los fanáticos de los delirios del inconsciente, como si el poema fuese una mancha de Hermann Rorschach, establecer una relación entre la imagen y la palabra, resolviendo el misterio en frases donde la pintura sería muda poesía y la poesía, según quería el inventor de la nemotecnia, el tacaño Simónides de Ceos, imagen hablada y Quinto Horacio Flaco *Ut Pictura Poesis* [“como la pintura así es la poesía”]. Lo cierto es que en extensos periodos de confusión tanto histórica como ideológica, los llamados poetas han preferido eludir las crueles realidades de su tiempo procurando con las palabras alcanzar el efecto y las conmociones que la pintura y no el retrato, alcanza con las imágenes. Los resultados, llámense *écfrasis*, *technopaígnia*, juegos de ingenio o *carmina figurata* de los poetas alejandrinos hasta los *Calligrammes*, de Wilhelm Apollinaire de Kostrowitsky, subtitulados precisamente *Poemas de la paz y de la guerra* en 1918, llevaron hasta el desquiciamiento, mediante la escritura automática, las estructuras lógica y sintáctica del poema. Cosa distinta y parecida son las *kenningars* de las *Edda mayor y menor* de Snorri Sturluson divulgadas por Jorge Luis Borges.

Roca ha publicado incontables libros, todos reunidos en *Cantar de lejanía* (2006), con un epílogo de Manuel Borrás, quien le premiara con el dinero del Ministerio de Cultura de Colombia. En Roca hay dos manantiales: la demencia de la escritura automática y la tirria para criticar los actos de los gobiernos del ayer y fue equitativo en ese oficio. Roca era la encarnación de un profeta que despreciaba el trabajo como lo entiende el burgués, así no desdeñe los placeres que ofrece este mundo vendiendo su alma al diablo en una noche de Walpurgis.

Harold Alvarado Tenorio

Como en ciertos poemas góticos, muchos de los suyos parecen escritos antes de una peste, cuando el godo que los redacta presiente la sustanciación de la vieja tesis de que al mal anteceden visiones del mundo al revés: el siervo castiga al amo, el buey arrastra al agricultor, el ciervo mata al león, etc. El hechizo de los pastiches de Roca, inundados de catacrexis, es su malicioso sabor expresionista porque todo lo leía con cólera queriendo ser un juglar apocalíptico. Fue sí, un iracundo, uno de esos alienados que en las *Naves de los Locos* remaban sin puerto en los ríos de Europa bajo noches colmadas de cuervos, cantos sin estrellas y días ciegos por el hambre y el impedimento de tocar tierra.

Ya nada queda de el último de los Nadaístas, que vaticinaba ser un testigo de su tiempo. Apenas fue un oportunista más de las prebendas de los regímenes que logró intimidar con sus rosarios de metáforas. Terminó siendo un miembro de lujo de esos clubes de poetas del tú me invitas yo te invito, tú me premias yo te premio.

Nunca en mi vida vi un hambriento de la fama de tan grande tamaño como Juan Manuel Roca, un mezquino, un desleal, un torticero, un felón en llaga viva.

Las dos orillas, Bogotá, 27 de octubre de 2013.

JUAN MANUEL SANTOS

Todo comenzó con la muerte de Lorencita Villegas la mujer de Eduardo Santos. Viudo y sin hijos, decidió, en 1960, en la soledad de su enorme mansión de Chapinero donde ya aparecía intempestivamente en su bicicleta Monarca Daniel Samper Pizano, hacer un primer reparto de su enorme fortuna. Asignó entonces 8 de las 100 acciones de El Tiempo a Roberto García Peña; 16 a Calibán su hermano, padre de Hernando [abuelo de Guillermo, Hernando, Camilo, Juana, Adriana, Francisco y Rafael] y su hermano Enrique [también abuelo de Enrique, Luis Fernando, Juan Manuel y Felipe], que al morir el columnista de *La Danza de las Horas* heredaron cada uno 7; otras 7 para su cuñado Mariano Villegas Restrepo y otras 16 por partes iguales para Beatriz Santos Molano de Urdaneta, hija de Calibán, Luis Castro Montejo, su primo hermano, Doroteo González Pacheco, el padre de Fernando González Castro, alias Pacheco y el Doctor Abdón Espinosa Valderrama.

Luego, al borde de la tumba, en unos eventos que nunca logró explicar el notario Luis Carrera de la Sexta Notaria, entre 1970 y 1973, dejó 4 acciones a Daniel, 3 a Enriquito, 2 a Roberto [Posada García Peña] y 6 a Luis Fernando, hermano del fundador de *Alternativa*. Así hasta 2007 cuando al vender el periódico a José Manuel de Lara los herederos eran, con sus respectivos porcentajes, Hernando Santos Castillo, 25%, Rafael González Pacheco, 10%, Enrique Santos Castillo, 8%; Roberto García Peña, Luis Fernando Santos, Abdón Espinosa Valderrama, 6%; Mario Amórtegui, Beatriz Santos Molano de Urdaneta, 5%; Daniel Samper Pizano, 4%; Enrique Santos Calderón, 3%; Claudia Gaitán de Caballero, Roberto Posada García-Peña, Fernando González Pacheco, Amalia de Castro Montejo, 2%;



Juan Manuel Santos

Retratos de memoria

Emma Villegas de Gaitán, 1.12%; Silvia Castro de Cavalier, Jorge Castro y 5 herederos del Enrique Acero Pimentel, jefe de personal de El Tiempo, 1%.

Es decir, que de no haber sido por la mitad de esas 14 acciones que dejó Eduardo a su hermano Enrique, el presidente Juan Manuel Santos y sus hermanos habrían nacido desahuciados. La causa, el franquismo clasista de Enrique Santos Castillo, tan distinto a la Social Bacanería de Hernando, devoto de bataclanas, toreros, [*“muerto de la risa decía que el padre de sus hijos era Luis Miguel Dominguín”*], arquitectos como el celeste Chulí Martínez, escritores, amante de la morcilla y las criadillas, compañero de viaje de los mamertos de los años cuarenta y benefactor de *Voz Proletaria*.

A la muerte del tío, Hernando heredó del cielo de El Tiempo el mandato de elegir en Colombia el presidente, los magistrados, los ministros, gobernadores, alcaldes, los embajadores, secretarios y subsecretarios, habitualmente *“hombres de la cintura para arriba”*, mientras su hermano Enrique, el padre de Enriquito y Juan Manuel fue lanzado a los círculos infernales de las imprentas del diario, vigilando que todo lo que Hernando ordenaba en su medio día de trabajo fuera llevado a cabo en las veinticuatro de aquel, corrigiendo los textos, ocultando desmanes, destilando franquismo en todas las noticias, y arriando día y noche una recua de sometidos al rigor del aparato de noticias más poderoso de Colombia en más de los setenta años de todos los siglos. *De allí que, no solo por el hecho de que los hijos de Enrique son un lustro mayores que los de Hernando, pues también lo eran entre ellos, se creó desde los mismos días de la agonía en New York de Lorencita Villegas una irreconciliable animadversión intrafamiliar entre primos hermanos que ahora está pagando Colombia.*

Porque para desgracia de los hijos de Enrique, el primero en llegar al tope de los poderes fue Francisco, el hijo de Hernando, y de la mano precisamente de quien más ha odiado Enrique el hermano de Juan Manuel: Álvaro Uribe Vélez. No me cabe duda que habiendo sido tan resentidos desde pequeños Juan Manuel y Enrique con Pachito

y Rafael, el *Ayatolá*, hubiesen urdido en quien sabe qué lupanares la toma del poder haciéndose pasar por enemigos de las FARC mientras trazaban la ruta de la debacle de Colombia en compañía de ese ideólogo refractario a la luz llamado Sergio Jaramillo, que nadie sabe hasta ahora de donde salió metido en todo, esto a excepción de haber vivido largos años en Alemania y Francia, dos de los paraísos políticos y fiscales del terrorismo colombiano.

JMS, dicen biógrafos y aduladores, es el más grande político que ha tenido la nación suramericana, superando incluso al propio libertador Simoón Bolívar. *Político*, en el sentido que definió Balzac: *un ser totalmente inmoral que muda, para lograr sus apetitos, de opinión, defendiendo causas opuestas y contradictorias*. Y como José Fouché, elimina los estorbos y/o personas, incluso parientes y cómplices, para satisfacer su insaciable codicia de honores, premios y riquezas.

Hijo segundón, por motivos que aún desconocemos, Juan Manuel Santos terminó el bachillerato en una escuela naval, donde, en aquellos tiempos, iban a parar los calaveras de las familias punalúa del altiplano, que, sometidos al régimen militar, enderezaban su vida desordenada. Al cumplir 24 años y para sacarle de la competencia en la futura disputa por la hegemonía en la conducción del periódico familiar, el dueño mayoritario, su tío Hernando Santos Castillo, lo hizo nombrar en un regio cargo en Londres como delegado de la Federación de Cafeteros, donde permaneció casi diez años, dos de ellos como secretario de la Embajada Colombiana ante Isabel II. Allí, viviendo en un soberbio piso de Cadogan Place a una cuadra de Kings Road, degustaba Macallan de malta, aspiraba, entre otras yerbas, los *Turkish Blend Cigarretes*, usaba ternos hechos a medida por los sastres de *Savile Row*, lucía camisas *Harvey & Hudson*, o paseaba, en su *Alfa Romeo* rojo, con las numerosas chicas bogotanas que pasaban a verlo.

Acosado por su *philarguria*, haciendo gala de egoísmo y megalomanía, con la llegada al gobierno de Belisario Betancur, se hizo nombrar subdirector del diario familiar e inició sus vínculos con la izquierda latinoamericana que pasaba por La Habana, utilizando las amistades

Retratos de memoria

de su hermano Enrique, que venía de concluir su aventura subversiva con *Alternativa*, una revista al servicio de las ideas del M-19. Allí acomodaba editoriales y atendía políticos que pedían favores o querían llegar a acuerdos y negocios. Aun cuando desde esos años nunca descartó la idea de ser presidente de Colombia, su aspiración secreta ha sido ser Secretario General de las Naciones Unidas, cargo que para él significa una suerte de dominio del mundo y para el cual siempre tuvo en mente pactar la paz con las FARC y ganar el Premio Nobel.

La estrategia para ingresar de lleno en la política de los presidentes que le antecieron fue primero atacarles con furia y luego exigirles el pago de su mutismo con la concesión de altos cargos o dignidades. Tras sus intrigas como subdirector de *El Tiempo* y apoyado por el viejo amigo de la familia, el ministro de hacienda del cuatrienio de César Gaviria para la apertura económica Rudolf Hommes, se creó para JMS el Ministerio de Comercio Exterior donde estuvo tres años, haciéndose nombrar también Designado a la Presidencia con el apoyo de tres parlamentarios que controlaban la Contraloría General de la República y estaban al servicio del Cartel de Cali de los hermanos Rodríguez Orejuela: *Eduardo Mestre, Rodolfo Gonzalez y Rodrigo Garavito*, encarcelados luego durante el Proceso 8000. La traición a Ernesto Samper y sus alfiles concluiría con la búsqueda de Santos, de una alianza para derrocarlo, con Carlos Castaño de las AUC y el esmeraldero Victor Carranza.

Al ser elegido Andrés Pastrana presidente, JMS con el aliado de las FARC Alvaro Leyva, inventaron la entrega a la guerrilla de un enorme territorio de cuarenta mil hectáreas conocido como la Zona de Distensión de El Caguán, recibiendo a cambio de tan brillante iniciativa ser nombrado ministro de Hacienda. Santos dijo que se había retirado de la veeduría de la zona para salvar como ministro de ese despacho el gobierno de Pastrana, hoy uno de sus enemigos acérrimos y quien acusa a Santos de traidor y corrupto.

Igual sucedió con Alvaro Uribe, a quien criticó, siguiendo las instrucciones del defensor de Samper, Horacio Serpa, que siendo

presidente del partido liberal expulsó a más de 15 congresistas por apoyar la primera reelección de aquel. Derrotado Serpa por la acción de Santos, se hizo nombrar Ministro de la Defensa para el segundo periodo de la Seguridad Democrática, usando el cargo para crearse una imagen de enemigo de las FARC, al tiempo que desprestigiaba y debilitaba las Fuerzas Armadas con la persecución de unos treinta generales acusados de implementar los Falsos Positivos, en un plan liderado por su futuro Comisionado de Paz, Sergio Jaramillo, uno de las más feroces enemigos del Ejército Nacional que haya existido jamás y de quien se sospecha ha estado, como Leyva, al servicio de cabecillas farianos como Catatumbo y Timochenko.

Desprestigiado Uribe con los *Falsos Positivos*, una Corte Suprema controlada en la sombra por las FARC a través del Cartel de la Toga, presidido por Leónidas Bustos, Francisco Ricaurte y Camilo Tarquino, defensores del Proceso de Paz Santista, condenaron o intimidaron a los candidatos uribistas Andres Felipe Arias y el gobernador de Antioquia Luis Alfredo Ramos.

JMS fomentó, él mismo, la fallida candidatura a la presidencia del corrupto y loco usuario de alucinógenos Antanas Mockus, hijo de un falso latinista y una escultora alcoholizada, a fin salir elegido sucesor de Alvaro Uribe, a quien elogiaba como el mejor presidente que había tenido Colombia, mientras su hermano, Enrique, celebraba la muerte de Alfonso Cano con Pablo Catatumbo y se sentaba en La Habana con Sergio Jaramillo y el vicepresidente de Samper, Humberto de la Calle, inundando de favores políticos y económicos a congresistas, senadores, generales, la policía y las fuerzas de seguridad del estado, hasta alcanzar la firma de los delincuentes, a quienes concedió a perpetuidad libertad carcelaria creándoles una Corte de Bolsillo llamada JEP, que pretende condenar, hasta el desprestigio, a todos aquellos que defendieron la república de sus garras, secuestros, violaciones, asaltos y asesinatos.

Pacto repudiado por el pueblo en el Plebiscito del 2 de octubre de 2016 y que Santos burlaría con una votación del Senado 58 días después, aprobando el Pacto del Teatro Colón, consumando así la

Retratos de memoria

infamia, que le llevaría, tras la corruptela del Premio Nobel de Paz, a la Secretaria de las Naciones Unidas.

Como se sabe, Kaci Kullmann, hoy fallecida, fue Presidente del Comité Nobel que otorgó el galardón, y de Statoil, uno de los mayores abastecedores de petróleo crudo del mundo y un importante proveedor de gas natural para el continente europeo a quien Santos concedió una jugosa participación en los negocios de petróleo y gas en la Guajira colombiana, según *El Tiempo* del 4 de septiembre de 2014.

“La compañía petrolífera estatal Noruega Statoil -escribió Ramón Perez Maura en el ABC de Madrid- es propiedad del Reino de Noruega en un 67 por ciento y es gestionada por el Ministerio de Petróleo y Energía. Como tantas otras compañías, tendría un especial interés en invertir en pozos petrolíferos de la Costa Caribe colombiana. Y en 2014 pudo llevarlo a cabo. Ese año, en la llamada Ronda Colombia 2014, Statoil consiguió una participación en el bloque COL-4 y meses más tarde amplió su participación comprando parte de la que había sido adjudicada a la española Repsol. Le compró el 10 por ciento del bloque Tayrona, compuesto de dos franjas frente a los departamentos de Magdalena y La Guajira y el 20 por ciento del bloque GUA OFFI ubicado en aguas profundas frente a La Guajira. En el caso del bloque Tayrona, la compañía estatal colombiana conservaba un 30 por ciento de la propiedad. Y en GUA OFFI el 50 por ciento”.

Todo se ha consumado, menos su nombramiento en las Naciones Unidas. Ni uno solo de los grandes capos de las FARC está preso, ninguno ha podido ser extraditado, y apenas se ha podido dar de baja a uno de los declarados, por propia voluntad, fuera del pacto Santista. Colombia sigue en una guerra sin igual contra el narcotráfico, cuyos más grandes jefes son ahora protegidos por el estado.

Bien podíamos decir de Santos, lo que Franklin Delano Roosevelt, dijo de un dictador nicaragüense: *“Somoza may be a son-of-a-bitch, but he’s our son-of-a-bitch.”*

El Nacional, Caracas, 6 de febrero de 2019.

ANTANAS MOCKUS

Le conocí en persona, siendo Vicerector académico de un señor Valencia, antes de un viaje a China. Mockus controlaba el Comité de Puntaje, que había rechazado adjudicar puntos a un ensayo publicado en una revista de la Universidad Complutense y en una reunión informal me aproximé y le hice el reproche, porque consideraba injusto que ese comité, constituido y fiscalizado por varios religiosos como el padre Alfonso Rincón, un aficionado a los cantos gregorianos o la cenobita Carmen Neira Fernández, autora de un libro escolar para estudiar filosofía por la radio, me impusieran ese cilicio porque el estudio trataba sobre el erotismo y la fe en la edad media y ellos le consideraban una suerte de execración.

Todavía Mockus era Instructor Asociado y ese año, un tal Abel López, alias Abelito, había gestionado su ascenso a Profesor Asistente, gracias a la camarilla de píos pedófilos que se decían filósofos y matemáticos, pero dominaron Ciencias Humanas por más de cinco décadas, a través del falso filólogo Juozas Zaranka y el quimérico matemático Carlo Federici, con ejecutores implacables, autoritarios e inamovibles, como el jesuita Guillermo Hoyos, que sólo hablaba español cuando tenía que pedir una changua en la cafetería de la facultad, donde impuso el alemán como jerga franca, y quien lo ignorara, casi no podía comunicarse con el decano, pues todo el día permanecía atado al teléfono hablando en ella con las esferas celestes y con su hermano Jaime, el otro jesuita, que gobernaba desde la Universidad Javeriana.

Al ascender Mockus a la vicerrectoría de la universidad, una nube de consejas comenzó a circular sobre su vida. Se decía que antes y después de clase se dedicaba a consumir maracachafa y canelazos en el Jardín de Freud, y se revolcaba con las estudiantes entrada la noche

Retratos de memoria

y de esas licencias había salido la chica que ahora le acompañaba e iba a ser su futura cónyuge. Que su señora madre, que vivía en los alrededores de la universidad, solía salir al natural gritando en estado de alicoramamiento a las calles, mientras maldecía a su hijo por no hacerle compañía. Que no era hijo de su padre sino de Zaranka, un dipsómano que enseñaba griego anterior a Pericles, y nadie aprendió nunca, pero circulaba por el campus del brazo de su amante, una italiana, también alcohólica, que había descubierto 5000 errores tipográficos en la edición de *Maria*, de Isaacs, que había hecho el felón Katarain.

Lo cierto es que, desde la lamentable rectoría de Mockus, cuando se sacó su diminuto pene ante unos estudiantes de Manizales y les arrojó sus miasmas; le mostró el culo a todo el mundo por la tele, o asistía a consejos académicos en calzoncillos y bicicleta, con un cuerno entre los labios, rodeado de sus humeantes pasiones, es una suerte de instituto descentralizado en manos de una de las más feroces camarillas politiqueras que haya existido en Colombia.

Antanas Mockus y Carlos Augusto Hernández, uno de sus vicerrectores, derogaron los llamados privilegios de puntaje salarial por antigüedad con incremento automático anual, entregando esos puntos, que incrementan los salarios de los profesores, a los jefes de departamento, para que ellos los distribuyesen entre “los mejores” a su leal saber y entender, convirtiendo a los Jefes de los Departamentos en unos electores directos, pues a estos, los nombra, a dedo, el propio rector. Esa fue una de sus primeras medidas politiqueras, que a la postre lo llevaron, de la mano del Partido Liberal, a la Alcaldía de Bogotá, junto con un puñado de otros profesores.

Otra de sus contribuciones a la corrupción de la Universidad Nacional fue la reestructuración del llamado *Comité de asignación de puntaje por producción académica*. Se trata de uno de los instrumentos más perversos para prevaricar incrementando los salarios de amigos y conmitones con el cuento de que sus productos y sus actividades académicas son mejores que las que otros realizan en iguales condiciones y con idénticos resultados.



Antanas Mockus presentando credenciales en el Senado de Colombia

Retratos de memoria

El gran instrumento corruptor en el control de las decisiones de la Universidad Nacional fue un embeleco llamado El sobresueldo por desempeño de cargos administrativos, para llevar hasta los puestos de dirección a sus copartidarios, donde ahora, prácticamente, se desarrolla una carrera paralela a la de profesor, abandonando para siempre la cátedra y la investigación, haciéndose mandarín. Este sobresueldo es un incremento salarial efectivo anual del orden del 22% mientras se esté gozando de un cargo administrativo. Las reformas estatutarias introducidas permitían, incluso, obtener mayores puntajes de incremento salarial, en muchos casos, que por producción académica.

Quien estudie en detalle la reglamentación sobre este particular llegará a descubrir como se ha creado una burocracia imperial que se autocalifica, auto elige y autoincrementa salarios y beneficios, con el agravante de que estos elegidos son habitualmente los profesores rechazados por los estudiantes, los profesores que no investigan y los aburridos de estar haciendo una cosa que no les gusta: ser docentes, cuando ellos, como decía en alemán, Guillermo Hoyos, "*Wir wurden geboren, um zu befehlen, nicht um befohlen zu werde*".

Si para los subalternos hubo estos premios, para los grandes jefes, había otros mejores. Tras cada grupillo de obedientes existe, por supuesto, el Gran Barón Electoral, el Gran Jefe, el Líder. En la Universidad Nacional habitualmente ese gran líder es un profesor que rema en un organismo internacional, o con el gobierno, con la alcaldía, o está en comisión en alguna parte o en varias al mismo tiempo y que hace años no trabaja de continuo en la Universidad. Los Grandes Jefes controlan desde sus altísimos cargos unas cosas llamadas Becas, otras cosas llamadas Comisiones Remuneradas, y otras cosas llamadas Comisiones de Estudios con Beca en la Universidad donde se va a estudiar.

Los mecanismos para el ejercicio de ese liderazgo son más o menos éstos. El aspirante a gran jefe se hace nombrar (a partir de ahora todo tiene sobresueldo) con el apoyo de otro jefe sote, primero, Jefe de Departamento y así entra a formar parte de una élite llamada

Debe la gloria a sus patanerías, mudadas en diversión de masas, cuando tras mostrar su culo a cientos de estudiantes, mearse en otros [*“Antanas, jipi recién bañado con tu reforma a otro lado”*], gritaban los estudiantes de Manizales] y graduar a una terrorista muerta en acción, con férrea mano y determinaciones verticales privatizó la universidad pública [*“Aquí sólo podrán entrar quienes puedan y tengan capacidad”*], negó los incrementos salariales a los profesores que no le favorecían, prevaricó con los millonarios fondos para investigación, incrementó las primas de los administradores aceitando las guildas de las facultades, satisfaciendo los apetitos neo-liberales de Alfonso Valdívieso, Ministro de Educación del aperturista César Gaviria Trujillo.

Otras de sus ejecutorias fueron la permisividad [*“El que quiera drogarse, que compre y se drogue... el que no, pues que no compre ni se drogue”*] con que trató las bandas de narcotraficantes y sicarios que habían invadido la universidad. Aliados y protegidos por las FARC y los ELN [*“La universidad es una representación del país”*], vendían toda clase de estupefacientes [*bareta, basuco, ácido, pepas, mandrax, lemon, metacualona*] y armas, asesinaban estudiantes y profesores [*Humberto Peña Taylor, Jesús Antonio Bejarano*] mientras en los jardines universitarios, en especial el que frecuentaba el satiríaco Mockus, era una fiesta los fines de semana, atendido por una licorera que funcionaba en las mismas barbas de la rectoría.

La reforma universitaria de AM consistió, en últimas, en la legitimación de unas camarillas insaciables de dinero y poder que no existían antes de la Constitución del 91. Ahora nadie puede controlarles porque el único que puede ordenar una investigación sobre la vasta corrupción que impera en la universidad pública es el mismo que la gesta: el rector de turno, llámese Mockus Sivickas, Páramo Rocha, Moncayo Cruz, Palacios Roza, Fayad Nafah, Mantilla Prada o Dolly Montoya Castaño. Hoy, cientos de mediocres que en la anterior universidad terminaban en la calle, conducen programas cuyo éxito descansa en los millones de pesos que reparten entre los miembros de la secta, llamada ahora grupo de investigación, programa, carrera, etc.

Retratos de memoria

Comité de Personal Docente y otra llamada Comité de Directores, donde se decide si los candidatos a seguidores de la camarilla son merecedores del primero de los grandes premios: el apoyo del llamado Comité de Investigación y Desarrollo Científico (CINDEC) para su investigación. Luego el Jefe de Departamento aspira a Decano, luego a Vicerrector y luego a una Comisión de Estudios en el Exterior, de uno a cuatro años, mínimo, de acuerdo con su comportamiento. Al regresar de esas vacaciones pagadas, que pueden o no conducir a algún título, (la legislación actual permite incluso que los prebendados sigan viviendo en Bogotá pero estudien en París, como ocurrió con un docente que había sido ciclista de la Vuelta a Colombia y “estudiaba” en México mientras seguía trabajando de tiempo completo en la UN y de tiempo parcial en la Pedagógica, aparte de liderar una interminable investigación sobre la lecto lectura que le hizo sumamente rico) el aspirante a Rector se resigna con un puesto en la burocracia, director de algo, jefe de algo, pero fuera de la Universidad, eso sí, vinculándose desde ese algo a institutos como Caro y Cuervo, o Colciencias o Icetex o Icfes, desde donde seguirá ejerciendo su sana influencia en la repartición de beneficios y prebendas para sus asociados.

De allí que no sea falso que, según un informe reciente de la Dirección Nacional de Personal Académico y Administrativo de la Vicerrectoría General de la Universidad Nacional, haya hoy más de un millar de profesores que devengan entre 15 y 25 millones mensuales, y que uno llegue a la descomunal cifra de 64 millones al mes y 44 a más de 30 millones. Mockus inventó esta perfidia que permite la existencia de unos 3000 docentes de carrera y es uno de los gestores de un decreto del año 2002 que no tiene límite en los topes salariales que pueden recibir los docentes, ni tampoco limitaciones para las peticiones de puntos por concepto de productividad.

Mockus llegó a sus alcaldías gracias a los concejales del liberalismo de Ernesto Samper y Horacio Serpa, a quien arrojaría agua durante un debate en agosto de 1997, mientras Misael Pastrana Borrero permanecía, insepulto, en el Capitolio.

Para muestra, un botón: un trivial novelista y curtido intrigante, ex de media docena de horrendas presentadoras de TV, terminó gerenciando un programa donde enseñan a leer y escribir. Todos los maestros son tan incultos como el director, que actualmente es el marido de la ministra de cultura, conocida como la Ñera, del gobierno Petro. Y no falta quien diga, que el ministro, de verdad, es él.

Vendrá a renglón seguido su reelección como alcalde, pretendiendo que lo había sido con independencia de los partidos, pero como demostró Jorge Child, quienes eligieron a Mockus, con escasos 500 mil votos, fueron los acérrimos enemigos [Gaviria, Serpa, Navarro, etc.] de Enrique Peñalosa, que había frecuentado en los talleres que el M-19 llevó a cabo durante las sesiones de la Constituyente de 1991. Inexperto y en poder de otro tirano de apellido Barragán, que había sido su ideólogo durante la rectoría, Mockus se vio acosado por los virtuosos chanchullos de su ex secretario general en la universidad y futuro alcalde, Paul Bromberg, en el Instituto Distrital de Cultura desde donde se llevaron a cabo los grandes negociados de sus administraciones, y por las dificultades para conciliar con los políticos que controlaban el Consejo Distrital, debido a sus constantes depresiones en lituano, que aliviaba disfrazándose de superhéroe, comiendo zanahorias, prohibiendo la rumba bogotana, acosando a los taxistas, imponiendo alzas y aparentando un religioso control del dinero público.

Porque a él no iba a sucederle lo mismo que a Juan Martin Caicedo Ferrer o Hisnardo Ardila o Diego Pardo Koppel. Quien iba a pagar los platos rotos eran otros o ninguno, para algo habían ideado la gran maniobra financiera del siglo: la inoculación de millones de millones de pesos en la mente de los bogotanos, allí donde era imposible rastrearlos, porque la educación es más etérea que la fe y la virtud o la moral. *La cultura ciudadana*, una operación diseñada por matemáticos según la cual es más costoso descubrir el robo que producirlo. El mismo mecanismo que aplicaron los corruptos en los días finales del comunismo en la Unión Soviética, en Alemania Oriental o en la actual China, donde cada negocio se hace mediante inúmeros contratistas,

Retratos de memoria

fragmentaciones, y se usan claves numéricas para las asignaciones de los despilfarros, como ya lo habían practicado en la universidad.

Sirva como ejemplo este caso que involucraba a un Vicerector: desde el despacho del ministro del ramo se envía una comunicación al rector donde se asigna una partida de 10.000 millones de pesos para la compra de 1000 televisores destinados a las escuelas públicas de ciertos barrios marginales de Bogotá. El rector envía entonces otra carta a uno de sus jefes de departamento para que este elija a un responsable de avanzar en el proceso de licitación en la compra de los televisores y la redacción, he aquí el gran empeño, de una cartilla mediante la cual los estudiantes pobres van a aprehender cómo activar el televisor y cómo cambiar de canales. El designado ya tiene las tres licitaciones y ya saben a quién van a comprar los aparatos. Y este, a su vez, y en connivencia con otros varios, se reparten los 10.000 millones de pesos y si alguien descubre la maniobra, el rector se niega a ordenar una investigación, porque él es juez y parte en el asunto. Así lo dicta la Constitución del 91, redactada en lo que toca con la Universidad Nacional por una camarilla de avivatos de los cuales hicieron parte rectores como Mockus, Paramo, Palacio y Moncayo.

Mockus dejaría entonces su alcaldía en manos de un chivo expiatorio para luego perfeccionar la componenda y regresar en su segunda oportunidad, vestido de apóstol, con todos los hierros aceitados para la estocada final al presupuesto mediante la Cultura Ciudadana, esta vez calculada y diseñada por Jimmy Corzo [*“Métodos estadísticos no paramétricos basados en rachas”*]. Bogotá estaba sitiada por la guerrilla, una bomba de alto poder había estallado en el Club El Nogal, el presidente había sido atacado el mismo día de su posesión, la reserva de agua de Chingaza estuvo a punto de ser volada por los aires, etc.

Paul Bromberg fue sancionado por la Personería Distrital de numerosos fallos en los contratos firmados por el en IDCT: Nadie sabe hoy cuantos miles de millones de pesos de entonces fueron a parar a las manos de sus asociados y futuros favorecedores políticos. Hay

quienes dicen que fueron los miembros de las familias Rothschild o los Rockefeller, grupos cercanos de César Gaviria y Fabio Villegas, circuncisos como sus asesores Kalmanovitz y Sudarsky.

Otros dos hechos delatan la poca pulcritud del Mockus. Una es la historia de las maniobras de su última y tercera esposa para hacerse con los fondos de varias organizaciones no gubernamentales usando de su influencia en la Unicef, donde había llegado de la mano de su salvador. Adriana Cordoba habría intrigado, a espaldas de los perjudicados, a fin de recibir, para su fundación Corpovisionarios ciertas donaciones norteamericanas de ONG cuyos contratos superaban los 20 mil dólares. El otro caso es el de la reposición de gastos, que Rafael Nieto Loaiza comentó en El Colombiano. Mockus quería que le repusieran \$7.687.811.927,25 pesos, pero hubo de renunciar a unos 4500 millones en uno de sus más costosos actos de honestidad. La señora Cordoba, que es menor 20 años que su marido paciente de Parkinson, es una verdadera eminencia en puestos públicos. Durante tres años fue Veedora Distrital durante la alcaldía de Petro, y actualmente es Secretaria de Planeación de Claudia Lopez, donde coordina la elaboración, reglamentación, ejecución y evaluación del Plan de Ordenamiento Territorial -POT-, una mina de oro.

En la segunda década del siglo que corre, Mockus sirvió de comodín, como acaba de suceder con la elección de Petro y su carnal Hernández, para que Juan Manuel Santos llegara a la presidencia y traicionara a Uribe y al partido que lo apoyaba entregando el país a las FARC y su brazo jurídico la JEP.

Diez años después, sumamente enriquecido con sus maniobras políticas y usando financieramente su fachada fiscal Corpovisionarios fue elegido senador. Y de nuevo se le salió el loco, volvió a mostrar el culo, esta vez al Senado colombiano en pleno con la excusa de que el presidente del Congreso Efraín Cepeda, no le paraba bolas. *«Me perdonan la repetición, dijo horondamente, pero no se me ocurrió nada mejor en ese momento. Lo que sí era clave era no dejar pasar ese momento. Es una costumbre que hay que cambiar y las costumbres*

Retratos de memoria

se cambian, a veces, con intervenciones puntuales que tratan de ser pedagógicas.»

¿Qué ha sucedido para que un personaje de esta calaña tuviese tantos adeptos? Estamos recogiendo los resultados de las políticas educativas del Frente Nacional y los gobiernos posteriores, incluido el que está comenzando. Se trata de una o dos o tres generaciones de colombianos que como el mismo Mockus y sus adláteres nada saben de la historia de su país y mucho menos de los partidos que los han gobernados, todo ello cobijado por la mas inmensa corrupción creada por la paridad de Alberto Lleras Camargo, la milimetría de Guillermo León Valencia y medio siglo de narcotráfico.

Mockus hablaba, precisamente, para ellos y por ellos. Son los hijos de unas familias cuyo único propósito ha sido vivir lo mejor posible dando la espalda al dolor de los inocentes y los desheredados. Mockus es su ejemplo. Hijo de una pareja de emigrantes perseguidos por las guerras imperialistas del nazismo, sometido a las tradiciones católicas de un país aplastado por Stalin, con el látigo de su verdadero padre y maestro, Juozas Zaranka, un lituano que controló con férrea mano y alucinado por el licor el departamento de griego y latín por medio siglo, vinculado desde su juventud a extraños grupos de poder inspirados en las sectas religiosas que eligieron como papa a Juan Pablo II y todavía controlan vastos sectores de la educación privada en Colombia, Mockus sólo encontró en la ecolalia y la excentricidad [*“Cuando las palabras se agotan, queda el arte”*] la escalera para alcanzar el poder que su ego ambicionaba. Por eso su peor enemigo son los debates públicos con gentes que conocen la historia, la lengua y la cultura de una nación que Mockus ignora, porque su patria es el Lituano, una lengua sin asidero entre nosotros.

Mockus es un iluminado, un lelo que había podido conducir, como Rodolfo Hernández o Petro, la nación a una catástrofe. Nada sabe de las ciudades, nada de sus habitantes, nada de sus ríos, nada de sus campesinos, nada de nada. Su mundo es la elucubración por la elucubración, el alivio que producen en un atormentado como Kant los alucinógenos, que nunca ha abandonado.

Harold Alvarado Tenorio

Por ello mostró su culo a un grupo de estudiantes, se orinó sobre unas muchachas, se burlaba del general Harold Bedoya, entonces Comandante General de las Fuerzas Militares, casó sobre un elefante en un circo, se viste de superhombre, mandó hacer un chaleco blando con un hueco en forma de corazón, canta rap rap rap, se hace azotar de un chamán para recibir castigo por dejar la alcaldía en manos de otro, despidió a 3.200 policías de tránsito y cambió por mimos, iba en calzoncillos y bicicleta a los consejos distritales, dice que hay que acabar con el ejército, negociar con las FARC intercambiando girasoles, exalta a Chávez, prometía extraditar a La Haya a Uribe, Juan Manuel Santos y el General Padilla de León y dijo que va a acabar con la corrupción, él que se inventó el método para no poder detectarla hablando, día y noche, como cualquier predicador desde el pulpito, de perdón, culpa, tentación, lo sagrado y lo profano.

Por todo lo que arriba he relatado fue que, el 11 de abril de 2019 el Consejo de Estado anuló su elección como senador, porque como forajido, estaba inhabilitado para aspirar al cargo por mantener relaciones extractivas de dinero público mediante convenios de toda laya con otros bandidos gobernantes.

El Tiempo, Bogotá, 2 de diciembre de 2021.

LA BIEN PAGÁ

*Bien pagá,
Si tú eres la bien pagá,
Bien pagá, bien pagá
Bien pagá fuiste mujé.*

Ramón Perelló

Uno de los más celebrados personajes de *El Satiricón* de Petronio es Cayo Pompeyo Trimalción, dueño de un latifundio entre el Lacio y Sicilia, inmenso como las plantaciones de caña del Valle del Cauca, tan extravagante, obeso, voluble y con halitosis, que suele brindar a la decaída sociedad romana aparatosas fiestas y cenas donde sus numerosos criados sirven exóticos manjares con aves cocidas al interior de un cerdo, o dentro de falsos óvulos, en platos con signos del zodiaco. Cenas de gran teatralidad donde desde la cocina surgen hombres con un enorme jabalí, mientras Trimalción increpa al cocinero por no haberlo asado ni limpiado adecuadamente y al momento de proceder a castigarlo, este abre el animal en canal y entre los aplausos de la concurrencia saltan de su interior gran cantidad de embutidos que arruinan la *Stola* y la *Palla* de los famosos trajes de Fortunata, su mujer, que acaba de abandonar a su primer marido.

Hace algo más de treinta años, diez antes de la creación por el espurio Ernesto Samper del Ministerio de Cultura de Colombia, el novelista Rafael Sánchez Ferlosio publicó en un diario de Madrid un artículo donde sostenía que “*El gobierno socialista de Felipe Gonzalez cuando oía la palabra cultura extendía un cheque en blanco al portador*”. Hacía referencia al rumbo que había tomado el ministerio de cultura de Javier Solana como un instrumento de los socialistas para doblegar las



Doris Salcedo

Retratos de memoria

voluntades de cientos de artistas y escritores y colocarle al servicio de sus políticas, como sucedió cuando el ingreso de España en la OTAN, institución más que detestada por los intelectuales izquierdistas.

La mermelada socialista llegó entonces a colmos como invitar a numerosos pintores y escritores a participar en una exposición de abanicos de gran tamaño que debían intervenir con *“libertad absoluta para pintarlos, romperlos, jugar o lo que se les ocurra”*, a razón de 10.000 duros por barba, suma que hizo colaborar a los desobedientes Juan Benet, Camilo José Cela, Antonio Gala, García Hortelano, Gil de Biedma, Ángel González, Molina Foix, José Luis Sampedro, Fernando Savater, José-Miguel Ullán, Paco Umbral, Manolo Vázquez Montalbán, Sánchez Dragó o el cura Jesus Aguirre.

Se trataba de comprarlo todo y a todos y así crear una red de clientelismo y colaboracionismo que no habían conocido los ministerios de Hitler o Stalin. Felipe Gonzalez transformó a los intelectuales españoles en voceros silenciosos de sus deseos y en estatuas de sal, recibiendo a menudo en *La Bodeguilla de La Moncloa* donde atentamente departían y escuchaban al mandarín socialista. Felix de Azua la llamaría *“cultura social-emergente”*. Una suerte de batahola etílica donde se hablaba y discutía sobre lo lúdico, lo mítico, lo telúrico, lo vernáculo, lo carismático, lo ritual, lo ancestral, lo ceremonial, lo sacrificial y lo funeral... En diciembre de 1983 el gobierno informó que *“había otorgado 46 auxilios a la creación literaria a 500.000 pesetas por talento”*.

Doris Ines Salcedo Gutierrez es una señora bogotana de setenta años que ha hecho, de la producción de eventos públicos como metáforas del sufrimiento colectivo, la fuente de sus ganancias y el cuarto de hora de su prestigio. Según un a Universidad Nacional de Colombia, donde hace años medra su marido, *“Mediante el arte, ha plasmado una crítica a la violencia política porque su obra está dedicada a las víctimas de la violencia en Colombia”*. Sin embargo, ni ella, ni sus críticos, han aclarado que Salcedo Gutierrez sólo se dedica a las víctimas de la violencia ejecutada por la derecha y el paramilitarismo, nunca de la

izquierda y menos de las guerrillas de las FARC, a quienes idolatra y rinde pleitesía. La señora Salcedo Gutierrez no ha hecho un evento para condenar la bomba del Club El Nogal, o las numerosas masacres de las FARC en poblaciones, o los miles de secuestros y asesinatos de secuestrados, o las violaciones a niñas y niños reclutados a la fuerza por esa pandilla de asesinos, o las víctimas civiles y militares causadas por las minas, etc., etc., así sea cierto que en 2007 iluminó con cientos de veladoras la Plaza de Bolívar en “honor” a los 11 diputados del departamento del Valle raptados y luego asesinados por las FARC, pero “*por culpa de una operación de rescate*” del Ejército, que nunca existió. El odio de la artífice hacia las Fuerzas Armadas es apenas comparable al que profesa a Uribe Vélez. Con el agravante de que sus “metáforas” son un camelo, porque tienen que ser reveladas y/o visualizadas por ella misma o alguno de sus corifeos, porque sin explicar al espectador de qué trata el evento, nadie entendería qué significa una inmensa grieta, o unas sillas colgando de un edificio, o una manta hecha de aparentes hojas de rosa, o una colcha de retazos de fragmentos de telas cocidos por unos voluntarios, porque lo metafórico es el traslado de significado entre dos términos, la asociación entre mundos que comparten analogía de significado supliendo el uno por el otro en la misma estructura. Los mas de 20 mil secuestrados de FARC no tienen correspondencias líricas en los objetos de fabrica la señora Salcedo, son crímenes. Sin metáfora, lo único se torna vario.

Lo que ahora conocemos como arte y literatura bajo el dominio exclusivo del dinero, se sustenta en lo fugaz, lo etéreo, lo olvidable de toda empresa humana, donde lo único que importa es la suma de metálico a obtener sin importar una ética o moral. Hacer del martirio, humano o de la naturaleza, lucro y dividendo, es la filosofía del “artista” de hoy, habitualmente financiado con dineros públicos, o proveniente de ganancias espurias o derelictas. *Un poema inagotable que lamente la desaparición de un bosque, el asesinato de un padre narrado por su hijo, el suicidio de un hijo contado con lágrimas por su madre autoritaria mientras crema su cadáver, unas adivinanzas sobre*

Retratos de memoria

la proliferación de sifonápteros en la piel de los mamíferos, la hazaña de una anciana partera afro descendiente ayudando a dar a luz a la hija de un presidente mestizo, toda cosa parecida, “merece” el auspicio de una fundación “sin ánimo de lucro”, un banco central o un ministerio. El sufrimiento, la herida, la llaga engendra ahora más dinero que la belleza. El chantaje a los Estados culpables causa más beneficio que los coleccionistas de antaño.

Maculada por las atrocidades de un conflicto que ella califica de Guerra Civil, y culpando de ello, demencialmente, a Alvaro Uribe desde el mismo momento de su nacimiento, la fanática del arte politizado comenzó a realizar instalaciones para estigmatizarlo. Salcedo regresó a Colombia en 2008 y aguijoneada por los evidentes fracasos de la subversión, se dedicó a documentar los crímenes que la mafia había cometido en connivencia con miembros de las fuerzas armadas para presentar como subversivos a inocentes, asesinados en una suerte de *Body Count*, inspirado en las tácticas del general William Westmoreland en la guerra de Vietnam. El discurso de Salcedo siempre ha sido que fueron asesinados por Agentes del Estado, es decir por el gobierno de Uribe, ignorando a su futuro benefactor, Santos Calderón, abanderado de la lucha contra los frentes de las FARC que comandaba Alfonso Cano, quien sería sacrificado por los supérstites que hoy disfrutan de la libertad y tienen asiento en el Congreso, luego de las horrendas componendas mediante las cuales logró sentarlos en La Habana por más de cinco años. Todo el mundo sabe que fue Catatumbo quien entregó Cano a Santos quien dio, directamente, la orden de ejecutar a Cano, luego de su captura, indefenso, con cuatro perros como única compañía y casi ciego.

Su definitiva consagración la alcanzó con la confección de *A flor de piel*, una manta hecha a partir de miles de pétalos de rosa, que según el cuento que recita, fue cocido por ella y su equipo como un cirujano cose la piel de una persona herida. *“La manta tiene los colores que adquiere la piel cuando ha sido maltratada; se parece al color de la sangre seca. A flor de piel es supremamente frágil, como la vida*

misma". Y agregan los compradores, pues reposa, en un museo de la memoria política de la izquierda, que "los paramilitares han sido responsables de 4.837 casos, es decir el 32,2 por ciento y los agentes del Estado han sido responsables de por lo menos 206 casos registrados y los grupos armados post desmovilización GAPD son responsables de 950 casos. Hay un importante número de casos en los que no se ha establecido el responsable: 3.973". Todo lo cual es cierto, pero nada tiene que ver, como en el caso de los crímenes farianos, con la manta que hizo la señora Salcedo en su taller de costura.

El Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, suscrito entre Santos y Timochenko, dispone que las exiguas armas entregadas por las FARC se destinarán para la construcción de tres monumentos: uno en la sede de las Naciones Unidas, otro en la Cuba de la dictadura de los hermanos Castro y otro en territorio colombiano "en el lugar que determine la organización política surgida de la transformación de las FARC, en acuerdo con el Gobierno Nacional". Hasta la fecha se dispone de información sobre quiénes y donde se harán los homenajes en New York y Bogotá, sin que la tiranía cubana haya abierto su boca sobre el asunto. Para New York fue designado, por un jurado ordenado por la corrupta ministra Mariana Garcés Córdoba, a un chileno a quien pagaron una suma desconocida de pesos colombianos por la confección de una canoa titulada Kusikawsay, mientras que a la señora Salcedo Gutierrez le han endosado entre el pecho y la espalda con un dedazo del tamaño del cuerpo de la ministra vallecaucana, la media pendejadita de \$2.364.543.568, dos mil trescientos sesenta y cuatro, quinientos cuarenta y tres mil quinientos sesenta y ocho millones de pesos colombianos, según el documento FP-202 DE 2018/ Código UNSPSC-93141703, por "servicios relacionados con el arte" del Departamento Administrativo de la Presidencia, en régimen de contratación especial, siendo el valor apenas un estimado para dar inicio al negocio, que durará por tres meses a partir de la fecha y se ejecutara en algún lugar del Distrito Capital de Bogotá y tendrá una

Retratos de memoria

duración de 52 años, porque según la terrateniente cultural *“Doris Salcedo es la persona que más ha trabajado por las víctimas, que tiene una obra muy significativa en torno a los temas de la violencia y lo que queremos tener es su huella en este proceso”*.

No es la primera vez que la señora Salcedo Gutierrez recibe una donación de semejante cuantía. Ya el fisco de los colombianos le había otorgado en 2013, por la mano interpuesta del Banco de la Republica, otros US\$ 686.560.400 dólares americanos, unos \$3.264.000.000 pesos colombianos por tres tramos de uno de sus artefactos, que nadie puede ver porque no caben en parte alguna.

En rigor, lo que los comerciantes de arte llaman la obra de Doris Salcedo no otra cosa que editoriales políticos usando el prestigio de las obras de arte que ha sacralizado occidente desde Grecia y Roma. En vez de tallar el cuerpo del César, o pintar el rostro de Gioconda, con todo el significado que ellos ocultan, la señora Salcedo Gutierrez recoge zapatos viejos, excava grietas, cuelga sillas, enciende velas, cose túnicas y cuantas majaderías se le ocurren en su aguda condición de incurable.

Una matrona que la conoció cuando hacían parte de un taller de una artista senil dice que Doris es más bien parca en sus expresiones. Otro, estudioso de su “obra”, sostiene que es espinosa, una mujer gremial, de manada, porque su trabajo es minimalismo eucarístico hebraico, que gusta de crear mitos, es decir mentiras, que le encantan los rituales y experimenta placer buscando sanar el dolor físico que siente, *“ella va más allá, por el camino de lo inaudible, de lo imposible, de lo invisible”*, que le importa más el proceso que el resultado, que la bogotana quema el papel con la mirada: *“no es que el dolor la haya endurecido, pero no es una mujer dulce, más bien es fuerte, hermética y silenciosa”*.

El Nacional, Caracas, setiembre 5, 2018.

UN ATROZ REDENTOR

Jhon Murrell falleció en 1844, de tuberculosis, en Pikeville, un pueblo de cuatro casas entonces, que hoy tiene mil quinientos habitantes, en Tennessee, diecisiete años antes de que estallara la Guerra Civil norteamericana. Tenía 34 años, pero había pasado la mitad de su vida en varias cárceles, primero por robar caballos, y, por último, porque habiéndose convertido en un vigoroso predicador, promovió una rebelión de esclavos, con el patrocinio de un grueso número de bandoleros y abolicionistas. En la navidad de 1835 Murrell y un tal Clan Místico incitaron un levantamiento en cada uno de los estados donde la esclavitud era legal, invocando la Revolución Haitiana (1791-1804), el primero de los movimientos revolucionarios de América Latina, que culminó en la abolición de la esclavitud en la colonia francesa de Saint-Domingue y la proclamación del Primer Imperio de Haití.

La pretensión de Murrell, al promover los levantamientos contra los blancos del sur, era que, al causar suficiente caos, se apoderaría de vastas regiones y haría a New Orleans el centro de sus operaciones criminales, en especial la reventa de esclavos fugitivos de las haciendas donde aún no había logrado extender sus dominios.

Lo cierto es que en el verano de 1835 hubo disturbios en los barrios prostibularios de Nashville, Memphis y Natchez, y que una veintena de esclavos y unos diez hombres blancos fueron ahorcados acusados de complicidad con Murrell. Y en un pueblo de Mississippi, una multitud expulsó a los jugadores de naipes creyendo que hacían parte de la trama. Como se resistieron, la mafia local los ahorcó. Igual sobresalto se extendió por muchas partes del sur tras la muerte de Murrell, desde Huntsville hasta New Orleans, y se crearon comités



Julio Sánchez Cristo

para buscar e identificar sus simpatizantes y eventuales levantamientos similares de esclavos.

Hace dos semanas, en Bogotá, una periodista nacida en provincias, al parecer nieta de un sonado mercader de loterías de su pueblo, que con una fingida pobreza ha llegado a las cúspides del cuarto poder, protagonizó un aquelarre radial de enorme secuela al ultrajar de manera violenta y patana a un asesor presidencial en materia de prensa.

Según algunas emisoras, la esposa del presidente había utilizado, al final de la primera semana de febrero uno de los aviones de la flotilla presidencial para trasladarse, junto a sus tres hijos y otras personas más a un parque temático al oeste del país para celebrar el cumpleaños de la menor de sus hijitas. Iban, de paso, a esperar a su padre y marido que estaba por esos lados cumpliendo labores en pro de la seguridad del país, resquebrajada, como consecuencia del pésimo pacto de Santos y las FARC, que ahora se hacen llamar ELN.

El hecho sirvió para que uno de los congresistas de los partidos políticos que odian al presidente, miembro de la constituyente de 1991 que abolió la extradición de colombianos y premió con una cárcel de lujo a Pablo Escobar, dijera, calumniando, que no era la primera vez que se usaba un avión presidencial para “cosas indebidas”, vociferando que, hacía poco, la señora del mandatario había enviado la nave, desde Cartagena a Bogotá, a transportar un vestido recién planchado; que el avión se había retrasado varias horas y por tanto habían tenido que posponer una reunión con el cuerpo diplomático. Se olvidaba el servidor de su amo diverso, prácticamente ya descerebrado, que la esposa y los hijos del presidente no son “particulares”, sino la familia del mandatario.

El uso del avión presidencial en Colombia, como ha sucedido hace poco en España con Pedro Sanchez, está saturado de anécdotas. César Gaviria, por ejemplo, lo envió a buscar a un pueblo de la costa, a unos músicos y varios de sus amigos vallenatos, para celebrarle el cumpleaños a su esposa de entonces, cuando aún fungía de heterosexual. Alfonso López Michelsen lo usó para llevar a varios de sus familiares en un

Retratos de memoria

viaje de placer por Europa. Julio César Turbay hizo una gira de varias semanas por el mundo de la OPEP en compañía de ochenta de sus amigos compitiendo con algunas de las aventuras aéreas de un presidente venezolano. Ernesto Samper envió el viejo avión para traer a Bogotá, al senador Armando Holguín Sarria, el día de la votación que le absolvería de haber recibido los diez millones de dólares de los Rodríguez Orejuela. El doctor Armando había regresado esa mañana de Sao Paulo en compañía de Don Miguel y estaba muy ocupado despachando con él.

Pero el premio mayor se lo lleva Juan Manuel Santos, que en 2015 hizo comprar a las Fuerzas Armadas un avión ejecutivo Beechcraft King Aire 350 de nueve pasajeros, para uso de su esposa María Clemencia Rodríguez, alias Tutina, y sus hijos, que se quejaban porque tenían que usar un viejo Fokker F28, y porque el Embraer Legacy 600, de 16 plazas, desde que las FARC exigieron ir y venir constantemente a La Habana, se dedicó a ellos. Pero antes, cuando apenas era ministro de defensa, sus hijos, de Santos, usaban los helicópteros del ejército para ir a pasear a su finca de Anapoima.

La periodista de marras, que nunca conoció la decencia y creció bajo el modelo de sociedad creado por la mafia, con eso de “en cuanto me llevas en esto”, y tiene como maestro al decano de la infamia radial, procedió a llamar a un asesor del presidente para ponerlo contra la pared, porque a ella lo que le enferma es que nunca hayan pensado en su nombre para pasar cuatro años en la Casa de Nariño. Olvidando que tiene un rabo de paja del tamaño del río de la Magdalena, quiso convertir al entrevistado en una suerte de cómplice de los actos de que se acusaba a la señora del presidente, pero la víctima pasó de entrevistado a entrevistador. Le preguntó entonces si a ella la protegía el gobierno con escoltas y carros blindados, si en esos vehículos subía a los amigos de sus hijos cuando iban a almorzar a los carísimos restaurantes del norte bogotano, si ella montaba en el avión presidencial y a veces lo hacía con su esposo, si este señor había recibido contratos de Santos, por la interpuesta mano de Petro, etc., etc.

Harold Alvarado Tenorio

La respuesta de la señora no se hizo esperar. Lo trató de “... *inepto, patán, lagarto, fracasado, inútil, peludo, Tarzán, cabronazo destesticulado... usted dijo que Santos no tiene huevas, fui yo la que lo llevó a La FM, cobarde, chupasangre, uribestia*”, mientras el asesor del presidente conservaba su compostura y se retiraba en silencio y con el rabo entre las piernas.

Por las mismas calendas, otro notorio periodista colombiano, que fabula ser miembro de una familia víctima del holocausto nazi, inventándose un pasado inexistente haciéndose circuncidar, tapado en plata merced a las prebendas y canonjías recibidas por el gobierno de Juan Manuel Santos y en sus comienzos por el apoyo recibido de un reconocido mafioso adicto a las reinas de belleza, ha tenido que “despublicar”, en la cadena norteamericana Univisión, una falsa noticia sobre los supuestos vínculos de un presidente con Pablo Escobar ante la previsible denuncia penal y la consecuente exigencia de una multimillonaria indemnización que impetrarán ante la justicia americana los abogados del ofendido.

Los críticos del periodista, que entre otras cosas arruinó dos canales de televisión y acabó con la credibilidad de una revista, le acusan de mitómano compulsivo, un trastorno psíquico le impide entender las ventajas del anonimato, y, por el contrario, viendo que otros ganan atención y aprecio, y él es ignorado, crea incluso pasados ilusorios y falacias con el fin de borrar al otro, a quien envidia.

Alvaro Coronel, padre del periodista que hubo de “despublicar” la noticia en cuestión, es un llanero racial, hijo y nieto de hacendados, que desde la radio ha enfrentado a los políticos de su región, que sigue ganando los concursos de oratoria y duelos orales, y en su programa “*Al caer de la tarde*” conversaba sobre los acontecimientos de los pueblos con artistas, intercalando joropos, corrríos y pasajes. Famoso como bailarín, ha enseñado español e historia en los colegios de Arauca y fue rector de uno de Tame. Y ha sido consul de Colombia en Manaos y Tabatinga.

Retratos de memoria

Su hijo, el hoy multimillonario Daniel Coronel, que vive en Miami en una enorme mansión, dice que su apellido viene de los confines de la Yugoslavia socialista de la Segunda Guerra Mundial, donde sus abuelos fueron apaleados por las guerras antisemitas de nazis y fascistas, teniendo que huir por el mar Adriático luego de comprar, por cinco mil pesos de entonces, una visa colombiana para judíos, pero gracias al ingenio de su abuelo, son palabras de Coronel, *“por un par de zapatos lustrados, logró que tanto el padre como mi tío Daniel, aparecieran como gemelos en la misma visa”*.

A estos extremos de patanería, de la señora Davila, y de locura, del señor Coronel, ha llegado el periodismo colombiano, casi que, en exclusivo por señoras y señoritos de la tribu progre, de la mano de un virtuoso del mal que todo el mundo conoce como *“No me cuelgue Julito”*, el rimbombante alias de Julio Sanchez Cristo. Otro de los insignes miembros y cabecillas de la Social Bacanería, una elite colombiana conformada por hijos de ricos y poderosos, pésimos estudiantes que jamás se graduaron de nada en ninguna parte, muy aficionados a las alucinantes propuestas culturales de mayo de 1968, enemigos de todo lo que signifique orden y progreso, cuyas vidas desordenadas y fraudulentas han convertido en paradigma social. A ese Clan pertenecen entre otros el mencionado Julito, su pana, el pseudo aristócrata Alberto Casas, su esposa, de este, la modelo y muchas cosas más María Emma Mejía, y el ideólogo por excelencia del grupo: Daniel Samper Ospina, sobrino del presidente, número cinco, elegido por la mafia.

Porque aun cuando no quiera creerse, buena parte de este comportamiento social del periodismo colombiano es obra y gracia del arquetipo que ha creado, en los últimos treinta años Sanchez Cristo, tras haber heredado parte de la fortuna de su padre Julio Sanchez Vanegas, y todo lo que este inventó para hacerse con la audiencia de la radio y la televisión.

Sanchez Cristo es un predicador, mezcla de las infamias de Jhon Murrell, cruzado de arriba abajo por la perfidia de José Fouché. Como

el primero, es capaz de revender tres veces a un esclavo convenciéndole que al final del sacrificio será libre; como el segundo, su habilidad para sobrevivir a todos los cambios políticos y permanecer a flote incrementando sus ganancias sociales y metálico, le ha convertido en ese ser impenetrable, denodado, turbio, casi que enigmático, que como dijo Stefan Zweig, era una llaga viva porque carecía de personalidad. Su único antecedente posible en Colombia es el mensajero Porfirio Barba Jacob, que no tenía inconveniente alguno para cambiar de opinión y defender causas opuestas, manteniendo contradictorias lealtades, con tal de él, siempre, estar en la punta del candelero.

Para Julito siempre ha contado primero ganar el favor de los oyentes y como su padre, nada mejor que otorgar, ya sea mediante un concurso, o las necesidades de los más necesitados, premios, en metálico, o en especie. Cada mañana recuerda que la joya de la corona de Julio Sanchez Vanegas fue Concétrese, que llegó a regalar automóviles, y tanto dinero, que uno de los premiados pudo montar en USA una cadena de gasolineras donde más tarde llenaría el tanque de sus automóviles de lujo el hijo.

Luego, la música. Nadie se resiste a no estar al día en materia de melodías, y esas voces aterciopeladas de Enrique Paris y Otto Greiffestein daban el masaje al corazón cada mañana, como hoy lo hace el propio Julito los sábados, así él no elija, ni uno solo de los temas, que lanza por las ondas hertzianas desde cualquier lugar del mundo donde haya amanecido, tras una noche de juerga con algún poderoso. Porque Julito, como su padre, que había aprendido los fingimientos vocales de los actores de la mano de Seki Sano, un alumno de Konstantin Stanislavski que terminó en Colombia, es un impostor inolvidable, tanto que las señoras no se enamoran de su fealdad, sino de su voz, porque, bien lo sabe, como El radio nauta de la noche, el horrendo Antonio Ibañez que tuvo una colección de cabellos de las cucas de las púberes canéforas que alegraron su vejez verde y oliva, es la voz la que hace erigir el clítoris. Julito y Casas Santamaría no llegan a tanto, pero buena parte de la mañana, valetudinarios sexuales como

Retratos de memoria

están, salpican de picante lascivia las conversaciones que gozan con sus nuevas víctimas, las señoritas que les acolitan sus pendejadas en Roma, en París o en Tombuctú.

No bien ha despuntado el alba, Julito entrevista, primero, a un inmolado político: le monta un tribunal con Calvas y Yamit, lo interroga y luego lo condena al fuego eterno de La W. Para eso cuenta con una fiscal implacable en la corruptísima Corte Suprema y con el Supremo Magistrado, el Cayo Julio César Germánico de la Radio, tan cruel, extravagante y perverso como su amo circuncidado, fanático del nuevo circo romano que es el futbol, el otro pseudo aristócrata, el “no te entiendo”- “en el aire”, Félix de Bedout.

Y ahora, el postre, la guinda del coctel “*No me cuelgue Julito*”: la entrevista con un presidente de otra parte, o la prolongada lambonería a quien se odiará cuando no se necesite, o no de más plata. Uribe cinco horas sin parar, o Pablo Catatumbo rumbo a La Habana cargado de sus cinco mil secuestrados y quinientas violadas, o Clinton, o el blanquísimo Obama rodeado de putas en Cartagena mientras desayuna con Juan Manuel Santos, o Silvia Pinal al borde de la tumba, o doña Gloria Zea ascendiendo al cielo del MAMBO.

Eso sí, antes ha obsequiado millones de sillas de ruedas, o recogido plata para los soldados muertos en combate y millones de millones para la Universidad de los Andes de Bogotá, la única para quien trabaja, diciendo que favorece a los negros del Pacífico o los zambos de la Costa Norte. Pero antes del mediodía ya ha fomentado un odio pestilente contra las Fuerzas Armadas y la Policía, a las que sindica, sin decirlo, de facinerosas.

Es nuestro atroz redentor.

El Nacional, Caracas, febrero 9 de 2020.

MORIR EN EL BAJO MANHATTAN

Que el destino no hace acuerdos lo demuestran mis encuentros con Julián Velásquez de Cuellar, un infrecuente que conocí el último año de bachillerato cuando él trabajaba como dependiente en la librería Buchholz. Caucano, había vivido buena parte de su puericia en New York apoyado por uno de sus hermanos que aprendía escultura y aun cuando soportaba desde pequeño una parálisis de sus piernas causada por la polio, recibía fondos de la municipalidad para seguir viviendo. Le encontré en una de esas fiestas de entonces, en la casa victoriana de Teusaquillo que ocupaba Valeria Guarnizo, una pelirroja que enseñaba inglés en la Nacional y era amante de Miguelito Torres. Guarnizo, que estuvo casada con un nacional que había conocido en Venecia y había vivido con él en Ortega, un lejano municipio del Caquetá, influida por el hipismo tenía en esa mansión una suerte de comuna donde se realizaban toda clase de tenidas eróticas y étlicas, ideadas a menudo por José Luis Diaz Granados, un mitómano que se decía pariente de otro camelista profesional de la literatura, Pepe Stevenson, consumado cotilla de chismes del celuloide que obtenía, como lo hacía con las noticias guerrilleras José Pubén en las revistas del Centro Colombo Americano, y que como José Luis, resultó un día también primo de Gabriel García Márquez, cuando todos evitaban mencionarlo en las tertulias de la Librería Gran Colombia, donde mataban las tarde de tedio y de pobreza.

Fue gracias a Julián que conocí las canciones de Dylan y las novelas de Kerouac y Miller, que promovía en la librería alemana, al tiempo que la saqueaba con la pelirroja, que había diseñado una bolsa de canjuro con la cual, arropada con el inmenso abrigo negro de invierno londinense, al salir exhibía una enorme tripa de preñada

Retratos de memoria

donde llevaba ejemplares de los Trópicos, impresos en México por Diana y la edición de *En el camino*, de Losada traducido por Hernani, con cubierta de Baldessari, que vendían en los cafetines del centro por la módica suma de cinco pesos. Creo que fueron cientos las copias que cedieron sin que el señor Buchholz dijera esta boca es mía. Era ese el momento de la gloria perpetua de Nicolás Suescún, cuando el viejo contrabandista de piezas de artillería para aviones, partidario de Hitler y avezado en lavado de tesoros de los condenados a los campos de concentración, hizo de todas las suyas, y Nico, entre inmensos tabacos de Santa Martas Golden, mientras flotaba por la séptima pensando en los huevos del gallo, dejaba en brazos de Enriquito a su divina lagarta santandereana, más hembra que ninguna, el mejor polvo con gatillo de todos los tiempos, que decía Gabito había conocido el horrendo hermano del presidente farcsiano, prendido en esos años de una crítica de teatro que le llevaba más de quince años, pero era adicta a la *fellatio senex*.

Las Noches de Valeria, como las llamaba el negro Augusto Díaz, eran tan memorables que Fredy Téllez las siguió recordando en los desiertos tratados de su vida en Leipzig, cuando entre la sed de sexo y la pobreza de la Alemania de Ulbricht, las repicaba en voz alta ante los ojos atónitos de Pacho Gato y su amante Dolores Jaramillo, y el jefe del partido en Berlín oriental, voz de *El Mundo al Vuelo* y las introducciones del dictador, Álvaro Leal Gamboa, quien por cierto regresó a Colombia justo un año antes de la caída del muro gracias al esquirolo Marco Palacios, que lo hizo director de la nueva emisora de la Universidad Nacional.

El hemicycleo de esas madrugadas era el inmenso salón de estar de la desvencijada casona de tres plantas que ocupaba la británica. Un par de básculas de madera y una enorme cama tresillo era todo el mobiliario, aparte de un trillado tapete que había abandonado el antiguo propietario. El sofá sangre de toro con manchas de diversas formaciones florales estaba en frente de la chimenea eduardiana, de hierro fundido con una marquesina de azulejos, a la prudente distancia de casi tres



Enrique Gómez Cruz

Retratos de memoria

metros, lo que permitía departir sintiendo el vaho tibio del fuego sin molestarse. El entorno delataba el gusto de los primeros dueños con unas superficies que asemejaban la plata pulida, las antiguas maderas, el nácar, los cristales, las sedas y el oro, dando al salón un cálido sentido entre los cuatro altos ventanales que daban a la calle. El papel de las paredes exponía antigüedades sirias con consolas de maderas en colores mármol y madreperla, los espejos ovales, las alfombras persas y una repetida coffee table de varios matices.

Allí participé en la liturgia predilecta de los aficionados a los libros de Miller. Una sesión de amor en grupo, siete machos gustando de una tierna hembra que les complacía sin pausa ni término. Asistidos apenas por luz de la chimenea, un grupo que había pasado las primeras horas celebrando la lectura de poemas que había hecho Darío Samper en la Casa de la Amistad Colombo Soviético, recaló esa noche en aquel salón, guiados por una divina aspirante a actriz estudiante de letras de los Andes que los fines de semana se disimulaba de lustrabotas y con un mono carmín y una caja de madera atendía los asiduos chic que descendían del norte aterrizando en El Cisne, donde habían salido esa noche. Diaz Granados había presentado al rojo de Piedra y cielo cuya fama de dipsómano siempre le precedía, en especial entre el gremio de bujarrones, que como nube de moscas le seguía a todas partes. José Luis le hizo declamar otra vez el poema de Arias:

*En un ángulo turbio miro desde mi mesa
a un pálido chiquillo que sonrío y me mira
y a través de las gotas rubias de la cerveza
mi lujuria conspira.*

*Tiene catorce años y en sus hondas pupilas
cercadas por paréntesis lívidos de violeta,
ojeras prematuras del vicio, ojeras lilas
de onanista o asceta.*

*¿Quién eres tú?, le dije,
rozando sus cabellos ondulantes de eslavo.*

Harold Alvarado Tenorio

*Se llama Roby Nelson, flor del barrio,
que va de muelle en muelle, de vapor en vapor,
este chico vicioso de cabellos de esclavo
vende cocaína y amor.
Es hijo de la noche y huésped del suburbio,
hoja de Buenos Aires que el viento arrebató,
desperdicio del vicio, pobre pétalo turbio
que un arroyo se llevó.*

Y en un raptó etílico, mientras levantaba hasta su orificio la botella de Dimple, con ojos incontinentes mirando a la entrepierna de Julián le gritaba escúpeme en la boca, escúpeme en la cara, eyacula en mi alma.

Antonia Limpiabotas era una preciosura de estatura mediana, con el cuerpo macizo y bien hecho, de unos ojos azules tachonados de ámbar, pelo bruno y una tez limpia y fresca, de un rosado casi vino, unas téticas tiernas y las nalgas divinas levantadas de gloria. Hasta allí había llegado cuando el grupo le pedía que hiciera un desnudo a la luz de la estufa. Y quitándose las braguitas de algodón pudimos ver el rosado del fuelle, mientras se iba ofreciendo a Enrique Gómez Cruz, el más bello del grupo, mulato de ojos claros que había hipnotizado la verborrea de Estanislao Zuleta en los cafetines de la Santiago, cuando como un ángel caído oficiaba para los Rodríguez Orejuela, y el flaco de Palmira, hijo de un borracho, aspiraba desde entonces a algún puesto público donde no pasara más hambres ni afugias.

Enrique tendría no más de quince años y estaba tan bien dotado y sabía ya tanto que en menos de lo que canta un gallo se despojó de todo y pudimos ver su energúmeno y la mata que rodeaba sus huevos y los vellos del culo. Fue el primero en montarla y fue tan grande el deleite que Antonia gemía bajo el yugo de Enrique y el resto de los machos rodeaba el tresillo como si asistieran a una misa de cinco. Luego vinieron otros hasta que Francisco, un subalterno de Dina Moscovici, ya entrado en la treintena intentó darse gusto y Antonia, después de

varios intentos, le rechazó diciendo que así era imposible, que se hiciera capar el albornoz, y que el olor que emanaba no podía soportarlo. Solo otra vez he visto cosa igual en mi vida. Fue en los años de Metrallo, cuando desde una ventana vi en Sabaneta cómo una poetisa entrada ya en años se despachó en la noche veinte vates drogados hasta la coronilla que después instaló en una antología.

Cuando volví a encontrarme con Julián en New York y le contara que la librería del alemán había desaparecido y que los restos de la revista *Eco* los habían vendido por kilos a un destazador de libros colombianos, me dijo que durante los dos años que había trabajado allá mantuvo escondidos en una bombonera de madera en el sótano sus cuatro cucarrones faraónicos hasta que el señor Buchholz se los compró tras comprobar que eran verdaderos y provenían del Museo Metropolitano donde Velásquez de Cuellar los había sustraído. Ni Augusto Diaz, ni Téllez le creímos que esos coleópteros que mostraba en cajitas de fósforos *El Diablo* eran tan antiguos ni valían tanto.

Julián insistía en sus verdades traduciendo versos de Ezra Pound del *El libro de los muertos* donde aparecen numerosas veces en papiros con forma de joyas que sustituyen el corazón de los faraones, o entre sus vendas, o en amuletos de la buena suerte. Pero lo más fascinante que contaba o inventaba Julián era que la manera de sobrevivir y aparearse el escarabajo había inspirado a los primeros sacerdotes egipcios la momificación de los cadáveres. Porque los cucarrones antes de salir el sol recogen, atraídos por el hedor, pelotas de excrementos de ganado que ruedan hacia sus túneles guiados por el brillo de la Vía Láctea creando al final de ellos cámaras nupciales donde tras aparearse la hembra pone los huevos y las larvas se alimentan del detrito. Entonces las crisálidas emergen de las bolas y se convierten en adultos. Los sacerdotes creían que la cabeza del bicho era Osiris, el sol naciente, y la bala de excremento que empuja es el dios que avanza hacia el fin del día para ser enterrado en una tumba. Pero el sol resucita al amanecer y las larvas, semejantes a una momia, vuelven a la vida en sus cámaras funerarias convertidas en Horus, el hijo de Osiris. Los suyos eran,

dijo mostrándome unas viejas instantáneas, una *Anthaxis hungarica* o *Carcoma metálica* de franjas metálicas azules y doradas en el tórax y el abdomen de un verde oro con bandas rosa brillantes; una *Chalcophora mariana* como si fuese plata mezclada con oro; un *Hoplia coerulea* o escarabajo azul, con un añil metálico marino en la parte superior del carapacho y un *Buprestis sanguínea* de tono negro azulado con franjas amarillas en las alas. Le dije que no le creía nada de eso, que eran puras invenciones para asombrarme con sus erudiciones sobre coleópteros, que todo eso lo sacaba de las novelas de Lezama Lima, que era un pantallero y entonces poniéndose muy serio y majo me dijo que iba a irse de la lengua con un tapado que nadie sabía y menos yo sobre el señor Buchholz.

Según el chisme, la *Marlborough*, que desde los años de López Michelsen promovía pintores nacionales con inusitado éxito, no solo era una lavandería de los narcos, sino que se había hecho célebre expoliando la obra pictórica de miles de judíos perseguidos por los nazis por considerar que esas obras eran decadentes. Eso le habría relatado un mafioso que quiso ser pintor y adoraba el arte de Balthus, a quien imitaba desde los días de la Universidad Nacional cuando jugaba al izquierdismo con Bernardo Correa y Estanislao Zuleta los comunistas que más le atraían por su compleja vida sexual, en especial este último, que durante un tiempo había vivido por igual con la sobrina manca de Hernando Santos y el poeta Eduardo Gómez, quien según Díaz Granados, descendía los sábados a las puertas de las penitenciarías preguntando por los recién liberados, siempre y cuando hubiesen estado condenados a más de veinte años y fueran peludos.

Bernardo Fernández Mesa había comprado, con copias falsas de periódicos y revistas que certificaban sus éxitos como artista plástico, la décima quinta planta del edificio Fuller, uno de los rascacielos *Beaux Arts* con perfil de cuña más antiguos del bajo Manhattan, entre Broadway y la Quinta Avenida, justo a la altura del 175, donde mutiló a varios de sus enemigos porque creía que la mejor venganza era la separación de miembros, ya que la muerte era un premio y una

Retratos de memoria

venganza incompleta. Los dieciocho ventanales carecían de cortinas pero podían ser cubiertos con **Roller Shades** de lino, y cada uno tenía un telescopio para espiar el vecindario y calmar la paranoia del dueño que veía enemigos por todas partes.

Todo el enorme *loft* de 750 metros cuadrados era ocupado por este monstruo que vivía solo a pesar del tamaño de su pandilla, que reunía en los restaurantes de *Little Colombia* en Jackson Heights, donde rotaba las bolsas colmadas de coca durante los festines a los que no asistían mujeres, pero eran amenizadas por *El Charrito Negro* o *El Caballero Gaucho*. El hermano de Julián, que antes de convertirse en tallador de resinas fue ebanista, le había construido una suntuosa cocina en madera y hierro con una suerte de barra de bar donde se comía y se bebía y al fondo del piso un serrallo con una enorme cama que podía empotrar en la pared, rodeada por cinco perezosas *Morris Chair* y un tresillo de cuero de piel de cebra que le había vendido un mercader etíope, donde intentaba joder mujeres improbables, porque de tanta perversidad, el único deleite que sentía era cuando lo calaban las travestis y creía que las pollas de esos pobres campesinos que iban y venían con los cargamentos de droga eran clítoris de hembras fabulosas mientras el mafio asesino repetía, “*con saliva con saliva*”, y les colocaba unas pelucas traídas de Hong Kong, de pelo natural, lacias y morenas, olorosas a orín de chivo, lo que más le arrechaba.

Debido al desprecio que el Führer tenía por el arte moderno, quizás a causa de sus fracasos como acuarelista en su juventud y porque encontraba decadentes las vanguardias europeas a menudo bolcheviques, comunistas y cosmopolitas, ordenó a Goebbels purgar el “arte degenerado” de las principales colecciones y museos. Unas veinte mil obras fueron almacenadas o destruidas y cientos vendidas a precios irrisorios luego del éxito de la exposición de 650 cuadros y esculturas del dadaísmo, expresionismo, cubismo, surrealismo y abstraccionismo en Múnich, en julio de 1937, bajo la enseña *Entartete Kunst*, que anticipó las persecuciones, expulsiones, encarcelamiento y asesinatos de muchos artistas e intelectuales.

Un año después, el 8 de agosto de 1938, Karl Buchholz de 36 años, nacido en Gotinga, escribía al ministro de propaganda preguntando cuando iba a poner en venta aquellas obras pues tenía clientes en el extranjero que podían comprarlas y él y sus socios en New York podrían ganar entre un 5 a 25 por ciento de comisión con el compromiso de mantener esos dineros todos en una cuenta secreta. Eran pinturas de, entre muchos otros, Pablo Picasso, Henry Matisse, Marc Chagall, Paul Klee y Max Beckmann. Era lo que ahora se dice “un robo masivo y asesino”, como la revista que reveló que 1500 de ellas dadas por perdidas habían aparecido arrumadas y maltratadas en el apartamento del hijo de un tal Hildebrand Gürlitt uno de los socios, junto con Curt Valentin de Hamburgo, de Buchholz.

Antes de dedicarse a vender obras robadas, Karl Buchholz fue un joven librero berlinés que organizaba exposiciones de expresionistas como Beckmann o Kokoschka, en la Leipziger Strasse 119-120. Fue la búsqueda de mercados para las miles de obras expropiadas, que abría librerías donde las soslayaba, pero se podía leer y manosear la mercancía impresa, mientras él se dedicaba a lavar dinero y a importar toda clase de vituallas de la parafernalia para los ejércitos de América Latina. En el único país que no pudo permanecer fue España porque el primo de Francisco Franco, su secretario Pacón, nunca quiso a Don Carlitos, como se hacía llamar en los países de lengua española. Abrió librerías de fachada en New York [1937] con su socio y coetáneo Curt Valentin, otra en Bucarest [1938], otra en la Avenida da Libertade en Lisboa [1943] donde incluso iba Oliveira Salazar, una más en Paseo de Recoletos 3 de Madrid, pero no encontrando apoyo oficial en Brasil ni Argentina decidió quedarse en Bogotá en 1950 protegido por un excéntrico reaccionario a quien haría conocer en Alemania, Nicolás Gómez Dávila, amigo personal del presidente Laureano Gómez, a quienes hizo creer que su exilio era resultado de las persecuciones de la Cuarta Internacional Comunista.

En Bogotá construyó, al norte, una casa campestre donde puso treinta mil libros y unos cuantos objetos de arte, con una sala de estar

Retratos de memoria

para recibir a sus adeptos y donde resolvía los constantes problemas con las aduanas y alcabalas del mundo. Y de la tacañería, porque de eso se trataba, una especialidad que compartía con un locutor que había aprendido en Londres a hablar con acento británico, prosodia que convertía cada marrulla en verdad de a puño, cosa que ejercía sin rubor, y que fue quien hizo saber a Karl que todo el mundo le robaba libros en sus siete pisos, tantos, que uno de los ladrones había decidido devolverlos y al reunirlos tuvo que contratar una zorra de mano, recibiendo como respuesta que eso no le importaba porque *“aquí los libros no pagaban impuestos y nadie le había preguntado nunca como importaba y siempre vendía de contado”*.

Enrique Gómez Cruz entró a Estados Unidos por Atlanta con un cargamento de coca de José y Miguel Toro, a quienes había conocido en una manifestación en la Buga de los sesenta contra el asesinato de un escolar, cuando un grupo de bomberos había asaltado el Colegio Académico que estaba en huelga. Había aterrizado en la Memorial Drive de Belvedere Park en un C-123 Fatlady que usó el General William Westmoreland en Vietnam, con una tonelada de la que sabemos y ayudó a llevarla hasta Queens a un apartamento donde la tuvieron un año, que él cuidaba de noche, mientras de día se iba a vender bisutería falsificada en los bajos del Empire State Building de la Quinta Avenida, aretes de hoja de lata que pintaba de dorado a los que ponía un sello de joyería auténtico de 14 quilates.

Hasta el día que decidió abandonar sus vínculos con los viejos amigos de Atlanta porque se enamoró de una divina chica que limpiaba al amanecer las dependencias de la Marlborough y le llevó a vivir a uno de los Railroad Apartments del 424 de la 9th St en el East Village. La chica había vivido en Italia donde había estudiado algo de arte en Florencia, pero había aprendido con otros paisanos el arte de robar en grandes tiendas y luego de limpiar los pisos de las más famosas de las galerías de New York iba de obtienes, y tomaba lo más caro que podía como que un día le regaló a Enrique una chaqueta Valentino de cuero blanco con cremalleras doradas de tres mil dólares. Sin que sepamos

cómo, Dalila, que así se hacía llamar la chica, le prestaba servicios eróticos a varios de los clientes de la galería, que había conocido no solo allí sino en *El retiro de Platón* un club de sexo en el sótano del Hotel Astonia que detestaba a los homosexuales, pero promovía el lesbianismo.

Para de los setenta la galería había pasado a los herederos de Curt Valetin, pero el verdadero dueño seguía siendo Buchholtz así se llamara Marlborough-Gerson Gallery, jugando un enorme papel en negociados de arte con fines de lavado de dinero para el narcotráfico con obras de Oskar Kokoschka, Henry Moore, Francis Bacon, Víctor Pasmore y Lucian Freud, tanto, que fueron abriendo sucursales en Tokio, Madrid, Chile, Florida, Mónaco y Barcelona.

El año que conoció a Dalila se hizo la muestra de *La corrida de Botero*, cuando según contaban, la galería obtuvo descomunales ingresos en *cash-flow*, tantos como para que la pareja sirviera de *Courier mail* trasladando cientos de cajas de zapatos repletas de dólares a un sótano de Astoria de donde salían de nuevo hacia Atlanta y los viejos amigos regresaban a Colombia. Pero de la noche a la mañana, sin que supieran porque ni como, el director de la galería le envió al infierno del invierno, pagando el pato Enrique, que echado por Dalila, terminó ocupando un piso abandonado en la Avenida C.

Habían vivido un año inigualable en placeres, dicha y bajezas. Cada fin de semana visitaban el enorme loft del mafio Fernández Mesa que tenía de invitados a buen número de travestis, entre ellas una que se decía poeta, apodada Gajaka, vestida de Marilyn Monroe y en altas horas, usando un ventilador de mano que alguien sostenía, repetía la escena de *The Seven Year Itch*, el filme de Billy Wilder donde la rubia se posa sobre una rejilla de los respiraderos del metro de la 51 con Lexington y el vestido blanco con pliegues se eleva dejando al descubierto sus deliciosas piernas. Cuantas noches habían vivido exhaustos de placer, ella feliz de la vida con esa enorme tranca de cíclope de Enrique adentro o en las permutas aquellas, cuando Bernardo se hacía discernir manualmente con un dildo negro con ventosa de una

Retratos de memoria

de las travestis, y ella separaba la bragueta a Velásquez de Cuellar y poniéndose el instrumento en la boca le ordenaba a Enrique que la desentrañara con fanatismo por el ano, todo mientras Sinatra repetía *And now, as tears subside, I find it all so amusing*, el verso de Paul Anka y Enrique sacándose la eyaculaba setenta segundos sobre el lomo de ella, con ese semen caliente de los veranos húmedos, de olor a ámbar que producen las gónadas de los drogados. Cuando la luz abría sus ojos todos estaban fumando en grandes pipas chinas que habían comprado esa tarde en el barrio luego de atragantarse de ravioles cantoneses, más gustosos y pulcros que los que estaban a esa hora preparando en Beijing.

A punta de tacos de dinitrofenol había Enrique expulsado del viejo edificio de la Avenida C a los vendedores de crac. Era un Redstone de seis plantas ocupado apenas por dos colonos, uno en el tercero, que decían había hecho un filme con la hija del rey de Jugo de Naranja, muchacha muy obesa que no usaba ropa interior y dejaba ver siempre su melena pelirroja entre las piernas, apellidado Palau Bonilla, y Enrique en el sexto, con las paredes en el suelo, los pisos sin parqué, dos sillas y una inmensa mesa rectangular de hierro forjado que habían dejado hacia siglos unos suecos vendedores de salmón crudo, que conservaba en uno de sus bordes varios de los cuchillos Wüsthof de acero inoxidable de 12 pulgadas con punta dorada.

Su valor radicaba en la vista que sobre el bajo Manhattan ofrecía el piso, porque podían verse las Gemelas, parte del Brooklyn Bridge y hacia el oeste el río y al norte las torres de Con Edison, Metropolitan Life, Empire State y el Chrysler Building. Allí pasó el último año de su vida cocinando sancochos colombianos, jugando al ajedrez, comprando, pesando, cortando, empacando y distribuyendo en pequeñas cantidades perica en los bares de las avenidas A, B y C, hundiéndose cada día en el pavoroso vicio que tanto le gustaba al flaco Sánchez, que le había ingresado al trotskismo en Colombia y ahora ocupaba altos cargos oficiales y se había casado con una puta de postín que se había follado a medio partido comunista, mientras él se hundía en New York en el fango más terrible del mundo.

Una tarde, mientras fumaba crack, apareció Dalila en su destartalado piso con un supuesto hermano de ella que él no conocía y luego de varios pases el chico se puso a cuestionarle y acusarle de la mala situación que pasaba su hermana, a lo cual Enrique respondía que nada de eso, que no tenía ninguna deuda en lo que ahora sucedía, que ellos habían vivido una historia y ahora todo era distinto.

El supuesto hermano se abalanzó sobre Enrique y trató de golpearlo en la cara y Enrique, tomando un taburete se lo descargó varias veces en la cabeza y atónita, Dalila, echó mano de uno de los inmensos cuchillos y golpe tras golpe apuñaló a Enrique en la nuca, en la espalda, las piernas, los brazos, el estómago y el cuello hasta que cayó sangrando convertido en un cadáver que apenas despedía un tufo pestilente. Al ver que la sangre había salpicado las paredes, las ventanas, el techo y corría por el suelo empujando la basura, Dalila trancó la puerta con un manojo de toallas viejas y en un barreño fue exprimiendo la sangre y vaciándola en el sumidero del retrete. Luego puso el cadáver en la mesa, separó con una tijera la ropa del cuerpo, le cortó el inmenso pene convertido en recuerdo y poniendo dos inmensas ollas de sancocho de pescado y tres telas fue destazando los brazos, el pecho, las nalgas, las piernas y cocinando a fuego vivo las piezas.

Durante dos semanas, con las carnes de Enrique Gómez Cruz produjo cientos de bocadillos que repartía en las mañanas entre los hambrientos de Thomkins Square Park; luego aserró los huesos del cuerpo y la cabeza con una oxidada segueta de plomero, los puso en una bolsita de seda y los colgó en la parte más alta de uno de los tilos *La Plaza Cultural*, donde Enrique encendía en las mañanas su pipa de bazuco.

Magazin Dominical de El Espectador, Bogotá, 2 de agosto de 1987.

LA ALCALDE ARAÑA

I Claudius, (1934) de Robert Graves, fue clasificada, a comienzos del siglo, como una de las cien mejores novelas de la pasada centuria. Es una fingida autobiografía del emperador que instauró una monarquía haciendo creer al respetable se trataba de una república. La historia de la familia Julio-Claudia [Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón] desde la toma del poder luego de la batalla de Accio en el 31 antes de Cristo, hasta el asesinato del desquiciado Calígula en el 41.

Claudio confiesa cómo fue alejado de la vida pública durante 49 años por causa de su tartamudeo, poliomielitis, cojera y tics nerviosos, pero sobrevive, en una familia de criminales, gracias a que se hace el bobo y el idiota. Su dilema contradictorio, como sucede a los disminuidos y apocados, fue creer firmemente en la libertad que proporcionaba el modelo republicano, y en la ineludible estabilidad que debía mantener y ejercer, el imperio monárquico, oprimiendo y tiranizando, porque las libertades apenas conducen a la corrupción y perversidades, como ocurrió con Calígula y Nerón, acusado, el primero, de crueldad y demencia. Un emperador irascible, caprichoso, derrochador y enfermo sexualmente, que fornicaba las esposas de sus súbditos, nombró su caballo Incitato cónsul y sacerdote, asesinaba por mera diversión, prefería construir vías públicas que saciar el hambre de la gente y se erigió una estatua en el Templo de Jerusalén para ser adorado como dios.

Nerón apoyó extravagantes cantantes callejeros y homosexuales de Roma, la construcción de teatros y estadios, las ejecuciones extrajudiciales, incluyendo la de su propia madre y su hermanastro y la persecución a los cristianos, como que, mientras hizo arder los barrios pobres de la ciudad, celebraba el evento tocando su lira eolia.



Claudia López

Retratos de memoria

De doble clavija, entre sus más afamados amantes y esposos y esposas figuran Claudia Octavia, Sabina Popea, el liberto Pitágoras, Actea, Estatilia Mesalina, Esporo y Aulo Plaucio.

El beso de la mujer araña [1976], quizás la mejor leída novela de Manuel Puig, narra la historia de un activista político y un hombre diverso en una cárcel, durante una dictadura. Para soportar la soledad, y el miedo, ejecutan inacabables conversaciones. El político perpetúa su pasado e imagina el futuro. El joto, inventa presentes románticos y ensoñados a partir de los filmes de los años treinta que ha visto junto a su madre, donde las heroínas se sacrifican para alcanzar el amor, mujeres araña que matan lo que más aman, y cuyos paradigmas aparecieron en los cabarets y cafés de la República de Weimar y retornaron, para quedarse, en los años sesentas en ciertos barrios [El Castro] de San Francisco y [Chelsea] en New York donde fueron apareciendo cierto tipo de Divers@s, que confundidos con los practicantes de ayer proscritos hábitos sexuales, a medida que conversaba, compraba, cenaba o asistía a reuniones, fue creciendo en diferencias con todo lo que la humanidad había visto.

No se presentaba como un perverso común, ni de loca desahogada, ni como pederasta delirando con los cuerpos de los jovencitos. Se trataba de una señora con falo, que llevaba una vida lo más normal, que amaba, como nadie, los muebles estilo imperio, la comida vegetariana, las pequeñas prendas íntimas, los paseos a la playa para dorar la piel, y que, enloquecidamente, buscaba la felicidad tratando de establecer un matrimonio estable con algún señor, o señora. Esta dama de falo había pasado por todas las decepciones amorosas, había sido engañada sin piedad por los vivos de la carne, pero no perdía las esperanzas de encontrar el hembra de su vida y crear un hogar hasta que la muerte los separara. Habían aparecido las primeras mujeres arañas contemporáneas. Chapinero en Bogotá, y Chueca, en Madrid, son la atracción de los turistas de hoy.

Desde entonces y cada año, con el o la alcalde a la cabeza, se manifiestan revelando al mundo cómo ellas, sus esposos y esposas, las

mascotas humanizadas y los niños adoptados, pueden salvar el mundo gracias a la sensibilidad con que vislumbran el futuro. Enemigos de la cultura que transmiten los libros de Grecia y Roma, reciben toda información de las redes sociales y han convertido la cursilería en cosa memorable y fuente de sabiduría. La felicidad, no de la carne sino del hogar, es lo que afanosamente buscan. El retorno a los orígenes del capitalismo: la familia, el orden.

Contraer matrimonio al *Vintage Style*, celebrarlo en un hotel de lujo, “ser alguien” en la sociedad que más se detesta, para ser aceptada por los que más se odian, es la meta de su existencia. Imposible morir sin titularse en una de las ocho *Ivy League Universities*, de USA, el país detestado por excelencia. Como los narcos, nada mejor para estar preso que una cárcel norteamericana.

Claudia Nayibe López es una mujer diversa [eufemismo actual de lesbiana] nacida durante el Frente Nacional [1958-1982] pero parida políticamente durante la República del Narco [1982-2002], cuya Constitución Política ayudó a crear, participando en el Movimiento de la Séptima Papeleta durante el gobierno [1990-1994] de un señor diverso [eufemismo para saraza] que es recordado porque, siendo ministro de hacienda y gobierno de Virgilio Barco, se exterminó el partido armado de las FARC, la Unión Patriótica; la mafia del narcotráfico asesinó a su jefe político, y durante el suyo propio, Pablo Escobar erigió su cárcel a un costo de 30 mil millones de pesos del ayer, y el país estuvo sin luz dos años. Se dice que César Gaviria “encontró” la presidencia en una guaca: el entierro de Luis Carlos Galán, cuya familia, la viuda, los tres hijos, el padre, varios hermanos y cuñados, desde entonces, recaudan un sueldo eterno emitido por el erario público.

El 27 de octubre pasado, Claudia Nayibe, “una ciudadana sin cuna ni apellidos”, fue elegida alcalde de Bogotá con el 35,21% de los votos potenciales de una ciudad de más de 9 millones de habitantes. Su inmediato contender, uno de los ilustres huérfanos colombianos, Carlos Galan, obtuvo un 32,48%. Pero su prestigio mayor viene de los numerosos escándalos, por injuria y calumnia que ha gestionado, en

Retratos de memoria

su vertiginoso ascenso al poder, que sin duda pretende terminar con la presidencia de la nación, o un premio Nobel, obtenido de cualesquiera maneras.

La principal víctima de sus infamias, cuya mengua le ha servido de plataforma política, son las organizaciones paramilitares conocidas como Convivir, creadas por el gobierno de César Gaviria mediante el Decreto Ley 356 de 1994, reglamentadas por el del intachable Ernesto Samper con una resolución de la Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada del año 1995, que llegó a autorizar casi medio millar de ellas con unos 120 mil miembros en 24 de los departamentos del país.

Claudia Nayibe, como ocurre con los resentidos y descolocados que ansían escalar poderes públicos, decidió atacar al más prestigioso político de finales del siglo pasado, Alvaro Uribe Velez, a quien ha acusado, arteramente, de ser el creador de las bandas criminales y de haber ordenado la ejecución de cientos de miles de inocentes. Para esa labor contó, inicialmente con la complicidad de Enrique y Juan Manuel Santos, quienes la llevaron como botafuegos a las páginas de su periódico, hasta el día en que Claudia Nayibe decidió traicionarles, acusándoles de encubrir los actos “ilegítimos” de uno de los ministros de Uribe, al tanto que favorecían la candidatura presidencial de hoy Nobel Odebrecht, y las directivas del diario, en la cabeza del cuñado de aquellos, el director Roberto Pombo, cabildeaba para quedarse con un canal de televisión privada que otorgaría el gobierno. Pombo procedió a echarla diciendo que sus afirmaciones eran “falsas, malintencionadas y calumniosas”.

En numerosas ocasiones ha tenido Claudia Nayibe que rectificar públicamente, por orden judicial, sus calumnias. Ha dicho que Uribe violó a una periodista y en un libro de otra periodista sostuvo, alegremente, que durante años ayudó, promovió y fue militante de grupos paramilitares, que utilizó para sus particulares intereses, enriquecerse y eliminar a sus competidores políticos. Ha tenido que desdecirse de acusar al diputado Sigifredo López de haber participado

y ser el autor de su propio secuestro, perpetrado por las FARC, en un evento donde fueron asesinados doce inocentes, luego de años de martirio. De acusar a los congresistas Antenor Durán y José Alfredo Gnecco de ser socios de los criminales Kiko Gómez y Marcos Figueroa, y también ante el defensor del exgobernador guajiro, Alfredo Montenegro, a quien descalificaba por pertenecer a una fundación que defiende inocentes. Al ministro de vivienda Luis Felipe Henao lo señaló de actos de corrupción. Al fiscal Néstor Humberto Martínez de hundir el proyecto para la creación de un tribunal para aforados, diciendo que iría preso tan pronto se descubriera que vendía fallos. A Ciro Ramírez, representante a la Cámara por Boyacá lo acusó de ser paraco, corrupto y cínico. Al Partido Cambio Radical de ser un sindicato para delinquir con personería jurídica. Etc., etc. Y de Ernesto Samper dijo, en 2006, que su campaña había sido financiada por el Cartel de Cali, que él lo sabía, que por su culpa habían sido liquidadas varias personas durante el Proceso 8000, entre ellas, el entonces jefe de la oposición conservadora, Alvaro Gómez Hurtado y el chofer de su ministro de gobierno, Horacio Serpa, sumando a los asesinados, la Monita Retrechera, Elizabeth de Sarria, supuesto enlace entre Samper y los Rodríguez Orejuela.

El acto y el discurso de posesión como alcalde bogotano de Claudia Nayibe, no solo ilustran sobre su pasado, sino que denuncian el presente y vislumbran el futuro.

Claudia Nayibe es el primer alcalde elegido tras el fiasco del pacto entre las FARC y Santos en La Habana. La falsa paz cuyos desastres hemos comenzado a sobrellevar en estos sus primeros tres años de existencia. Una paz felona que como la firmada por el príncipe Maximilian von Baden con Woodrow Wilson, dio la espalda y se burló de sus aliados, obligando a pagar los daños de la Gran Guerra, a un país arruinado. Algo así como la iniquidad de Santos comprometiendo el dinero del pueblo colombiano durante más de doce años. Dinero que tampoco habrá de servir a él mismo, pues no pudo llegar a la Secretaría de las Naciones Unidas, como era su ambición.

Retratos de memoria

Iluminada por su diversidad, Claudia Nayibe envió varios mensajes subliminales mudando la tradicional parafernalia de la toma de cargos. La Plaza de Bolívar fue despreciada como lugar para el evento, trasladándole a un descampado sin tradiciones ni abolengos, un lugar donde, los milenitas se fuman sus cigarros de cripy y sobre las bicis sueñan con el más allá. Un lugar desnudo de los símbolos del poder. Ni Palacio de Justicia, ni Catedral, ni Parlamento, ni estatua del Padre de la Patria, ni siquiera, la colonial oficina que ahora ocupa. Nada. Sólo el viento y el olor de la cripy. Tampoco el Señor Alcalde Saliente. No. La que otorgaba el poder político era ahora la madre, la Señora Madre de la Diversa. Y nada de personajes que opacaran a la napoleónica mandataria. Ningún Maluma, ni Yatra, ni Shakira, Ni Balbin y menos ese Dangon, o ese Fonseca, o Pipe Bueno. Apenas una loquita medio jipi entrada en años, desquiciadita ella, con una balaca de cabra despistada, vociferando desde un papel en su mano las consignas que le habían escrito, porque la droga le ha borrado el presente; igual a la ancianita folclórica que no sabe cuánto cobrar ni quien la invitaba y menos el nombre de la señora que se posesionaba.

En un discurso de 5312 palabras y 429 renglones, salpicado de errores de ortografía y solecismos, [merito por mérito; paramos por páramos; economico por económico; transito por tránsito; empatica por empática] Claudia Nayibe ha apurado el gran plan a largo plazo para llegar a la Presidencia de la República y los actos de menudeo que ejecutará en estos cuatro años de alcaldía. Porque Claudia Nayibe, como en la República de Weimar, no solo viene del fin de un conflicto, sino que ella inaugura una nueva era. “Bienvenidos al siglo XXI”, “Al fin llegó nuestro tiempo, al fin llegó nuestra oportunidad”, ha escrito. Y continua: *“Tenemos estos cuatro años de gobierno y una década de continua acción colectiva para cumplir cinco grandes metas: vivir sin miedo; generar oportunidades, empleo y educación pertinente, gratuita y de calidad; liberar más tiempo para la familia, la creatividad y el desarrollo, no para el trancón; reverdecer la ciudad para respirar, movilizarnos y vivir con calidad de vida; y hacer de Bogotá Región el*

mejor hogar de los colombianos". Eso en micro, porque todo, en 2030 será en macro: la vastedad de la nación.

Y como para avanzar y dar el gran salto, si antes, abusó de la calumnia para llegar al Senado, ahora tratará de tumbar al presidente en ejercicio para dejar huella perdurable. Y sin disimulo alguno, le declara la guerra: *"Somos parte las mayorías que se han tomado las calles con las demandas y aspiraciones de los jóvenes, las mujeres, los movimientos cívicos, los grupos étnicos, de quienes reivindicán la diversidad sexual y la igualdad ante la Ley y ante la vida, de los movimientos ambientalistas y animalistas; de miles de personas que han salido a las calles a expresarse al ritmo de las cacerolas, más allá de los partidos y caudillos políticos. Hoy llega al gobierno, esa ciudadanía"*. *"No vamos a permitir que nos roben la esperanza, no vamos a permitir que nos roben más vidas de esta nueva generación que hoy sale a la calle a pedir a gritos que les demos oportunidades y capacidades para participar en la vida pública y política, en el desarrollo económico y sostenible que demanda el siglo XXI"*. *"No vamos a permitir, de ninguna manera, el abuso de poder de ninguna autoridad contra esa legítima expresión ciudadana"*. Y para que ello suceda hay que arrinconar a las Fuerzas Armadas, calumniarlas, vituperarlas, hacerlas desaparecer del mapa: *"Tenemos que garantizar que la formación, la operación y el control de la Policía se ajusten a los principios de los derechos humanos, la cultura ciudadana y el ejercicio legítimo de la autoridad"*.

Claudia Nayibe está por crear la nueva República de Weimar [1919-1930] de Colombia, la que nos llevará a otro gran conflicto nacional del Siglo XXI, cuando sucumbirán los niños que acaban de nacer el día de su posesión y que al terminar su mandato apenas tendrán cuatro años, pero en 2050, cuando terminen sus dos periodos presidenciales, tendrán 30. Una república sólo de diversos, diversas y mascotas, porque el macho, el que ofrece la semilla de la reproducción, habrá desaparecido para siempre. Claudia Nayibe acaba de prometer que para el medio siglo venidero ya habrá desterrado, *"de una vez y para siempre el racismo, el clasismo, el machismo y la xenofobia;*

Retratos de memoria

promoveremos nuevas masculinidades que erradiquen el acoso callejero, el acoso en el sistema de transporte de la ciudad y la violencia de género por parte de parejas”.

Para que este sueño de araña alcalde se realice, cuenta con la ayuda de una camarilla de Cachorros de la Social Bacanería, licenciados primero en la Universidad de los Andes, y luego en alguna de segunda clase en USA, pero principalmente de un listillo, inventado por Fanny Mickey y su carnal Ramiro Osorio, dos cómicos que no habrían subsistido, si Pablo Escobar no hubiese necesitado de un lugar de distracción para sus secuaces, cuando fue representante a la cámara y financió ese lugar de trata, hoy olvidado, llamado *La Gata Caliente*; y una pobre viejecita que se casó sobre un elefante y ha acompañado a su marido a toda clase de fechorías, incluso cuando muestra su espantoso trasero, y a quien ha entregado el ensayo general del ordenamiento territorial de la ciudad, que decidirá los futuros apoyos financieros para la gran marcha hacia la gloria de su pseudo patrona.

Que el principal negocio de esta alcaldía de Claudia Nayibe será servir a su patrón, el honradísimo Antanas Mockus, se presiente, fragmentariamente, explorando los vínculos entre Nicolás Montero, de Cultura, y la mujer del veringo, Adriana Córdoba, la Reina del POT. Ambos pertenecen a *Corpovisionarios*, el gran invento mockusiano para defraudar presupuestos municipales con el cuento de la Cultura Ciudadana, narrativa con la cual llenó sus faltriqueras con la ayuda de matemáticos de la Universidad Nacional que habían trabajado o estudiado en Rusia cuando sus líderes quebraron la nación, creando algoritmos irrastreables para encriptar contratos, donde era mejor dejar robar que gastar el doble para descubrir el fraude. Mockus ha usado a varios testaferros en la firma de contratos de asesorías de su negocio con las alcaldías de Bogotá, Cali, Medellín, Ibagué y San Andrés, municipios de Colombia, donde en vez de reducir el crimen, el robo y el asesinato, estos ítems crecen exponencialmente. Mockus es experto en inventarse todo tipo de Carteles para saquear fiscos: el cartel de las cebras, el cartel de los mimos, el cartel de las risotadas, el

cartel del culo en pompa, el cartel de la lectura de poemas, etc., etc. Entelequias por las cuales cobra sumas millonarias que desaparecen como pompas de jabón.

Según informa la página de la alcaldía bogotana, Nicolás Montero [1966] es un pobre actor mediocre que lleva años viviendo de fábula, pero tiene ingresos anuales cercanos a los 200 millones de pesos y una casita de 600 millones, tres apartamentos, un lotecito de 300 y tres carritos. Y la virtuosa Adriana Córdoba [1969], ingresos por salarios de 200 millones, por ganancias ocasionales 589 y un patrimonio de 3.000 millones representado en dos apartamenticos, uno de ellos con un valor estimado por lo bajo cercano a los 800 y una finquita. Y también platica en un banco gringo. Pobrecita. De su honorable esposo, y sus bienes, después de casarse en el circo, nada.

Mockus sabe por experiencia que como la cultura es, en últimas, entelequia, una alcaldía puede hacer desaparecer por arte de magia millones de pesos diciendo que los ha invertido en *Educación de la Ciudadanía*, como cuando, como Bolívar, en el *Páramo de Pisba*, Mockus contratava, digamos, 80 mimos, que hacia aparecer en distintas partes de la ciudad y luego cobraba por la actuación de 8000, como si fuese el despojo del ejército libertador ante José María Barreiro, que pensó eran miles de llaneros, negros y soldados de las guerras napoleónicas las que se le venían encima.

Y claro, nada más eficaz que fomentar, en las nuevas ciudadanías, es decir entre la Social Bacanería, no la historia, ni la sintaxis, ni la prosodia, ni las melodías de las tradiciones de la patria, sino todo aquello que sea una “cultura” que confunda, que perturbe la conciencia, que inquiete y haga sentir el presente como una desgracia que debe contar con ellos, con Claudia Nayibe y la familia Mockus/Córdoba, con el recuerdo de la madre alcohólica, también dada el nudismo, y como paradigma, el fanatismo católico de su verdadero padre, el falso filólogo Juozas Zaranka.

Pobre Claudia Nayibe. Ha sido engañada también por los vivos del espectáculo, y descubrirá, tarde ya, que de los jolgorios de la

Retratos de memoria

Belle Epoque, los Roaring Twenties y la Weimarer Republik, que ella pretende reinventarnos ahora, salieron Lenin, Hitler, Mussolini, Franco y Stalin, maestros de Perón, Castro o Chávez. Entonces, así como dijo Eugenio Montale:

Poco filo mi resta, ma spero che avrò modo
di dedicare al prossimo tiranno
i miei poveri carmi. Non mi dirà di svenarmi
come Nerone a Lucano. Vorrà una lode spontanea
scaturita da un cuore riconoscente
e ne avrà ad abbondanza. Potrò egualmente
lasciare orma durevole. In poesia
quello che conta non è il contenuto
ma la Forma.

*Poca vida me queda, pero espero hallar el modo
de dedicar al próximo tirano
mis pobres poemas.
No me dirá que me corte las venas,
como Nerón a Lucano.
Querrá una loa espontánea
que brote de un corazón agradecido
y la tendrá en abundancia.
Asimismo, podré
dejar huella perdurable.
En poesía lo que cuenta no es el contenido
sino la Forma.*

[Un poeta, trad. Harold Alvarado Tenorio]

El Nacional, Caracas, 8 de enero de 2020.

INDICE TEMÁTICO

Roberto Lañas	4
Los Moreno Rojas	16
Alvaro Mutis	24
Belisario Betancur	38
Roberto Fernandez Retamar	53
Estanislao Zuleta	63
Gloria Zea	89
Carlos Gaviria	99
Juan Luis Panero	105
Fernando Garavito	115
Enrique Santos	129
Rodolfo Hernández	136
Jaime Galarza y Universidad del Valle	141
Carlos Mayolo	154
Antonio Caballero	166
Juan Manuel Roca	176
Juan Manuel Santos	187
Antanas Mockus	194
Doris Salcedo	205
Julio Sanchez Cristo	212
Enrique Gómez Cruz	220
Claudia Lopez	223



Harold Alvarado Tenorio, poeta, crítico literario, periodista, traductor, Profesor Titular de la Cátedra de Literaturas de América Latina de la Carrera de Letras de la Universidad Nacional de Colombia. Recibió Título de Doctor en Letras por la Universidad Complutense de Madrid con una de las primeras tesis que se hicieron en España sobre la obra de Jorge Luis Borges.

Fue Director del Departamento de Español de Marymount Manhattan College de New York, donde condujo *The Latin American & Spanish Series*. Trabajó para la Editorial China Hoy de Beijing, donde tradujo más de cien poemas eróticos de todos los tiempos, reunidos en *Poemas Chinos de Amor* [1992/2004].

Desde 2002 dirige la revista de poesía, virtual e impresa, *Arquitrave*, [<http://www.arquitrave.com>] luego del cierre de *La Prensa*, de Bogotá, de cuya Página 8 Cultura, fue su editor.